

CARLETON COLLEGE
F2846 M689 vol.2
Unien. C. 1889-1890

Staxs

3 0118 00041 5178



F 2846 .M689 v.2

Urien, Carlos Maria, 1855-
1921.

F 28 Mitre

Urie
192

Mit

Date Due



MITRE

CARLOS M. URIEN

MITRE

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA VIDA PÚBLICA
DEL TENIENTE GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

TOMO SEGUNDO

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE A. MOLINARI
1256, TALCAHUANO, 1256
BUENOS AIRES
1919 *

120397

F

2846

.m 689

v.2

ALFONSO LÓPEZ VOTELERO
SAN JUAN DE LOS RÍOS



ADVERTENCIA

El autor se ve en la imprescindible necesidad de dividir el contenido de estos Apuntes en dos tomos, por la relativa extensión de los mismos. Circumscrip- ta la obra a un tomo de cerca novecientas páginas, por lo volumi- noso habría sido poco manuable y molesta.

Quiera pasar el lector como explicación esta primera advertencia.

Como segunda, conviene decir que quien se anime a leer estos Apuntes ha de extrañar que haya en los com- ponentes de éstos algunos capítulos algo extensos que aparecen, prima facie, como impropios de una obra de carácter compendiado.

Pero esos capítulos, a poco fijarse, resultan extensos por las transcripciones íntegras de discursos de Mitre, de una larga nota diplomática y de la defensa jurídica del General con motivo de su intervención en la revolu- ción de Septiembre del año 1874.

A este respecto corresponde advertir que si se transcri-

ben solo dos discursos, los pronunciados con motivo del debate sobre sostenimiento del culto religioso en la Provincia de Buenos Aires, en la Convención Constituyente del año 1871, e igualmente el pronunciado por Mitre, como senador nacional, con ocasión de la intervención a la Provincia de San Juan en el año de 1869, es porque el autor cree que la transcripción íntegra conviene al caso, ya que en los capítulos de la referencia se juzga a Mitre como orador, y conviene el conocimiento de esas oraciones a objeto de presentar al personaje de cuerpo entero.

Por otra parte, corresponde al estudio de los hechos ocurridos, que el lector, con su conciencia y criterio, juzgue de la opinión del autor de los Apuntes, y para eso piensa que nada más oportuno que las transcripciones circunstanciadas de la referencia.

Cuanto a los capítulos en que se considera a Mitre como diplomático y como personaje político, conviene también advertir que las dificultades vencidas por el General ante el Gabinete del Imperio Brasileño tenían como antecedente, independientemente de las argucias de la diplomacia y la falta de cumplimiento de lo pactado en el Tratado de la Triple Alianza, la nota un tanto enérgica del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Tejedor, que no obstante el radicalismo con que estaba redactada, empujó las cosas, y gracias a la intervención del plenipotenciario argentino, a la definitiva resolución que imponían las circunstancias.

En lo relativo al capítulo en que se estudia la revolución de Septiembre, la defensa de Mitre lo hace un tanto largo, pero esa pieza jurídica tan hábilmente trabajada y en que tan rotundamente se niega la competencia del Consejo de Guerra para juzgar a los reos de rebelión, se ha hecho también rara y conviene transcribirla íntegra, ya que en la misma, por la importancia del caso jurídico en cuestión, tanto luce la lógica y competencia del procesado Señor Don Bartolomé Mitre, que en el sub judice no era militar, y por ende no caía su hecho o delito dentro del fuero de los Consejos de Guerra.

EL AUTOR.



XI

MITRE COMO HOMBRE DE GOBIERNO Y JEFE DE PARTIDO

Hermandad de las virtudes cívicas del patricio con sus antecedentes históricos. — Prescendencia del hombre de gobierno en la política electoral. — Discurso de Mitre al aceptar su candidatura presidencial. — Ejemplos del pasado: el coronel Mitre en el año de 1854. — Su defensa y triunfo ante el Jurado. — Carta (testamento político de Mitre). — Réplica del gobernador de Buenos Aires, doctor Adolfo Alsina. — Contraréplica de Mitre.

Para ciertos adversarios del general Mitre, la actuación del patricio, no solamente deja mucho que desear, estudiada particularmente en su fase política, sino que hay actos, dicen, en su acción de jefe de partido, que le ponen en escala muy inferior cuando baja al palenque de la lucha partidista, en la que sus virtudes cívicas se empañan y pierden el brillo con que actuó en épocas trascendentales de la historia argentina.

Los que tales afirmaciones divulgan hacen cabeza de proceso, en la vida pública del general, de uno de los hechos más sonados del mismo, cual fué el de ponerse al

frente del movimiento revolucionario de septiembre de 1874, en la provincia de Buenos Aires y provincias del interior de la República, donde fuerzas del ejército de línea se alzaron en rebelión armada contra el gobierno del presidente Sarmiento.

Buscar la razón del hecho es estudiar la justicia de los antecedentes, que obligaban a los revolucionarios a enarbolar la bandera de la rebelión y confiar a las eventualidades de la lucha armada, el gobierno de la República Argentina.

He aquí esos antecedentes:

Llegada la época de organizar los trabajos electorales que debían propalar la virtualidad de los candidatos, los partidos nacionalista y autonomista presentaron al general Mitre y a los doctores Avellaneda y Adolfo Alsina, como las tres personalidades que sus programas políticos recomendaban al pueblo, como los más indicados para dirigir el gobierno en el período presidencial entre los años de 1874 y 1880.

Decir de los antecedentes que abonaban a la personalidad de Mitre como candidato y de la adhesión que habían de prestarle sus correligionarios, que eran parte principal de la población electoral de la República, la mayor parte sin duda, está demás, porque sería demostrar lo que evidenciado está.

Cuanto a la personalidad del doctor Avellaneda, cuya candidatura puede afirmarse salió hecha de la presidencia de Sarmiento, estaba también sostenida, como es na-

tural, por un buen número de electores, pero no tan importante como los del general Mitre, tanto es cierto ello, que los que dirigían esos trabajos y hacían esa propaganda, a falta de ambiente, eran los gobernadores del interior, si se exceptúan el de la provincia de Santiago del Estero y en el litoral el de la provincia de Corrientes.

Respecto a la candidatura del doctor Adolfo Alsina, ésta tenía su principal núcleo de fuerza en la ciudad y provincia de Buenos Aires, y los trabajos electorales favorables a la misma, encontraban apoyo mal disimulado en las esferas oficiales del gobierno de la Provincia.

Favorecían la influencia de las candidaturas de Avellaneda y Alsina, la actuación del primero, desde su juventud en la ciudad de Buenos Aires, y que fué, sin duda, brillante cuando cúpole desempeñar la redacción del diario *El Nacional* y cuando, como titular de la cátedra de Economía Política exponía con lucidez las teorías de la ciencia en la Universidad de Buenos Aires.

Fué sin duda en esos escenarios donde el doctor Avellaneda desarrolló, entre los jóvenes de su tiempo, con su pluma de escritor y su verba afuente, elocuente y siempre brillante en el aula, su personalidad.

Estos títulos a la consideración pública subieron de grado cuando, llamado el doctor Avellaneda por el doctor Adolfo Alsina, colaboró con éste en el gobierno de la Provincia de Buenos Aires en los años de 1866-1868, en que desempeñó el ministerio de gobierno, primero, y cuando pasó, luego, a ocupar el sillón del ministerio de

Justicia, Culto e Instrucción Pública en la presidencia de Sarmiento, en el año de 1868.

Por lo que hace al otro candidato, el doctor Adolfo Alsina, sus antecedentes estaban fundamentados en el relieve que le daban su participación en la política del Estado de Buenos Aires, entre los años de 1858 y 1862; la popularidad de su elocuencia de agitador, que se consolidó con la creación y organización del partido autonomista, del cual fué declarado jefe, partido que nació el día que el general Mitre lanzó la idea de federalizar a la provincia de Buenos Aires; tentativa ésta de ensayo para ir definitivamente a la creación del gobierno unitario, como se ha dicho.

La popularidad del doctor Alsina se robusteció también con las medidas económicas que ideó y realizó su gobierno, con la fundación de la *Oficina de Cambio* del Banco de la Provincia, idea esta del ministro de Hacienda, doctor Mariano Varela, y la realización de obras tendientes a sanear el ambiente de la ciudad de Buenos Aires, como fueron organizar la distribución de las Aguas Corrientes; y facilitar las comunicaciones a través de los partidos de la campaña por la construcción de puentes adecuados.

Tendidas las líneas de combate entre los partidarios de las tres candidaturas, y observando Alsina, que los elementos de Mitre eran muy superiores a los que sostenían las candidaturas de él y de Avellaneda, notó que dispersas las fuerzas que se oponían a Mitre, éste resul-

taría victorioso e ideó lo que era lógico: trató de unirse con Avellaneda y operar una reconcentración para vencer al contrario y entonces surgió lo que en nuestra hermenéutica política se llama conciliación.

Proclamada la candidatura del general Mitre, sus partidarios, a los que hacía de vanguardia parte de la briosa juventud de la ciudad de Buenos Aires, acudían a casa de su candidato a oír de su voz, la palabra de aliento y los lineamentos de su programa político, y entonces Mitre formulaba, el diez y seis de abril de 1874, la siguiente declaración, que decía de la pureza de su conducta política, fundamentada justamente por sus antecedentes:

“Después de tantos años que vivo consagrado al servicio del pueblo, nunca he sido objeto de tantas y tan generosas manifestaciones como esta, de parte del pueblo de mi nacimiento, que ya no tengo palabras con que agradecerlas.

“Ahora me sucede no tener voz bastante poderosa para hacerme oír de los millares de personas que en este momento me hacen el honor de venir a saludarme. Pero no importa. Lo poco que tengo que decir con labios de verdad y con la mano puesta sobre la conciencia, es una palabra que palpita en todos los corazones, que vibra en el aire y en la luz.

“Siento no decirlo a la radiante luz del sol; pero como la verdad brilla en medio de las tinieblas, lo diré a la incierta luz de las estrellas, que coronan nuestro firma-

mento, como testigo de nuestras acciones y sentimientos.

“Lo he dicho antes y lo repito ahora en alta voz. No había pensado, ni había deseado ser candidato a la presidencia de la República en esta ocasión. He aceptado, sin embargo, la candidatura en honor de la libertad del sufragio, sin la intención de disputar a nadie el poder. No porque crea que el honor de presidir los destinos de un pueblo, grande o no, sea la ambición legítima que no debe de confesarse públicamente, sino porque creía que debía este homenaje de respeto a la soberanía del pueblo argentino, a cuya inspiración libre y espontánea competía únicamente designar los candidatos.

“Y puedo y debo decirlo y pido a todos los que me oyen que lo repitan por todos los ámbitos de la República. Yo no he pedido a nadie un solo voto, no he escrito a nadie una carta, no he manifestado a ningún poderoso ni a ningún humilde el anhelo de ser presidente de la República.

“Han pasado por Buenos Aires muchos gobernadores de provincia ⁽¹⁾ que se decían dueños del voto de los pueblos, no sé si para ofrecerlo o para recibir el homenaje de los pordioseros del poder. Yo puedo decir con toda humildad y con todo orgullo; con humildad por lo que a mí respecta; con orgullo como ciudadano argentino independiente y libre: no he visitado a ninguno de esos gobernadores, y si me han hecho el honor de visi-

(1) Los mismos que arrivaban a la ciudad a preparar proyectos de política militante. (*El autor.*)

tarme, no les he hablado una sola palabra de elecciones, no me he sacado el sombrero ante ellos, como me lo quito delante de esta reunión popular, y como me lo sacaré ante la soberanía del pueblo argentino el día del escrutinio, cualquiera que sea el resultado, seamos vencidos o vencedores...

“Pero debo declarar con la misma humildad y con el mismo orgullo y en homenaje a vuestros nobles esfuerzos, que si yo creyera que en el fondo de la urna que me proclamase presidente de la República, había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo argentino, porque el que busca o acepta el gobierno de un pueblo libre por medios indignos no es digno de gobernarlo.

“El pueblo de Buenos Aires ha hecho triunfar no sólo la libertad del sufragio. Ha hecho algo más. Ha hecho triunfar la moral del sufragio libre, y éste es el laurel cívico con que puede coronarse cualquiera que sea el resultado definitivo de la lucha.

“En cuanto a mí,* me es grato asociarme con estos sentimientos a vuestra legítima satisfacción. Vencido con el pueblo o vencedor con la opinión, mandando u obedeciendo, os pertenezco como uno de tantos de los que llenan estas calles. Los grandes hombres de la tiranía o de la democracia mueren, como Napoleón, atados a una roca y devorados por su ambición; o, como Wáshington, en la majestad olímpica de Mount Vernon, porque fueron desarmados por el destino o terminaron su grande

tarea. Los jornaleros como yo, viven y mueren uncidos al yugo del trabajo y caen a lo largo del camino cubierto de polvo y de sudor como el último jornalero de la democracia.”

Con esta elocuencia sencilla y con este concepto elevado de la misión que le encomendaban sus partidarios, caso que su candidatura triunfara, se expresaba el general Mitre, y aunque su lenguaje, rayano en la modestia de Cincinnato y de Wáshington, dijese de la pureza de sus propósitos, no por ello dejaba de censurar, al pasar de una oración a otra, el voto falso, el fraude y la imposición con la que habían de hacer triunfar la candidatura contraria “aquellos gobernadores que pasaban por Buenos Aires”. Pero conviene no adelantar la crónica de los sucesos.

Realizadas las elecciones, del cómputo resultó el triunfo de la candidatura del doctor Avellaneda.

Ocurre preguntar, discurriendo tranquilamente sobre el particular, si la candidatura triunfante era el resultado del voto legal de la mayoría o era la consecuencia del fraude y de la coacción oficial.

Han corrido más de cuarenta y ocho años desde que esas elecciones se realizaron y hoy, un tanto alejados los presentes de esa época agitada, estudiados los hechos y sus consecuencias bajo todas sus fases, se ha evidenciado y confesado por los mismos autonomistas, que la elección presidencial del año de 1874 fué la resultante de un fraude escandaloso.

En la época, y esto se ha ratificado después, la gente señalaba con el dedo a los que impunemente falsificaron los registros de la elección, hasta en las salas de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires y la subversión llegó a tales extremos y excesos para los que delinquieron en el delito, que si hubo censura, y muy justa, de parte del partido vencido, no hubo el castigo que merecía el delito, y como en la República Argentina, en política ni se ganan ni se pierden reputaciones, como se da en decir, muchos de los que fallaron en su conducta de ciudadanos llegaron a desempeñar los primeros cargos.

Extremadas así las cosas, el partido vencido, el nacionalista, urgió las medidas para alzarse en armas contra el gobierno que había permitido semejante subversión de principios y entonces los jefes más caracterizados del partido obligaron al general Mitre, se pusiera al frente de la revolución.

¿Qué antecedentes abonaban al general Mitre para asumir responsabilidad tan grande, como era la de ponerse al frente de sus parciales, sus partidarios, y alzarse en armas? Antes de transcribir el manifiesto revolucionario, que explica la razón del movimiento, conviene conocer los antecedentes del hombre político en el gobierno. Siempre le harán alto honor por su independencia y su justísima abstención en la lucha política. Helos aquí:

Era en el año de 1854 y el entonces coronel Mitre formaba parte, como ministro de la guerra o Inspector General de Armas del Gobierno del Estado de Buenos Aires, que presidía el señor don Pastor Obligado.

Convocados a elecciones de legisladores los habitantes del Estado, y una vez que éstas tuvieron lugar, como el resultado de las mismas arrojase una mayoría a favor de los ideales del Gobierno, un diario del tiempo afirmó que la lista favorable a éste había triunfado por la imposición que en los comicios había ejercido el ministro de la guerra, coronel Mitre.

El diario que se animó a publicar tales afirmaciones fué *La Crónica*, y era su redactor el argentino Juan Ramón Muñoz.

Que la falsa exageración era hija del ambiente ardiente de la época y que lo que se decía en ella no obedecía sino a un desahogo del despecho de partidarios, era convicción que estaba en la mente de todos, pero, con ser así, el coronel Mitre no estaba dispuesto a callarse, y fué entonces que acudió al Jurado en demanda de justicia y de castigo con el alegato leído ante éste el 10 de mayo de 1854, en el que, estudiando los hechos, establecía los distintos delitos de imprenta, la clasificación de los mismos, y declaraba en la defensa:

“Fuí de los últimos”, dice Mitre, “que tomé parte en los preliminares electorales. Cuando, invitado por un número considerable de ciudadanos, me puse al frente de los sostenedores de la lista que ha obtenido el asentimiento popular, ya los clubs electorales estaban organizados y ya habían dado su firma en ellos los militares que han figurado en primera línea en la lucha que tuvo lugar el día 30, tales como el coronel Benavente, el coronel Albariños y otros.

“No soy, pues, el que ha llevado los militares a los clubs; soy yo el que ha ido donde ellos estaban, y si mi influencia hubiese podido decidir a algunos a tomar parte en nuestro favor, nada más natural que esta simpatía que despierta la amistad o la confraternidad de las armas.

“Pero no, señores, me he abstenido cuidadosamente hasta de poner en juego esa influencia indirecta respecto de personas que me estaban subordinadas, para no dar lugar a siniestras interpretaciones, y he llevado a tal extremo mi rigidez y mi delicadeza a este respecto, que me negué a dar una carta que me pidió D. Miguel Nero para que lo pusiera en contacto con el coronel López, diciéndole que una carta mía a un jefe del ejército, sería considerada en cierto modo como una orden.

“A don Héctor Varela, que me pidió hablase al comandante Mitre (mi hermano), le contesté otro tanto, y él se encargó de verlo. Pueden desmentirme si no digo la verdad. A los demás jefes que no mandan fuerzas no les he invitado ni de palabra ni por escrito, aunque es cierto que algunos se me han ofrecido como amigos y han sido nuestros aliados en la lucha electoral. Respecto a los jefes y oficiales de la plana mayor, no sólo no he invitado, sino que ni siquiera les he entregado una lista, y la misma reserva he guardado con la inspección general de armas, que está a mi cargo. Muchos de ellos han tenido que pedir listas con que votar el día de las elecciones. He hecho más.

“Lejos de haber convertido mi oficina en un taller de candidaturas, como se dice, he impedido que se dijese en ella la más mínima palabra sobre este asunto, y al encargado de la imprenta de *La Tribuna*, que me remitió un día unas listas a la oficina, se las devolví diciendo que si las necesitaba yo pasaría a buscarlas, porque aquel no era el lugar para recibirlas.

“Estas son las influencias y medios materiales de que he abusado para hacer triunfar la candidatura de mis simpatías.

“Ahora diré algo sobre mi conducta en el día mismo que tuvieron lugar las elecciones:

“No he asistido a más parroquia que la de la Concepción, que es la parroquia en que vivo. Asistí a ella como uno de tantos ciudadanos: la primera vez para votar por los escrutadores que debían componer la mesa, y la segunda para votar por los candidatos para senadores y diputados, y en seguida me retiré sin que se me haya visto en la mesa electoral de ninguna otra parroquia; y precisamente en la parroquia en que yo he votado no se ha visto un soldado y es donde ha reinado más orden a pesar de haber tenido la casi unanimidad de los sufragantes. Invoco el testimonio de los dos únicos sostenedores que ha tenido la lista contraria en aquella parroquia: el señor juez de paz, don Mauricio Cruz y don Francisco Giménez; ellos podrán decir si lo que digo respecto de mí es o no cierto, y si el orden ha sido turbado allí y si han ido a votar jefes y oficiales que no tuviesen su domicilio en la parroquia.

“Y, sin embargo, en el artículo acusado se dice que he dado cargas militares sobre las mesas electorales.

“Se dice que he violado los principios por mí proclamados, con mi conducta en el acto solemne de la elección, coartando la libertad de mis conciudadanos.

“Se dice que he ultrapasado mis atribuciones como empleado público, dando listas a mis subalternos.

“Se dice que en nombre de las fuerzas y por la fuerza he obrado en las elecciones.

“Se dice que he puesto todos los medios materiales a favor de la lista que sostenía.

“Se dice que he mandado compañías enteras de veteranos formados, con su jefe a la cabeza, contra las mesas electorales.

“Todo esto es un tejido de embustes.

“¿Cuál ha sido esa coacción, esa violencia que se ha ejercido con la fuerza y por la fuerza?

“¿Cuáles son los abusos que he hecho de mi autoridad? Pruébense.

“¿Cuáles son esas compañías enteras de veteranos que han marchado contra las mesas electorales? ¿Dónde ha sucedido tal cosa? Dígase.

“La fuerza que hemos tenido ha sido la gran mayoría del pueblo, que ha votado por nuestra lista, y la popularidad la única arma con que hemos combatido.

“Si no, dígase ¿en qué parroquias han aparecido esas compañías formadas que nadie ha visto?

“Sólo en el Colegio, por estar inmediato el batallón 2

de línea; en el Socorro, por tener al lado su cuartel el batallón 1, y en la Merced, por ser la parroquia que corresponde a la brigada de artillería, se han presentado a sufragar las clases veteranas del ejército, que por la ley de elecciones tienen voto activo. Si ellas han sido influenciadas o no, de eso no soy responsable. Nada más natural que un jefe pueda, en cierto modo, dirigir el voto de sus subalternos, pero no por eso dejan de ser soberanos, una vez fuera del cuartel, y de lo que hicieron como ciudadanos, usando del derecho que les da la ley, nadie puede hacer un reproche al jefe superior. Pruébese que las clases veteranas que han sufragado han votado en varias parroquias, o en una parroquia que no era la suya, pero no lo harán, porque fuera de esas partes, no se ha visto un solo uniforme. Y la prueba de que en esas parroquias no se ha cometido abuso alguno, es que en ellas, como en todas las demás, la lista contraria tenía sostenedores, y que en ninguna de ellas se han formulado protestas contra los procedimientos de la mesa, lo que no hubiera dejado de suceder a haber aparecido esas pretendidas compañías de veteranos, que se dice han atacado las mesas electorales.

“La única protesta a que hayan dado lugar las elecciones ha sido la de la parroquia de San Miguel, que se ha publicado en la misma *Crónica*, la cual está suscrita por los aliados durante la lucha, y que me permitiré depositar en poder del tribunal *ad effectum videndi*. En esa protesta nada se dice de fuerza veterana, ni en aque-

lla parroquia ni en otra alguna de la ciudad. Se habla sí, de haberse entrometido en la formación de la mesa individuos que no eran de la parroquia y de haber habido escándalos y tumultos como los que hay en los pueblos más civilizados, incluso en Inglaterra y en Estados Unidos; de haberse proferido insultos, lo que no es extraño cuando las pasiones están acaloradas, y, por último, de haber estrechado la mesa impidiendo votar, lo que no prueba mucho en favor de la popularidad de la lista vencida; pero nada absolutamente, nada se dice de la presencia de militares ni de las compañías de veteranos formados, con su jefe a la cabeza, que el redactor de *La Crónica* dice han sido enviados por mí, para coartar el libre sufragio.

“Así, pues, los mismos documentos en que *La Crónica* se ha apoyado para atacar la legitimidad de las elecciones y para atacarme en mi calidad de jefe de las armas, desmienten esas imputaciones falsas y calumniosas, que así las llamaré siempre porque tengo derecho para hacerlo, y me considero autorizado para repetir que todo el artículo acusado es un tejido de embustes mal fraguados.” (1)

Con esta argumentación clara y por demás concluyente, el coronel Mitre hacía su defensa personal ante el Jurado en la parte relativa a los hechos que se le imputaban y entraba luego a estudiar la parte jurídica

(1) Véase; *Arengas*, de MITRE, tomo I, pág. 86.

en lo que correspondía al calumniador, para terminar con el triunfo de su defensa y el castigo del culpable.

Años después de los sucesos a que se refiere esa defensa, volvían dos argentinos a presentar sus fuerzas electorales en los comicios, y eran candidatos a la presidencia de la República, Sarmiento y el doctor Rufino de Elizalde (ex ministro de Relaciones Exteriores en la presidencia de Mitre de 1862 a 1868). Es público que las simpatías del presidente en ejercicio en los años indicados se inclinaban hacia el doctor Elizalde, cuyo triunfo anhelaba el presidente Mitre, pero también es público y es notorio que el estadista ejemplar nunca puso su influencia en juego, y que era mucha, para que triunfara la candidatura de su ex ministro.

Y cuando en la lucha electoral del 74, el doctor Adolfo Alsina trataba de ganar las influencias oficiales en pro de su candidatura, porque eso no le causaba preocupación alguna, el general Mitre censuró la táctica política de Alsina como nociva y peligrosa, lo que obligó al caudillo autonomista a renunciar a sus pretensiones, las que explicó en una carta que se hizo célebre, en la que declaraba que Mitre con sus declaraciones había matado su candidatura. ⁽¹⁾

Sin embargo, al terminar su carta, el doctor Adolfo Alsina, hacía la siguiente declaración: “*Su carta ha sido el golpe de muerte para mi candidatura, que la mía sea*

(1) La referida carta está transcrita en la página 44 del tomo VII de la correspondencia de Mitre.

la lápida que yo mismo coloque, sin violencia, sobre su tumba.” (1)

Basta leer la carta escrita por el general Mitre al doctor José María Gutiérrez, director entonces del diario *La Nación Argentina*, que provocó la carta del doctor Alsina a Mitre y a la que éste contestó; basta comparlas para convencerse del espíritu que movía la pluma de los que las escribieron.

Así mientras que Mitre, que está con su ejército frente al enemigo y le preocupan serias responsabilidades, en su estilo frío y razonador, habla con desapasionamiento de los sucesos y juzga con imparcialidad a los candidatos a la presidencia de la República, aunque con esa imparcialidad hiera a veces a los mismos, y rectifique las afirmaciones apasionadas de Alsina: esto no obstante las acusaciones y hasta la diatriba, hija del despecho del candidato, despecho que se evidencia a la simple lectura de la carta.

Cuatro puntos tiene la carta de Mitre que quedan de pie y triunfantes: su completa imparcialidad respecto a candidaturas: su apartamiento de toda intervención personal a favor del candidato de sus simpatías y de sus partidarios: la división del partido liberal que, a la postre, causó su derrota, y su prescindencia en la sanción de la ley, que creó la federalización provisoria de la

(1) *Archivo de Mitre*, tomo I, pág. 44.

ciudad de Buenos Aires, sobre la que dice Mitre, rectificando a Alsina:

“La idea de la federalización temporaria de la provincia de Buenos Aires, nació en algunas cabezas como la solución provisoria de un problema obscuro y difícil que sólo el tiempo podía resolver. Ellos pensaban que tal era el medio de dar a la reorganización nacional la base del poder material y moral de Buenos Aires, el mejor medio de preparar el problema económico entre Buenos Aires y la Nación, y de asegurar para el presente y para el futuro la influencia de los principios que había representado y estaba destinado a representar.”

Era con esta serenidad en las afirmaciones que Mitre iba formulando rectificaciones históricas sobre hechos alterados por el doctor Alsina. Era aconsejando a todos trabajasen para que el candidato surgiera triunfante de las urnas, por la libre voluntad del pueblo, vale decir, sin la intromisión de los gobiernos, como a juicio de Mitre debía de triunfar el candidato.

Y, cosa singular, no hay en nuestra política interna, durante cuarenta años, los que corren de la presidencia de Mitre a la actual del señor Irigoyen, con excepción de las presidencias de los doctores Quintana, Roque Sáenz Peña y Plaza, un solo presidente que haya dejado de echar en la balanza el peso de su influencia a favor de su predilecto entre los candidatos, porque es de evidente verdad que la irregularidad de la elección pri-

mero y el fraude después, principia con el convencionalismo de Sarmiento, se sigue en la presidencia del doctor Avellaneda, se complementa en el primer período presidencial del general Roca y vuelve a seguir en el del doctor Juárez Celman.

Pero, ¿a qué revolver el fango?

Conviene hablar de las acusaciones de Alsina en la carta, al grito del despecho en que estalla, cuando, enfáticamente, escribe censuras injustas a Mitre sobre la ingerencia del mismo en la política electoral. Solamente la fiebre de esos días, la lucha ardiente y la exageración partidista pudieron obligar al orador de cálida palabra, pues la elocuencia de Alsina tenía vibraciones de clarín, para que fuera un tanto inexacto en sus dichos.

Tan equivocado estaba el caudillo cuando tales tontearías afirmaba, en carta destinada a ser comentada, que ello se evidencia cuando se estudia la acción múltiple de Mitre, desde el año de 1868, el del vaticinio de Alsina, para en adelante.

La censura de Alsina es la brillante actuación de Mitre, rebatiendo y venciendo a Vélez Sársfield en la famosa discusión del primer proyecto relativo al puerto de Buenos Aires, en el Senado Nacional, en 1869. Sus declaraciones y la exposición doctrinaria constitucional sobre la intervención en la provincia de San Juan, en el mismo recinto y en el mismo año; su papel descollante como miembro informante de la Comisión de Derechos, Declaraciones y Garantías, en la Convención Constitu-

yente de la Provincia de Buenos Aires, en el año de 1871, cuando no pudo menos que admirarlo Alsina, que estuvo, como es notorio, muy inferior a Mitre. El éxito de su misión diplomática al imperio del Brasil, en el año de 1872, allí donde el gobierno de Sarmiento le envió en circunstancias muy críticas y expectantes, y con intención de hacerle fracasar y desvirtuar su candidatura a la presidencia de la República, para el período de los años de 1874 a 1880, como lo afirma un político y publicista brasileño, quien declara: “Enviar a Mitre al Brasil con aquella embajada, era una hábil maniobra política, porque si fracasaba o cediese demasiado a las exigencias del Imperio, quedaba inutilizado para la futura elección presidencial.” (1)

La publicación de más de sesenta volúmenes en conjunto de historia, de lingüística, numismática, arqueología, diplomacia, crítica literaria, arte militar, oratoria, correspondencia, dos traducciones de importancia trascendental: las de la *Divina Comedia*, la única en español hecha en América, y las *Odas*, de Horacio, también la única como conjunto de la obra, evidencian que era verdad que Mitre no tuvo ni tiene tales depresiones. Mientras que Alsina se resignaba a desempeñar el pasivo papel de vicepresidente de la República, y sólo volvía a la actividad de la vida del gobierno, con motivo del primer avance de la línea de la frontera del sur y oeste de la provincia de Buenos Aires.

(1) JOAQUÍN NABUCCO. — *Guerra del Paraguay*, pág. 304.

Si la censura se refería a la entidad política del general Mitre, también fallaba el vaticinio de Alsina, porque es evidente que hubo un momento, en la vida pública argentina, en que los caudillos Roca, Pellegrini, los partidos y hasta los gobernadores, con excepción del de Córdoba, que era el doctor Don Manuel Dídimo Pizarro, los primeros le ofrecieron a Mitre la presidencia de la República para el período de 1892 a 98, y los segundos la apoyaban, y Mitre rehusó la reelección.

Como conviene en estos *Apuntes* dejar constatada la evidente verdad de las declaraciones que hacen los contrincantes en la correspondencia de las cartas citadas, se transcriben a continuación las mismas. Ellas son documentos que tendrá que consultar el futuro historiador del ilustre hombre público que se bosqueja en estas muy deficientes páginas. Dicen las cartas:

“EL TESTAMENTO POLÍTICO DEL GRAL. MITRE”

“Tuyú-Cué, cuartel general, noviembre 28 de 1867.— Señor doctor don José María Gutiérrez. — Mi querido amigo: Tengo en mi poder su estimable del 18 del corriente, a la que venían adjuntas dos cartas (que le devuelvo), relativas ambas a la futura elección de Presidente de la República y al rol activo que, según ellas, debo asumir en tal ocasión.

“La carta de usted contiene tres puntos:

“1º Adjuntarme las referidas cartas, para motivar en ellas el escribirme sobre elección y candidaturas para

presidente; 2º Hacerme saber de paso que Elizalde (y no otro), es su candidato, y que rechaza la candidatura Sarmiento; 3º Manifestarme indirectamente la confianza que tiene de que yo no me constituiré en poder electoral, ni tomaré iniciativa sobre el asunto, aun cuando cree conveniente que los amigos me hagan saber su modo de pensar.

“Como esta es una especie de notificación, en que no sólo se me pide opinión, sino que se cuenta de antemano con mi prescindencia, dándome por notificado, habría contestado su carta del modo que parece usted desearlo.

“Pero siendo la primera confidencia que sobre elección presidencial recibo de un amigo de causa, debo honrarla, agregando algunas palabras más, y en conciencia no puedo dejar de hacerlo, para hacer conocer a usted mi modo de pensar sobre el particular, y contenerlos si es posible en la mala vía en que veo han entrado todos los que se ocupan de trabajos electorales.

“Cuando digo la « primera confidencia », me refiero a comunicación directa sobre el particular; pues, por lo demás, estoy al cabo de todos los trabajos y « combinaciones » en tal sentido, incluso de lo que usted me confía a medias, exhibiendo la candidatura, sin hablarme de la combinación de candidatos.

“Así como yo conozco esos trabajos, que no he querido ni debido promover, ni autorizar, ni dirigir directa o indirectamente, creo que habrá muy pocos que no conozcan mi modo de pensar sobre el rol que corresponde al

actual Presidente de la República en la elección de que se trata, porque ese rol me está prescripto por mis más sagrados deberes; es la consecuencia lógica de los principios que profeso; se liga en su práctica a la existencia de la comunión política a que pertenezco y nadie puede creer que yo falte a mis deberes, ni traicione mis principios, ni conspire contra la vida de mi partido, usurpando derechos ajenos al asumir el papel de fabricante de candidatos de mala ley, para sucederme en el Gobierno, como lo pretenden hombres caracterizados. Esto, en la alta posición que ocupo, o no vale nada y entonces es un escándalo, tan estéril como perjudicial, que refluirá en daño de todos, o importa poner a servicio de una candidatura la influencia del poder público, y entonces es más que un escándalo: es un atentado.

“A nadie he dado derecho ni aun con una reticencia, para equivocarse respecto de mi modo de pensar sobre el particular. Mi política en cuanto con asuntos electorales se relaciona, está claramente formulada en mis actos, en documentos oficiales y conversaciones confidenciales. A nadie de cuantos han hablado conmigo, he ocultado lo que siento respecto de las condiciones generales que deben acompañar a la elección y a la persona del futuro Presidente de la República; señalando con franqueza el único caso en que, usando de mi autoridad moral y sin prevalerme de mi posición oficial, haría la oposición que me correspondiera a candidaturas que de antemano consideraba funestas, viniendo en condiciones dadas; y digo

en condiciones dadas, porque podrían ser tales nuestros errores y tal la desmoralización pública que ellos produjesen, que llegase a encontrarme inhabilitado para hacer uso ante mis conciudadanos de esa misma autoridad moral.

“Mi constante empeño ha sido preparar al país a una libre elección de presidente en las mejores condiciones posibles para el gran partido nacional de principios, pues el presidente de ese partido sólo de la libertad puede sacar su fuerza, sólo con ella puede vencer a sus enemigos, dando a la vez garantías a todos los partidos en el gobierno, y de aquí su razón de ser y su razón para gobernar.

“Sólo en una elección libre y en las condiciones indicadas, pueden surgir candidaturas como las de Elizalde y Sarmiento, Rawson, Valentín Alsina, Paz, etc., que no pueden sino representar fuerza de opinión en un momento dado, y que sólo pueden sacar su poder para gobernar de esa misma opinión.

“Fuera de esa condición suprema, las ventajas están en favor de las candidaturas reaccionarias como las de Urquiza y Alberdi, o las candidaturas de contrabando como la de Adolfo Alsina, pues todas ellas representan la liga inmoral de poderes electorales usurpados por los Gobiernos locales, sean simplemente reaccionarios en política, como en Entre Ríos, sean francamente sediciosos como los montoneros, sean enemigos solapados como Luque, o amigos nuestros, como los Taboada en Santiago.

“Si el partido liberal no hubiese de triunfar en las condiciones de su propia existencia, si no hubiese de luchar con los principios de su credo político inscriptos en su bandera y leal y valientemente practicados, si no hubiese de valerse de medios análogos a sus fines, el partido liberal no tendría razón de ser, ni merecería triunfar, ni sería digno de gobernar y se haría acreedor a la derrota; pues, para escamotear la soberanía del pueblo, desacreditando la libertad, y desmoralizar al gobierno dándole por base el fraude, la corrupción o la violencia, ahí están sus enemigos que lo harán mejor (es decir, peor), y que francamente proclaman esos medios y esos fines, que son los únicos que tienen, porque son los únicos que conocen.

“Es preciso, pues, trabajar y triunfar con la verdad de nuestros principios y con fe en ellos y por medio análogos a los fines que nos proponemos, a fin de que el partido liberal, teniendo razón de ser, tenga razón de triunfar y de gobernar para bien y honor de todos; y que todo esto suceda bajo los auspicios de la libertad que nos da vida y aliento, y de los que hemos de sacar en todo tiempo la fuerza que necesitamos para combatir contra el mal y obrar el bien.

“En esta atmósfera pura y luminosa, sólo pueden diseñarse figuras nobles y correctas, que realicen hasta donde es posible el ideal de un pueblo libre y ese instinto de la belleza moral que en política triunfa siempre, cuando el patriotismo, el buen sentido y el poder

material de que disponen los hombres inteligentes se ponen a su servicio, en vez de capitular cobardemente con el vicio, queriendo y creyendo hacer política práctica, que yo llamo política grosera, sin alcance y sin altura.

“Vea usted, pues, cómo esta política fiel a la lógica, sirviendo a los fines del Gobierno libre, prepara el Gobierno al partido liberal, diseñando de antemano los contornos generales del candidato que lo ha de representar en el Gobierno; y cómo por este camino, determinando los deberes de la autoridad y los derechos del pueblo, se llega naturalmente a establecer con esta premisa de su vasto programa electoral: « El candidato es el partido liberal ». ¿Quién lo ha de representar en el Gobierno? He aquí la primera cuestión.

“Del método que se adopte para resolver la cuestión, depende no sólo el acierto sino la vida misma del partido, mucho más cuando ese partido no se halle en el lleno de las condiciones favorables que he procurado prepararle, depende en parte de la prolongación de una guerra exterior, o de un hecho de armas desfavorable y hay que buscar correctivos contra la desmoralización y flojedad de la opinión pública así en sus desórdenes internos como en su guerra extranjera.

“Un hombre imparcial y bien intencionado que, amando sobre todo a su patria, creyese que el mayor beneficio es radicar en el Gobierno los principios de un partido que profese el culto de la libertad, para que esos principios sean representados por hombres que los

sirvan lealmente en el Gobierno; que sin aspiraciones egoístas prescindiese de preferencias personales o de cuestiones de detalle y que, teniendo presente tan sólo el grande y supremo interés de la causa, buscase para el poder que quisiere fundar la base firme y la fuerza durable que lo han de hacer eficaz y fecundo, ese hombre resolvería el problema con auxilio de la lógica, y llegaría a resultados tan precisos y prácticos como las demostraciones de álgebra, dando significado a los nombres propios, cuerpo a la idea y expansión a la verdad, salvando así a la República de los peligros de una reacción brutal, o de la decadencia de una democracia corrompida.

“Esto sí que sería una política trascendental, y que, tan práctica como la que condené antes, tiene la ventaja de ser más valiente, más generosa y más moral.

“Suponga que yo pueda ser ese hombre bien intencionado, yo que no tengo ambición personal; que no tengo hecho pacto individual con nadie, que no estoy dispuesto a transigir con ningún vicio; yo que busco sobre todo el bien de mi país y que lo vinculo al triunfo de los principios que me tocó la fortuna de hacer triunfar en el campo de la batalla, levantándolos al Gobierno, con opinión y fuerza para gobernar (por la primera vez), yo que fuí libre y unánimemente elegido y que de ese origen popular he sacado mi fuerza para gobernar, yo diría: que el candidato mejor no sería aquel que más gustase o le gustase a otro, sino aquel que reuniese el mayor número de voluntades de nuestro partido y fuese más libre-

mente elegido. 1º Porque esas voluntades tendrían necesariamente que ser espontáneas y serían la expresión natural de las opiniones de la mayoría, desde que no hubiese ni sombra de presión moral o material por parte de la autoridad; 2º Porque de no proceder así, sus enemigos más compactos y disciplinados podrían alcanzar el triunfo tomándonos diseminados; 3º Porque el triunfo de esa fracción de nuestro partido, sólo podría dar origen a un gobierno raquíptico que no podría ni obrar el bien, ni reprimir el mal; 4º Porque con tal proceder nos cerrábamos, para el último caso, las puertas de un triunfo relativo, cuandouviésemos que optar entre Urquiza, por ejemplo, y un candidato cualquiera del partido liberal que con el auxilio común podría convertirse en un gobierno de compromiso entre los mismos amigos.

“Y para que no quede ninguna duda del modo cómo yo entiendo esto, agregaré que en mi programa, que toma como puntos de partida hombres como Elizalde, Sarmiento, Rawson, etc., no está excluído ni aun el mismo don Adolfo Alsina, que es hoy una falsificación del candidato, al cual podría darse el valor legal por el apoyo de la mayoría. Por lo demás, todos saben lo que pienso de la candidatura del general Urquiza, y no he ocultado que, llegado el caso, le haría oposición de una manera digna, valiéndome únicamente de mi autoridad moral ante mis compatriotas, precisamente porque tal candidatura, que simbolizaría la renovación de los gobiernos personales, sería la negación de una elección libre y legal

como la que yo busco y deseo. Es, pues, eliminando candidaturas del calibre de la de Urquiza, cómo yo entiendo que puede y debe hacerse una elección libre, haciendo únicamente posible de este modo el triunfo de candidaturas que sólo representan la fuerza de la opinión, y que hagan prácticos en el gobiernos los principios de nuestro credo político, reaccionando contra los vicios de un poder personal.

“En vez de este proceder lógico, sencillo, práctico, que nos asegura el triunfo a la buena causa y con el triunfo los resultados a que debemos aspirar, y que, cuando peor fuese todo, constituiría los nombres de libertad y principios en una entidad poderosa que podría salvar una situación, ¿qué es lo que hacen ustedes?

“Puesta la cuestión, no procuran resolverla como el matemático cuando se trata de un problema, y prefieren el método infantil de las adivinanzas, echándose a caza de nombres propios, antes de dar significado a esos nombres.

“¿Quién será presidente? Mansilla dice: «Sarmiento». Usted dice: «Elizalde, y *no puede ni debe ser otro.*» Conesa dice «Alsina», y Luque hace coro. Otro dirá: «Rawson», y sea excluyendo a los demás, sea haciendo alianza con alguna de las facciones, tenemos el partido liberal dividido (lo que vale tanto como disuelto) antes de emprender la campaña electoral. Y no contentos con esta división de fuerzas, que reunidas son las estrictamente necesarias para triunfar del enemigo que las ace-

cha, nos entretenemos en despedazar nuestros propios candidatos.

“*La Tribuna* prueba que Elizalde es imposible y perjudicial; *La Nación* prueba que Sarmiento es incompetente y funesto; *El Nacional*, más moderado, al parecer, sólo establece los vicepresidentes imposibles.

“Así, en lugar de desplegar su bandera, nuestro partido ha desplegado tres banderitas y desplegará cuatro o cinco antes de entenderse sobre la palabra de orden que ha de inscribir en su pendón, todo por no haber procedido con método, por marchar sin plan y sin rumbo, por no empezar por el principio, o, como diría Sancho Panza, por tomar el rábano por las hojas.

“En tales condiciones, el partido liberal debe ser derrotado, y bien merecida le estará la derrota, si eso es la único que sabe y puede hacer.

“Al decirle esto no crea que yo trate de lavarme cobardemente las manos, como Pilatos, para el caso de que la opinión pública, desalentada o extraviada, llegase, en un momento dado, a preferir los Barrabases y pronunciase contra nuestro partido la sentencia que pueden acarrearle su debilidad nacida de la división, y sus desaciertos, hijos de la falta de disciplina y de la falta de cooperación, al logro de los propósitos sanos que han sido y son la base de mi política. No.

“Responsable, hasta cierto punto, de los extravíos de un partido que confieso, y por lo mismo que siempre le he dado consejos en el sentido que lo hago ahora, por lo

mismo que deseo su triunfo para bien de todos, por lo mismo que vinculo a su existencia en el Gobierno la estabilidad de la nacionalidad argentina, el porvenir de la libertad y la práctica de los principios de la democracia, por lo mismo que no he de dejar a sus sostenedores perderse, si en un momento preciso me fuese dado salvarlos, o hacerlos triunfar, diciendo alguna palabra; y si fuese indispensable comprometería la última reserva antes de dejarlos sucumbir, sin que esto quiera decir que violaría mis propósitos. Imitaría el ejemplo de Wáshington, de aquel padre de la democracia americana, que por lo mismo que quería la libertad y no podía ser sospechado de quererla comprimir, pudo, en un momento dado, señalar una candidatura a sus conciudadanos. Y si mis amigos me escuchasen y mis conciudadanos me lo permitieran, entonces, y sólo entonces, me creería autorizado para dar un consejo inspirado por el patriotismo. Pero mejor será que no lo necesiten.

“Hoy, una indicación mía, por indirecta que fuese, heriría de muerte a cualquier candidato, y esa muerte sería merecida, porque sería una iniciativa insolente a la faz del pueblo, y si entre dos o más candidatos del partido liberal, me inclinase a uno con preferencia de otro, la división del partido vendría a ser, o más profunda, o la disolución se produciría.

“Excuso decirle que con este modo de pensar y con estos sentimientos, no puedo aprobar ni una sola línea de su artículo contra la candidatura de Sarmiento y

contra el hombre Sarmiento, sobre todo cuando es atacado con armas que sólo existen en un arsenal secreto, de donde usted no estaba autorizado a sacarlas. Por razones de otro orden, tampoco apruebo la carta-programa de Sarmiento, que siendo una coz a nuestro partido, y un desconocimiento injusto de los trabajos, sacrificios y conquistas de las generaciones presentes, se prestaba a reflexiones más importantes y trascendentales que la caricatura poco seria que usted hace de él, citando hasta a Villergas para hacerlo más humillante; y a Vicuña Mackenna, que acaba de retractarse en Chile de esas líneas inconsideradas que usted prodiga, cuando su autor las reniega públicamente con rubor.

“¿Qué se propone usted con eso? Si su artículo no es un desahogo personal, como en realidad no lo es, usted debe proponerse por objeto hacer imposible la candidatura de Sarmiento, puesto que toca contra él hasta la trompa de alarma, para indicar que nos llevaría al abismo. Supongo que consigue usted su objeto, lo que no es difícil, cuando se trata de candidatos que sólo pueden prosperar en medio de la benevolencia de los amigos. La de Elizalde se halla en el mismo caso, y, combatida del mismo modo, debe usted admitir como posible que sus enemigos obtengan el mismo resultado.

“Cada uno se saca un ojo y los dos se quedan tuertos.
¡Bravo!

“Los dos cantan victoria. *La Nación* cuelga de un farol a Sarmiento y *La Tribuna* cuelga a Elizalde de otro fa-

rol. Este sería el caso de preguntar: ¿El partido de la libertad ve más claro ahora? Con estas dos luminarias, ya sabría que Rawson es peor que los dos colgados; que Paz es peor que peor; que Alsina es archipeor, y que el resto no sirve ni para taco de escopeta. Y eliminados todos los candidatos probables o posibles que representan o pueden representar gobiernos de principios, de opinión y de libertad, en contraposición de las influencias personales y de las ligas de gobierno electorales, ¿con quién se quedaba el partido liberal? Entonces predominaría la candidatura del general Urquiza u otra parecida, porque entonces tendría razón de ser, y tendría a la par de la fuerza relativa que le daría la disolución de sus opositores, la fuerza negativa que le daría la opinión del país, desorientada y desmoralizada en presencia del espectáculo vergonzoso de un gran partido nacional disuelto en fracciones mezquinas, animadas de odios innobles, incapaces de unirse ante el peligro común, y sucumbiendo, sin combatir, ante una individualidad que sólo representa el gobierno personal. Cuando se inicia la campaña empezando por colgar o repudiar a sus hombres más distinguidos y se sacrifican víctimas humanas que son sangre de nuestra sangre, en holocausto de nombres propios, sin quemar un grano de incienso a los principios, ¿qué otra cosa puede suceder?

“Tal vez soy demasiado severo; pero sírvame de disculpa que un sentimiento generoso es el que me inspira que no me anima ningún interés bastardo, y que cuando

abogo por la causa de todos, sin desear el mal ni aun de nuestros enemigos, y sin excluir a ninguno de los que pueden hacer el bien o recibir el beneficio, me es permitido echar una rociada a mis enemigos, diciéndoles, como el elefante de la fábula: «Yo hablo con todos y con ninguno.»

“Suyo siempre. — *Bartolomé Mitre.*”

“Buenos Aires, diciembre 24 de 1867.—Señor General don Bartolomé Mitre. — Mi estimado General: Hace algunos días que fuí dolorosamente sorprendido con la lectura de una carta dirigida por usted a don José María Gutiérrez, relativamente a la cuestión de candidatos para la presidencia.

“Le aseguro a usted que, desde entonces, he luchado incesantemente conmigo mismo, sin saber qué partido adoptar: combate terrible de sentimientos, entre el corazón y la cabeza, batalla ingrata que jamás tiene un éxito completo, porque hay que sacrificar necesariamente algo de lo que el corazón quiere o la cabeza respeta.

“Pero después de varios días de vacilación, dos reflexiones me dijeron resueltamente que mi silencio sería indecoroso y culpable mi sufrimiento mudo.

“Presentado por usted a los ojos del país como un mandón refractario que todo lo sacrifica a la ambición de escalar la presidencia, mal podía parecer consentimiento porque callaba; no por usted sino por la provin-

cia cuyos destinos dirijo y por los otros pueblos argentinos que, seguro estoy, me juzgan de diverso modo.

“Si yo creyese, General, que es usted de aquellos hombres que sólo tienen la democracia en los labios; si ignorase que su espíritu es bastante lógico para aceptar las consecuencias legítimas de sus actos o palabras, creería que mi carta podría irritarle.

“Quien se presenta como usted pretendiendo ser el campeón de la verdadera libertad: quien, como usted, sólo tiene rayos destructores para los que sospecha que quieren falsearla o sofocarla, no puede tomar a mal que quien es atacado se defienda.

“Esto es lo que voy a hacer: y mi propósito es emplear solamente el ataque, en cuanto sea necesario para la defensa.

“Dice usted en su carta:

«Fuera de esa condición suprema, las ventajas es-
»tán en favor de las candidaturas reaccionarias como
»las de Urquiza y Alberdi, o de las candidaturas de
»*contrabando* como la de Adolfo Alsina, pues *todas* ellas
»representan la liga inmoral de poderes electorales usur-
»pados por los Gobiernos locales, sean simplemente re-
»accionarios en política como en Entre Ríos, sean fran-
»camente sediciosos como los montoneros, sean enemigos
»solapados como Luque, o amigos nuestros como los Ta-
»boada en Santiago.»

“¿Quiere usted decirme, General, en qué se funda para decir que mi Gobierno representa la liga inmoral de po-

deres electorales usurpados? ¿O se imagina usted que está fuera del alcance de todas las leyes, de manera que puede lanzar anatemas sin que haya quien se atreva a pedirle cuenta?

“Luis XIV decía, *porque podía decirlo*: El Estado soy yo. ¿Creerá usted poder decir: la Verdad y la Infalibilidad soy yo?

“¿Conoce usted algún hecho público que lo autorice para decir que he iniciado o llevado a cabo alguna alianza o algún pacto, con uno o más gobiernos de provincia? Imposible. ¿Le habrán hablado a usted por ventura de hechos privados? Si esto es así, me admira, teniendo en vista la altura de su carácter, que ellos le hayan bastado para formar su juicio, para condenar y para lanzar a la prensa, juicio y condena.

“Esto quiere decir que, desgraciadamente, alrededor de su carpa la atmósfera de la pólvora se halla infestada por el aliento de la chismografía.

“Vendrán días más serenos y más propicios en que pueda demostrarle hasta qué punto ha sido usted injusto para conmigo: en que pueda poner de manifiesto que los que combaten mi candidatura son los mismos que la nutrieron, al propio tiempo *que yo hacía esfuerzos por sofocarla al nacer*: en que ofrezca pruebas concluyentes de que he tenido virtud bastante para rechazar proposiciones de ligas, de pactos y de alianzas, que otros a quienes usted coloca sobre mí, habían aceptado.

“Tal vez no dé usted crédito a la palabra de un hom-

bre que detesta la mentira: lo sentiré: otros habrá que me crean, y esto me basta.

“Ahora bien: ¿Qué quería usted que hiciese? ¿Que porque en un banquete dado en Córdoba, un amigo político, *no el doctor Luque*, proclamase mi candidatura para presidente, la renunciase públicamente? Eso habría sido ridículo. Los lebreles que hoy me ladran para mordirme, me habrían ladrado entonces para burlarme.

“¿Qué es lo que usted cree que el patriotismo y el decoro me aconsejen ahora? ¿También la renuncia pública? Pero eso sería cobarde, después de tanto ataque como se me dirige, y sobre todo, después de su carta.

“En cuanto a usted no sé cómo juzgaría mi proceder; pero por lo que hace a los demás, sé que lo saludarían como el resultado de la intimidación de su prédica incansable.

“Pero quiero suponer, General, que fuese el doctor Luque, siendo gobernador de Córdoba, quien hubiese proclamado mi candidatura para Presidente de la República. ¿Por qué deduce usted de ese solo hecho que había pacto, que había liga, o que había alianza?

“Le pondré a usted un ejemplo.

“La prensa oficial del Brasil, en términos altanceros, ha sostenido que el candidato que ofreció más garantías al Brasil para la observancia de los tratados, y, en general, para el mantenimiento de las buenas relaciones internacionales, era el doctor don Rufino Elizalde: en una palabra, aquella prensa proclamó la candidatura de este ciudadano para Presidente de la República.

“Ahora bien: de ese solo hecho ¿ha podido o debido usted deducir que el doctor Elizalde había realizado alianza o pacto con el Gobierno imperial?

“Si tal deducción ha sacado, ¿por qué lo presenta como el candidato de su preferencia, o cuando menos en mejores condiciones morales?

“Si, por el contrario, rechaza la consecuencia, ¿por qué tiene una vara para medir a Rufino de Elizalde y otra para medir a Adolfo Alsina?

“¿O pretendrá usted, General, que Elizalde es hombre de principios rígidos y Alsina de principios elásticos?

“Por compasión, crea usted de mí todo menos eso. Cuando le veo colocar la de Elizalde entre las candidaturas legítimas y *morales que pueden sacar su poder para gobernar de la fuerza de opinión*, y cuando me veo afiliado por usted entre aquellos que clasifica de reaccionarios o de mandones irresponsables, recuerdo un episodio cuyos detalles conservo y conservaré toda mi vida.

“¿Recuerda, General, la noche del 9 de noviembre de 1859?

“Serían las siete, cuando se presentó en la quinta del Pino, ocupada por una parte de mi fuerza, un ayudante de usted ordenándome que me presentase al cuartel general.

“Cuando acudí allí, usted se encontraba en las habitaciones del cura de la Piedad.

“Me trasladé allí, y cuando estuvimos solos, tuvo lugar el siguiente diálogo:

“— Comandante: lo he mandado llamar para decirle que he sabido que esta noche debe salir de su cuerpo una serenata o manifestación, con el objeto de protestar estruendosamente contra el acto indigno que han cometido ayer las Cámaras. Teniendo, como tenemos, un enemigo victorioso al frente, el patriotismo nos prescribe conservarnos unidos, con la vista fija en él, y nada más. En cuanto al hecho en sí mismo, ya está condenado, y la condenación será *eterna*.

“— General, sé los deberes que tengo como jefe, y los muy especiales que me impone el apellido que llevo. Creo como usted que la situación nos exige sacrificios de todo género. Por lo que hace a la manifestación que debe tener lugar, le garantizo que no tomará parte en ella un solo soldado del batallón que mando.

“— Así les acabo de decir a mis amigos los Elizalde, que me avergüenzo de llevar charreteras dadas por ellos, y que la mancha de indigna cobardía que se han echado encima, sacrificando al miedo la ley y principios, no se la borrarán jamás.

“Cuando usted empezaba a hablar estaba yo conmovido, y al terminar, las pupilas de sus ojos brillaban humedecidas por una lágrima que no le era posible comprimir.

“Los que conozcan su temperamento, que rara vez le permite la manifestación externa de los hondos sentimientos del alma, podrán juzgar hasta qué punto se hallaba usted poseído de indignación y de dolor.

Y, sin embargo, General, ¿quién le hubiera dicho entonces que en el transcurso de pocos años usted confiaría a ese mismo doctor Elizalde la cartera de relaciones exteriores y lo presentaría a los ojos de la República como el candidato para sucederle, en mejores condiciones *morales*?...

“Antes de resolverme a echarle en cara una inconsecuencia, me he propuesto las siguientes preguntas, únicas que, resueltas afirmativamente, podrían dar al hecho una explicación satisfactoria.

“¿Los servicios prestados al país por el doctor Elizalde, después de 1859, habrán sido tan *eminentes* y sus *sacrificios* tan valiosos, para que el general Mitre, después de concederle indulgencia plena, lo coloque entre nuestros primeros hombres, antes que Sarmiento, antes que Rawson y antes que el doctor don Valentín Alsina?

“Las faltas cometidas por mí, después del año 59, ¿habrán sido tan enormes que usted las considere irredimibles? ¿Habré traicionado alguna vez mi bandera, que es la bandera de las grandes creencias, puesto que pretende marcarme en la frente con el sello de los réprobos?

“Llamo a juicio, General, todos los actos de mi vida pública, humilde pero honrada, y no encuentro un solo hecho que me haga aparecer indigno de figurar entre los hombres de principios, tan firmes como honorables.

“Educado, como usted, en la vida agitada de los clubs, de los comicios y de la prensa, jamás renegué de mis ideas; representante de Buenos Aires, convencional aquí

y en la ciudad de Santa Fe, diputado al congreso del Paraná, diputado al congreso argentino o gobernador de la provincia, he marchado siempre imperturbable en pos de la idea, que es nuestra bandera común; y si, como lo dice usted en su carta, pertenece a un partido o es su jefe natural, puedo declarar algo más, y es que, como soldado de aquél, he seguido casi siempre en política sus huellas, porque eran las que dejaba mi partido en su marcha como vencedor o en sus peregrinaciones como vencido.

“Alguna vez me separé de usted decidido a combatirle, fuese cual fuese el terreno a que los sucesos nos precipitasen. Y eso fué cuando usted, olvidando todo lo que debía a Buenos Aires con sus instituciones propias, quiso hacer pedazos el arca en que se había salvado la nacionalidad argentina, sin reparar que la gratitud y la prudencia le prescribían conservarla para los días de infortunio que viniesen: eso fué, General, cuando usted, patrocinando calurosamente el pensamiento de federalizar la provincia, incurrió en la inconsecuencia más palpable en que ha incurrido hasta hoy un hombre público.

“¿Será este mi pecado? ¿Será ese mi delito?

“Si es así, no me arrepentiré de ello, sean cuales sean las consecuencias. Usted sabe bien, General, que para los espíritus que se alimentan de convicciones profundas, los sinsabores que les ocasiona el culto de aquéllas son placeres, victorias las derrotas y glorificación el martirio.

“Entretanto, hay una consideración que me lastima, y usted convendrá en que tengo razón.

“Los enemigos de mi candidatura, o más bien dicho, de mi persona, habían agotado ya el diccionario de los insultos: ya nada les quedaba que decir: no se les había ocurrido llamarme candidato de *contrabando*.

“¡A usted la gloria de la invención! ¡A usted la habilidad de haber descubierto el *contrabando*!

“Usted sabe que los aprehensores de un objeto *contrabandeado* tienen en éste cierta parte: ella le será pagada a usted generosamente por mis enemigos, que son sus amigos, en agradecimiento y en aplausos.

“Y esto lo hace usted, ¡qué aberración!, en un documento público en que me considera candidato *liberal* y en el cual al mismo tiempo hace usted cargos violentos a aquellos periodistas que por cuestión de preferencias despedazan las candidaturas liberales, en vez de unirse, decididos y compactos, contra las candidaturas reaccionarias.

“Por lo demás tengo entendido, General, que si hubiese en el mundo un partido tan poderoso, o un hombre tan influyente (aunque ese hombre fuese usted) que me ofreciese *dejar pasar* el contrabando, recibiendo *en pago de derechos*, una felonía o una inconsecuencia, a ese partido o a ese hombre les contestaría indignado que jamás había traficado con mis creencias.

“Y como si no fuese bastante la clasificación de *contrabando* y la acusación de liga inmoral entre gobiernos usurpadores, poco después se manifiesta usted implacable y remacha el clavo con el párrafo siguiente:

« Y para que no quede ninguna duda del modo cómo
» yo entiendo esto, agregaré que, en mi programa, que
» toma como punto de partida hombres como Elizalde,
» Sarmiento, Rawson, etc., no está excluído *ni aun el*
» *mismo Adolfo Alsina* que es hoy, una *falsificación* del
» candidato, al cual podría darse el valor legal por el
» apoyo de la mayoría. »

“Gracias, por su fina benevolencia.

“Siguiendo, como mejor he podido, la ilación de sus ideas, parece que lo que a usted le induce a clasificar de *falsificación mi candidatura*, es la circunstancia de hallarme a la cabeza de un Gobierno, pudiendo así abusar del poder y sofocar la libertad, para crear una atmósfera de *falsa* popularidad en rededor de mi candidatura.

“¡Siempre la injusticia! ¡Siempre la interpretación torcida de las intenciones!

“Del poder de abusar, de la facultad de tiranizar la opinión, ¿por qué deduce usted, fatalmente, el abuso y la tiranía?

Pero, si esto es así, permítame que aplicándole su regla, le diga que si ha habido en la República Argentina una candidatura de *falsificación*, esa ha sido la de usted.

“Su elección tuvo lugar siendo gobernador de Buenos Aires y encargado del poder ejecutivo nacional, esto es, Presidente de *hecho de la República*, y cuando las provincias argentinas no habían sacudido todavía el estupor producido por el gran estremecimiento de Pavón.

“Es verdad que usted no hizo pactos ni alianzas, pero

¿para qué había de hacerlos desde que era dueño absoluto de la situación, ni con quién, desde que, para usted, no había iguales sino subalternos? Y, sin embargo, usted hace gala en su carta de haber sido *libre y unánimemente elegido*, agregando que de ese *origen popular* ha sacado *su fuerza para gobernar*.

“Yo he presenciado, General, la rápida elaboración de su candidatura, tanto para gobernador de Buenos Aires, como para Presidente de la República, y hasta puedo decir que he sido actor en ella.

“¡Y vaya de reminiscencias! ¿Recuerda, General, la noche del 23 de octubre de 1859?

“Nuestra infantería victoriosa ocupaba la línea enemiga: reinaba un silencio profundo, interrumpido de cuando en cuando por los ayes de los heridos. Usted había mandado al general Flores con el encargo de reunir una parte, por pequeña que fuese, de nuestra caballería dispersada: llega el general Flores y le da cuenta de que no ha sido posible reunir un solo hombre. Entonces usted, justamente desesperado, dirigiéndose al coronel Quintana y a mí, nos dijo con marcado acento de amargura: ¡Recién me convenzo de que he sido derrotado!

“¡Verdad amarga que le contristaba por el honor de las armas que la provincia le había confiado y porque veía disiparse, entre la polvareda de nuestra caballería fugitiva, ilusiones de ambición legítima que hace años vivía usted acariciando!

“Ahora bien: cuando regresamos a Buenos Aires con los restos de nuestro ejército derrotado, ¿gozaba usted de popularidad o tenía siquiera esa base de opinión con que debe contar hoy todo candidato so pena de ser clasificado de *contrabando o falsificación*?

“Un hecho vergonzoso para los que lo perpetraron y para el país que lo aceptó, vino a decidir favorablemente de su destino.

“Si es verdad que el pánico que se había apoderado de Buenos Aires con la aproximación del general Urquiza en 1859 fué grande, no lo es menos que la reacción no se hizo esperar y fué tremenda.

“Conduciéndose usted como se condujo, honorablemente, en medio de una desmoralización que hacía olvidar todos los deberes, aseguró su candidatura para tercer gobernador constitucional. Debe usted dar las gracias, General, al 8 de noviembre.

“La elaboración de su candidatura para Presidente de la República fué más rápida y más violenta todavía.

“La batalla de Pavón duró dos horas; el primer cañonazo la inició y el último la proclamó vencedora.

“El entusiasmo de un momento, no la razón fría del pueblo, lo elevó a usted a la silla del Gobierno de Buenos Aires.

La ley del vencedor, no esa opinión que se elabora lentamente estudiando los antecedentes del candidato y las garantías que ofrece para el porvenir, lo llevó a la silla presidencial.

“Ahora bien: yo le pregunto, apelando a su lealtad, siendo usted, como era entonces, gobernador y Presidente de hecho de la República, con *facultades completamente dictatoriales*, ¿se hallaba usted en esas condiciones de elegibilidad que hoy exige con tantos escrúpulos para otros.

“Su carta tal vez me haya hecho un bien: es probable que ya nadie juzgue oportuno ocuparse de mi candidatura. Usted lo ha dicho, y es la verdad. «Hoy una indicación mía, por indirecta que fuese, *heriría de muerte* » a cualquier candidato.»

“Y ahora pregunto: si sus indicaciones indirectas son ya homicidas, ¿cómo lo serán los golpes que usted asesta al patriotismo y al honor de un hombre que, sin rubor, puede hacer uso de estas palabras que tomo de su carta, *a nadie he dado el derecho para que, ni con una reticencia, ponga en duda ni la sinceridad de mi palabra, ni la bondad de mis intenciones?*

“Si creyendo usted llegada la oportunidad de dar a la prensa su opinión sobre los candidatos para la presidencia, hubiera usted dicho, respecto de mí, que carecía de antecedentes, que me faltaba la ilustración necesaria, y que antes que yo había otros ciudadanos, pero sin desconocer mi patriotismo, sin denunciarme como un tiranuelo, puede creermelo, General, cuando le aseguro que le hubiese escrito agradeciéndole su juicio, porque habría visto en él elevación y nobleza.

“Si se hubiese apoderado de las armas de la Nación

Argentina que me rechaza, entre otras razones porque no sigo servilmente la moda, como *ciertos maricones*, o porque mi nombre no figura al pie del parte de una batalla, habría guardado silencio.

“Pero usted ha querido complacerse en mandar desde el cuartel general de Tuyú-Cué nuevos proyectiles para el parque de mis adversarios, y esto es lo que me ha lastimado. Lea usted los diarios y verá usted con qué ansiedad se apoderan de aquéllos y con qué furor me los arrojan. Saborean la presa como buitres.

“Y, sin embargo, General: usted habrá observado que Gutiérrez en su carta no se manifiesta satisfecho: la fiera es implacable: no le basta que usted haya descargado sobre mi *candidatura* un golpe mortal. Quería algo más, quería que usted prometiese también colgar en la plaza al *candidato*.

“Las duras clasificaciones que usted emplea haciéndome aparecer a los ojos del país como al usurpador de los derechos de un pueblo tan digno de ser libre, parece que estuviesen calculadas para desprestigiar mi Gobierno. Si tal resultado se consigue, lo sentiré, General, no tanto por mí cuanto por el país y por usted.

“Si, por el contrario, tal resultado no se obtiene, es decir, si la opinión pública resiste a la prueba a que ha querido usted sujetarla, ¿qué demostración más elocuente de que ella descansa sobre bases legítimas y morales?

“Al parecer, tiene usted una fe ciega en la fidelidad de esa estrella que le ha acompañado hasta aquí, sin abandonarle un solo instante.

“¿No cree usted *posible*, General, un contraste en el Paraguay, en ese teatro funesto de una guerra que va consumiendo, poco a poco, todas las fuerzas de la República? ¿No cree usted *posible* que la anarquía vuelva a levantar la cabeza con más vigor, y en momentos en que no le sea a usted permitido debilitar su ejército para sofocarla? ¿No piensa que hay en la República elementos bastantes para *conmover* la actualidad, y que sólo les falta un hombre y una bandera? ¿Y no cree, por último, que si se realiza alguna de esas situaciones, conviene que el Gobierno de Buenos Aires no se encuentre desprestigiado y abandonado por la opinión, para que *tomando de ella su fuerza* pueda contribuir, como lo ha hecho hasta aquí, a la obra grande de salvar el honor nacional o de cimentar el Imperio de la Constitución?

“Pero usted ha ido más allá y olvidando su alto carácter de presidente, encargado especialmente por la Constitución de garantizar la estabilidad de los poderes legales constituídos, asume el rol del presidente revolucionario, puesto que levanta contra un gobernador de provincia una bandera que bien podría convertirse en enseña de guerra civil, desde que bajo su firma, por la prensa y de una manera categórica, hace usted saber a los pueblos argentinos que el primer magistrado de uno de ellos, para introducir por *contrabando* su candidatura o para *falsificarla* se lleva por delante la ley de las leyes, que es la voluntad del pueblo, envuelta en el torrente de una ambición sin límites.

“Y al asumir el rol de presidente revolucionario, asume usted simultáneamente el de presidente acusador. La Cámara de representantes tomando su carta como cabeza de proceso, podría llevarme ante el Senado, y sentarme en el banco de los acusados: ante el Senado de la provincia, único tribunal que puede responsabilizarme, llenando previamente las formalidades que deben preceder a todo juicio, por aquellos actos que importan un abuso de autoridad en el ejercicio del poder que invisto.

Dije, al empezar mi carta, que ella iba a proporcionarme la ocasión de vindicarme del más grave de los cargos que usted me dirige.

En efecto: usted y los que lean estas líneas podrán dudar de mi palabra cuando les aseguro que no tengo pactos con Gobierno alguno, ni tampoco la intención de suprimir la voluntad de la mayoría; pero lo que no podrán poner en duda es que tiene carácter y pundonor el hombre que se dirige a usted *en estos momentos y figurando como candidato*, en los términos severos en que lo estoy haciendo.

“Si yo fuese capaz de transigir con la inmoralidad, si no tuviese mi conciencia tranquila, si me hallase dispuesto a sacrificarlo todo a la ambición de escalar un puesto en que los hombres honrados tropiezan a cada paso con espinas, procedería contemporizado con aquel que, como usted, mata candidaturas con meras indicaciones.

“Partidario de una idea y no de un hombre, aunque

éste sea quien la represente, no habrá para mí decepción ni desencantos que me hagan cambiar de culto; sus ataques, sean cuales sean, se quebrarán contra mi lealtad incontrastable.

“Adversos o felices los acontecimientos que nos esperen, como gobernador de Buenos Aires, he de hacer cuanto pueda porque la nacionalidad argentina y las instituciones federales tengan, como hasta hoy ha sucedido, por punto de apoyo el poder material y moral de la provincia.

“Y ya que, según parece, tiene usted la poca modestia, de creer que posee los mismos títulos de Wáshington para hablar al pueblo, y para que éste le escuche con veneración y con respeto, me permitirá observarle que Wáshington, el demócrata sincero que rechazó con indignación una corona, fué grande y se hizo el ídolo de su pueblo, porque supo fundar su libertad primero, su felicidad después.

“En cuanto a la libertad del pueblo argentino, ¿para qué consignar aquí los nombres venerandos de los varones ilustres que nos la legaron? Es innecesario.

“En cuanto a su felicidad, permítame decirle, General, que no ha sido usted capaz de fundarla. No le hago un cargo, establezco un hecho que desgraciadamente está en la conciencia de todos, guardándome bien de descender a comentarlo para explicarlo...

“Que esta carta, ya demasiado larga, termine con un consejo amistoso: Le ruego que lo acepte con este carácter.

“Si se decide usted alguna vez, como lo anuncia, a dirigirse al pueblo argentino para hablarle de sus grandes intereses y en circunstancias solemnes, abandone los juicios inconsiderados y las palabras irritantes que campean en su carta al redactor de *La Nación Argentina*, y que no están bien entre los labios del primer magistrado de la República.

“Tome usted por modelo, el adiós de Wáshington al pueblo de los Estados Unidos: él lo escribió también cuando iba a retirarse de los negocios públicos. Documento memorable en que el padre de la democracia americana se dirige a su pueblo en términos humildes y cristianos, dándole consejos saludables y enseñándole dónde están los escollos para que la nave se salve: no se lee en él un solo juicio apasionado, ni una sola clasificación hiriente: no hace uso jamás del arma del ridículo, es un verdadero Testamento político en que el grande hombre se despide del pueblo que hizo libre y feliz, con amor y respeto para todos, con odio o desprecio para ninguno.

“Le recomiendo, General, desde ahora, los párrafos siguientes:

« Al ofreceros, mis queridos conciudadanos, los consejos de un viejo amigo adicto, no espero que produzcan el efecto fuerte y durable que yo deseara, ni que repriman el curso ordinario de las pasiones, ni que impidan que nuestro pueblo siga la ruta marcada hasta aquí al destino de los pueblos. Pero sí puedo vanagloriarme de que harán algún bien aunque sea parcial y

» pasajero, que contribuyan alguna vez, al menos, a moderar los furios del espíritu de partidos... esta sola
» esperanza me compensará generosamente mi solicitud
» por vuestra felicidad, única fuente de mis palabras. »

“Y después dice: « Aunque recorriendo los actos de
» mi administración no tengo conocimiento de ninguna
» falta intencional, tengo conciencia muy profunda de
» mis defectos para no creer que probablemente son muchas las falta que he cometido. Sean cuales sean, suplico con fervor al Todopoderoso que desvíe o separe
» los males que ellas puedan producir. Llevaré también
» conmigo la esperanza de que mi país no cesará jamás
» de considerarlas con indulgencia y que, después de
» cuarenta y cinco años dedicados a su servicio con celo
» y rectitud, caerán en el olvido los pequeños defectos,
» como yo mismo caeré pronto en la mansión del des-
» canso. »

“He concluído, General, la ingrata tarea que me impuse de levantar los cargos con que me agravía en su carta. Tal vez me haya salido alguna vez, sin necesidad, de la defensa, para recurrir al ataque. No lo he podido evitar.

“Ahora quedo tranquilo.

“Su carta ha sido el golpe de muerte para mi candidatura.

“Que la mía sea la lápida que yo mismo coloque, sin violencia, sobre su tumba.

“De V. S. S. y compatriota. — *Adolfo Alsina.*”

“Cuartel General, enero 6 de 1868. — Señor doctor don Adolfo Alsina. — Mi estimado compatriota: Tengo a la vista su carta del 24 de diciembre del año próximo pasado, en la que, con motivo de la que escribí a propósito de elecciones y candidaturas de presidente en lo que se ha querido llamar mi testamento político, me hace algunas observaciones sobre el particular, trae a colación algunas reminiscencias históricas, protesta con tal motivo respecto de sus intenciones, me dirige de paso algunos ataques (en defensa propia, según me lo dice), y quejándose últimamente de las expresiones empleadas por mí con respecto a usted en la referida ocasión, acaba por hacer su profesión de fe y darme algunos consejos.

“Como el entrar a contestar detalladamente los variados tópicos de su carta nos llevaría quizá demasiado lejos, prefiero hacerlo en términos generales, manteniéndome en ese límite y en ese tono en que sin énfasis ni amargura se tratan las cuestiones públicas bajo la forma confidencial, hablando con verdad y con franqueza sin perder la alta serenidad del espíritu, ni olvidar el recíproco decoro de los que bajo su firma y sello se comunican sus ideas y sentimientos, aun cuando se hallen en disidencia.

“Empezaré por hacerle dos rectificaciones, relativas a hechos contemporáneos que usted cita, no tanto por lo que ellos puedan importar a la historia, cuanto porque, ligándose en cierto modo con los objetos generales de esta carta, me dan un punto natural de partida para entrar en materia.

“Me refiero a las reminiscencias de la noche de Cepeda y sus consecuencias, y al rol que usted me atribuye en la idea de federalizar la provincia de Buenos Aires.

“Dice usted que en la noche de Cepeda, «cuando» nuestra infantería victoriosa ocupaba la línea enemiga, «mandé al general Flores con el encargo de reunir una» parte, por pequeña que fuese, de nuestra caballería «dispersada, y que, cuando el general Flores me dió» cuenta de que no le había sido posible reunir un solo «hombre, recién me convencí que estábamos derrotados.»

“Lo que yo ordené al general Flores fué que reuniendo la poca caballería que había quedado, y llevando consigo al batallón número 3 de línea mandado por él entonces comandante Rivas, me fuese a buscar al Parque, que en nuestro movimiento de avance habíamos dejado a retaguardia, diciéndole que, si me traía tres o cuatro carretas de municiones, aun podríamos recomenzar la batalla y amanecer triunfantes sobre el campo de batalla, o por lo menos dueños de él.

“Cuando el general Flores me dió parte que no había podido dar con el Parque en la obscuridad de la noche, cuando pasando revista de municiones me encontré con cinco cartuchos por plaza y cuatro tiros por pieza, fué entonces que dije: «ahora recién digo que hemos perdido la batalla.» A las once y media de la noche se emprendió la retirada gloriosa que salvando el honor de nuestras armas, salvó también una situación.

“La consecuencia de esto fué la salvación de Buenos

Aires y de los principios de libertad en pro de los cuales luchaba sólo entonces; fué el triunfo moral y político de esos principios a pesar del 8 de noviembre; fué que, a pesar del miedo de algunos y de la desmoralización de muchos, pudo levantarse una voz en una hora suprema para declarar bien alto que habíamos vencido; fué que vencimos condenando severamente el escándalo del 8 de noviembre, pero pasando la esponja sobre la frente de los que en un momento de debilidad habían flaqueado; porque eran los más los que habían flaqueado; fué por último aquella espléndida victoria electoral, sin coacción, sin fraude, sin influencias bastardas y sin intolerancia, reconocida hasta por los mismos adversarios; fué también mi elección de gobernador; y más que todo fué la condensación del partido liberal de la República empezada antes de Pavón, continuada después, y proseguida hasta hoy bajo los auspicios de la conciliación y del patriotismo, «sin rencor y sin desprecio por ningún argentino, con simpatía y justicia para todos», y, como complemento, la unidad nacional realizada por la primera vez bajo el imperio de una sola ley y con el consentimiento de todos los partidos.

“Estas consecuencias son sin duda más fecundas, más morales, más consoladoras que las que usted saca a propósito de mi individualidad al recordar esos hechos pasados; y si me he detenido algo al rectificarla, es por que asumiendo hoy el rol de conciliador que asumí entonces, tanto respecto de las disidencias entre los hombres de

una misma creencia política, cuanto respecto de las garantías recíprocas de los partidos, de los derechos de los pueblos y de los deberes de los gobernantes, he extrañado que este significado y esta coincidencia hayan escapado a su penetración, empequeñeciendo por aplicaciones personales cosas que tienen en sí su grandeza relativa.

“Ahora por lo que respecta al rol que usted me atribuye en la idea de la federalización de la provincia de Buenos Aires, permítame usted hacerle la última rectificación con la autoridad de único hombre imparcial en esta cuestión, sin pretender halagar a nadie ni disculparme nada.

Dice usted «que se separó de mí cuando yo patrociné » calurosamente el pensamiento de federalizar la provincia de Buenos Aires. »

“La idea de la federalización temporaria de la provincia de Buenos Aires, nació aisladamente en algunas cabezas como la solución provisoria de un problema oscuro y difícil que sólo el tiempo podía resolver. Ellos pensaban que tal era el medio más eficaz de dar a la reorganización nacional la base del poder moral y material de Buenos Aires, el mejor medio de preparar la solución del problema económico entre Buenos Aires y la nación y de asegurar para el presente y el futuro la influencia de los principios que había representado y estaba destinado a representar.

“Las concepciones políticas que no pugnan con ningún

precepto de la moral eterna, que no violan un derecho esencial y primitivo del hombre en sociedad, que no sacrifican los intereses de una parte del pueblo a los intereses de la otra parte, no se puede decir de antemano que sean malas en abstracto, ni que sean absolutamente buenas, porque su bondad o sus defectos nacen de la ley que rige a las democracias, esto es: de la necesidad para la conservación del cuerpo político, de la conveniencia para el desarrollo de la vida social en medio de la libertad, del apoyo de la mayoría claramente manifestado por todos sus órganos no solamente legales sino legítimos, sin excluir las manifestaciones populares. La idea, pues, de federalizar temporariamente la provincia de Buenos Aires en parte o en todo, no podía llamarse absolutamente mala ni absolutamente buena, mientras no fuese sometida a esta prueba; y los primeros que la concibieron estuvieron sin duda animados de una sano patriotismo y un amor verdadero a su localidad en cuanto era conciliable con los intereses de la nación.

“Cuando se inició el debate sobre la cuestión capital, era yo gobernador de Buenos Aires por el voto libre de mis conciudadanos y encargado del poder ejecutivo nacional, por delegación espontánea de los pueblos, incluso aquellos que no habían depuesto del todo las armas. No era, como usted lo dice, un presidente *de hecho* con *facultades completamente dictatoriales*, porque yo no me tomé el poder y no sólo no acepté, sino que de antemano rehusé toda facultad dictatorial, y en vista del voto

unánime de todos limité más aún mis poderes después de pedir permiso a la legislatura para ejercerlos, concretándolos única y exclusivamente a la reorganización de los poderes públicos por la libre elección y a la guarda y conservación de las cosas nacionales que estaban bajo mi custodia, constituyéndome responsable de esta gestión para ante el Congreso Nacional que convoqué al efecto.

La dictadura no la constituye, como usted parece creerlo, la paralización accidental de una rueda de la máquina política, ni el eclipse parcial de una de esas luces inmortales que guían a los pueblos en su camino, sino la usurpación insolente de los derechos de todos, la insolencia para ejercerla y la irresponsabilidad indefinida, y como yo no me hallaba en tal caso, lejos de recordar tal circunstancia para hacerme, al parecer, un reproche indirecto, debía encontrar que mi moderación en aquella ocasión fué, por lo menos, un buen ejemplo que sería de desear no fuese olvidado. Cuando se abrió el debate a que me he referido, nadie conocía mi opinión respecto a la cuestión capital. En teoría mi idea era la capital de Rivadavia, en la práctica era la capital provisoria de Buenos Aires. Así es que, cuando la comisión del Congreso, nombrada para dictaminar sobre la materia, se acercó a mí para pedirme mi opinión y para apoyar con mi autoridad moral una idea, le dije esto mismo. No bastando esto para uniformar las opiniones, formulé claramente por escrito mi pensamiento en

cuatro bases (según recuerdo), declarando que dentro de esas condiciones aceptaba todas las combinaciones posibles, desde la federalización temporaria hasta la coexistencia simple.

“Sobre esas bases se elaboraron todos los proyectos que sobre capital se presentaron al Congreso, y cuando la variedad de opiniones hizo nacer la confusión y se acercaron varios congresales a mí para que prohibiese alguna de las ideas en discusión, les contesté con esta fórmula general: «La mejor idea para mí es aquella que menos divida las voluntades.» Consecuente con estas palabras acepté el proyecto del Congreso, como una base de discusión, sin prohibirlo calurosamente y resuelto a no hacer de esto cuestión de Gobierno.

“El triunfo no me había embriagado, ni el poder me había cegado. Yo comprendía bien que mi tarea iba a ser ímproba, que había de encontrar en mi camino resistencias y dificultades graves que no podía vencerlas sino con la buena voluntad y la cooperación de todos, que toda victoria sobre mis propios amigos me debilitaba para lo futuro, y como amaba y anhelaba la unidad nacional sobre todo y veía próxima a realizarse esta sublime aspiración del patriotismo de tantas generaciones, no quería comprometer el triunfo de la nacionalidad argentina, vinculándola al triunfo o a la derrota de una cuestión de detalle, y de aquí mi actitud en esta emergencia. Comprendía, también, que sólo así podría llevar a cabo la unidad nacional, manteniendo a la vez la uni-

dad del gran partido de los principios para que pudiese concurrir en masa a los altos fines de la política, aun en medio de las disidencias que lo dividiesen en otro orden de ideas. Por eso no quise ponerme al frente de ninguna idea determinada, aunque entonces la idea de la federalización contaba con fuerzas de opinión; pero no entraba en mis planes ni el antagonismo de mis propios amigos, ni la inmólación de una minoría que me privaba para lo futuro del concurso de una parte de las fuerzas vivas con que contaba para llevar a cabo la grande obra que tenía entre manos.

“Sirva esto de rectificación a su aseveración que me constituye en caudillo de una fracción de nuestro partido, y de contestación indirecta a la carta de Gutiérrez, en que me abre un capítulo de proceso como jefe de partido, por no haber puesto mi poder y mi influencia al servicio de una de tantas combinaciones que ambas fracciones han calificado de fundamentales, extraviándose las dos por distintos rumbos, por no ver que entonces fuí prudente, evitando la división de un gran partido, como hoy soy imparcial propendiendo a que ese partido, se reuna en nombre de un principio salvador, haciéndose superior a disidencias y antipatías y subordinándose a las legítimas exigencias del interés común.

“Con tales ideas y propósitos, usted ve bien que yo no podía constituirme en patrocinador ardiente (como lo dice), de la idea de la federalización, no porque creyese mala en sí la idea, no porque no estuviese dispuesto

a aceptarla si ella venía acompañada del asentimiento común, no porque quisiera dejar a otros la responsabilidad, aprovechándome del trabajo ajeno; no; era porque seguía otro camino y me guiaba por astros más fijos que los que determinaban el rumbo de usted cuando dice que por esta causa se separó de mí: era que quería la unidad nacional, que propendía a la unión de todas las voluntades, que no quería hacer nada que trajese la división de nuestras fuerzas y que persiguiendo una idea de todos los tiempos, no quería constituirme en caudillo y esclavo a la vez de una idea de circunstancias.

“Pero cuando vi que de la iniciativa del Congreso y de la resistencia de las Cámaras provinciales no podía resultar sino el caos; cuando vi que nadie se entendía sobre lo que quería ni medía la trascendencia de lo que negaba, entonces, por primera vez, tomé mi actitud franca y decidida, y sin herir el derecho y la dignidad de nadie, impuse a todos la única solución conveniente, haciendo uso de mi autoridad moral únicamente, diciendo que si no me daban lo que pedía y necesitaba, no aceptaría la Presidencia de la República. Y unos y otros aceptaron en consecuencia la federalización temporaria del Municipio de Buenos Aires, como un compromiso entre los partidos y como la solución más conciliadora y conveniente mientras la unidad nacional se consolidaba.

“Esto fué lo que yo quise, esto fué lo que se hizo, y esto, a la vez de salvar a la nacionalidad de los peligros a que habría estado expuesta (como lo he visto práctica-

mente después), salvó al partido liberal de una división que importaba su disolución; y a esto se debe que a pesar de sus profundas disidencias se mantenga todavía reunido en torno de ciertas grandes ideas, y que en un momento dado pueda presentarse en columna cerrada al pie de su bandera, allí donde sea necesaria la fuerza de todos y cada uno para salvar una situación.

“Este compromiso, noblemente aceptado por ambas partes y lealmente mantenido por mí, no sólo iluminó la idea transitoria de la federalización de la provincia de Buenos Aires, no sólo hizo ceder a los que no querían federalizar ni una pulgada de su territorio, sino que dió origen a lo que por ironía han llamado algunos la *gran* política y que yo he llamado simplemente *buen*a política.

“Yo comprendía entonces, como comprendo ahora, que no sólo necesitaba de la unión del partido liberal para hacer predominar la influencia de los principios, sino que necesitaba del consentimiento de todos los partidos y la concurrencia de todas las voluntades disidentes para dar consistencia a los hechos en la grande obra de la nacionalidad; y por eso trabajé para que el partido liberal de Buenos Aires se refundiese en el partido liberal de la nación, venciendo repugnancias que nacían de los rencores de la lucha; por eso traté de identificar la causa de la nacionalidad, de la libertad y del buen gobierno de los pueblos con la causa de aquellos principios y la razón de ser de esos hechos; por eso fué que acepté francamente la cooperación del general Urquiza en

cuanto a los grandes intereses del orden, después de declarararle públicamente que la reorganización de la nación debía operarse por principios contrarios y opuestos a los que él había sostenido. Política experimental que buscaba, no sólo las fuerzas políticas, sino también las fuerzas sociales, que tomando en cuenta los hechos no abdicaba de sus creencias, la adopté como la mejor para hacer una nación con todos, de todos y para todos, que diese razón de ser y razón de gobernar a los que realizaran el difícil problema de conciliar el hecho y el derecho representado por todas las buenas voluntades, haciendo predominar, sin embargo, un principio superior independiente de circunstancias accidentales y de influencias personales que fuese el patrimonio de la gran familia argentina, confiada a la custodia de los más capaces y de los más dignos de guardarlo y fecundarlo.

“Hace rato que he terminado con las dos rectificaciones históricas que me propuse hacer. Me he extendido, tal vez, más de lo que debía, en sacar de ellas algunas consecuencias y por eso me detengo aquí.

“En cuanto a las demás reminiscencias históricas que usted recuerda y que me son personales, no me ocuparé de rectificarlas, porque poco o nada tienen que ver con los intereses generales. Si merezco el alto honor de que mi patria me consagre una media página en sus anales, espero encontrar en la posteridad un juez más imparcial y más severo que mis contemporáneos. En cuanto a los hechos que no merezcan los honores póstumos, bastará

con que sean olvidados. Por lo que respecta a mis errores, espero que ellos sean juzgados con benevolencia por mis conciudadanos, tomando en cuenta mi buena intención. No me es posible hacer desde el campamento un curso de Historia y de Política contemporánea y me repugna ocuparme tanto de mí mismo.

“Ahora, ocupándome de usted, que tan lastimado se muestra por las palabras que he empleado a su respecto, le diré con toda franqueza y en el espíritu más amistoso, que si hubiese encontrado palabras más severas las hubiese empleado, no por mala voluntad hacia usted, ni para matar su candidatura, sino para desacreditar los medios que en favor de esa candidatura se empleaban. Y lo que digo de usted lo diría respecto de Rawson, lo mismo que de Sarmiento y Elizalde, no economizando a este último mi reprobación indirecta por trabajos análogos, en que me parecía haber entrado, aun sin la trascendencia y la responsabilidad del que, como usted, es gobernador de una de las provincias más importantes de la República. Si viese en manos de un hijo mío un arma peligrosa, que podía darle muerte, procedería del mismo modo, arrebatándosela violentamente, aun a riesgo de herirlo.

“Sin entrar a discutir sus títulos a la candidatura, bastará para mi propósito decirle que la primera vez que se habló de ella fué sobre la base del acuerdo extraoficial de tres gobernadores de provincia, dos de los cuales, al menos, creían poder disponer en masa de sus votos.

“Me basta que usted reniegue estos trabajos y que los condene, como yo, como liga inmoral de Gobiernos que pretendían usurpar la iniciativa y los derechos que corresponden al pueblo. Sin acusar directamente a usted ni a nadie, sin decir si estos trabajos eran obra de usted o de sus amigos, yo calificué esa candidatura de contrabando, como lo son las que no pagan al pueblo sus derechos de introducción, acatando la ley de la democracia; y llamar falsificación de candidato al que bajo tales auspicios se presentaba, no era sino una variante de la palabra, que importaba decir que no tenía derecho a la circulación legal, mientras no llevase el sello de la opinión pública manifestado por sus órganos más puros y legítimos.

“Como no conozco, en favor de su candidatura, más trabajos que éstos, ni más manifestación que el brindis de Luque en Córdoba, he estado autorizado a calificar como lo he hecho a la candidatura y al candidato, sin pretender herir su persona ni su carácter, ni pretender influir en mal en sus destinos políticos, si es que cuenta con medios para adelantar por caminos anchos y rectos, como los que deseo para todos los hombres públicos que participen de nuestras creencias.

Una prueba de ello es que a la vez que condenaba esos trabajos liberticidas, como correspondía, no lo excluía de mi programa general en cuanto a la posibilidad y aun a la probabilidad de ser contado entre los candidatos del partido liberal, y que para tal eventualidad pedía para

usted el apoyo de la mayoría y aun le ofrecía el mío para hacer posible un Gobierno de compromiso, imparcialidad que me vale, a la vez que las quejas de usted, los ataques de los enemigos abiertos y de los amigos disidentes, que me reprochan el que no lo haya excomulgado.

“Y lo que digo con relación a usted, lo digo con respecto a los demás candidatos y candidaturas en circulación, que yo no he inventado ni prohijado directa o indirectamente, y en favor de los cuales no me he de ocupar en echar pesas falsas en la balanza. Todas esas candidaturas, tan embrionarias todavía, ninguna de ellas cuenta aun con bastante fuerza de opinión para triunfar ni aun en el seno de su propio partido, y rechazadas por todos sus enemigos y combatidas por una parte de sus amigos, serán irremisiblemente derrotadas. Y esas derrotas parciales de cada una representarán, en su conjunto, la derrota del partido liberal, si todos y cada uno de sus miembros no se persuaden con tiempo que sólo la unión puede salvarnos y sólo ella puede llevar al poder un hombre que sea la encarnación de los principios, en cuyo honor la República ha hecho tantos sacrificios

“Si los candidatos del partido no hubiesen de triunfar por medios morales análogos a sus principios y con el apoyo de todas nuestras fuerzas, prefiero que sean derrotados; y si nuestro partido no es capaz de realizar en la elección, y, por consecuencia, en el Gobierno, los prin-

cipios que forman su credo, es preferible que sucumba antes que traicionar su creencia y desertar cobardemente su bandera.

“Y no hablo así por desaliento, ni porque pretenda arredrar a nadie con esta perspectiva posible, sino porque comprendiendo que la moral pública necesita ser retemplada y los abusos que se erigen en teorías de Gobierno necesitan ser desacreditados, quiero dar a esa fuerza moral mi apoyo, si algo vale, emancipándome de influencias personales y de vicios triunfantes para que los pueblos no desmayen en su tarea, y perseveren hasta el fin, en la conquista de las libertades que les son debidas.

“Esos Gobiernos electores que gastan la fuerza política en usurpar al pueblo sus derechos formando legislaturas, haciendo nombrar diputados y senadores nacionales, y que se complotan para elegir presidente como si fuesen dueños absolutos del bien ajeno, subordinándolo todo a este interés extraño y opuesto a sus funciones, tienen que caer vergonzosamente, unos tras otros, como han caído poderes que se creían fuertes y que han sido corroídos hasta la médula de los huesos por este vicio orgánico, como caeremos nosotros si no reaccionamos vigorosamente contra esa corrupción y si no tenemos la valentía de levantarnos contra todo contrabando o falsificación de los derechos comunes.

“Este lenguaje no es nuevo en mí y me asombra que usted se manifieste escandalizado y me llame presidente

« presidente revolucionario y acusador » porque condeno con energía esos abusos propendiendo así a corregir los vicios de los Gobiernos y reivindicar los derechos de los pueblos. ¿No era usted miembro del Congreso Nacional, cuando ahora cuatro años, en alta voz y con mayor energía, condené esos mismos abusos y reivindicué esos mismos derechos en presencia de los escándalos electorales que habían tenido lugar en varios puntos de la República y, muy recientemente, en la misma provincia de Buenos Aires?

“¿Ha olvidado usted, acaso, la solemne sesión del Congreso Nacional del 12 de mayo de 1864?

“En esa ocasión dirigí a mis conciudadanos las siguientes palabras, que creo conveniente recordar:

« El ejercicio regular de las autoridades locales, la seguridad individual, la verdad del sistema representativo, en cualquier punto del territorio nacional que se invoque, de cualquier modo que se ataque o se falsee, no puede menos de afectar directamente al sistema general. Y los disturbios locales, la « intervención ilegítima y directa de los Gobiernos de provincia en las elecciones populares », los excesos de autoridad que invocan las exigencias del orden hiriendo la libertad, el falseamiento de las formas salvadoras del derecho por pueblos o Gobiernos, son otras tantas brechas abiertas a la constitución general, aun cuando tengan por teatro la limitada esfera de una provincia.

» Esta situación, que tuvo por punto de partida y

» tiene por fin la libertad que nace de la ley, sucumbiría
» también si no es fiel a su origen, si no saca sus fuerzas
» de las mismas instituciones, si no reacciona enérgica-
» mente y en tiempo contra el abuso que puede erigirse
» en sistema de gobernar, comprometiendo al fin la exis-
» tencia de pueblos y Gobiernos.

» La elección de sus representantes es el único acto por
» medio del cual el pueblo ejerce una influencia directa
» en los negocios del Estado; y el ejercicio pacífico y real
» de este derecho es la más eficaz garantía de la estabi-
» lidad del orden, porque el pueblo, aunque no siempre
» elige lo mejor, elige siempre lo que se halla más dis-
» puesto a sostener. Si los Gobiernos, no satisfechos con
» gobernar y a título de más capaces se empeñan en
» constituirse en poderes electorales, poniendo al servicio
» de una parte del pueblo los medios de acción y de
» poder que el pueblo todo les ha confiado para la segu-
» ridad común, ¿qué función le dejamos al pueblo en el
» régimen representativo?, ¿qué garantía sólida damos al
» orden constitucional?

» La lucha ardiente en que hemos vivido antes de
» ahora, la necesidad de defensa de los partidos atrinche-
» rados en el Gobierno, la transmisión de un abuso que
» se ha considerado por mucho tiempo como inherente al
» ejercicio de la autoridad, han podido explicar o dis-
» culpar esta distracción de la fuerza del Gobierno a
» objetos extraños y contrarios a su naturaleza y fin;
» pero me asiste la confianza de que, a medida que la

» opinión se fortalezca y los partidos se eduquen, esa
» intervención ilegítima de los Gobiernos en las elecciones han de desaparecer y, con ella, uno de los más
» inminentes peligros de esta situación. »

“¿De qué se escandaliza usted, pues? ¿Por qué hoy, recién y a propósito de una carta da más gravedad a mi palabra confidencial que a mi palabra oficial pronunciada en pleno Parlamento y a la faz del país? Si usted está en contra de las ligas inmorales de Gobiernos para complotar elecciones, como me lo dice, y en contra de los usurpadores del sufragio popular, ¿por qué me repueba que yo me pronuncie contra esos abusos? Si está en favor de esas ideas, ¿por qué no se asocia a mi programa para corregirlos en honor de nuestros principios y bien de nuestra patria?

“No insisto sobre esta contradicción de su carta, porque ella nace del sistema de personalizar ciertas grandes cuestiones, aplicándoselas a sí mismo o refiriéndolas a otros, lo que, a la vez que las empequeñece, hace que la lógica se extravíe algunas veces, tomando como base de criterio lo que es un simple corolario. Levántese usted a regiones más elevadas y serenas y, prescindiendo de usted, de mí y de los otros, procure dominar más vastos horizontes, y entonces verá más claramente por encima del polvo del camino y más arriba de nuestras cabezas, la noble imagen del ideal, que todos buscamos y que debemos propender a realizar en cuanto sea posible.

“¡Felices los hombres públicos que acercándose a ese

ideal pueden fundar la libertad y asegurar la felicidad de los pueblos, y más felices los que, después de haber completado su evolución histórica dirigiendo los destinos de una gran nación, pueden, desde el umbral de la vida privada, hablar a sus contemporáneos con la serena majestad de Wáshington, como si hablasen ya con la posteridad desde los Campos Elíseos de los héroes inmortales!

“Ningún hombre político, en nuestra patria, se ha hallado en esas felices condiciones, porque, jornaleros y combatientes al mismo tiempo de la causa de su elección, han trabajado y han luchado, cayendo en el combate o vencidos por los peligros, hasta gastar su último aliento en defender y aumentar el patrimonio común, legando a sus sucesores la tarea de completar su obra; y en esta tarea estamos todavía.

“Nuestros gloriosos antepasados, que tantos sacrificios hicieron para legarnos una patria independiente y libre, han dejado su herencia un poco embrollada, que malos hijos han dilapidado en parte y que los que continúan los trabajos de aquellos grandes hombres procuran restablecer y aumentar.

Admiremos a aquel padre de la democracia, como un modelo a que debemos aspirar acercarnos, como a un bello y sublime ideal, y veneremos a esos padres de la patria, pero no los manoseemos tanto para medir nuestras respectivas tallas comparándolas con sus grandes figuras.

“Lo que cada uno haya hecho en su esfera en favor de la libertad y de la felicidad de su patria será pesado algún día en balanzas equitativas, tomando en cuenta las dificultades de los tiempos y la eficacia de los medios de acción.

“Mientras tanto perseveremos en la tarea con la modestia y la virilidad de los que, no aspirando a hacerse ricos por una suerte de lotería política, aspiran a ganar el pan de cada día con el sudor de su rostro.

“Con tales ideas y sentimientos, lo felicito por la profesión de fe que me hace, aunque algo más esperaba de usted y algo más puede y debe hacer, en la posición que ocupa, para trabajar en favor de los principios de nuestra religión política y de la felicidad de nuestro país.

“Hacer cuanto se pueda por la nacionalidad, así en la buena como en la mala fortuna, sostener las instituciones federales buscándoles el apoyo de las fuerzas morales y materiales de los pueblos, son deberes generales de todo ciudadano y, con más razón, de un gobernante.

“Algo más que eso hay que hacer para llegar con honor y con éxito al término de la primera jornada, y es consolidar esa misma nacionalidad acreditando y haciendo amar la libertad por la práctica leal y sincera de las instituciones que nos rigen, propendiendo así a dar a los Gobiernos su verdadera fuerza, y a que se concentren en torno de un interés salvador las voluntades de los hombres de principios que trabajan por el triunfo de las ideas más que por el triunfo de determinados intereses y determinadas personas.

“En tal sentido tenía el derecho de contar con su cooperación para el logro de los propósitos enunciados en la carta de que usted se ocupa a fin de preparar al país a una elección libre, legal y pacífica, en que presentándose unido y compacto todo el partido liberal de la República, resulte un presidente que sea la expresión de las aspiraciones legítimas de la sociedad política y civil y lleve al Gobierno fuerza de opinión bastante para legitimar su triunfo para bien de todos y honor de nuestros principios por la eficacia de su Gobierno, desarmando las resistencias de sus enemigos y sacando su energía de la fuerza de su origen, del apoyo de todos sus correligionarios y de la libertad de todos. —

“El dilema es este: O el partido liberal triunfa unido, trabajando en la elección por medios análogos a sus fines y llevando al Gobierno un hombre que lo represente y lo haga valer, contando con su apoyo, o el partido liberal es derrotado en la elección si se divide y da a sus enemigos la fuerza y la razón de ser, aun cuando llegase a obtener, por casualidad, un triunfo parcial y enfermizo.

“Con esto he dicho mi última palabra.

“Pero antes de terminar no puedo prescindir de hacerle notar una inexactitud de concepto en su carta, nacida, sin duda, de la falta de atención con que usted ha leído la mía. .

“Si hay algo claro y explícito en la carta a que me refiero, es que no puedo influir, directa o indirectamente, en la elección presidencial, que no tengo ni quiero tener

candidatos, que rechazo toda participación en los trabajos que se han hecho o se hagan en tal sentido, sean buenos o malos, que condeno todo medio oficial o que se le parezca, así para eliminar candidaturas por otra influencia que la de la razón y la autoridad moral, como para hacer otras que no tengan por base la moral, la libertad, la iniciativa del pueblo y la condensación de las fuerzas políticas y sociales, que son las únicas que dan vigor y estabilidad a los Gobiernos libres. Y, por si esto no era bastante claro, agregaba: que no sólo por deber y por convicción no tenía ni quería tener candidatos, sino que aun deseando el triunfo de un hombre que representase en el Gobierno las ideas liberales, nunca tomaría la iniciativa sobre el particular, por no usurpar al pueblo sus derechos y por no dividir de antemano las fuerzas con que únicamente podía triunfar en el terreno pacífico de la constitución y consolidar su Gobierno después del triunfo. Dije, además: que una mera indicación mía en favor de algunas de las candidaturas que se proponían sería bastante para matarla o para producir la división de un gran partido que sólo puede triunfar por la unión y por la iniciativa popular, con exclusión de todo elemento oficial y de toda influencia bastarda. Y al decir esto y al reservarme para una ocasión extrema pronunciar una palabra imparcial y desinteresada, si ella me era permitida y pedida, manifestando que por honor de mis conciudadanos deseaba no hallarme en el caso de pronunciarla, tributé a la libertad y a los dere-

chos de mis conciudadanos el homenaje más cumplido que un gobernante puede ofrecer a un pueblo.

“Después de esto no comprendo cómo es que dice e insinúa usted en su carta que yo me considero con razón omnipotente para matar y propiciar candidaturas, cuando es únicamente a mi recomendación y a mi preferencia respecto de un candidato cualquiera, a la que atribuye el poder de destruirla de antemano, o, por lo menos, de comprometer el triunfo del partido cuya unidad de acción y pensamiento me proponía al formular lo que llamaré mi programa electoral.

“Esperando que en su inteligencia y patriotismo encontrará usted nobles inspiraciones para concurrir a esa unidad de acción y pensamiento, bajo los auspicios de la libertad, me repito de usted, como siempre, S. S. y compatriota. — *Bartolomé Mitre.*”

Fiel, el general Mitre, a estas virtudes cívicas, que hizo prácticas en el ejercicio del gobierno, las corroboró cuando Sarmiento le escribía, en diciembre de 1867, abril de 1868, y hacía la apología de su candidatura, insinuándole le favoreciese con su apoyo. Entonces Mitre se encerraba en el mutismo o contestaba manifestándole su absoluta abstención en la lucha electoral. ⁽¹⁾

(1) *Archivo de Mitre*, tomo I, pág. 18.



XII

MITRE HOMBRE DE PARTIDO

La revolución de septiembre de 1874. — Manifiesto revolucionario. — « La Verde ». — Capitulación de Junín. — Proceso de los revolucionarios. — Cuestión de competencia. — Defensa personal del general Mitre.

Los antecedentes históricos referidos en el tomo I, tal vez algo minuciosos en estos sencillos y sintéticos *Apuntes*, conviene recordarlos porque ellos ponen en evidencia que cuando don Bartolomé Mitre, después de renunciar a su grado de general de la Nación y a los privilegios y ventajas anexas, se ponía al frente de la Revolución, lo hacía obedeciendo a la disciplina del partido nacional, que le exigía se alzara en armas contra el gobierno de la nación, como ejemplo de viril protesta contra el fraude electoral cometido por el partido autonomista en 1874, y porque nadie más que él podía tener derecho de ponerse a la cabeza de la protesta, dada la justicia y la imparcialidad

con que, bajo su gobierno, se habían realizado las elecciones para presidente de la República.

Estas ligeras consideraciones pueden sin duda bastar para explicar las declaraciones formuladas en el *Manifiesto Revolucionario* y cuyos comentarios quedan librados al lector.

Dice el:

MANIFIESTO REVOLUCIONARIO

“Octubre de 1874.

“Como hombre público de antecedentes conocidos, como candidato a la presidencia de la República en la última elección, y como ciudadano que tiene y acepta la responsabilidad moral para ante el pueblo, debo a mis conciudadanos una explicación de la actitud que deliberadamente asumo, en presencia de las circunstancias solemnes en que se encuentra el país.

“Me ha de ser permitido recordar con este motivo a mis conciudadanos, que favorecido por la fortuna en nombre de la libertad y honrado por el voto libre y unánime de los pueblos, jamás usé de la victoria ni del poder sino en el interés del bien común. Que entregué el mando supremo en toda su plenitud al elegido de la mayoría, dejando a la Nación unida por la primera vez, en paz y libertad, triunfante en el exterior y próspera en el interior. Que retirado a la vida privada, sin ambi-

ción y sin rencores, solamente he abandonado mi retiro en los momentos de peligro, en que el pueblo y el gobierno han requerido mis consejos o mis servicios, creyendo haber correspondido a su confianza en tales ocasiones. Y por último, que la sinceridad de mis palabras jamás fué puesta en duda, ni aun por mis enemigos.

“Con estos antecedentes, no pensaba ni deseaba ser candidato a la presidencia de la República en el futuro período constitucional, como lo declararé cuando mi candidatura fué proclamada popularmente, hallándome ausente del país. Acepté empero la candidatura en honor de la libertad del sufragio, que veía comprometida, aspirando únicamente al triunfo del voto popular. Asimismo me abstuve de toda participación directa o indirecta en la lucha electoral, aceptando de antemano el fallo de la mayoría legal, cualquiera que él fuese.

“No obstante los medios reprobados puestos en juego y la acción coercitiva de los gobiernos electorales en las provincias; no obstante los fraudes inauditos y notorios cometidos con el concurso del poder oficial y las violencias de la fuerza pública, en los comicios, desautoricé y desarmé a los que, habiéndome honrado con sus sufragios, querían lanzarse al terreno de la acción, declarando públicamente en nombre del patriotismo: que la peor de las votaciones legales, valía más que la mejor revolución.

“Esa declaración conciliadora, que era la aceptación del resultado ostensible de la elección presidencial con

todos sus vicios, que aseguraba la paz del presente y del futuro, que fiaba la solución de todas las cuestiones a la acción pacífica de la opinión pública en el terreno de la Constitución, no fué aceptada.

“Los que se decían vencedores aspiraban no sólo al triunfo inmediato sino también a su perpetuación en el mando por los mismos medios fraudulentos empleados por ellos durante la lucha electoral.

“Consecuentes con este propósito los poderes públicos complotados se hicieron solidarios del fraude, excluyendo a los verdaderos representantes del pueblo, y aceptando en su lugar a los representantes de una falsificación inaudita, por nadie negada y por todos confesada. Los poderes falsos que privaban del derecho de sufragio a la mayoría de los ciudadanos fueron confirmados.

“Desde ese momento el derecho de sufragio, fuente de toda razón y de todo poder en las democracias, quedó suprimido de hecho. La renovación de los poderes públicos se fió no ya a la acción tranquila del voto de las mayorías, sino al registro falso, al fraude electoral. a la fuerza de los gobiernos electorales complotados y a la eficacia de los medios oficiales puestos al servicio de esta iniquidad erigida en sistema permanente de gobierno.

“Esto era la anulación de la primordial de las libertades públicas, de que fluyen todas las demás; era la exclusión de una parte considerable del pueblo de toda participación directa o indirecta en la cosa pública; era

el entronizamiento de una oligarquía oficial, que ni mayoría era, compuesta de partidarios sin conciencia, que consideraban el poder como una propiedad exclusiva de ellos, y que declaraban lícitos todos los medios para conservarlos, aun a despecho de la voluntad popular.

“Esto era el desconocimiento de los derechos nativos de los hombres reunidos en sociedad, la abrogación del sistema republicano, la violación de la Constitución en su parte fundamental, cerrándose de este modo por una provocación y una usurpación todas las vías legales para la solución pacífica de las cuestiones de interés común, sin esperanza de poder apelar al recurso de una mala elección legal.

“Así fueron colocadas las cuestiones que debían resolverse por la opinión y por el voto en el terreno de los hechos, que sólo podían ser corregidos por estos hechos, haciendo imposible por otro medio la reivindicación de los derechos usurpados y de las libertades públicas suprimidas.

“Desde este momento la Revolución, contenida hasta entonces por el patriotismo, tuvo su razón de ser y su bandera, y penetró hondamente en las conciencias sin que nadie se ocupase en conspirar.

“Llamado, no sólo por los que habían sostenido mi candidatura, sino también por los que habían hecho oposición, a ponerme al frente de los trabajos revolucionarios, contesté negándome a ello; pero declarando al mismo

tiempo que la revolución era un derecho, un deber y una necesidad, y que no ejecutarla con pocos o con muchos, aunque no fuese más que para protestar varonilmente con las armas en la mano, sería un oprobio que probaría que éramos incapaces e indignos de guardar y de merecer las libertades perdidas. Declaré además que, producido el hecho, yo me pondría al frente de la revolución en toda la República, para darle significado y cohesión nacional.

“Una sola condición puse a esta aceptación, y fué que en ningún caso la revolución se haría para corregir la elección buena o mala que se había efectuado, en el sentido de favorecer mi candidatura, que consideraba eliminada definitivamente, y que reivindicadas las libertades del pueblo argentino, me sería permitido declarar que mi vida pública había concluído para siempre.

“Desde ese momento, los elementos que debían producir la revolución se condensaron espontáneamente. La revolución que estaba en las conciencias, fué un hecho irresistible, irrevocable. Todos lo sabían, y sólo lo ignoraban los poderes oficiales complotados con los partidistas, lo que muestra su aislamiento, y la fuerza de popularidad con que la revolución contaba.

“El hecho se ha producido, y fiel a mis compromisos, a la voz imperiosa de mi conciencia y al cumplimiento de los deberes sagrados que me he impuesto, yo lo acepto y asumo la responsabilidad, declarando hoy como antes,

que la revolución en las condiciones a que habíamos llegado era un derecho, un deber y una necesidad, deplorando que tan dolorosa extremidad se haya producido, de modo que los hechos y los poderes de hecho que son su emergencia sólo pueden ser corregidos por los hechos.

“El pueblo, comprendiéndolo así, ha respondido al llamamiento anónimo de los primeros que levantaron valientemente las armas en nombre de la Constitución violada y los derechos conculcados. Hasta la mayor parte del ejército nacional, que se había elevado a la categoría de resorte gubernativo, y con que se contaba para oprimir al pueblo, ha puesto sus armas al servicio de la revolución. Y allí donde la revolución no se ha producido aún ella germina en todos los corazones, y su grito vibra en toda la República, en la guardia nacional, y hasta en las paredes de los calabozos llenos de presos por el delito de ser sospechados de amar la verdad de las instituciones, la libertad del sufragio y aspirar a la caída de los gobiernos electores y de los poderes de hecho, producto del fraude electoral.

“En presencia de este gran movimiento de la opinión viril de mi país, debo declarar, además, que si así como es poderoso y asegura el triunfo, él hubiera sido débil y aislado, yo lo hubiese aceptado igualmente con todas sus consecuencias, siquiera como protesta que salvase nuestra dignidad de pueblo libre, porque estoy resuelto a acompañar hasta al último que sostenga su bandera.

“Si, como tengo fe, el pueblo argentino reivindica en

esta ocasión sus derechos usurpados, espero que mis conciudadanos me reconocerán el derecho de declarar que mi vida pública ha terminado para siempre, cumpliendo así la única condición que puse al autorizar la revolución con mi nombre y aceptar la responsabilidad ante propios y extraños.”

*
* *

Producido el movimiento revolucionario, Mitre desembarcó en el puerto de Tuyú y se dirigió a la campaña de Buenos Aires a ponerse al frente de la poca tropa de línea que le auxiliaba; un batallón escaso y los gauchos del Sur, que corrieron presurosos a alistarse en armas bajo el comando del general Ignacio Rivas y de los coroneles Benito Machado, Julián Murga, Calvette, Charras, Emilio Vidal y otros.

Con aquel núcleo de combatientes, faltos de disciplina y organización, con excepción de la escasa tropa de línea que le seguía, Mitre se dirigió al N. O. a marchas forzadas, pues era perseguido por el ejército, en su mayor parte veterano, que comandaba el entonces coronel Luis María Campos, y cuya vanguardia, al mando del coronel Hilario Lagos, le hostigaba la retaguardia.

Llegadas las fuerzas de Mitre al cuartel 5° del Partido de Chacabuco y al establecimiento rural llamado *La*

Verde, se encontró aquél con una brigada de Guardias Nacionales: los batallones de Lobos y Saladillo, mandados respectivamente por los tenientes coroneles Francisco Bosch y Daniel Solier; unos escuadrones de caballería, mandados por el teniente coronel Próspero Noris, y dos compañías del batallón 6° de infantería de línea, todo bajo el comando en jefe del teniente coronel José Inocencio Arias, que cerraban el paso a las fuerzas perseguidas, y entonces Mitre se resolvió a jugar en una batalla la suerte de la revolución.

El bizarro ataque del batallón 4° de infantería de línea, al mando del entonces sargento mayor Nicolás Palacios, y la brillante conducta de los gauchos bonaerenses, a quienes el coronel Benito Machado mandó echar pie a tierra y atacar con sus lanzas improvisadas y sus puñales las trincheras de *La Verde*, protegidas por un foso, nada pudieron en aquel memorable día contra la bien organizada fuerza y que una parte de la misma, la de línea, estaba armada de fusiles de precisión.

Por ello fué que, pocos días después de la batalla, que tuvo lugar el 26 de noviembre de 1874, los jefes, oficiales y tropa que le secundaban, cediendo todos a la resolución de Mitre, que quería evitar nuevos derramamientos de sangre, capitularon en el pueblo de Junín, el 2 de diciembre de 1874.

Afirma un clásico escritor y publicista francés, un maestro, Nizard, si mal no se recuerda, al referirse a la suerte que corrió el Imperio Romano, que el pueblo

en tiempo de Augusto empezaba a corromperse y que llegado el reinado de Tiberio se había podrido. No obstante todo el respeto que merece el maestro, parece que sería más lógico afirmar que fué en tiempo de los Gracos cuando el pueblo romano empezó a corromperse, y que llegados que fueron los consulados de Mario y de Sila se había podrido.

Y como los símiles, los paralelos, también se aceptan en la historia, aplicando el juicio de Mr. Nizard al estudio de los anales políticos de la República Argentina, no es exagerado afirmar, que en tiempo de la presidencia de Sarmiento la política interna empezaba a corromperse y pasados veinte años se hallaba podrida.

Estúdiense un período de más de cuarenta años y él evidenciará cómo se hacía política electoral en la Argentina y cómo se las componía el partido que alardeaba de autonomías. Hubo provincias, tanto del litoral como andinas y del norte, en las que no se hacía sino aquello que se determinaba en las esferas oficiales y en que los paisanos, los habitantes de las campañas, no tenían defensa alguna contra el comandante del Partido y el juez de paz. La poesía gaucha argentina ha descripto en cuadros emocionantes de verdad la suerte que durante muchos años corría el paisanaje, llevado a la fuerza a las lejanas líneas de frontera. Pero esto no bastaba. Había otras provincias que, ostentando independencia, se sujetaron, durante cinco lustros, si no más, a gentes cuya influencia se mantuvo firme en todas las esferas del gobierno, y

cuyas gentes eran representantes de esas provincias en el Congreso, donde se bandearon períodos legislativos que comprendían una vida.

Y como la impunidad lleva al exceso, llegó un día que se organizó un acuerdo de gobernadores, cuya dirección se ejercía desde Córdoba; acuerdo que llegó a imponer presidentes, y eso a pesar de negarlo los partidarios de la nueva política. Y que era cierto de verdad, está para evidenciarlo una carta publicada por un ex ministro nacional, al presente extinto, en la que declaraba que era efectivo, de toda verdad el acuerdo ⁽¹⁾ y otra carta de otro ministro, éste médico y publicista, también extinto, en que hablando de la situación imperante y del triunfo que no respetaba leyes ni vallas, decía al presidente Juárez Celman “que ellos tenían gobierno para muchos años, para los hijos de sus hijos”, lo que significaba afirmar para los nietos. ¡Estaban ciegos!

¡Qué tiempos aquellos de la referencia, de la época de

(1) El ministro a que se alude era el doctor don Simón de Iriondo, ex gobernador de la provincia de Santa Fe. Una persona de la familia del mismo, no obstante haberle prometido ante las instancias del autor, una copia de la carta, no realizó la entrega, lo que se explica, sin duda, porque ésta se haya perdido o extraviado, lo que es por demás sensible, pues la carta es un documento de interés, que en justicia conviene hacer público porque es histórico y porque pone muy en relieve la gallardía y virtualidad del autor.

Y como la verdad es siempre la que debe primar en la historia, duela a quien duela, como un ejemplo de lo mismo lo ha evidenciado el general Mitre al dejar a la posteridad su correspondencia para que se juzguen en parte sus actos por lo que él declaró por escrito, de ahí esta nota, que no es en manera alguna ni un reproche ni una queja, pero sí algo que contraría, porque hasta cierto punto queda en parte sin aclarar un hecho que corresponde a una época por demás interesante y digna de estudiarse.

la presidencia del general Mitre, en que todo se respetaba y nada se conculcaba! ¡Qué tiempos tan diferentes a los que se han seguido después y en que el abuso llegó hasta el exceso, en los que hubo ministros que no obstante alardear de completa imparcialidad en política, sin dejar sus ministerios, en el ejercicio de éstos, hacían trabajos electorales buscando prosélitos con las dádivas del poder para ganar elecciones y hacerse gobernadores o entrar al Congreso por la puerta falsa del favor oficial! *¡Quantum mutatus ab illo!*

*
* *

Disueltas que fueron las fuerzas revolucionarias y entregados los jefes principales de las mismas a las autoridades nacionales, éstos fueron sometidos a juicio y nombraron sus defensores, el general Ignacio Rivas al general Emilio Mitre, el coronel Benjamín Calvete al doctor José Marco Moreno, el coronel Emilio Vidal al doctor Juan Carlos Gómez, el coronel Julián Murga al doctor Manuel Quintana, y el coronel Martiniano Charras al doctor Domingo Frías ⁽¹⁾. Cuanto al señor Bartolomé Mitre, éste decidió formular personalmente su defensa.

La primera cuestión que trataron los defensores,

(1) Se dan los títulos militares no obstante que los jefes solicitaron sus respectivas bajas, según infero, antes de la revolución, como Mitre.

como excepción previa, fué la competencia de la jurisdicción del tribunal militar para juzgar a sus defendidos. Fundamentaban los abogados la excepción en lo dispuesto en los artículos 45 y 46 de la ley de Procedimiento en los tribunales nacionales, de 14 de septiembre de 1863.

Comentaban luego en largas consideraciones los fundamentos jurídicos en que apoyaban la petición con resoluciones de los monarcas españoles Felipe V y Carlos III, en los artículos 16, 18, 94, 95 y 100 de la Constitución Nacional, y artículo 3 de la ley nacional del 63.

Entraban luego a considerar filosóficamente el papel que ha desempeñado el militar en nuestra historia. Estudiaban de seguida los delitos de *deserción*, *rebelión* y *revolución*; razonaban sobre materia política y, dejando estos antecedentes, entraban de lleno a considerar la justicia militar, sus fundamentos y límites dentro de la legislación nacional para hablar después de la jurisdicción que correspondía al caso *sub judice*. Todas estas conclusiones iban robustecidas con las citas de leyes de la Recopilación de Indias y con las doctrinas al caso de criminalistas en lo militar, como Bacardi, con decisiones de los fallos dictados en España, con citas de las ordenanzas militares españolas, donde se estudiaba desde el carácter del fuero militar hasta la jurisdicción y concluían el *petitum* solicitando al señor juez de sección, se sirviera librar oficio al Poder Ejecutivo Nacional por estar legalmente iniciado ante el mismo, el juicio de

competencia contra el Consejo de Guerra ordenado para juzgar a sus defendidos y pidiendo se suspendiera todo procedimiento hasta que la articulación fuese completamente resuelta.

Como es un puuto interesante el que se analiza y tratándose en la tesis jurídica que se defendía, que los procesados eran militares, conviene transcribir, para mayor comprensión, lo que los defensores argumentaban en la parte del escrito, la cuarta, que estudia la intervención de los militares en la política y que lleva el título de: *El militar en los partidos políticos*; dice así:

“La calidad del ciudadano, el ejercicio de los derechos políticos, los deberes y responsabilidades de su profesión, constituyen al militar juez de sus actos, lo confunden con el pueblo a que pertenece, lo arrastran a la vida activa; y lo hacen participar de todas las emociones, de todas las esperanzas, de todos los propósitos que alimenta y cultiva el hombre libre en el gobierno propio. Animado del mismo espíritu que el pueblo, e interesado como cualquier otro ciudadano en la libertad y grandeza de su país, más que otro cualquiera quizá, porque a esos grandes objetos ha consagrado su vida, no puede menos que comunicar con otros sus ideas sobre el interés común, de unirse con los que participan de su opinión y formar así en las filas de un partido político, que busque por el predominio de un principio o de un sistema de ideas, el mejor medio de promover el progreso del país y afianzar su libertad.

“Afiliado a un partido político y obligado por la naturaleza de las cosas y los defectos de la condición humana, el militar no podría substraerse al influjo de las consecuencias y seducciones del triunfo, a la abstracción de los esfuerzos comunes, al respeto que le merezcan opiniones más caracterizadas que las suyas, a la necesidad de la unión para alcanzar un éxito favorable, al calor del entusiasmo, con que sus amigos políticos inflaman su espíritu y se alientan mutuamente, para entrar con vigor en las lizas de la democracia. Una situación semejante puede poner sin duda en peligro su rectitud como funcionario, la integridad y firmeza de su carácter como ciudadano, la estricta parcialidad de un hombre justo; pero estos inconvenientes son insuperables e inherentes a la existencia siempre necesaria de los partidos políticos, sin los cuales las instituciones carecerían, del vigor con que deben sustentarse; la libertad, de la savia con que debe robustecerse y el progreso social en su fuente más fecunda.

“Que no siempre se adoptan los medios más justos y convenientes, que el procedimiento empleado puede alguna vez conducir hasta donde no se había pensado llegar para conseguir un fin legítimo, es un hecho comprobado por la historia de las luchas políticas, que constata por desgracia un defecto inherente a la naturaleza humana. Hay quienes piensan, es verdad, dice un distinguido hombre de estado de los tiempos modernos (Lord John Russell, Gob. y Const. brit.), que: “se puede go-

“bernar el mundo con intenciones puras y sólo por la
“fuerza del razonamiento.” Pero Mr. Wilberforce ha
“dicho muy bien, hablando de la religión, el hombre no
“es solamente un ser inteligente, *meliora proboque, dete-*
“*riora sequor*, es una palabra que cada uno de nosotros
“puede aplicarse todos los días. La más ligera tentación
“también es frecuentemente capaz de inclinarnos a obrar
“en oposición con los más claros razonamientos de nues-
“tra inteligencia, con nuestros más importantes intereses
“y nuestras más firmes resoluciones. Estas observa-
“ciones se aplican igualmente, en diferentes grados,
“a todo lo que exige esfuerzos laboriosos, penosos y con-
“tinuos, de que pueden apartarnos obstáculos imprevis-
“tos, o las seductoras tentaciones del placer. ¿Qué de-
“beremos hacer para alcanzar el éxito de una empresa
“necesaria y difícil? La respuesta es sencilla. Os esfor-
“zaríais no solamente en convencer la inteligencia, sino
“también en conmover el corazón, y para conseguir ese
“fin, debéis acudir al poder de las pasiones.”

Después de enumerar las ventajas y los inconvenientes de los partidos políticos, el mismo escritor agrega:
“Pretendidos filósofos formulan eternas lamentaciones
“sobre nuestras divisiones políticas y las luchas de nues-
“tras elecciones. Las inteligencias elevadas compren-
“den que allí está precisamente el arsenal de la liber-
“tad y de la propiedad nacional. En medio de las
“llamas y sobre el rojizo yunque, es donde la libertad
“recibe su forma, su temple y su fuerza.”

“Así es cómo el militar, juntamente con el ciudadano, puede verse arrastrado por la irresistible tendencia de los partidos políticos, hasta cometer delitos punibles en el calor de la lucha y en el choque de las opiniones. Ligados por la misma idea, vinculados al lazo de una opinión común y guiados por el mismo propósito y los mismos fines, ¿no será por ventura la misma falta, no será el mismo delito el que cometen en la misma empresa, el militar y el ciudadano? ¿Podrá ser distinta la culpa que cada uno cometa y la pena en que incurra? La Constitución de la República habrá dicho para el ciudadano: *queda abolida la pena de muerte en materia política* y levantará el patíbulo para el militar, también ciudadano, que con la misma intención, con el mismo propósito y con el mismo hecho se rebela contra los poderes establecidos.” (1)

Puede que parezca extemporáneo al paciente lector, la transcripción de estas conclusiones de la defensa de los jefes procesados, pero conviene declarar, que haciéndose, en ella, filosofía de los hechos producidos por la parte que tuvieron en los mismos los militares nombrados al principio, el autor cree procedente la transcripción, y tanto más cuando considera muy pertinentes las observaciones aducidas en la defensa.

Cuanto a la defensa de Mitre, éste se encargó de redac-

(1) Véase: *Proceso Político de los Revolucionarios de Septiembre de 1874*, página 41.

tarla personalmente, pues encontrándose con capacidad para hacerla, no necesitaba del auxilio de letrado. Era con citas un poco más abundantes que las recordades por los abogados defensores de los militares nombrados, cómo iba a expedirse Mitre ante el Consejo de Guerra, estableciendo también como cuestión previa la incompetencia de éste. ⁽¹⁾

Mitre, en el exordio de la defensa y evidenciando que era también un jurista, empieza por estudiar la interpretación del artículo 94 de la ley, que al presente lleva el N° 49, y que designa los crímenes cuyo juzgamiento compete a los tribunales nacionales, estableciendo su penalidad.

Sin embargo, es oportuno en el caso declarar, que al formular su defensa, Mitre, a quien ya no se llama general, porque en el año anterior había solicitado la baja con absoluta separación del ejército, no argumenta en su favor, sino de sus camaradas, injustamente reclamados para ser juzgados por la justicia militar. Cuanto a él renuncia a los beneficios que sobre el particular podrían favorecerle.

Dadas esas explicaciones, evidencia en su defensa que el delito de rebelión de que se les acusaba, al fuero quien correspondía conocer era el federal, y en manera alguna al militar, por cuanto habiendo los jefes solicitado la

(1) Puede consultarse el interesante estudio del doctor Adrián Beccar Varela, en que el joven publicista estudia a Mitre como jurista.

separación del ejército, no correspondía se les juzgase ante el Consejo de Guerra, sino ante los tribunales federales. Y como la defensa de Mitre conviene que se conozca, pues ella es interesante, instruye y da una medida exacta de sus fuerzas y conocimiento de la ciencia de las leyes, de forma y de fondo, se transcribe, pues es poco conocida, y dado que de ella no tiene noticia el que escribe se haya hecho otra publicación que la que apareció en los diarios.

He aquí esa defensa, que da también una idea del estilo elevado y conceptuoso del acusado.

Argumentaba Mitre, haciendo hablar al supuesto defensor:

DEFENSA LEÍDA POR EL ALFÉREZ STOPPANI

“Don Santiago Stoppani, alferez agregado al regimiento de artillería y defensor nombrado por el ex-General de la República Don Bmé. Mitre acusado: 1º por el Superior Gobierno, de “haber tomado parte en la rebelión de Septiembre”; 2º por el fiscal de esta causa: “de haberse ausentado del país, sin licencia, poniéndose posteriormente a la cabeza de las fuerzas revolucionarias que libraron combates contra las fuerzas legales, hace presente en favor de su defendido las consideraciones, argumentos, doctrinas, documentos, hechos y leyes expresas que expondré, por su orden, en el curso de este memorial.

“Antes de pasar más adelante, me ha de ser permitido hacer oír la voz de mi defendido, ante los jueces que deben entender en su causa.

“Invoca para ello el derecho que le asiste en todos los casos, y muy especialmente la inviolabilidad de la defensa que garante el artículo 18 de la Constitución Nacional, ley suprema de la Nación.

Voy a leer una carta de mi defendido que consigno en el cuerpo de esta defensa, y que dice así:

“*Retiro, Abril 1º de 1875.*

SEÑOR ALFÉREZ D. SANTIAGO STOPPANI: (1)

“He depositado en Vd. mi confianza nombrándole defensor de la causa que se me sigue. Espero que Vd. corresponderá a ella no excediéndose en la defensa de los límites que al nombrarle tuve en vista.

“Tengo la conciencia de haber cumplido con un deber al protestar con las armas en la mano a la par de mis compañeros de arma y de causa contra el falseamiento de las Instituciones republicanas, base de todo mando y de toda obediencia en un país libre. Vencido en el terreno de los hechos, no he confiado a Vd., por lo tanto, la defensa de mi causa política, ante un consejo de guerra, cuya competencia no reconozco para el efecto. A este respecto, únicamente le pido que haga constar de la manera que sea posible, que reitero todas y cada una

(1) Vuelve a observarse que la defensa transcripta fué ideada y redactada desde el principio al fin por el general Mitre, pero no queriendo leerla éste, determinó confiar la lectura de la misma, nombrando al efecto defensor al alférez Stoppani, que era, en el año del juicio, ante el tribunal, el oficial más joven en el arma de artillería, que era de la predilección del general Mitre y en la que éste inició su carrera militar.

de las palabras que como jefe de la revolución de Septiembre he pronunciado, y que constan en este proceso; agregando que no reconozco más juez de ellas que mi propia conciencia.

“Por lo demás, habiéndome colocado, por mi espontánea voluntad fuera de las cláusulas del convenio de Junín, no haciendo cuestión de mi persona, es mi deseo no ser defendido de hechos cuya responsabilidad he aceptado deliberadamente, y que acepto y aceptaré en todas sus consecuencias.

“Lo que espero de Vd. es que, en honor de la verdad y la justicia, y de la fe pública empeñada, haga la explicación y la defensa del convenio de Junín, colocando a todos los demás acusados bajo la salvaguardia de sus cláusulas determinando sus antecedentes, su espíritu y su alcance, según las hojas que le adjunto redactadas, y los documentos que le sirven de comprobantes.

“Cuando más, lo único que deseo haga Vd. en mi defensa para que tenga la satisfacción de llenar de alguna manera su noble cometido, es colocarme a la par de mis compañeros de arma y de causa, invocando para mí, como para todo ellos el principio de igualdad ante la ley.

“Me es grato, con este motivo, ofrecerme de Vd. affmo. amigo y S. S.”

Firmado: BARTOLOMÉ MITRE.

Después de esto, paso a ocuparme del fondo de la defensa, estableciendo primeramente con claridad los capí-

tulos de acusación para colocarlos ante la Constitución, ley suprema de la Nación, a que se subordinan todas las acusaciones, ante las leyes que rigen el caso, exhibiendo documentos solemnes y fehacientes que lo explican y lo resuelven terminantemente en bien y honor de mi defendido.

I

LA ACUSACIÓN

¿De qué es acusado mi defendido?

Según el resumen de la vista fiscal: “De haberse ausentado sin licencia del país; acaudillando posteriormente fuerzas revolucionarias, y combatiendo a la cabeza de ellas contra las tropas legales del gobierno.”

Esto es tomar el efecto por la causa, sin precisar jurídicamente el delito de que se le acusa, sin calificarlo con arreglo a la ley del caso, y sin determinar por lo tanto la naturaleza del delito imputado, ni menos la jurisdicción a que compete el conocimiento de la causa.

No pretendo valirme de esta circunstancia para excusarme de afrontar la acusación capital que se le hace, que es la de haber cometido acto de rebelión.

¿Quién le acusa de rebelión?

Nada menos que dos presidentes de la República, en documentos solemnes, refrendados por los ministros respectivos, y el Ministro actual de la Guerra en un decreto

de trámite, piezas todas que figuran en este proceso como va a verse.

Por decreto de 11 de Octubre de 1874, se dispuso y declaró lo siguiente:

“Art. 1º — Todos los jefes y oficiales del ejército de
“ la Nación, que han tomado parte en la *rebelión armada*
“ contra las autoridades constitucionales, serán consi-
“ derados desertores, y como tales, borrados de la lista
“ militar, perdiendo todos los derechos y excepciones ad-
“ quiridas, quedando sugetas en todo tiempo a la acción
“ de un consejo de guerra que entienda en la causa. —
“ SARMIENTO — *M. de Gainza.*” (f. 16 y vuelta.)

Por decreto 18 de Diciembre de 1874 se dispone y declara lo siguiente: “Debiendo ser juzgado con arreglo a
“ las leyes militares, los jefes y oficiales de línea, *que*
“ *tomaron parte en la rebelión de 24 de Septiembre úl-*
“ *timo*, y de conformidad con lo que dispone el artículo
“ 7 de la ley de Septiembre 14 del 63, sobre la jurisdic-
“ ción militar y competencia de los Tribunales Nacio-
“ nales, y de acuerdo con lo que dispone el artículo pri-
“ mero, título 6º, tratado 8º, de las ordenanzas y el artí-
“ culo 2º, del mismo título y tratado: El Presidente de
“ la República decreta: Art. 3º Serán juzgados por este
“ Consejo los militares de línea desde teniente coronel
“ hasta brigadier inclusive, que se sometieron en Junín.
— AVELLANEDA — *Adolfo Alsina.*” (f. 2 vuelta.)

El decreto de trámite, que es el que manda agregar a este proceso el incidente relativo a D. Cándido Galván, dice así:

“*Febrero 1º de 1875.*

“ Debiendo agregarse esta sumaria a la *causa seguida por rebelión* de los jefes y oficiales sometidos en Junín, “pase a la Comandancia General de Armas.—*A. Alsina.*”

En presencia de estos testimonios, no puede haber dos opiniones. Es fuera de toda cuestión que mi defendido, lo mismo que todos sus compañeros que en Junín se sometieron al Gobierno de la Nación, es acusado de acto de rebelión, y la causa que se le sigue es por rebelión, según lo declara el mismo gobierno.

Por consecuencia es de una causa de rebelión, de una causa especialmente política y que por la ley tiene tribunales determinados que excluyen toda otra jurisdicción, de lo que el superior consejo de guerra está llamado a conocer.

Puesto este primer punto fuera de toda cuestión, establezco por ahora como premisas: que según la naturaleza de la causa, así debe ser el tribunal; y según la acusación que se entable, así debe ser la sentencia que se formule: pidiendo únicamente que se observen con mi defendido las leyes que le amparan, procediendo con lógica, con verdad y con justicia.

II

NATURALEZA DE LA CAUSA

Basta enunciar que la acusación que se hace, es de acto de rebelión, para decir que la causa es esencialmente política.

Que la acusación es de rebelión, queda demostrado con el testimonio de todos los acusadores, sin excepción de uno solo.

Que siendo de rebelión la causa es política y no puede ser sino política, se prueba diciendo que no se puede cometer delito político sino haciendo acto de rebelión.

Regístrense todos los códigos vigentes del mundo y se verá que no existe ninguna causa política que no sea de rebelión armada.

Que la causa no es militar se prueba en primer lugar diciendo: que la rebelión no sólo no es delito militar, sino es decir, que sólo pueda cometer un militar en calidad de tal, sino que está clasificado entre los delitos comunes; y en segundo lugar, que la Ordenanza sólo trae la palabra rebelión como sinónimo de motín, sedición y tumulto de tropas con sus jefes en campamento o cuartel, según puede verse en sus artículos, desde el 26 hasta 42 inclusive en el Título 10, Tratado 8.

La antigua legislación española, de la que la Ordenanza es un reflejo, en este punto, confundía la asonada,

el alboroto, bullicio, sedición, motín, conmoción popular, con lo que propiamente se llama rebelión, hasta que el código penal español definió claramente este delito por su artículo 167, declarando: que eran reos de rebelión los que se alzaban públicamente y en abierta hostilidad contra el gobierno establecido, y para sustraer de su obediencia una parte del territorio, o algún cuerpo de tropas de tierra o mar.

Tal es la regla universal, y tal es la ley que impera en la República Argentina, lo mismo que en España, en presencia de las caducas Ordenanzas, que ni por su nomenclatura siquiera responden ya a las exigencias de la administración de la justicia excepcional.

La ley de justicia Nacional de 14 de Septiembre 1863, en su título IV dice:

“ Art. 14. — Son reos de rebelión los que se alzan públicamente y en abierta hostilidad contra el gobierno Nacional... Para deponer al Presidente de la república, despojándole de su autoridad.”

Así, pues, todos los delitos políticos se reducen a una sola denominación: *La Rebelión*.

La rebelión cualquiera que sea su forma u objeto, sea que se cometa con tropa o sin ella es un acto eminentemente popular, es una revolución con tendencias políticas, que le imprimen su carácter, y definen la naturaleza de la causa cuando llega el caso de que de ella conozcan los tribunales.

La Constitución Nacional, aboliendo para siempre la

pena de muerte por causas políticas, en su art. 18 y la ley de Justicia Nacional, declarando la rebelión causa política, son concluyentes.

La rebelión es un delito político. La ley de la Justicia Nacional, que la define, así, es la única que le aplique penalidad y determina su naturaleza.

Por lo tanto, toda causa de rebelión es política, y no puede dejar de ser. 1º La razón de esto es que no puede cometerse acto de rebelión, sino levantándose popularmente, convocando ciudadanos, y armándoles, sustrayendo tropas militares a la obediencia del gobierno establecido, dando combates y ejerciendo de hecho los actos del beligerante, casos todos en que se pone explícitamente la citada ley de 14 de Septiembre de 1863, en sus artículos 1 y 27, sobre los cuales llamo especialmente la atención V. V. E. E.

III

DE LA COMPETENCIA

La ley, regla inmutable para todos los tiempos, para todos los partidos y todos los hombres, no ha tenido, ni podido tener en vista determinar de qué parte está la razón o la justicia en las causas políticas fiadas al éxito de los combates y frecuentemente decididas por ellos. Su objeto primordial es determinar cómo y con qué garantías se han de administrar la justicia en tales casos.

Por eso, la Constitución, dominando todos los tiempos, ha declarado: que en las causas políticas nunca en ningún caso se comete delito capital que merezca pena de muerte.

La ley nacional, haciendo práctico este principio fundamental de toda justicia política, sólo ha establecido pena de destierro ó multa para los que cometen acto de rebelión.

Por eso, la Constitución en su artículo 18 ha establecido, que ningún habitante puede ser penado, sino en virtud de la ley expresa, anterior al hecho del proceso, ni juzgado por otros jueces que los designados por la misma ley.

La ley nacional, haciendo también práctico este otro principio fundamental, atribuye única y exclusivamente a los tribunales ordinarios de la nación el conocimiento de las causas políticas sobre rebelión.

La ley, al establecér estas reglas, ha querido que la justicia política se ejerza por el juez designado de antemano, por todos los tiempos, para todos los casos y todas las personas y que participe en cierto modo del inmutable carácter de la ley misma.

La ley, en un país libre, regido por Instituciones republicanas, no podía renegar, ni negar su credo, entregando los actos populares de los ciudadanos sujetos a juicio, al fallo apasionado y vengativo de los mismos vencedores armados con la espada del combate.

Y esta filosofía de nuestra ley es la misma que dero-

gando las caducas cláusulas de las Ordenanzas militares, prevaleció en la legislación española a fines del siglo pasado, declarando: que todo militar que tomase parte en conmociones populares, quedase sujeto a la acción de los tribunales civiles, como lo haré ver muy luego.

El superior decreto de 18 de Diciembre de 1874, que nombró y convocó este consejo, invoca, no obstante, la misma ley nacional ya citada, para atribuir a la jurisdicción militar el conocimiento de esta causa con todos sus partes.

En el preámbulo del expresado decreto se dice:

“ Debiendo juzgarse con arreglo a las leyes militares,
“ los jefes y oficiales de línea que tomaron parte en la
“ rebelión del 24 de Septiembre último, de conformidad
“ con lo que dispone el artículo 7 de la ley de Septiem-
“ bre 14 de 1863, sobre jurisdicción y competencia de
“ los tribunales federales, y de acuerdo con lo que dis-
“ pone el artículo 1º, título 6º, Tratado 8º, de las orde-
“ nanzas, y el artículo 20 del mismo título y tratado.”

El artículo de la Ley Nacional, invocado en el decreto, cuyo preámbulo acaba de leerse, dice así: “La jurisdicción criminal atribuída por esta ley a la justicia nacional, en nada altera la jurisdicción militar, en los casos, en que, *según las leyes existentes, deba procederse por consejo de guerra.*”

Es de notarse que en el decreto que venimos examinando, a la vez que se dice que la causa es por rebelión, y por lo tanto política, o lo que es lo mismo de la com-

petencia de la justicia política, se declara que ella compete a la jurisdicción militar.

Como queda ya demostrado, la rebelión es un delito por la primera vez definido en nuestra legislación, por la ley de justicia nacional, y su conocimiento, es expresamente atribuido por ella a los tribunales ordinarios.

Para sostener que tal delito es de la competencia de los consejos de guerra, sería indispensable o bien que su conocimiento le estuviese expresamente cometido por leyes posteriores (puesto que las anteriores ni aun siquiera lo definían), o bien que la ley nacional, al definirlo en la categoría de los delitos políticos, no lo hubiese expresamente atribuido a la jurisdicción exclusiva de los tribunales de la nación.

Que el conocimiento de causas de estas naturalezas, y especialmente las que se refieren a rebelión, está reservado a la jurisdicción criminal ordinaria no cabe cuestión en presencia del texto expreso de la ley sobre jurisdicción y competencia de la justicia nacional.

Bastaría esto para demostrar que las causas de rebelión no son de la competencia de los consejos de guerra.

Pero hay más que esto aun.

La misma ordenanza que se invoca para sujetar las causas de rebelión a la jurisdicción militar, inhiere expresamente a los consejos de guerra de entender en ella, como voy a demostrarlo con el texto expreso de las leyes de la materia.

Uno de los más eruditos comentadores de la ordenanza militar española que rige nuestros ejércitos, dice:

“ No gozan fuero militar los que intervienen en tumulto, como está mandado, por Real Orden que se comunicó al ejército en 14 de Septiembre de 1774, y a la Real Armada, por 28 del mismo, por la cual se mandó observar la pragmática preventiva de bullicios populares, expedida en 17 de Abril del mismo año, que forma la ley 5, título 14, libro 12 de la Novísima Recopilación, por cuyos artículos 2º y 3º, se previene: *que todos los que se mezclen de cualquier modo que sea en connociones, quedan desahorados y sujetos a la justicia ordinaria*, que ha de conocer en esta clase de causas sin excepción de fueros por privilegiados que sean. Lo que está confirmado por Real Orden de 10 de Noviembre de 1800, circulada a Indias, en la que se dijo que el Real Decreto de 9 de Febrero de 1793 declaratorio del fuero militar no se extiende a los casos de sedición, *bien sea regular contra los magistrados o bien contra la seguridad de una plaza y sus tropas, debiendo*, en el primer caso, conocer la justicia ordinaria, y en el segundo la militar.” (BACARDI, tomo I, página 98.)

Como se ve, el último caso en que por excepción se atribuye el conocimiento de la causa a la jurisdicción militar, sólo se refiere a *la seguridad de una plaza fuerte* sujeta al régimen permanente, del estado de sitio y de los consejos de guerra, y esto mismo, bajo el régimen del fuero personal de los militares, que entre nosotros

está abolido. Esto se aclara más por el texto expreso de la citada real orden, y por las leyes posteriores que han complementado la legislación española, en el mismo sentido que la nuestra.

Dice así la mencionada Real Orden:

“ 1º Mando que se observen inviolablemente las leyes preventivas de los bullicios populares, y que se impongan a los que resulten reos, las penas que corresponden, en sus personas y bienes.

“ 2º Declaro que el conocimiento de estas causas toca privativamente a los que ejercen la jurisdicción ordinaria: inhiho a otros cualesquieras jueces, sin excepción de alguno, por privilegiado que sea: prohibo que puedan formar competencia en su razón, y quiero que presten su auxilio a las justicias ordinarias.

“ 3º Por cuanto la defensa y tranquilidad pública es un interés y obligación natural a todos mis vasallos, declaro así mismo que, en tales circunstancias, no puede valer fuero, ni excepción alguna, aunque sea la más previlegiada, y prohibo a todos indistintamente alegarlas; y aunque se proponga, mando a los jueces que no la admitan, y que procedan no obstante, a la pacificación del bullicio y justa sumisión de los reos, de cualquiera cualidad y preminencias que sean”.
(BACARDI, loc. cit.)

Las demás disposiciones de la legislación española que complementan la materia son posteriores a la revolución, y no rigen en América; pero son ilustrativas del caso en

cuestión, y las cito, para que no se pueda alegar, ni aun este argumento de analogía.

Por Real Orden de 16 de Septiembre de 1814, fué des-aforado el delito de rebelión.

Por la ley 17 de Abril de 1821, restablecida en 30 de Agosto de 1836, se expresa que el desafuero alcanza a los que conspiran directamente y de hecho contra la constitución política. (BACARDI, tomo I, páginas 101 y 103.) Aunque en esta última ley se dispone que, en el caso de resistencia por parte de la rebelión, el conocimiento de la causa puede corresponder por excepción a los consejos de guerra de la fuerza que la domine por las armas, la excepción no hace sino confirmar la regla, no siendo por otra parte esa excepción aplicable al caso presente, en que no ha mediado resistencia, sino sometimientos y garantías pactadas de común acuerdo.

Esta es la doctrina de un pueblo republicano, que no considera al ejército como un cuerpo privilegiado, sino como una institución que desempeña un *posso comitatus* en nombre de la autoridad civil.

Resulta evidentemente demostrado de todo lo expuesto sobre la materia de competencia:

1º Que el conocimiento de la causa política sobre rebelión, corresponde privativamente a los tribunales ordinarios de la nación con arreglo a la ley de materia.

2º Que a los consejos de guerra les está expresamente prohibido por leyes vigentes que forman parte de la Ordenanza militar, entender en estas causas, aun siendo militares, las personas complicadas en ella.

IV

DEFICIENCIAS DEL PROCESO

Establecida la acusación, definida la naturaleza de la causa, y determinada la competencia, voy a tocar de paso la capitulación de Junín al solo objeto de hacer resaltar las deficiencias de este proceso, que no llamo nulidades, porque no pienso prevalerme de ellas.

Como la capitulación es la base de este proceso, y es la regla del criterio de los jueces, conviene fijar con precisión el carácter de este documento que obra a f. 10.

La capitulación de Junín es un tratado o convenio militar, que ha sido negociado de común acuerdo, rectificado, canjeado y además aprobado.

Uno de los primeros tratadistas de derecho militar (BROUTTA: *Lecciones de Derecho Militar*, part. I, lección 2ª) dice sobre las convenciones militares: “Sea cual fuere el tratado, la palabra empeñada es siempre
“ la misma. Los tratados o capitulaciones y convenios
“ militares de los comandantes de cuerpo de ejército, o
“ de un cuerpo de tropas, son obligatorios, independien-
“ temente de una rectificación particular, cuando no
“ exceden los límites de la autoridad cometida a los
“ jefes, o cuando no se ha reservado expresamente la
“ rectificación; porque, de otro modo, sería fácil eludir
“ el compromiso.”

El honor militar lo ha comprendido así, y ha aceptado valientemente las duras consecuencias de un tratado que podía quizá olvidar o renegar. En las antiguas guerras entre la Francia y la Inglaterra, el gobernador del Castillo Nuevo de Randon ejecutó la promesa que había hecho de rendirse a Duguesclin, aun cuanto este capitán hubiese muerto en el intervalo de los tres días acordados como plazo. En 1815, el ejército francés de Loira, fuerte y poderoso, depuso sus armas estremeciéndose, y se sometió con una admirable resignación a un tratado que ciertamente no habría ratificado.

La capitulación militar de 2 de Diciembre del año pasado, celebrada en Junín, es perfectamente un tratado militar, convenido libremente entre dos beligerantes de hecho, que no necesitaba la ratificación, y que por lo tanto, era obligatorio, desde el momento que se canjeó, aun sin necesidad de la aprobación del gobierno que obtuvo después, y que ha empeñado y empeña doblemente la fe pública.

Examinando los antecedentes que sobre la capitulación obran en este proceso, se creería que se ha pretendido ocultar este carácter del convenio de Junín, o, por lo menos desnaturalizarlo, ya que eliminarlo no era posible.

En efecto, faltan en este proceso los documentos que debían acompañar a la capitulación para caracterizarla y para determinar su valor y alcance.

He aquí la serie de documentos esenciales que faltan a la cabeza de este proceso:

1º Faltan las condiciones puestas por el jefe de la revolución al someter el ejército de su mando al gobierno de la nación.

2º Faltan la copia autorizada que obra al folio 10, la ratificación del Coronel Don José Inocencio Arias, que consta de estas textuales palabras que se leen en el original: “Bases que bajo mi palabra de honor quedo comprometido a respetar”.

3º Falta el parte oficial del 2 de Diciembre publicado por la prensa, con que el Coronel Arias acompañó la capitulación, en el cual explica los motivos que tuvo para tratar, los que dan al convenio de Junín su verdadero significado y alcance, como se verá después.

4º Falta el documento o los términos en que el convenio de Junín fué aprobado por el gobierno sin determinar excepciones ni restricciones a la amnistía y al indulto estipulado.

Falta, pues, en este proceso, hasta el texto completo y correcto de la capitulación que sirve de base al proceso, y debe servir de regla a los jueces; falta el documento que lo explica y determina auténticamente su significado y alcance; falta el compromiso de honor, que según el derecho de gentes y las leyes de la guerra elevan la capitulación a la categoría de un tratado que empeña la fe pública; faltan por último otros documentos que le sirven de comentario en que se evidencia que con la ca-

pitulación terminó de todo punto la guerra y con ella todas las acciones políticas y judiciales a que tal estado podría dar lugar.

Esta falta es tanto más notable, cuanto que en la nota del señor Ministro de la Guerra de 6 de Diciembre de 1874, se dice: “Que se pasarán a los respectivos consejos («de guerra») las cláusulas de la rendición *y demás antecedentes que la conciernan*, a fin de que se tengan presentes al pronunciar la sentencia.” Y en el decreto del 18 de Diciembre del mismo año, se dispone: “Art. 6º Pásense a los consejos una vez instalados, los *antecedentes necesarios*.”

En fin, como queda comprobado por el proceso mismo, faltan en él documentos capitales que debían encabezarlo, así para formar juicio, como para formular sentencia, con pleno conocimiento de causa, puesto que falta hasta la capitulación misma revestida del carácter de tratado militar, empeñando doblemente la fe pública.

Esto solo bastaría para hacer nulo todo lo obrado, y para que fuese de todo punto nula la sentencia que en consecuencia se pronunciase.

Pero no pretendo apelar a esos recursos dilatorios.

Así como he afrontado, en representación de mi defendido la acusación mayor de rebelión, sin prevalerme de los términos del resumen de la Vista Fiscal, voy a afrontar el proceso, tal como se encuentra, subsanando, por mi parte, sus deficiencias esenciales, a fin de que el Consejo pueda pronunciarse desde luego, con todos los requisitos legales.

Al efecto, presento como apéndice a mi defensa, y para que figuren como piezas justificativas anexas al proceso, los documentos siguientes:

1º El texto íntegro de las condiciones puestas por el General Bmé. Mitre, para someter al ejército a sus órdenes al gobierno de la Nación.

2º El texto completo y correcto de la ratificación del Señor Coronel Don José Ignacio Arias, en que se compromete bajo su palabra de honor a respetar las bases acordadas sin restricción alguna.

3º Una carta del ex-General Mitre al Coronel Arias en que detalla y explica todo lo que pasó antes y después de la expresada capitulación.

4º Las bases firmadas por el Presidente de la República, dirigidas al General Mitre, por conducto del parlamentario enviado por el último, de acuerdo con el Coronel Arias, las cuales siendo de fecha anterior, aclaran, comentan y explican las bases de la capitulación, ajustadas con el Coronel Arias, en virtud del conocimiento que éste tenía de las disposiciones del Gobierno, y que determinan el alcance de la capitulación desde que nada se había innovado en la situación respectiva.

5º El parte del Coronel Arias, que confirma todo lo expuesto en la carta N° 4 y que sirve de comentario auténtico a la capitulación, base y regla de criterio, en este proceso.

6º La aprobación oficial dada por el gobierno a la capitulación ajustada por el Coronel Arias, sin restric-

ciones ni excepciones, juntamente con la comunicación que de dicha aprobación se hizo al General Mitre, así como el acuse de recibo de éste.

Establecidos estos antecedentes y puntos de apoyo, subsanados los defectos esenciales del proceso, y demostrando hasta la última evidencia, con el texto del proceso mismo, que hubo un tratado recíproco, que no aparece en él, entro a la parte principal de mi defensa, tomando por base la Capitulación de Junín, que es también la base de los procederes del Superior Consejo, y que con arreglo al decreto que lo ha convocado, debe tener presente al pronunciar la sentencia.

V

LA CAPITULACION DE JUNIN

El General Mitre y el Coronel Arias, declaran unánimemente, en sus respectivas comunicaciones, que el primero declaró formalmente, el 26 de Noviembre, después del combate de la Verde, que la guerra civil quedaba terminada en ese día en la Provincia de Buenos Aires.

De las mismas comunicaciones consta: que para evitar inútil efusión de sangre, el General Mitre de acuerdo con el Coronel Arias, envió un parlamento al Gobierno de la Nación, proponiendo el sometimiento del ejército de su mando, bajo condiciones convenientes.

Consta así mismo que cuando se celebró el convenio de Junín, el Coronel Arias conocía las disposiciones del

gobierno sobre el particular, y los términos de las bases acordadas por el Presidente de la República.

De estos antecedentes se deduce evidentemente:

1º Que la capitulación de 2 de Diciembre, en Junín, es el resultado del convenio verbal, celebrado en la Verde el 26 de Noviembre. 2º Que antes de tener lugar ese convenio, el General Mitre, había declarado que daba por terminada la guerra, en la Provincia de Buenos Aires. 3º Que el Coronel Arias, al tratar con el General Mitre se guiaba por las bases del Presidente de la República, entregadas ya al parlamentario del primero, enviado de común acuerdo entre ambos y que según sus propios testimonios, se conocía ya más o menos, su conjunto.

Dados estos antecedentes y estas consecuencias no es de presumirse siquiera que el gobierno teniendo en su mano el medio de poner término pacífico a la guerra se empeñase en una inútil efusión de sangre, y, menos aun, que lo hiciese prevaliéndose de la franca declaratoria hecha por el General Mitre, reteniendo dolorosamente a su parlamentario para atacarle a sangre y fuego, mientras él esperaba la contestación a su abertura de paz, bajo la salvaguardia de las leyes del honor.

Por lo tanto, es un hecho fuera de toda cuestión que la guerra terminada de hecho y de común acuerdo el 26 de Noviembre de 1874, se selló solemnemente con la paz el día 2 de Diciembre del mismo por medio de un tratado militar, obligatorio desde el momento de ratificarse y canjearse. Este tratado tiene por comentario la palabra

autorizada del mismo jefe superior del Gobierno, habilitado al efecto, y del Jefe supremo de ese mismo Gobierno que lo habilitó para tratar, con conocimiento de las condiciones que estaba dispuesto a conceder.

Examinaremos ahora las cláusulas de este tratado y el significado y alcance de ellas, a la luz de los documentos que he exhibido, y que faltaban en este proceso.

Por la primera de esas cláusulas, se otorga una amnistía, sin excepciones ni condiciones, a los ciudadanos que forman parte del ejército revolucionario.

Por la segunda, se garante la vida y el decoro a todos los Jefes y Oficiales de ese mismo ejército, donde desde General a Alférez inclusive, sin especificar jefes de línea ni de Guardia Nacional, o en comisión por la revolución.

Por la tercera, se acuerda indulto completo a todos los soldados que se hallan en el caso de los ciudadanos, es decir, que formaban parte del mismo ejército.

Desde luego, se desprende de la letra de estas cláusulas, que dos principios domina el convenio:

1º La amnistía, sin condiciones ni excepciones.

2º El indulto completo.

La garantía para la vida y el decoro de los jefes y oficiales, no es sino la ampliación de ambos principios, con relación a un momento dado.

Esta cláusula coloca bajo la salvaguardia del honor militar las personas más responsables, a efecto de proceder con más seguridad, por una de las partes, a la ejecución del convenio, colocándose ellas, en cierto modo,

en la condición de rehenes, para garantizar el fiel cumplimiento del compromiso.

Tan es así, que en las bases primitivas redactadas por el General Mitre se decía textualmente que se garantía a dichos jefes y oficiales “la vida, el decoro y sus *pertenenencias*.”

Fué a invitación del Señor Coronel Lagos que se suprimió la palabra *pertenencias* y el General Mitre se *prestó* a ello manifestando que ella iba implícita en las palabras *vida y decoro*, lo que confirmaron de viva voz, en aquel acto, los Coroneles Arias y Lagos, como sin duda la atestiguarán en todo tiempo.

Sin embargo, es de esta ampliación de la amnistía y del indulto, que garantiza doblemente a una parte de los capitulados, que se deduce una restricción, para someterlo a la acción de un consejo de guerra.

El Señor Ministro de la Guerra, en su comunicación de 6 de Diciembre, hablando, en nombre del gobierno, dice lo que voy a leer: “En cuanto a los oficiales del ejército de línea, el señor Comisionado, *de acuerdo con la base segunda*, los mantendrá arrestados, hasta que el gobierno resuelva.” Y la resolución es la que en el párrafo siguiente se determina, diciendo que dichos jefes y oficiales “se dispongan a comparecer ante los respectivos consejos de guerra”.

Deducir restricciones y excepciones de una amnistía otorgada, sin excepciones expresas, y de un indulto que se dice completo, bajo la fe de un tratado, y deducirlas

precisamente de la ampliación de uno y otro principio, es no sólo violentar el sentido recto y genuino de las palabras, sino también (sea dicho con el debido respeto) violar la fe pública de los tratados interpretando arbitrariamente por sí y ante sí el sentido de las cláusulas; con las circunstancias agravantes de ocultar el texto completo y correcto del tratado, en presencia del cual tal aseveración no sería posible.

Es un principio de lógica, como es un principio de moral, como es un principio de justicia y de equidad, que las excepciones o restricciones de una regla general tienen que ser expresas, y no pueden suponerse implícitas. Y tratándose, como en el presente caso, de condiciones y ampliaciones expresas que amparan a una de las partes en un convenio recíproco, hecho libremente por mutuo consentimiento, no pueden interpretarse por una de las partes en detrimento de la otra, ni como negación de su derecho absoluto, ni como abandono del que pueda corresponderle en las condiciones en que se colocan los que pactan un compromiso.

La comunicación, de que me ocupo, violando las reglas de la lógica, no importa otra cosa (vuelvo a repetir que con el debido respeto) es decir: por cuanto en una capitulación se ha pactado, sin restricciones ni excepciones, la amnistía y el indulto de todos los ciudadanos y soldados y además se ha garantido la vida y el decoro de los Generales, Jefes y Oficiales que formaban parte del ejército, se deduce de esta última ampliación

que los favorece, que deben ser excluidos de la amnistía y del indulto ciertos y determinados jefes que allí no se nombran, y responsabilizados, en el modo y forma que una de las partes determinen, después de haber cumplido fielmente la otra su compromiso.

Y si la excepción, según se ha interpretado arbitrariamente por una de las partes comprendía a los Jefes y Oficiales del Ejército Revolucionario de cuya calidad no se hacía distinción expresa, ¿por qué se dice que sólo los oficiales del Ejército de Línea serán sometidos a juicio? ¿Por qué se excluyen los Oficiales de Guardia Nacional a los que desempeñaban comisiones por la revolución? ¿Por qué se responsabiliza a los Jefes de Teniente Coronel a General, y no a todos en general? ¿Por qué se subtrae del juicio, o lo que es lo mismo, por qué se forman dos causas de lo que por su naturaleza es inseparable, y que debía iniciarse y terminarse por un solo tribunal, en un acto único?

Tales cuestiones basta enunciarlas, para que en el hecho queden por sí mismas resueltas. Sin necesidad de apelar al texto expreso de las leyes, ni al principio generador de ellas, que es la igualdad ante la ley, el simple buen sentido, el sentimiento de la equidad, las reglas elementales de la lógica bastan y sobran, para que sea resuelta en el sentido de la moral y de la justicia.

Si la mente de los que establecieron las condiciones hubiese sido pactar como excepción que la vida y el de-

coro de los Oficiales del ejército revolucionario serían respetados, *en todo caso*, ante los tribunales que entienden en su causa (como se ha interpretado) habrían pactado algo más de lo que dice el Señor Ministro, en su comunicación del 6 de Diciembre y algo menos de lo que dice la capitulación misma.

En el primer caso se habría pactado en particular la dispensa de la ley, que en general está pactada en la capitulación. Por lo tanto, quedarían los Tribunales inhibidos de aplicar la ley que ella establezca para el caso, y como un consejo de guerra no puede suplir ni interpretar el texto expreso y terminante de ella, resultaría que no habría ley que aplicar ni habría tribunal que pudiese hacerlo.

En el segundo caso, se habría colocado fuera de los términos generales de la capitulación, que establece como regla la amnistía y el indulto para ciudadanos y soldados sin excepción ni restricción alguna.

Si tal hubiese sido su mente, no habrían puesto la palabra *decoro*, sino *honor*, que es la que correspondía tratándose de garantía y esenciones en el juicio.

La palabra está señalando claramente que lo que se quiso garantizar y se garantizó fué, además de la amnistía y el indulto para todos, el respeto a la vida y el decoro de las personas de los Jefes y Oficiales, que se sometían mientras se procedía a la ejecución del tratado, poniéndose, como he dicho antes, en calidad de rehenes a disposición del gobierno.

Y si así se pactó, fué por que, considerando como los más responsables a los Jefes y Oficiales que dirigían la revolución, la garantía para ellos debía ser mayor, en el acto del sometimiento y del desarme, ampliando en tal sentido la capitulación.

Las palabras Generales, Jefes y Oficiales, sin distinguir si se habla de jefes y oficiales de línea (como se ha establecido por excepción y por interpretación arbitraria) indica que se hacía referencia a todos sin distinción, porque de otra manera, se habría dicho expresamente: “Jefes y Oficiales de línea” o que hubiesen pertenecido al ejército de línea. No siendo así no puede suplirse el silencio ni interpretarse por una de las partes, por sí y ante sí en detrimento de la otra.

Y si esto no bastase, por calificarse de implícito, invocaré el testimonio explícito de todos los decretos y comunicaciones gubernativas que obran en este proceso desde la primera hasta la última, en que se denomina a los jefes del ejército revolucionario con el dictado de ex-Generales, ex-Jefes, ex-Oficiales del ejército de línea. Esto es lo mismo que decir que lo habían sido y no lo eran entonces, lo que vale como que eran simples ciudadanos, que no eran personas militares.

En efecto, en el ejército revolucionario que capituló en Junín, no había un solo oficial que perteneciese al ejército de línea. Como se ha visto ya, todos los que se hallaban en este caso, habían sido dados de baja y borrados de la lista militar.

Y si arguyese: que en el mismo decreto que los dió de baja y los borró de la lista militar, se declaró que quedarían en *todo tiempo* sujetos a la acción de un Consejo de Guerra, contestaré: 1º Que un decreto no puede alterar las leyes ni modificar los fueros. 2º Que por el mismo decreto se les declaró *“despojados de todas sus prerrogativas y ventajas”*, lo que importaba tanto como desaforarlos de palabra, a la vez que de hecho. 3º Que en consecuencia de esto, no han sido ni antes ni durante el juicio considerados como oficiales encausados, pues no se les ha atendido, ni con manutención ni con sueldo. 4º y último. Que si la amnistía y el indulto significan olvido de lo pasado y remisión de las penas, el mencionado decreto ha sido borrado por la capitulación.

Además, el sometimiento es un hecho, que, con arreglo a leyes expresas, releva de culpa y pena.

Cuando esto se pacta expresamente, como en el presente caso, no hay ni puede haber en presencia de la ley, sino ciudadanos en la plenitud de sus derechos. Ninguna autoridad ni tribunal puede desconocerlos ni menoscabarlos.

No es admisible, ni podría concebirse siquiera que un Gobierno establecido tratase con rebeldes y desertores, considerándolos hábiles para tratar como beligerantes de hecho, y aceptase sus condiciones formuladas, reduciéndolas a convenio escrito, después de rechazar éstos la rendición a discreción que se les intimó (según consta de la carta del General Mitre al Coronel Arias, que se ha

presentado). Ni se concibe que después de la amnistía y el indulto garantiendo especialmente la vida y el decoro de los que pactaban, en nombre de sus compañeros, se pretendiese tratar a éstos públicamente como desertores y rebeldes, sometidos por las fuerzas de las armas.

Los capitulados en Junín, ni son prisioneros de guerra, ni son rendidos, ni son sometidos por las armas como se ha insinuado en varios documentos oficiales que obran en este proceso. Son capitulados que por un tratado solemne se sometieron al Gobierno de la Nación, tal y cual se expresa en el instrumento original. Aceptado que ese sometimiento sin condiciones, como lo fué primeramente por la rectificación del Representante del Gobierno, y posteriormente por la aprobación del mismo Gobierno, no hay ante la ley ningún desertor ni rebelde, no hay ni siquiera una persona militar que pueda ser responsabilizada, ni ante un consejo de guerra, ni ante ningún tribunal.

Y con lo dicho podría terminar esta parte de la defensa, si no tuviese algo todavía muy importante que agregar, demostrando, con pruebas concluyentes, que tal es el espíritu y el alcance que resulta de la letra y del espíritu de la capitulación.

He dicho y lo repito:

1º La capitulación en Junín es un tratado militar, sin excepciones ni restricciones.

2º Los dos principios que denominan la capitulación son la amnistía y el indulto.

3º La garantía para la vida y el decoro de gentes y oficiales (sin especificar si de línea o no) es una ampliación de la capitulación en su favor.

4º Con arreglo a la capitulación, los ciudadanos que formaban parte del ejército revolucionario quedando relevados de toda culpa y pena por el acto del sometimiento, quedaron por el hecho amparados por el derecho común, fuera de la acción de los tribunales.

¿Quién determina esta inteligencia y alcance de las capitulaciones de Junín?

En primer lugar, el Presidente de la República, en un documento firmado de puño y letra.

En segundo lugar, el Señor Coronel Arias, negociador de la capitulación y el mismo que la ratificó, comprometiéndose, en nombre del Presidente de la República, a su fiel cumplimiento.

El Coronel Arias, al adjuntar la capitulación de Junín, explica la mente que tuvo al celebrarla. El dice terminantemente, en su nota de 2 de Diciembre: “He sido benigno... porque sabía la manera cómo había sido recibido el emisario Lanusse, y más o menos, los términos de rendición que por ese emisario acordaba el Gobierno.”

Así, pues, el Coronel Arias celebró la capitulación ratificando y canjeándola, sabedor de las disposiciones del Gobierno sobre el particular, y esto después de haber sido rechazada por el General Mitre, la rendición a dis

creción, o la entrega a la generosidad del Gobierno, que el mismo Coronel Arias había ofrecido antes.

¿Cuáles eran las disposiciones del gobierno a que se refería el Coronel Arias?

A esto responden las bases firmadas por el Presidente de la República y dirigidas por él al General Mitre, dos días antes de firmarse la capitulación.

Por esas bases, se concede indulto completo a los ciudadanos, y expresamente a todos los Jefes y Oficiales y soldados que antes habían pertenecido al ejército de línea, y estos sin excepciones, sin restricciones y sin sujetarlos a ningún juicio, ni a más formalidad que a la entrega de las armas.

La capitulación celebrada, además del indulto ofrecido por el Presidente, trae la amnistía pactada. Además del indulto y de la amnistía, la garantía especial para la vida y el decoro de los Jefes y Oficiales del Ejército de la Revolución que se sometían. Si el texto de la capitulación, redactado a caballo, diese lugar a alguna duda, la resolvería el texto de las bases redactado por el Presidente de la República, en la quietud del Gabinete.

La letra y el espíritu de esas bases proclaman el indulto completo y sin restricciones.

No puede suponerse racionalmente que dos días después, en presencia de un tratado que ampliaba las bases y agregaba la palabra *amnistía*, se pudiese entender que los capitulados amnistiados e indultados, quedaban en peor condición que los revolucionarios indultados.

Para que la variación, en el modo de ver y proceder, hubiese cambiado, en el espacio de dos días, era indispensable que la situación respectiva se hubiese alterado. Pero como se ha visto: el día 26 de Noviembre, el Jefe de la revolución dió por terminada la guerra, como lo declara oficialmente el mismo Coronel Arias. El día 30 de Noviembre el Presidente de la República, aceptando esta declaración y la abertura de paz, que por un parlamentario se le hacía, formulaba sus bases sin condiciones y las comunicaba al General Mitre por escrito.

El día 2 de Diciembre el Coronel Arias, con perfecto conocimiento de que tales eran las condiciones arregladas con el Parlamentario, celebrada la capitulación y la canjeaba, después de ratificarla. En el mismo día el mencionado Coronel, al elevar al Gobierno la capitulación, con una nota especial explicativa, le daba esta inteligencia, que era la que estaba en la mente del General Mitre, al formular las bases.

El único excluído de la capitulación es mi defendido por acto espontáneo de su voluntad, que no constituye obligación ni compromiso.

Estando, por lo tanto, al tenor literal de la capitulación, podría decirse: que amparando ella absolutamente a todos los demás acusados, mi defendido es el único que queda bajo la acción de la justicia.

Podría tal vez entenderlo así un Gobierno si al ejecutar arbitrariamente las cláusulas de la capitulación, reabriendo un proceso fenecido, su mente fuese no con-

ceder al vencido ni aun la generosidad que el Coronel Arias había ofrecido, en su nombre, antes del convenio.

Pero de seguro no lo entenderá así un tribunal llamado a fallar con arreglo a la ley o equidad.

Por el contrario, un tribunal, en presencia de esta renuncia (hasta para la seguridad de la persona), deduciría lo que de ella resulta claramente, y es, que la garantía para la vida y el decoro, a que se refiere la base segunda era para el acto del sometimiento y del desarme, en que la espada del vencedor podía disponer de él sin condiciones.

Pero pasado ese momento, tal renuncia, hecha en holocausto de las mayores garantías de la seguridad de sus compañeros de armas y de causa, no puede volverse en su contra. Todo tribunal civilizado, sobre la tierra, lo colocaría, como yo lo pongo, bajo la salvaguardia de aquella garantía eterna, que es parte del derecho positivo de los pueblos constituídos, que es la igualdad de todos los hombres, ante la ley.

Un tratado que es la ley para dos mil ciudadanos, no puede dejar de serlo para uno más que se encuentra en las mismas condiciones. Las garantías inherentes a la calidad de hombre no se renuncian, y lo amparan en presencia de todo tribunal.

VI

LA DESERCION

Réstame sólo hacerme cargo de una acusación secundaria, que se hace a mi defendido en este proceso: la de haber abandonado las filas del ejército a que pertenecía.

Podría tal vez alegarse el argumento especioso de que, no estando expresamente incluido en la capitulación de Junín, aun cuando la causa política correspondiese a la justicia ordinaria, quedaría siempre sujeto a la jurisdicción militar, por el hecho de excepción que se le atribuye.

Este argumento no puede sostenerse, ante el principio de la igualdad ante la ley. Si la capitulación y el sometimiento aceptado borran todo lo pasado, el que negoció y firmó la capitulación, no puede quedar en peor condición que los demás, y cuando menos, debe hallarse en condiciones idénticas o análogas.

Pero debo ir más adelante, para destruir hasta la sombra de todo cargo sobre el particular.

Mi defendido, al ausentarse del país, usó de un derecho suyo, renunciando por escrito su empleo y los sueldos y honores a él anexos. Nadie podía obligarle a continuar sirviendo como General, si tal no era su voluntad.

Admitiendo, sin embargo, que mientras su renuncia no fuese aceptada, estaba obligado a permanecer en su puesto, y que, al ausentarse del país, sin previa licencia,

abandonó las filas del ejército, ¿qué consecuencia podría sacarse de esto? Que cometió una falta que, cuanto más, lo hacía acreedor a la pérdida del empleo que había renunciado.

Pues bien, esta pena, la mayor que podía imponérsele, por un tribunal que entendiéndose en tal causa, ha sido aplicada ya administrativamente por el Gobierno, sin forma alguna de juicio, como lo dice él mismo, en su confesión, y consta del proceso. Por lo tanto, este Superior Consejo no tiene ya materia sobre qué entender, en lo militar, ni hecho pendiente sobre qué pronunciarse, ni pena alguna que aplicar.

Tampoco tiene persona militar que juzgar.

Según el tenor de los decretos y comunicaciones oficiales del Superior Gobierno, que obran en este proceso, el Ex General Don Bartolomé Mitre (como se le llama) ha dejado de ser militar, ha sido dado de baja, despojado de todas las prerrogativas anexas al empleo que ejercía, y, por lo tanto, desaforado.

En tal caso si desertión hubiese, ésta sería un incidente, en la causa de rebelión que se le sigue. Siendo fuera de toda cuestión que esta causa es, por su naturaleza, política, correspondería exclusivamente a la jurisdicción exclusiva de la Nación. Los Tribunales de esta jurisdicción serían los que en el caso de ser justiciable por ellos, debieran entender en tal incidente.

Es un principio universal y absoluto que, en el caso de concurrencia de dos jurisdicciones, corresponde el

conocimiento de la causa a la jurisdicción más lata, que la trae a sí. Todos los códigos de justicia militar se subordinan a este principio. Así: en una causa militar en que se hallen complicados varios militares, por delitos que corresponden a su fuero, y tales delitos constituyen lo principal de la acusación, el Tribunal Militar debe entender en unos y otros, fallando la causa, en parte con arreglo a las ordenanzas, y en parte con arreglo a las leyes generales, que aplicará como juez competente. A la inversa: si un tribunal civil entiende de una causa mixta, en que figuran ciudadanos y militares, y se trate del juzgamiento de delitos comunes, aunque algunos de los últimos haya cometido un delito militar, — la desertión, por ejemplo, — el tribunal ordinario es el competente para aplicarle las penas del caso.

De estos principios generales de jurisprudencia, paso a los preceptos positivos de la legislación vigente.

Abriendo la misma Ordenanza, como texto pongo ante los ojos de V. V. E. E. la Real Cédula, de 6 de Marzo de 1785, que forma la ley tercera, Tít. 9, libro 12 de la *Novísima Recopilación*. En ella se declara que el que desertare, se entiende que renuncia también a los privilegios de su clase y que, por lo tanto, si con posterioridad cometiese otro delito, quedará desaforado y será juzgado por la justicia ordinaria, antes que por la militar (BACARDI, tomò I, pág. 96).

Cito ejemplos como simple analogía, puesto que sólo se refieren a la clase de tropa.

La Ordenanza militar española, que nos rije, no se pone, en ninguno de sus artículos, en el caso de que un jefe, ni un simple oficial, pueda desertar. Por lo tanto, no establece pena alguna para un delito que ni menciona, ni define genéricamente.

Aún respecto de las deserciones en las tropas, la Ordenanza no trae nada explícito, sobre el particular, resultando en suma de todas sus contradictorias disposiciones al respecto, que la deserción se califica y la pena que corresponde se aplica con arreglo a los bandos de los Generales de ejército, previamente expedidos, que son los que forman la legislación de la guerra. (Véase Colón y Bacardi.)

¿En virtud, pues, de qué principio o artículo de la Ordenanza militar podrá entender un consejo de guerra en el hecho de ausentarse un General sin previa licencia, cuando ese militar se le presenta despojado de su carácter de tal, después de haberle aplicado la mayor pena que el consejo podría aplicarle?

Así, ha dicho muy bien mi defendido en su confesión, que su ausencia del país, sin previa licencia, y sin esperar la resolución del Gobierno (la cual no podía ser contraria a su libre voluntad) debe tomarse como una renuncia de hecho, que se ha aceptado por un decreto solemne, que lo dió de baja, en vez de serlo por un decreto al pie de su renuncia escrita.

VII

CONCLUSIONES

De todo lo expuesto en este memorial, resultan las conclusiones siguientes: 1ª, que el hecho de haberse ausentado mi defendido del país (previa renuncia de su empleo, honores y sueldo) no podía dar lugar a mayor pena que a la pérdida del empleo que había renunciado, y que ésta fué aplicada administrativamente, no teniendo, por lo tanto, nada de que entender el consejo, sobre el particular, y siendo por otra parte esta acusación un incidente secundario en la causa política de rebelión que se le sigue.

2º Que el hecho de haber tomado parte en la rebelión del 24 de Septiembre, aun dado caso que diese acción a los Tribunales para someterlo a juicio, no es de la competencia de los Consejos de Guerra.

3º Que el haberse puesto al frente de las tropas revolucionarias, librando combate contra las fuerzas legales del gobierno no es sino un accidente o una consecuencia del hecho de la rebelión, y que por lo tanto, quedando sólo subsistente la acusación de rebelión, la cual no es de la competencia del consejo de guerra, éste no puede conocer en lo accesorio de una causa, sin entender en lo principal.

4º Que el hecho de rebelión, de que se le acusa, está borrado por el sometimiento, así como por la amnistía

y el indulto, que constan de la capitulación de Jujin, que es un convenio militar que empeña la fe pública; y que, por lo tanto, no hay culpa de que acusarle, ni pena que aplicarle, ni tribunal alguno que en la República pueda sujetarlo a juicio, a menos que se viole en él la fe de los tratados y el principio de la igualdad ante la ley.

Habiéndose ya violado en él las formas salvadoras del procedimiento, en las causas criminales, no puedo pedir al Superior Consejo que absuelva a mi defendido de la pena que contra él se pida; puesto que, siendo la defensa escrita, con arreglo a lo que el proceso suministraba, la vista fiscal no constaba de autos.

Peró en mérito de todo lo expuesto, y en nombre de la justicia garantida por la fe pública, pido que el Superior Consejo declare que no tiene causa de que conocer, ni persona militar que juzgar, con arreglo a la Ordenanza Militar y a las leyes generales del caso que he citado.

Buenos Aires, Abril 1º de 1875.

*
* *

Mientras estos hechos se sucedían, los diarios autonomistas y con ellos *La Tribuna*, rompían un fuego continuo contra Mitre, hasta que cumplidos todos los trámites del proceso se dictó la sentencia que condenaba al

general, por desertor y rebelde, a la pena de muerte (lo que, en opinión del que escribe, no era cierto, porque Mitre había dejado de ser militar), con violación flagrante de la disposición contenida en el art. 18 de la Constitución Nacional, que establece: “Queda abolida para siempre la pena de muerte por causas políticas.” Felizmente, la fiebre de la pasión política empezaba a calmarse, y fué entonces que triunfó el imperio de la razón, imponiéndose a Mitre, la pena de destierro, que en el caso era, en realidad, la que correspondía. Pocos días después, el 25 de Mayo del año 1875, el gobierno, que no quería saber de odios ni de venganzas, libró del ostracismo al General en razón de sus gloriosos antecedentes, que eran los importantes servicios rendidos por el ciudadano, el estadista y el soldado a su patria.



XIII

ECUANIMIDAD DE MITRE

Es a las veces por demás difícil, a los hombres públicos, contener las impresiones del espíritu cuando en las épocas de intensa lucha política o después de una guerra, las pasiones de los contendientes dominan el escenario en que se discuten principios y se trata de hacer prevalecer ya el triunfo de una doctrina o ya las ventajas e intereses personales de los caudillos y partidos.

Cuando en esos momentos, en la intensidad de la lucha, se ve surgir un político que con ánimo sereno entra al debate haciendo de lado los intereses de partido, lo personal y se vale de la palabra usando en ella la expresión de la justicia; cuando ese hombre fué un gobernante, un político, un parlamentario y un guerrero, que se valió de su influencia para olvidar odios y acallar venganzas; cuando tales cosas se realizan y ha sido esa virtualidad la característica de toda la vida del personaje,

es entonces que se dice de él, que fué un hombre ecuanime, y que actuando en la vida, fué su característica la constancia de la justicia y rectitud de su espíritu.

Tales consideraciones caben y vienen a cita cuando se habla de la rara ecuanimidad del general Mitre, evidenciada siempre en su múltiple y compleja actuación, y para fundamentar la afirmación bastaría citar algunos de los episodios de su vida pública, dignos de justa recordación.

Un día se discutía en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, la confiscación de los bienes del tirano Rozas; éste, que nunca respetó ni la vida ni los bienes de sus enemigos los unitarios, a los que no daba cuartel; y no obstante el doloroso pasado de los veinte años de su tiranía, fueron parte muy importante de los hombres obligados a expatriarse por el despotismo de su régimen de sangre, hombres como los diputados Mitre y Félix Frías, los que alzaron su voz en el recinto de la Asamblea, para protestar de la arbitrariedad que contenía el proyecto de ley en debate, que, a juicio de los diputados que lo impugnaban, iba a sancionar una injusticia en los tiempos que corrían y una reversión a un pasado, para el cual no había sino una unánime condenación en los labios de todos los hombres cultos. Y fué así que no pasó el proyecto que confiscaba los bienes de Rozas.

Recordando este episodio y sosteniendo, en la sesión de la Cámara de Diputados de la Nación, de fecha 17 de junio del año 1879, un proyecto de ley que declaraba

con derecho a pensión a los militares que hubiesen servido a la Nación, aunque los mismos sirviesen a Rozas, el diputado Mitre decía:

“En materia de pensiones militares, me ha de ser permitido recordar con este motivo, que tengo derecho a tener una opinión, como hombre político y como legislador, y sobre todo, una opinión consciente al significado moral de estas leyes.

“Desde hace más de veinticinco años, desde la caída de la tiranía de Rozas, he sido el promotor y el autor de todas las leyes de pensiones militares que se han dictado, así en la Provincia de Buenos Aires como en la Nación Argentina. Yo mismo las he iniciado, he escrito con mi mano muchas de ellas y las he discutido todas o como gobernante o como legislador.

“A mí me tocó precisamente sostener solo la discusión más solemne que en materia de ley de pensiones haya tenido jamás un país agitado por las revoluciones. Y afronté entonces hasta la opinión de mi país y de mis amigos — de mis amigos sobre todo — que casi me trataron de desertor y hasta de traidor, cuando defendí las pensiones de los defensores de Rozas y sus familias, en nombre de la paz y de equidad.

“No estaban todavía cicatrizadas las heridas que habían dejado en los miembros de los ciudadanos argentinos las cadenas que habían arrastrado durante veinte largos años de cautiverio. Estaban todavía vivos todos los recuerdos dolorosos; embravecidos aún todos los odios,

ardientes todas las pasiones y las pasiones más legítimas y generosas que protestaban contra el crimen y contra los criminales.

“Estaba manchada la ley de pensiones de las viudas y huérfanos de los servidores de la República, con los nombres de algunos famosos criminales que habían sido los instrumentos sangrientos del tirano. Una reacción de la opinión pública se pronunció en el sentido de purificarla, y una opinión casi unánime en el pueblo y en la Legislatura quería abolir radicalmente las pensiones dadas con arreglo a la ley a todos los descendientes de los servidores de Rosas, obedeciendo en esto a la lógica de las reacciones.

“Entonces, ya como diputado, ya como ministro de Guerra de la Provincia, en dos ocasiones me tocó afrontar la opinión de mi país y de mis amigos, defendiendo las pensiones de las viudas y de los hijos de los servidores de Rosas, levantándome a esa atmósfera serena de justicia o de equidad a que todos los ciudadanos responsables deben virilmente levantarse en medio de las pasiones tumultuosas... y lo digo, aún cuando al presente no tengamos que hacer un esfuerzo de ánimo tan poderoso como entonces, para traer todos los espíritus a la conciliación y los corazones a sentimientos equitativos y generosos.

“Sostuve entonces que debía purificarse la ley y la lista de pensiones, borrando los nombres de los criminales que las habían obtenido ilegalmente en premio de

actos torpes, con escándalo de la moral; sostuve que fueran excluidos de ellas los que tenían pensiones por haber cortado cabezas, por haber mutilado orejas, por haber asesinado en las calles. Y fueron excluidos con razón y con justicia, en beneficio de la ley de pensiones, en nombre de la ley y en desagravio de la moral.

“Pero tratándose de las pensiones de los servidores de Rozas en general, sostuve que, bien o mal, ellos habían prestado servicios públicos al país, cualquiera que fuese la bandera bajo la cual habían militado; sostuve que no íbamos a hacer el proceso de los muertos ni menos a castigar a su posteridad. Pensaba, como lo declararé entonces, que esa era la triste herencia que nos habían legado los infortunios del pasado; y que era una ley de reparación, de justicia equitativa; una ley para la viuda, para el huérfano, para el inválido, y por eso sostuve también que no nos tocaba levantar con mano despiadada el sudario de las víctimas caídas en los campos de batalla de la guerra civil; y que esas eran las pensiones concedidas por la benevolencia a unos y a otros; y conseguir que se hiciese lo que hizo el general Belgrano, después de la inmortal batalla de Salta, haciendo esculpir en una cruz, levantada en el sitio en que se enterraron los huesos de los republicanos y realistas muertos en la batalla: «Aquí descansan, bajo la protección de Dios, los vencedores y los vencidos».

“Estas son las deudas de la paz y de la fraternidad, que debían pagarse y que no deben renegarse, sobre

todo cuando se trata de servicios gloriosos como los que justifican al presente proyecto.

“No se trata tampoco ahora de levantar el sudario de los muertos ni de decretar penas a su posteridad; se trata de la subsistencia de las viudas y de los huérfanos, de los que, en virtud de servicios públicos, legaron un derecho. No arrebatemos el pan de sus manos: démosle el pan de cada día, que les da la ley. Seamos justos, siendo generosos y prudentes.

“Esta fué la doctrina que prevaleció entonces y que recuerdo como ejemplo y como lección. Y creo que me será permitido hacerlo, cuando invoco hoy la misma doctrina, obedeciendo a la lógica de mi conciencia y con la misma ley con que antes defendí a mis enemigos caídos.”



Y para ampliar y justificar una vez más esa generosa ecuanimidad de Mitre, puesta en transparencia en parte del discurso transcripto, y en elogio de los servicios públicos del mismo y que tanto complementan su grandeza moral, es imprescindible también evidenciarla trayendo al recuerdo un símil histórico.

Refiere Mitre, en el tomo II, pág. 246 de la *Historia de San Martín*, edición de 1889, un episodio que guarda semejanza muy absoluta con un acto magnánimo del autor de esa historia, del ilustre Mitre. Dice éste:

“El día 12 de abril de 1818”, siete días después de conquistado el laurel de Maipú, “se apeaba San Martín de su caballo a inmediaciones de un rancho, en un pintoresco sitio, a diez kilómetros de Santiago, denominado *El Salto*, para consumir silenciosamente uno de aquellos actos de magnanimidad que son reveladores de una naturaleza superior.

“Como se dijo antes, la cartera que contenía la correspondencia secreta del general Osorio, había sido tomada por O’Brien en la persecución de Maipú, quien la entregó cerrada. Allí estaban las pruebas escritas de la traición de muchos chilenos, que aterrados por el desastre de Cancha Rayada, habían abierto comunicaciones con el enemigo triunfante, declarándose entusiastas realistas. Este fué el único botín de la victoria, que el generalísimo se reservó y que a nadie comunicó. Otro hombre menos sagaz, como lo observa un historiador, habría convertido cada uno de esos papeles en un auto-cabeza de proceso contra sus autores, llenando las cárceles de patriotas bien intencionados, cuyo único delito era la pusilanimidad.

“El taciturno vencedor sentóse al pie de un árbol solitario, y leyó una por una todas las cartas. En seguida pidió que hicieran una fogata a sus pies, y quemó todos aquellos testimonios acusadores, que convertidos en cenizas se llevó el viento del generoso olvido. Al consumir este acto, hallábase sentado en una tosca silla de madera, que fué en tal ocasión el trono de la magnanimidad mo-

desta del que, al trabajar por la libertad de un continente, perdonaba ante su conciencia a los que habían dudado de su genio. Fué el único testigo de esta escena, un fiel ayudante de campo, a quien ordenó imperiosamente guardase silencio sobre lo que había visto o podido leer.” (1)

El símil histórico de este hecho, y al que anteriormente se llama la atención, es el siguiente:

Cuando en la persecución que hacía a los restos del ejército de Solano López, la división de vanguardia compuesta de brasileños y argentinos, se tomó el equipaje del tirano paraguayo, entre el mismo se encontró parte de la correspondencia de López. Esa correspondencia, en lo relativo a papeles argentinos, se dió orden por quien correspondía, se entregase al ex generalísimo de los ejércitos de la Triple Alianza, brigadier general Bartolomé Mitre.

Entre esa correspondencia se encontraban cartas cambiadas entre Francisco Solano López y un caballero argentino nacido en Montevideo, y se dice así, aunque esto parezca un contrasentido, porque cuando la fecha en

(1) Conversación con el general O'Brien. Véase BARROS ARANA, *Historia de la Independencia de Chile*, tomo IV, pág. 377, y VICUÑA MACKENNA, *Relaciones Históricas*, 2ª parte, páginas 653 y 654. — En el mismo sitio donde pasó la escena relatada en el texto, O'Brien hizo construir una cabaña de recreo, y entre sus muebles figuraba la tosca silla de madera en que estuvo sentado San Martín, al quemar las cartas; en el respaldo de este mueble histórico se leía esta inscripción: "SAN MARTÍN'S CHAIR". En este mismo lugar, San Martín, quemada toda la correspondencia que ha tenido el general Osorio con los de Santiago, y tomada después de la batalla de Maipú, 18 - 12." (Cita de Mitre.)

que ese caballero nació, el territorio oriental no era ni de hecho independiente. Ese caballero había sido agente de López, y había combatido la guerra, censurando los procedimientos de su patria en el momento más inoportuno.

Como esa correspondencia comprometía mucho en la parte que le correspondía al autor, que después fué un célebre y afamado publicista, Mitre se la envió. Y lo que hizo con este señor, lo realizó también con otros.

Mitre, en ese caso, como en otros semejantes (alguno ocurrido con Sarmiento; con éste por motivo íntimo) devolvía cartas que afectaban en mucho a sus autores y les aconsejaba no las escribiesen y a tenerlas escritas las quemasen.

¿Qué evidencia esto? Que Mitre no solamente era una personalidad ecuánime y noblemente generosa, que en su concepto va hasta el más allá que pueden imponer las relaciones sociales. Obedeciendo a una moral estricta, sabía que esas cartas, dictadas unas veces con olvido absoluto de los deberes cívicos y otras con confianza ciega en la amistad, pero obedeciendo a los dictados del odio, no tenían que escribirse y menos comunicarse, con peligro de que un día cayéran en poder de un indiscreto o de un mal caballero.

XIV

MITRE PUBLICISTA

Estudios filológicos y bibliográficos. — El drama “Ollantay”. —

El primer libro impreso en la América latina. — Traducción
da las “Odas” de Oracio y de la “Divina Comedia”. —

Juicio de las versiones por escritores europeos y americanos.

— ¿El general Mitre era poeta?

Los detalles que ilustran la vida del general Mitre quedarían incompletos, si no se publicase como complemento de los mismos, la noticia de la múltiple labor intelectual que como escritor y publicista le corresponde y que bastarían también para perpetuar su memoria, si no tuviese otros títulos conquistados al respeto de sus compatriotas.

El escritor que tanta influencia debía de ejercer en las letras argentinas, se inició muy joven en las lides de la prensa publicando sus primeras composiciones poéticas y artículos literarios, históricos y políticos en el *Comercio del Plata*, en *El Nacional* y en *El Iniciador*, que redactaron, respectivamente, el doctor don Florencio Varela, don José Rivera Indarte y el doctor Miguel Cané.

De esta época datan también las primeras obras que dió a la publicidad el joven artillero de los baluartes de Montevideo. Estas fueron: *Manual de Artillería*; traducción del francés del drama de Hugo, *Ruy Blas*; el drama histórico *Policarpa Salabarrieta*, y *Soledad*, que el joven Mitre hizo representar, en 1844, en Montevideo. Suya es también la traducción de la *Vida de Bolívar*, por Reynal, y que se conservaba inédita y de letra del traductor en la biblioteca del doctor Andrés Lamas.

Vuelto a su patria, vencido que fué Rozas y ya seguro de sus fuerzas y condiciones de escritor, que había puesto a prueba en las columnas de *El Mercurio*, que redactó, como se ha dicho, en Valparaíso o Santiago de Chile, con el doctor Juan Carlos Gómez, dirigió, en la ciudad de Buenos Aires, el diario *Los Debates*, al mismo tiempo que daba a la publicidad su primera obra histórica: *Estudio sobre la vida y obras de don José Rivera Indarte*.

En compañía de Sarmiento y de los doctores Juan María Gutiérrez, Luis Domínguez y otros publicistas, escribió, para la *Galería de Celebridades Argentinas*, que ilustró Dumesnil, la biografía del general Manuel Belgrano.

Posteriormente, en 1859, y mientras dejaba la familia para hacerse cargo del ejército que el Estado de Buenos Aires organizó contra la Confederación, vendió a un escritor, para atender a las necesidades de su hogar, la primera edición de la *Historia de Belgrano*.

El juicio y las consideraciones que como historiador

emitió, motivaron la polémica con el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, que dirigía *El Nacional*, y como consecuencia de la discusión en que salió vencedor, editó otro libro histórico: *Belgrano y Güemes*.

Después de dejar el gobierno de la Nación, en el año de 1868, volvió a entregarse a sus tareas de periodista fundando el diario de su propiedad *La Nación*, y publicó, en el año de 1875, la tercera edición de la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*.

Las conclusiones de la obra dieron lugar a una nueva polémica, relativa a las invasiones inglesas, en que Mitre sostuvo sus afirmaciones discutiéndolas con el doctor Vicente Fidel López, lo que dió motivo para publicar una nueva obra de dos volúmenes con el título *Refutación a las Comprobaciones Históricas*, y sobre cuyo mérito ha dado su autorizada opinión el historiador chileno Diego Barros Arana, en la biografía que escribió del General.

El centenario de Bernardino Rivadavia, celebrado en la ciudad de Buenos Aires y demás pueblos de la República, dió motivo a una nueva obra histórica del general Mitre, y fué la *Oración Cívica*, que, por encargo de la comisión del centenario, escribió el General sobre don Bernardino Rivadavia, y que es la mejor síntesis histórica y filosófica publicada hasta la fecha del eminente patricio.

Entregado por completo a los estudios históricos, literarios y políticos, al mismo tiempo que reunía los elementos y organizaba el plan de su monumental *Historia de San Martín*, daba a luz, en las columnas de la Na-

ción, los estudios históricos de los que formó un volumen, para su Biblioteca, y que como obra se ha dado a la publicidad con el título de *Páginas Históricas*. Las principales partes de este trabajo, en las que, en realidad revela el general Mitre condiciones de literato, son: *El General Las Heras*, *El Crucero de la "Argentina"*, *El Sorteo de San Juan de Matucana*, *Los Sargentos de "Tambo Nuevo"*, *Un episodio troyano* y otros trabajos que forman una serie de interesantes episodios de la guerra de la independencia y de la libertad.

Del resultado de sus investigaciones en los archivos y después de estudiar diez mil documentos, publicó, en el año 1885, la primera edición de la *Historia de San Martín y de la Independencia Americana*, que el doctor Vicente Fidel López, en el tomo X de su *Historia Argentina*, y el doctor Andrés Lamas han clasificado de monumental.

En el año 1889 salieron, con el título de *Arengas*, sus discursos pronunciados entre los años de 1852 y 1889, cuya última edición consta de tres tomos. Entre sus obras políticas, constitucionales e históricas deben citarse también: *Cartas polémicas sobre la Intervención de San Juan*. *Cartas polémicas contestando al doctor Juan Carlos Gómez sobre la Guerra de la Triple Alianza*, *Cuestión Puerto de Buenos Aires*, *Las Ruinas de Tiahuanaco*. *El primer impreso de América*, *Bernal Díaz del Castillo*, *Contramemorándum Histórico-Diplomático sobre las Cuestiones de Límites Paraguay-Argentinas*, *Informes*

Históricos sobre los Antecedentes y Reforma de la Constitución, Viajes Inéditos de Azara, Estudios Lingüísticos, Horacianas (traducción al castellano, en verso libre, de las *Odas* del poeta latino Quinto Horacio Flacco, vertidas al idioma para la sociedad *Arcades* de Roma); *La Divina Comedia*, del Dante, traducida en tercetos al español y que le valió el elogio del papa León XIII, de Margarita de Saboya y del eminente literato español Núñez de Arce; *El Paso de Humaitá*, obra en que refuta y triunfa en las apreciaciones y juicios de la prensa y publicistas brasileños, sobre esta operación de guerra; *El Almirante Vernon en las aguas de Nueva Granada*, obra escrita para la Junta de Historia y Numismática Americana, cuya presidencia desempeñaba y el único cargo que no declinó.

Después de escrito lo anterior, que se publicó en el número de *El Diario* correspondiente a los días 20 y 21 de enero; por la imprenta de *La Nación*, se han dado a luz veintisiete tomos de correspondencia política, literaria e histórica. El Museo Mitre ha publicado también dos tomos de correspondencia entre Mitre y Domingo de Oro; otro tomo de correspondencia con Sarmiento, tres tomos de correspondencia literaria; tres tomos del *Catálogo razonado de la Sección de las Lenguas Americanas. Ayerecó que no Catú (Una provincia guaraní)*; un folleto; *Lenguas Americanas (Catálogo Ilustrado)* y *Contribución Documental para la Historia del Río de la Plata* (tres tomos).

Aparte de estos trabajos y numerosos opúsculos filológicos, el general Mitre ha publicado muchísimos más en la *Revista de Buenos Aires*, en la *Revista del Plata*, en la *Revista Argentina*, en la *Revista Nacional*, en la *Revista Chilena* y varias otras revistas, como igualmente en semanarios, como el *Correo del Domingo*, que sería difuso enumerar, pero que publicados en serie, incluso los que mencionamos y aun sin contar sus múltiples artículos de diario y las obras que se conservan inéditas, formarían una serie superior a ochenta volúmenes.



El general Mitre, cuya idiosincrasia era la tendencia absoluta de su inteligencia al estudio, debía de experimentar un verdadero goce cuando abría las páginas de un libro y se enteraba de su contenido.

Debía parecerse a aquel famoso ministro de finanzas de Luis el Grande, Colbert, que mientras reunía elementos de riqueza en el tesoro, el rey y la fastuosa lista civil se los gastaba sin tasa ni medida; ministro que cuanto más repleto de trabajo estaba su escritorio ministerial, se restregaba las manos de gozo como expresión elocuente de su contento.

No obstante su múltiple tarea de gobernante, de militar, de parlamentario y de diarista, el general se daba tiempo para todo en aquellos días de su eficiente vida,

en que privaba de horas de descanso a su cuerpo, cuando, en las altas horas de la noche se entregaba con verdadero placer a su labor intelectual.

En medio del silencio y de la soledad, y teniendo a mano los valiosos elementos de su biblioteca, el hombre estaba en su teatro.

Y como sus lecturas eran muy diversas y entre los americanistas del tiempo, en su patria, los estudios bibliográficos y críticos tenían también la preferencia, el general dió en dedicarse a ellos, y del resultado de su estudio surgieron algunas obras que no pueden olvidarse en este sintético resumen de su bibliografía.

A propósito de esos estudios y de otros no menos interesantes, el general había noticiado al historiador chileno Barros Arana, en carta datada en Buenos Aires a 20 de octubre de 1875, las obras que pensaba dar a la publicidad y si es verdad que no todo lo que prometió escribir pudo realizarlo, entre otras el estudio histórico sobre Artigas y los estudios sobre Misiones y América antecolombina, no es menos cierto que llevó a término con feliz éxito el complemento de la *Historia de Belgrano*, la *Historia de San Martín*, las anotaciones sobre bibliografía colonial, los estudios filológicos, aparte de otras obras que escribió posteriormente y sobre las que no le ocurrió hablar en la fecha indicada.

De sus estudios bibliográficos da noticia el libro que bajo la dirección del primer director del Museo Mitre, don Alejandro Rosa, se dió a la imprenta y que hace

un volúmen en formato en 16º, de 265 páginas, y del que el señor Rosa dice: “El presente volumen contiene los documentos del archivo de este Museo, referentes a la dominación española en el Río de la Plata, desde la época de su descubrimiento hasta 1810, presentados en breves extractos por orden cronológico, con notas ilustrativas, algunas de ellas escritas por el señor teniente general Bartolomé Mitre, según se verá en su lugar respectivo.”

El libro, que comienza con el texto de las *Instrucciones* dadas a Juan Díaz de Solís, en el año de 1515, fecha del descubrimiento del Plata, termina con la noticia de documentos históricos de los años de 1807 y 1809, relativos a las invasiones inglesas, y en ellos encuentra el estudioso datos útiles para ilustrarse en la historia de los tiempos coloniales.

Pero de estos estudios bibliográficos, los más interesantes de todos son los que consagró el General, relativos a la lingüística americana, y que constan de tres volúmenes en 16º, de 409, 325 y 316 páginas, respectivamente. Esta obra, pacientemente ordenada y escrita, siguiendo la índole de estudios que en nuestro país realizaron los doctores Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, don Manuel Ricardo Trelles y don Samuel Lafone Quevedo, es, sin duda, de las más importantes de las que se han escrito sobre el particular en Sud América, por el cuerpo de ciencia que trae, la variabilidad de idiomas y dialectos que estudia, el análisis comparado de que hace

gala el autor, las transcripciones de las obras que cita y los comentarios de las mismas.

Un joven escritor, muy competente en cuestiones de antropología y que si no entiende de estudios etimológicos, por lo menos conoce a los autores que se dedican a esta rama de la ciencia relativa a la étnica, don Luis María Torres, escribiendo la introducción de la obra que lleva el título de *Catálogo Razonado de la Sección Lenguas Americanas*, por Bartolomé Mitre, dice:

“Lo que por su importancia históricobibliográfica se destaca en la vasta obra del autor, es el *Catálogo Razonado de la Sección de lenguas aborígenas*, o sea la forma primaria de sus memorias escritas sobre América precolumbina, y al mismo tiempo la prueba más admirable sobre su versación, como que para reunirla, organizarla y presentarla ha requerido una constante dirección mental y la energía que exige toda obra fundamental, especialmente de la índole que la materia histórica comprende, como cuando en el caso presente su objeto es el análisis crítico. Y bien es sabido que los bibliógrafos americanos, con recomendación de los argentinos, que toda aquella labor editorial — *Memorias editoriales o exámenes bibliográficos* — de los coetáneos y posteriores al general Mitre y al doctor V. F. López, han tenido por objeto el dejar planteados los problemas más importantes de nuestra vida colonial, revolucionaria y constructiva, después que dichos historiadores dejaron fundada la cronología e indicaron los métodos más aceptables para

llevar adelante la tarea de catalogación y comento de nuestra primitiva y moderna historia, con lo cual vendríamos a preparar la memoria integral y a contribuir en la solución de cuestiones que tienen sus orígenes en los distintos factores que han organizado a estas nuevas nacionalidades.

“La obra bibliográfica que desde ahora empieza a publicarse se propone, como venimos explicando y según sus propios términos: el catálogo razonado de la sección de lenguas americanas de la biblioteca, más la incorporación de vocabularios, gramáticas, frases, cuadros comparativos y demás elementos para el estudio de los distintos idiomas indígenas que considera la clasificación dentro del orden geográfico y etnológico por grupos y familias, siempre que la división y agrupamiento del material bibliográfico lo permitiera, basándose en los estudios propiamente lingüísticos; y en cuanto a las intercalaciones de materiales originales o poco conocidos entre las descripciones del catálogo de libros y folletos que en realidad venían a alterar la contextura y los propósitos de la obra bibliográfica, tendrían su cabida condicional y siempre que la demostración o el interés oportuno de la pieza incorporada fuese evidente, como en efecto lo es en los distintos casos que el catalogador ha resuelto alterar la norma de su obra.

“En este supuesto la forma analítica desaparece para caracterizarse como memoria original, pero de cualquier manera y aun comprendiendo los distintos aspectos de

la investigación histórica americana, sus partes guardan armonía y confirman el espíritu que le da unidad.

“El modelo, o modelos, de esta obra metódica fundamental se encuentra en la misma bibliografía de la materia, y en especial, entre las que a la lingüística americana se especializan con variantes de importancia favorable en lo que a la técnica del libro se refiere, lo que hoy se reconoce como parte integrante de toda buena empresa bibliográfica. Su propósito virtual encuadra con las necesidades que los bibliófilos sienten cada vez que se proponen agotar las fuentes de un estudio especial y al mismo tiempo adquirir las nociones generales indispensables, pero lo que existe encubierto es el doble propósito de consolidar la versación del catalogador en el dominio perfecto de esa serie de cuestiones de un orden histórico más elevado.

“Y ahora, pasando a la apreciación de las distintas partes que constituyen el catálogo, puede decirse que, no siendo en conjunto ni aproximadamente completo, en lo que comprende el análisis y comentario de las producciones que cita como generalidades de la lingüística americana y conexas con su filología y aún la bibliografía general, no dejan de sorprender por su selecta y fundamental enumeración.”

El paciente estudio comparativo y que tan de mani-fiesto pone los conocimientos del general Bartolomé Mitre en lingüística americana, los expone el autor en la introducción de la obra, usando para hablar de biblio-

grafía, de los políglotas generales y parciales, estudiar las lenguas particulares fueguinas y las tehuelche, araucana, allentiac, guaraní, chaqueñas, bolivianas, quichua, aymará-boliviana (atacameña, yunca, chiquita, caribe, cararí, miji, maya, mejicanas, californianas, las de los indígenas del norte de América, las columbianas o aleutianas, prepara al lector advirtiéndole:

“Que la sección concerniente a la *Lingüística Americana*, comprende las lenguas aborígenas que se han hablado o se hablan en las tres Américas, desde la Tierra del Fuego y la Patagonia, en Sud América, hasta las Aleutinas, las Esquimales y la Groenlandia al norte del nuevo continente, clasificadas por orden geográfico y etnológico en grupos y familias y estudiadas bajo diversos puntos de vista en sus varias relaciones.

“Esta parte comprende más de seiscientas lenguas con sus dialectos, reducidos a reglas en gramáticas y diccionarios, y sobre las cuales existen vocabularios o noticias precisas que dan testimonio real de su existencia, además de las que se anotan por referencia y de los libros que con ella se relacionan.”

Luego, para explicar el plan de la obra y contenido de la misma, el General agrega:

“Este catálogo se divide en siete partes: I, la bibliografía lingüística americana, en que se dan noticias de los libros que tratan sobre la materia; II, las generalidades sobre lingüística americana y conexas con su filología; III, los políglotas americanos generales y particula-

res; IV, las lenguas americanas en particular, o sea noticias circunstanciadas de sus gramáticas, diccionarios, vocabularios y textos, con su clasificación y crítica por orden geográfico y etnológico; V, los americanismos en sus relaciones con las lenguas indígenas; VI, las obras indígenas que la complementan; VII, tablas analíticas por orden alfabético de los autores y lenguas que comprende el catálogo con las respectivas concordancias.”

Da una idea clara y muy elocuente, sin duda, de la versación del conocimiento que tenía el General de la lingüística americana y en particular de la lengua quichua o quechua, el juicio crítico que el mismo escribió a propósito del drama *Ollantay*, que apareció en la *Nueva Revista de Buenos Aires*, en el año de 1881, y que su autor transcribe como *Adición* en la página 200 del tomo II del *Catálogo Razonado de las Lenguas Americanas*.

Sin duda que es en este estudio donde Mitre se revela no solamente un hombre sumamente instruído en el idioma quechua, sino muy entendido en literatura teatral en general, competencia que anteriormente había evidenciado al formular su juicio crítico sobre la tragedia *César*, de don Ventura de la Vega.

El estudio sobre *Ollantay*, el más fundamental de los que hasta ahora se escribieron, que cita Mitre, que son, entre otros, los de Rivero, Eschudi, Barranca, Marekham, López (Vicente Fidel) y Pacheco Segarra, se propone evidenciar que el drama nunca pudo ser escrito en

tiempo de los Incas, y que tanto por las ideas o pensamientos que contiene, semejantes en un todo a los conceptos con que se expresaban los vates españoles del tiempo, como a las reminiscencias de obras europeas, y hasta de la *Biblia*, y las referencias indirectas de hechos históricos europeos, no pudo nunca ser de origen quechua.

Para constatar esas afirmaciones, el crítico hace un estudio de comparación, refutando a todos los comentaristas de *Ollantay*, inclusive al argentino López, y para constatar el error en que incurren y evidenciar las pruebas irrecusables del origen europeo de la obra y comprobarle al crítico Pacheco Segarra el error en que cae, no solamente estudia la factura literaria del drama, lo que por sí solo no probaría gran cosa, sino que entra a la contextura del lenguaje empleado en la obra, estudiando hasta las palabras quechuas usadas en el mismo, hablando de los símbolos mitológicos a que se refieren los críticos, a quienes observa el intérprete Mitre, y por lo cual evidencia o constata que en el drama abundan las alusiones a cosas de origen europeo, por supuesto que sin dejar de comprobarlo con las citas del drama, con las palabras quechuas que emplea y con la versión de las mismas al español.

Argumentando sobre el particular, el general Mitre dice, revelándose en ello un crítico de teatro:

“El *Ollantay* es, por su fondo, por su forma y por sus menores accidentes un drama heroico de capa y espada, cristiano y caballeresco tal cual lo crearon Lope de Vega

y Calderón. Tiene su rey, su barba, su galán, su dama, su traidor, sus confidentes de ambos sexos, sus comparsas, sus amoríos, sus canciones, y para que nada falte al respecto, su gracioso escudero y confidente burlesco del galán.

“Los sentimientos que generalmente prevalecen en él son: el orgullo de casta, la fidelidad conyugal, el espíritu militar, el amor filial, la humanidad con el vencido, el horror a la poligamia, la magnanimidad monárquica y la abnegación deliberada en holocausto de la monarquía, que son elementos morales de todo drama español, propio de la civilización europea, los cuales pugnan con todo lo que se conoce de la sociabilidad quechua.

“Circula además en todas sus escenas un soplo revolucionario, que, a la vez que señala la época en que se escribieron o arreglaron, repugnan a las máximas políticas del gobierno absoluto de los Incas, el más absoluto que jamás se haya conocido. Hay sobre todo en él un cuadro en que un general rebelde se hace coronar Inca al frente de sus tropas insurreccionadas y ciñe el *llautu* sagrado de los monarcas del Perú en nombre del pueblo, en medio de maldiciones contra la tiranía y el egoísmo del soberano legítimo: mereciendo por ello recompensa y honores de parte del monarca reinante aún después de vencido. ¿Puede darse una alusión contemporánea más directa a la coronación del rebelde Tupac-Amarú, en cuya presencia se representó en 1780?

“El *Ollantay*, como composición dramática, no tiene

el mérito literario que se le atribuye, no obstante que su acción tenga unidad y sea bien conducida, con situaciones de bastante efecto teatral. A no haber sido escrito en lengua quechua, nadie se habría ocupado de él, y sólo debe su celebridad a la creencia de ser una producción original de los indígenas precolombianos.

“Por su contextura es superior no sólo a la semicivilización peruana, sino también a las obras del mismo género que se conocían en Europa al tiempo de la conquista de América, lo que prueba que su concepción es posterior a esa época. El estilo lleva en mucha parte el sello del culturismo de la decadencia de la literatura española, con sus retruécanos, equívocos y antítesis, lo que evidencia que es también posterior a las obras de Lope de Vega y Calderón, pudiendo asegurarse que corresponde a la época del siglo XVIII.

“Los caracteres no tienen relieve ni significado moral: son figuras o figurones dibujados sobre la tela de la acción, de la acción misma, que acompañan servilmente en sus peripecias. El único carácter que se destaca en esta obra es el del gracioso, que participa de la fisonomía de los papeles de su género en el teatro antiguo español, y de los bufones característicos del de Shakespeare. Es una especie de filósofo vulgar y un libre pensador, que se burla de las cosas humanas y sagradas, se hace el tonto y aparece en sus pasajes más patéticos diciendo chistes andaluces y expresando en conceptos de doble sentido una cosa distinta de la que piensa, pero cuya intención

irónica sólo se comprende poniendo mucha atención. Ese tipo complicado, vaciado en un molde conocido, no es ni concebible en la sociabilidad quechua, y hasta su lenguaje es contrario a la índole de su idioma hablado.”

El general Mitre hacía versos y aunque no era un poeta de inspiración, conocía las reglas de la retórica y los preceptos de la rima, y es con estos elementos, agregados al conocimiento que poseía del idioma quechua, que juzgando la estructura poética del *Ollantay*, afirma:

“El *Ollantay*, con sólo dos excepciones, está escrito todo él en versos octosílabos, asonantados algunos o afectando la forma de cuartetos aconsonantados por regla general, no faltándole la combinación típica de la décima española, — circunstancia que hasta hoy nadie ha señalado — y encontrándose también versos alternados de diez y de cinco sílabas que se emplean para las canciones. Estos artificios métricos, invención de los modernos, son propios de las lenguas del mediodía de la Europa, y algunos de ellos son patrimonio exclusivo de la lengua y de la literatura española.

“Como es sabido, entre los antiguos — griegos y latinos — cada verso estaba dividido en cierto número de compases a que damos todavía el nombre de pies, en los cuales el movimiento alternado de las sílabas largas y breves, producía una combinación armoniosa y constituía la diversidad de metros. En los idiomas modernos tal artificio es imposible, por carecer del ritmo y de la cadencia de la versificación primitiva, falta que ha sido

suplida con la invención del actual sistema de métrica, cuyos recursos armónicos consisten en períodos musicales marcados por acentos y apoyaturas, y ornados además con el consonante y el asonante, arte que desconocieron los antiguos y que, por otra parte, no les era necesario. Fueron los provenzales los primeros que, sacando partido de una lengua enérgicamente acentuada, combinaron hábilmente las acentuaciones y produjeron un conjunto análogo al del verso antiguo, bien que cada sílaba dejó de tener su valor musical. Tal es el sistema métrico de la lengua española, que tiene su forma típica y popular en el octosílabo, el cual corresponde al antiguo verso trocaico de los latinos, es decir, cuatro acentos rítmicos, con cuatro largas y cuatro breves alternadas, apoyando los impares.

“Sería ya cosa de maravillarse que los antiguos quechuas hubiesen precedido a los españoles en la concepción psicológica del drama tal cual sus grandes poetas, es decir, tal cual, los más grandes poetas del mundo lo crearon, y que lo vaciasen en un tipo idéntico en cuanto a su forma; pero lo sería mucho más el que hubieran anticipado a las complicadas combinaciones que tuvieron por razón de ser la transición de la lengua latina a las modernas lenguas europeas, y la adaptación de una literatura nueva a un modelo que en su forma armónica no era aplicable ya. Esto sólo basta para establecer la convicción moral de que el *Ollantay* fué vaciado en el molde métrico de las lenguas del mediodía de Europa, tomando por tipo el octosílabo español.

“Las más antiguas muestras que de la poesía, o más bien dicho, de la métrica quechua se tengan, son las que trae Garcilaso en el capítulo 37 de la primera parte de sus *Comentarios*. Consisten éstos en cuatro versos de una antigua canción quechua que el autor oyó en su niñez, y repite de memoria, y unos que el padre Blas Valera, a quien copia, dice haber encontrado en los quippos que le fueron descifrados por “los indios contadores”, lo que ya indica su origen fabuloso, pues los quippos eran simples auxiliares mnemónicos de la contabilidad.

“La cancioncilla de Garcilaso se compone de tetrasílabos y trisílabos alternados, acentuados los primeros en las sílabas impares y los segundos en la del medio o sea un verso anfibráquico compuesto por una breve, una larga y una breve.

“No es posible imaginar una versificación más rústica ni primitiva: es simplemente la materia prima de la prosa dividida en sus más elementales cláusulas rítmicas, sin el adorno siquiera de la rima, que según el mismo Garcilaso nunca conocieron los peruanos. El ritmo obedece naturalmente a la índole de la lengua, pues casi todas las sílabas del quechua son graves, estando por regla general acentuadas todas sus palabras en la penúltima sílaba, y muy rara vez en la antepenúltima, y por lo tanto, los acentos rítmicos se colocan por sí sin artificio, como puede verse en los versos citados por Garcilaso.

| | |
|--|-------------|
| <i>Cás</i> <i>lla</i> <i>llá</i> <i>pu</i> | Al cántico |
| <i>Pú</i> <i>mún</i> <i>quí</i> | Dormirás |
| <i>Cháu</i> <i>pí</i> <i>tá</i> <i>ta</i> | Media noche |
| <i>Sa</i> <i>mú</i> <i>sac</i> | Yo vendré. |

“Los del padre Valera, bien que un poco más regulares, y que él llama impropiamente espondarios, son todos trocaicos, como él mismo lo demuestra en la traducción latina con que la acompañó, y por vía de muestra citaremos los primeros cuatro versos:

| | |
|----------------------|------------------------|
| <i>Súmac Ñústa</i> | <i>Palchra Numpha</i> |
| <i>Toralláiquim</i> | <i>Frater tuus</i> |
| <i>Puygnuy quita</i> | <i>Nonam tuam</i> |
| <i>Paquer cáyn</i> | <i>Nunc infringere</i> |

“Tales son los únicos tipos métricos del quechua, citados por Garcilaso, cuya acentuación métrica hemos procurado reproducir, y de los cuales el mismo dice: «De la poesía alcanzaron otro poco (los antiguos peruanos) porque supieron hacer versos, cortos y largos, con medidas de sílabas... los versos eran pocos, porque la memoria los guardase, empero muy compendiados como cifras. No usaron consonantes en sus versos, todos eran sueltos.»

“Sobre estas citas contraproducentes funda Markham su sistema de comprobación, incurriendo con Garcilaso en el grosero error de confundir la cuarteta ya citada con la redondilla española, que es, uniformemente octo-

sílaba y trocaica, concertando el primero y cuarto verso con el segundo y tercero. Al efecto invoca la autoridad de Ticknor, que refuta su arbitraria suposición.

“Como se ve, con la « poca poesía » que alcanzaron los Incas, según su mismo apologista, no alcanzaron ni siquiera a hacer uso del octosílabo, ni de las redondillas de que está compuesto el drama *Ollantay*, que hasta en esto de estar todo él escrito en este verso revela su origen español.

“El doctor López ha hecho valer otro argumento que se liga a la discusión de la forma literaria, y por incidente a la cuestión métrica. Según él, en tiempo de la conquista, el uso de los coros líricos a la manera antigua era enteramente desconocido en España. En la época de la conquista ya el licenciado Fernán Pérez de Oliva, había hecho conocer en sus traducciones los coros de la tragedia griega. Además, por ese tiempo las canciones y villancicos, equivalentes a esos coros, ya eran populares en las representaciones dramáticas en España. Esto suponiendo que el drama hubiese sido escrito por ese tiempo; pero si se tiene en cuenta que por su estructura y su estilo, debió ser compuesto después que Lope de Vega y Calderón le dieron la forma típica que revistió, se verá que los coros, o sea las canciones que intervienen por accidente en la acción tienen su modelo en los dramas de esos autores, que los emplearon con frecuencia, como fuese en la *Aurora de Copacabana*, de Calderón, para citar otra composición de asunto peruano.”

Se ha entrado en estas minucias para evidenciar al lector que lo afirmado en capítulos anteriores de que en Mitre había también la característica de un crítico, es rigurosamente cierto. Esos detalles demuestran también el prolijo y minucioso análisis que Mitre empleaba en sus juicios, ajustados todos a la más estricta verdad. Respecto al acierto con que Mitre juzga el drama *Ollantay*, Barros Arana lo reconoce cuando, en carta a Mitre de fecha 5 de junio de 1881 (inserta en la página 88 del tomo XX del *Archivo del General Mitre*), el escritor chileno, con la autoridad que gozaba, declara acusando recibo del libro:

“Recibí el *Ollantay* y lo leí con el más vivo interés. Me parece que la teoría del drama peruano antecolombino, queda pulverizada de la manera más absoluta que podía desearse. Esa pieza no había sido estudiada seriamente, y por eso había dado lugar al error verdaderamente insostenible de creer que en realidad fuera un drama del tiempo de los Incas. Me parece que nadie que lea su estudio puede sustentar seriamente esa opinión.”

También forma parte de la bibliografía del General, otro tomo correspondiente a la sección X de la biblioteca del Museo Mitre y que complementa los que se refieren al *Catálogo de las Lenguas Americanas*.

Se distingue ese tomo por la parte ilustrada relativa a la historia, geografía, viajes y lingüística referentes a América y la reproducción facsimilar de las carátulas de

los libros más importantes de que da noticia el General, siendo éstos de los más raros y antiguos, según instruyen las notas correspondientes.

La tarea del bibliógrafo no se ha circunscripto simplemente al comentario sintético de la obra cual corresponde, sino que para ilustrar al lector se reproducen algunas de las láminas que contienen las obras escritas en latín, español, portugués, francés, inglés, italiano, quechua, aymará, guaraní, mejicano y dialectos hablados en ambas Américas.

Pueden citarse entre las reproducciones facsimilares las carátulas de las primeras ediciones de "*La Argentina*" del arsediano Barco Centenera, *Confesionario para los Curas de Indias*, MDXXXV, *Catecismo de la Lengva Quechva y Aymará o Lengva del Inca*, *Compendio del Arte de la Lengva Mexicana*, del Padre Horacio Carocho, de la Compañía de Jesus, 1739, *Arte y Vocabulario de la Lengva Gvaraní*, compuesto por el Padre Antonio Rviz, de la Compañía de Jesus, y otras muchas obras que sería difuso mencionar, pero que comprenden unos cuantos cientos de títulos.

Este libro, impreso en los talleres gráficos de Pedro Coni, en el año de 1912, con tipos a la antigua, hechos exprofeso, y la reproducción de las láminas grabadas en madera que se hicieron en la época, dan una prueba tan elocuente como verdadera, de los sorprendentes progresos del arte de imprimir en la Argentina y particularmente en la ciudad de Buenos Aires.

La obra tiene también otra particularidad digna de llamar la atención y que evidencia el prolijo esmero y la constancia que en sus estudios bibliográficos empleaba el general Mitre, pues como algunas carátulas de las obras faltasen y en otras el contenido de éstas estuviese trunco, debido a las injurias del tiempo o al descuido de los que las poseyeron, el General llenó las faltas escribiendo de su letra el título o títulos de las obras para instruir así al estudioso del punto tratado en el volumen, o sea la noticia del material que contiene, lo que se estudia o discute.

Sin duda que es un tanto difícil encontrar en los libros de ese carácter publicados en América, obra más curiosa tanto por su contenido bibliográfico como por la originalidad y esmero de la impresión.

Otro estudio curioso del General sobre bibliografía es el que aparece publicado en el tomo VII, página 177 de la *Revista del Río de la Plata*, con el siguiente título: “EL PRIMER LIBRO IMPRESO EN SUD-AMERICA (ANNOTACIONES DE UN CATÁLOGO)” o sean “DOCTRINA CHRISTIANA | (al reverso de la f. 24:) *Impreso en la Ciudad de los Reyes, (Lima) por* | ANTONIO RICARDO. Año de | MDCXXXII | Años. I (en el anverso de la f. 25) : CATHECISMO MAYOR, *para los* | *que son mas* | *capaces.* | (en el anverso de la f. 83 que corresponde al 74) : ANNOTACIONES, o SCOLIOS, *so* | *bre la traducción de la Doctrina Christiana* | *y Catecismo* (que son los dos anteriores) *en las lenguas Quichuas y Aymará* | *Con la declaración de*

las phrases y vocablos que tienen alguna | dificultad, las cuales se hallarán por su orden de Alfabeto | (al fin) : Impreso en la Ciudad de los Reyes, por ANTONIO RICARDO, primero impresor de estos Reynos | del Pirú, Año de MDLXXXIII. — 1 vol. in 4º con 84 ff. num. y sin carátula en taf. negro, canto dor. y fil. Rarísimo.”

Con todas estas minucias entra el ilustre bibliófilo para decir: “Este es el primer libro impreso en la América del Sud, y forma la primera parte de la colección de obras que en castellano, quichua y aymará dispuso el Concilio Limense, en 1583, para la instrucción religiosa de los indios del Perú. Sólo se conocen de él dos ejemplares: el que tenemos a la vista en perfecto estado de conservación, que perteneció a la colección de don Pedro De Angelis, y el de la Biblioteca de Chaumette-Desfossés, descripto confusamente por Brunet en su *Manuel de Librairie* y que es el mismo que bajo el número 462 con la nota de muy mal tratado, figura en la Biblioteca Americana de Maisonneuve.

“La circunstancia de ser Lima la segunda ciudad del Nuevo Mundo y la primera de Sud América donde se introdujo el arte de la imprenta y de ser este libro su primera producción, lo hace digno de una descripción particular y de que se fije con precisión con los datos que él suministra, un hecho y una fecha que interesa a la historia, corrigiendo de paso los errores en que algunos bibliófilos han incurrido a su respecto.”

Después de esta explicación el General entra a juzgar

la tipografía del contenido del libro, estudia los datos relativos a la fecha de la publicación, la comenta con la aparición de otros libros que tratan de la misma materia, hace notar las equivocaciones cometidas por bibliógrafos, por no haber conocido el original y luego instruye:

“Que este libro es el más antiguo impreso en Sud América, que se conozca, no cabe la menor duda; pero sí en cuanto sea el primero que se imprimió en estas regiones, el punto merece ser esclarecido por lo que interesa a la bibliografía y a la historia.

“El primer punto del Nuevo Mundo donde se introdujo la imprenta, fué la ciudad de México, bajo los auspicios del Virrey D. Antonio de Mendoza según lo establece terminantemente Gil González Dávila en su *Teatro Eclesiástico* y lo corrobora Eguiara en su *Biblioteca Mexicana*, con la reserva respecto de la fecha 1532 en que según Dávila se imprimió el primer libro. Hasta hoy no hay ningún documento que compruebe el aserto de González Dávila en cuanto a la fecha. El libro mexicano más antiguo anotado por Rich es de 1544 y el catálogo de Andrade, el más abundante en su género, no va más allá. Icazbalceta, según Harris (*Biblioteca Vetustissima*), es el que ilustra mejor este punto y adelanta la fecha citando los fragmentos de un libro impreso en México en 1540, coincidiendo en el título con González Dávila y con Nicolás Antonio.

“La circunstancia de haber sido trasladado Mendoza del Virreinato de México al del Perú en 1551, donde mu-

rió en 1552, ha hecho pensar que tal vez fué él quien pudo introducir la imprenta en Lima, pero esto no es más que una mera suposición, como lo observa don Juan María Gutiérrez, pues ni treinta años después se encuentran rastros de la tipografía limeña.”

Ha sido imprescindible detenerse en este capítulo relativo a la bibliografía del General, que no es sino una ampliación del que escribió el autor en *El Diario* de fecha 21 de enero de 1906, con motivo del fallecimiento de Mitre, porque cualquiera que lea la correspondencia de éste, particularmente la literaria contenida en el tomo XX de su *Archivo*, ha de asombrarse del tesón con que el General inquiría por obras que tratasen en cualquier forma de los tiempos antiguos de América, y de ahí la busca de noticias y adquisición de libros por permuta, compra y obsequio con hombres de Chile como Barros Arana, Vicuña Mackenna y con don Gregorio Beeche. Mitre, pues, no era un juntador de libros raros; los adquiría para leerlos y comentarlos, y luego orientarse en sus estudios históricos, geográficos, lingüísticos, políticos y sociales, como una de las tantas bases fundamentales de su admirable y múltiple producción intelectual.

*
* *

Esta rápida enunciación de la bibliografía del general Mitre evidencia en él un varón fuerte, para quien las palabras desaliento y cansancio no tenían sentido prác-

tico, sin duda. Su labor, que ha sido inmensa y múltiple, no fué nunca capaz de rendirle. Para él, el trabajo intelectual no tenía límite; tan es así que la enfermedad que ha terminado con su vida no impidió que hasta el día anterior de caer postrado en el lecho, dejara de producir su cerebro, elaborar su pensamiento y narrar su pluma. De ahí que sea tan vasta su producción intelectual, si ha de referirse a la que por la prensa, los diarios que ha dirigido y los libros que ha publicado se conoce. Que por lo que hace a la que permanece inédita y que por su importancia ha de llamar la atención de los estudiosos, no es posible entrar en el detalle y menos calcular su número.

Siguiendo las tendencias de sus gustos literarios y terminada que fué la sucesión de sus estudios históricos, sus inclinaciones tomaron otros rumbos literarios, volviendo a traducir de idiomas extranjeros, como en su juventud, a autores de reputación universal, que fueron maestros en el clasicismo antiguo.

Siguiendo pues la tendencia y para corresponder a las sociedades literarias del viejo mundo, como la de *Arcades* de Roma, de la que era correspondiente, vertió al idioma castellano las *Odas*, de Horacio, el libro latino que con Virgilio, Cátulo y Ovidio culmina en la poesía del siglo de oro de la literatura romana, contribuyendo así la versión de las clásicas odas, a la difusión de Horacio en América y que tenía como precedente las traducciones castellanas de las mismas, interpretadas por

don José María Heredia, don José Joaquín de Olmedo, don Andrés Bello y don Juan de la Cruz Varela.

Resultado de sus lecturas clásicas y de sus gustos y tendencia poética, es también la traducción de la *Divina Comedia* en tercetos españoles, traducción que le valió un elogio del eminente poeta y crítico español Gaspar Núñez de Arce y en la que están vertidos con escrupulosa fidelidad, aunque con sacrificio a veces de la belleza del concepto, las visiones sublimes del poeta florentino que pintó en cuadros inmortales el amor adúltero de Francesca, el suplicio de Ugolino, el quejido de los suicidas y esas caravanas de condenados que él ideaba vagan constantemente, estremeciendo el espacio con los ayes de su dolor, según imaginó la fantasía del poeta.

Llamó la atención o, para escribir con más propiedad y rendir el homenaje de la justicia a la infatigable laboriosidad intelectual de Mitre, sorprendió a los estudiosos, que siendo el General un septuagenario y cuya vida pública había sido de una actividad asombrosa, constante, se apartara de la índole de sus estudios a edad tan avanzada para entregarse a la traducción íntegra del poema inmortal de Dante Alighieri, la única en idioma español que se haya escrito hasta el presente en América.

Y fué que no solamente de Europa llegaron los plácemes y elogios al intérprete del Dante, sino que también, a parte de lo que se escribió en su patria, del Uruguay, de Chile y del Perú se escribieron también los elogios de la crítica.

Un distinguido publicista uruguayo, don Alejandro Magariños Cervantes, en carta al traductor, le decía, en fecha 10 de mayo de 1896:

“En la primera lectura general de la traducción hecha por usted, y antes de pasar al objeto de los respectivos tercetos del Dante y los del Conde de Chestre, su versión me pareció superior a la castellana; pero tratándose de un escritor extranjero” — se refiere al general Pezuela que, aunque nacido en América, había seguido la nacionalidad española — “miembro de la Academia española, justamente apreciado en su país, para no aparecer parcial como americano, creía y creo que no debía basar mi juicio en mi desnuda palabra, sino proceder con la sobriedad y precisión posible en la forma que indiqué a usted en mi anterior.”

Un escritor chileno, publicista y poeta de fama bien cimentada, D. Federico de la Barra, emitiendo un juicio crítico, el más fundamentado de todos los que se escribieron sobre la traducción del general Mitre, y comparando el método y hasta la singularidad de la dicción, decía al General, en carta que se puede consultar en la página 290 del tomo III de la *Correspondencia Literaria*, de Mitre, publicada por la dirección del Museo Mitre:

“Sus versos, general, suelen ser rudos como mi franqueza; pero el grito del águila sobre la tempestad, no es el canto del mirlo ni el del ruiseñor.

“El Dante es ciclópico y áspero y no admite pulimentos ni dulzuras. Sus dáctilos frecuentes entre los

yambos hacen recordar los rudos y grandiosos espondeos de Lucrecio, otro coloso, otra de las grandes cumbres flameantes que se admiran y no se comparan, según el código estético de Víctor Hugo.

“Aquellos rudos tercetos que hablan a veces el lenguaje incomprensible del abismo, hicieron el prodigio de levantar el pórtico de la literatura moderna, y de hacerse comprender a la vez por las 30 lenguas, y los mil dialectos en que se fraccionaba el habla italiana del siglo XIII, prodigio que sólo hicieron dos reformadores: Mahoma con el árabe del *Korán* y Lutero con los dialectos alemanes, unificados en su traducción de la *Biblia*.

“Esas lenguas nuevas y unificadoras tienen mucho de prodigio y algo de sagradas, y para traducir los códigos religiosos y poéticos que ellas incunaron, se necesitan condiciones muy especiales. Para traducir al Dante es menester un gran corazón, sencillez homérica en la expresión, aun cuando los líricos la encuentren prosaica, intuición del mundo dantesco y verso rudo y sin aliño, pero siempre correctamente acentuado. No es el pincel de las miniaturas el que aquí sirve, ni la prodigalidad del mosaico, ni el áureo engaste de los aljófares y perlas. Se necesita brocha y escoplo, como los que sirvieron para decorar la Capilla Sistina y crear el Moisés, y la lira de bronce con cuerdas de acero y vuelo de águila y al mismo tiempo un algo de candor primitivo unido a la laboriosidad incansable de las hormigas.

“Sus versos, general, no fueron hechos para las dul-

zuras del lirismo; pero tienen, en cambio, condiciones para esta obra grande, que usted jamás dejará de perfeccionar por más que ahora la crea definitivamente fijada.

“Sus ideas sobre la manera de traducir el Dante son excelentes e irreprochables, hasta en lo de darle un tinte arcaico al castellano, en que se le moldee, y muy cierto es también que el autor, aun cuando conozca sus flacos, no siempre será quien mejor atine con las correcciones.”

Luego el crítico que había escrito tan pertinente juicio y con el que lograba juzgar acertadamente la obra, el numen del autor, del Dante, y el carácter de la poesía del intérprete, formulaba observaciones a algunas estrofas.

El general Mitre, que aceptaba lo mucho que valía el juicio crítico del bardo chileno, contestando a las observaciones y haciendo la defensa de los términos usados en algunas estrofas, decía en carta inserta en la página 295 de la obra citada:

“No es probable que vuelva a poner mano en mi obra como usted lo piensa; no porque la crea completa, sino porque le he puesto el punto final, después de llenar la tarea que me he impuesto, que era interpretar y traducir fielmente el divino poema, ciñéndome a él como a contrato público. Pienso que, bajo este punto de vista, mi traducción en la forma actual, puede, si no desafiar la crítica, por lo menos defenderse como la que más se haya acercado al original, comparándola con otras traduccio-

nes en verso en diversas lenguas. He procurado reproducir en ella, o más bien dicho, reflejar la analogía de los sonidos, los giros gramaticales, la armonía rítmica, el estilo dantesco y todo el sentido recto y genuino de los conceptos, ciñéndome como un copista al original, sacrificando a veces la corrección de la forma a la verdad de la interpretación.

“La analogía de las dos lenguas hermanas, que se dan la mano, y a veces se abrazan confundiéndose en un solo grupo, ha facilitado mucho mi tarea, ayudándome a vencer algunas dificultades, el uso de algunos arcaísmos comunes a ambas lenguas en la época en que escribió el Dante, algunos de los cuales merecen ser rejuvenecidos como creo demostrarlo en alguna de mis anotaciones.”

Y un literato argentino, el doctor Miguel Cané, haciendo el elogio del general Mitre, con relación al impropio trabajo de la traducción, decía en pág. 318 de la obra indicada:

“Las grandes obras intelectuales que los hombres han llevado a cabo y que nos asombran, han sido siempre poderosamente ayudadas en su gestación por ambientes, por pasiones, por grandes iras o supremas esperanzas, especies de andamios que sostenían en alto el espíritu del creador. Pero, que el puro amor a las letras, en el ocaso sereno de una noble vida, reemplace esos excitantes y dé, al finalizar del siglo XIX, en una ciudad esencialmente americana y a un hombre que ha estado mezclado como pocos en la vida moderna, la fuerza colosal de traducir la

obra del Dante entera, en tercetos, casi con las mismas palabras y las mismas rimas, es algo, general, que el vulgo se contentará con admirar pero que siempre será un asombro para los que, poco o mucho, hayamos tenido algún comercio con las letras.”

*
* *

Cuando el general Mitre terminó la traducción íntegra de la *Divina Comedia*, en el año de 1893 (la versión del primer canto del *Infierno* se había publicado en el año de 1889, según consta del prólogo del traductor), tenía setenta y dos años, y es por ello que asombra, que a una edad en la que, por lo general, los hombres de acción y de pensamiento, cediendo a la fatiga, se recogen en el descanso, Mitre se entregaba a la labor ímproba de vertir al idioma español el clásico poema del vate florentino, que tanta resonancia ha alcanzado, pues es notorio que, no obstante los defectos que la traducción puede tener, es opinión unánime de los críticos que la interpretación castellana de Mitre es, de las dos que existen, hasta el presente, la superior.

Y llama singularmente la atención el trabajo del publicista argentino tanto por lo extenso del poema dantesco, cuanto por lo difícil que es verter al idioma español un trabajo clásico, que por la pureza con que el

autor lo escribió, al ser de los primeros (Petrarca, Boccaccio, Tasso y Ariosto escribieron *a posteriori*) en fijar rumbos al idioma y elevar la lengua florentina a lengua italiana entre los muchos dialectos que entonces se hablaban en Italia; y que la traducción se hace por demás laboriosa, dada la ilustración enciclopédica de Dante, la que hace difícil el sentido de muchísimas locuciones, en las cuales se involucran muchas ideas relativas a las ardientes pasiones y venganzas de que se valían en el siglo XIII, el gobierno, la política y sociedad italiana para seguir *avanti* en sus ambiciones y anhelos de predominio.

Y esas dificultades diversas, las ha sabido vencer el intérprete Mitre, porque es evidente que de todos los idiomas que proceden del latín el que mayores analogías y semejanzas tiene con él es el italiano, y conociendo igualmente Mitre la lengua clásica del Lacio, como lo evidenció con la versión de las *Odas*, de Horacio, de ahí que la traducción del poema del Dante, por difícil que lo sea, fuese dominada por el General.

No obstante tratarse de la traducción del publicista argentino, que era, sin duda, como conocedor de la lengua castellana, un hablista, pues ello lo evidencia la pureza y propiedad de la versión al español de la *Divina Comedia*, que, comparado con el idioma itálico y con ser más rico, es, sin duda, menos armonioso y sonoro que la lengua italiana, el traductor argentino, para evidenciar la fidelidad de la interpretación, explica, en las notas que siguen a cada canto, el sentido de algunas palabras y la

lógica de las oraciones o explicación de los conceptos que tienen las estrofas del clásico bardo.

Se ha dicho: “Que los rasgos principales de la gramática italiana, expuestos sumariamente, son los siguientes: El italiano tiene tres especies de acentos, uno escrito y dos tónicos; el primero se emplea al fin de las palabras en que se observa una sílaba o una letra, o para marcar que se carga la voz sobre la vocal final; uno de los acentos tónicos, apoyando débilmente la voz sobre la penúltima sílaba de muchos vocablos, y el otro por un rápido tono gutural sobre ciertas sílabas iniciales. Tiene tres artículos: *lo, il la*, cuyos plurales son: *gli, i, le*. No tiene más que dos géneros. Los substantivos y los adjetivos pueden ser aumentativos y diminutivos. Se forman los comparativos colocando partículas delante de los adjetivos, pero los superlativos absolutos cambian la vocal final del adjetivo en *issimo, issima*, o consisten en la repetición del adjetivo. Abundan los pronombres, particularmente los personales, y se hallan sometidos a reglas muy variadas. El verbo tiene dos auxiliares y los mismos modos y tiempos que el castellano.”

Y es a propósito de estas dificultades y de muchísimas otras que el autor de la versión española había de tropezar, para dar con el sentido de la estrofa, con dificultades que se explican en las notas agregadas como apéndice de la obra.

Viene al caso recordar lo que opina Mitre cuando, al citar las estrofas de los tercetos 17 y 21 del canto II del *Infierno*, que dicen:

“Si el adversario al mal le fué propicio,
Fué sin duda midiendo el gran efecto
De sus altos destinos, según juicio,
“Que no se oculta al hombre de-intelecto,
Que alma de Roma y de su vasto imperio
En el empíreo fué por padre electo.”

y agrega para explicarse:

“Estos dos tercetos están intencionalmente asonantados como lo están en el original los dos que inmediatamente le suceden:

Cortese 'i fu, pensando l'alto effetto.
.....
Non pare indegno ad uomo d'intelletto:
Ch'ei fu dell'alma Roma e di suo impero
Nell'empireo ciel per padre eletto:
La quale e il quale (a voler dir lo vero)
.....
U' siede il successor del maggior Piero.

“Como es la primera vez que aparecen mezclados los consonantes con los asonantes en esta traducción, reproduciendo la forma del original, conviene dar al respecto una explicación por vía de ilustración y comentario.

“Habiéndome propuesto reproducir la melopeya del verso dantesco en cuanto es posible en castellano, subordinándola a la idea original, he procurado buscar la analogía de sus compases rítmicos, los acordes fonéticos, los sonidos llenos y la combinación métrica de sílabas largas o agudas y graves, que constituyen el número o la acentuación de las palabras. Es la solución de un problema mecánico de versificación, o fónico, si se quiere, de

las armonías de la voz humana en sus diversas formas, combinadas con los instrumentos que la acompañan. La estructura del verso de los grandes poetas tiene, como la frase musical, su armonía propia que da su relieve a la palabra hablada. Rossini lo ha demostrado prácticamente al traducir en notas melódicas la dolorida y al parecer prosaica queja de Francesca da Rimini: « *Nessun maggior dolore che ricordarsi dei tempi felici nella miseria* ».

“En los idiomas antiguos que nos han legado sus grandes modelos poéticos, el verso era más sonoro, más musical, a causa de su rica prosodia, y les bastaba el mecanismo que reposaba sobre la combinación de las sílabas largas y breves, caracterizadas por acentos, para producir sus pies o compases, que se refundían métricamente en acordes completos. Habiendo desaparecido en los idiomas modernos, — y principalmente en los derivados del latín — el ritmo y la cadencia de la versificación primitiva, fué necesario suplir esta deficiencia con la invención de un nuevo sistema métrico, análogo, pero distinto, cuyos recursos armónicos consisten en períodos musicales, marcados por consonantes o asonantes, acentos y apoyaduras, sin excluir en algunos casos, pero por mero accidente, el uso de las pronunciaciones acentuadas con las no acentuadas, artificio que decide del movimiento del verso, aún cuando la sílaba haya dejado de tener un valor musical en las lenguas habladas.

“El movimiento del verso, su número y sus pausas obedecen a reglas constantes que tienen su origen en la na-

turalidad de los idiomas y en la organización humana, siendo la rima y la cantidad de sílabas lo más secundario en su estructura armónica. De ahí, que el francés moderno, único idioma derivado del latín que no haya adoptado para su versificación la prosodia poética inventada por los provenzales, sea por lo general un instrumento insonoro en manos de sus poetas, al que sólo Corneille ha podido arrancar algunos acentos viriles, Racine algunos ecos tiernos, Lamartine algunas notas melódicas, Musset nuevas armonías, y al que Víctor Hugo, con su inspiración lírica, ha hecho producir nuevos acordes al templar sus cuerdas, dándole la resonancia de un nuevo instrumento a la manera del Dante, que convirtió un tosco dialecto en la lengua más armoniosa del mundo. No puede decirse empero que el francés carezca en absoluto de asonantes: los tiene, pero solamente agudos, porque sus vocablos carecen de terminaciones graves, en que principalmente suenan las vocales. Racine, que pasa por el mejor versificador de la lengua francesa, en sus alejandrinos tirados a cordel, que hacen vibrar las consonantes terminales de cada verso, ensarta hasta ocho asonantes y seis consonantes agudos uno tras de otro, en sus tragedias y poesías.

“Así, el consonante, siendo adorno necesario de la poesía moderna para suplir la insonoridad de las lenguas modernas, no es condición esencial de la métrica, como lo prueba el verso blanco de los ingleses, en que la idea resuena y su sonido repercute en el alma mejor que

el consonante. Tratándose del asonante, la cuestión es más simple por una parte y más complicada por otra.

“El castellano, el italiano y el portugués, — prescindiendo de sus dialectos, — son los tres únicos idiomas hablados que tienen asonantes graves, o sea la semi-rima, en que se recarga la pronunciación sobre las vocales que la producen, con independencia de las letras consonantes, por efecto de las terminaciones de los vocablos de que carecen los otros idiomas.

“En la métrica española, es una regla de sus retóricos no interpolar los consonantes con los asonantes. Algunos poetas de nota, y entre ellos Garcilaso, — importador de las formas de la poesía italiana en España, y más que todos Calderón — no se han conformado con esta regla; pero ella subsiste convencionalmente, y su observancia es cuestión de mero buen gusto o de oído. Los italianos, que cargan sobre las vocales, — como lo observa el purista Salvá, — más que los españoles, no se han sometido a esta regla, que aún reconociéndole una razón de ser, tiene, como toda regla, su excepción racional.

“El Dante fué el primero que dió el ejemplo de emanciparse de esa traba artificial, persiguiendo libremente la idea al través de sonidos análogos, y a veces idénticos, cuidando del fondo más que de la forma convencional o retórica. La primera vez que tropecé con los consonantes y asonantes apareados, persiguiendo al través de la traducción la idea original, fué en los versos 34-36 del canto III del *Infierno*, que el mundo entero sabe de me-

moria; y después de trepidar un momento antes de quebrantar una regla generalmente aceptada, traduje del modo ya citado.

“Con este motivo haré notar que, con excepción de dos cantos, todo el *Inferno* del Dante está lleno de estrofas en que los consonantes se interpolan con los asonantes, y a veces en una sucesión continua de seis y siete versos, además de los asonantes y consonantes que intencionalmente introduce en el cuerpo de la estrofa, a fin de prolongar la vibración de su nota tónica.

“Ejemplos: En el primer canto se encuentran interpolados *via, voglia, pria, ammoglia* (verso 97-100). En el segundo canto *intelletto, impero, detto, vero* (verso 12-22) se suceden sin solución de continuidad, así como *tale, tange, assale y compiangi*. En el tercer canto se encuentran, alternados o apareados, *ira, aggira, tinta, spira, cinta, vinta* (verso 28-31), y estrofa de por medio, la típica que queda ya citada (verso 34-36).

“Para no ser por demás prolijo en un punto accidental, empero tenga su interés literario del punto de vista de la métrica comparada, me limitaré a señalar con sus números algunas estrofas dantescas en que los consonantes están interpolados con los asonantes. Son las siguientes: Canto IV, verso 13-16 y 142-145. C. V. v. 85-88. C. VI, verso 106-109. C. VII, v. 61-64. Canto VIII, donde se encuentran cuatro estrofas asonantadas sobre las mismas vocales, en que hasta los consonantes se duplican alguna vez, como las siguientes:

Volte m'hai sicurtá renduta, e tratto

Non mi lasciar, diss'io, cosí disfatto:

E se l'andar piú oltre c'é negato,

Ritroviam l'orme nostre insieme ratto.

E quel Signor che lì m'avea menato.

(Canto VIII, verso 98-105.)

“Más notable es aún la estrofa del canto XIX, en que se suceden sin interrupción, *uscia, riva, sinistra, viva, ministra, giustizia, registra, tristizia* y *malizia*, o sea dos consonantes duplicados y nueve asonantes perfectos.

“Bastan estos ejemplos para justificar en algún caso la interpolación discreta de los asonantes con los consonantes, reproduciendo una de las formas del modelo, debiendo advertir que en la traducción estos casos son menos frecuentes que en el original, pues a excepción de los cantos XXII y XXVI, en todos los demás los dos sonidos de que se trata están libremente mezclados.

“Sin incurrir en la materialidad del sastre chino, que reprodujo hasta los remiendos de una pieza de ropa que se le dió por modelo, pienso haber interpretado racionalmente el texto, al emanciparme por excepción de una regla de retórica meramente convencional, sobre todo cuando persiguiendo una idea o desenvolviendo una imagen he procurado seguir pedestremente el vuelo atrevido del poeta, subordinando la forma al fondo, a fin de reproducir con más verdad la intención y la acción que los versos envuelven.

“*Parole non ci appulcro*, dice Virgilio al Dante. Sigo

el precepto virgiliano y el ejemplo dantesco, al no pretender limar el cuño primitivo de la estrofa típica.” (1)

*
* *

No es el propósito de llenar papel sin objeto y en tiempo en que la impresión es tan cara, la que mueve a hacer la transcripción de la larga nota explicativa del General Mitre. Lo transcripto tiende a que el lector ratifique las afirmaciones del que escribe y se convenza una vez más de la fidelidad de la versión y del conocimiento técnico que Mitre tenía de los idiomas italiano y castellano, de la instrucción de las reglas y preceptos de la métrica y retórica de los idiomas a que se refieren el poema e interpretación.

Y llegado este caso ocurre preguntar: ¿era poeta el General Mitre, o era simplemente un sencillo rimador?

Si por poeta se entiende, como dice el léxico de la Academia española en definición, que al que escribe le deja mucho que desear, “que es poeta el que compone obras poéticas y está dotado de las facultades necesarias para componerlas... el que hace versos”, el general Mitre no era en realidad un poeta sino un rimador, que, según el léxico, “es el que se distingue en sus composiciones poéticas más por la rima que por otras cualidades”.

(1) MITRE. *La Divina Comedia*. Traducción en verso ajustada al original, páginas 221, 222 y 223. Edición Peuser, 1894. Buenos Aires.

Pero si en el poeta, como dicen los preceptistas, deben concurrir: instrucción, genio, juicio exquisito, gusto, orden, delicadeza, viveza de imaginación, fuerza de sentimiento, exactitud en el pensar, fluidez, elegancia y robustez en el decir, gracia y franqueza en el colorido, será preciso convenir que Mitre, con poseer muchas de esas cualidades, carecía de sentimiento, fluidez, delicadeza y elegancia en la composición de sus versos, a los que él, con mucha propiedad y lógica, llamó *Rimas*. Su musa, en el parecer del que juzga, y ya lo dijo alguna vez, se arrastra, es vulgar, como la de su biografiado, el periodista Rivera Indarte, cuyas estrofas carecen de inspiración, no tienen brillo, no emocionan ni entusiasman.

En libros de carácter de estos *Apuntes* o anotaciones, no caben largas consideraciones para estudiar al general Mitre como poeta, quien, sin duda, sólo era un rimador en sus diversas composiciones poéticas, en las cuales hay algunas, como la *Elegía al General Lavalle*, *A la muerte de Zacarías Alvarez*, *El Inválido Argentino* y *El Ombú*, está pobre y vulgar como la que con igual título ideó Domínguez, en las que se nota la fraseología, la pobreza de la inspiración y lo vulgar de los conceptos. Esto, agregado a la ingenuidad, a la inocencia, como aquella de pintar a la República Argentina, extendiendo la mano y pidiendo limosna, lo que, aparte de lo exagerado de la comparación, no guardaba lógica con el pasado heroico de su patria y hasta con la lucha cruenta y tenaz de la guerra contra la tiranía, en que se puso a prueba cons-

tantemente la persistencia y el heroismo de los combatientes que perecieron a millares.

Sin embargo de no ser poeta en lo vasto y genial del concepto, el general Mitre, conocedor como ninguno entre los americanos y españoles, hasta el presente, de las bellezas y los oscuros conceptos del poema dantesco, se animó a escribir la versión íntegra de la obra inmortal y supo salir airoso, y la crítica unánime de Europa y América reconocen el altísimo mérito de la versión que Mitre realizó en su carácter de Arcade de Roma.

Por ello, pues, y como conviene cerrar esta parte del capítulo con la exposición que hace Mitre en la edición de la traducción del poema íntegro, publicado en la ciudad de Buenos Aires, en 1894, corresponde agregar siquiera y por lo interesante que es, una parte de ella.

Escribía Mitre, en esa introducción clásica y que cabe recomendar a los intérpretes:

“Una traducción, — cuando buena, — es a su original lo que un cuadro copiado de la naturaleza animada, en que el pintor, por medio del artificio de las tintas de su paleta, procura darle el colorido de la vida ya que no es posible imprimirle el movimiento. Cuando es mala, equivale a trocar en asador una espada de Toledo, según la expresión del fabulista, aunque se le ponga empuñadura de oro.

“Las obras maestras de los grandes escritores, — y sobre todo las poéticas, — deben de traducirse al pie de la letra, para que sean al menos un reflejo (directo) del

original y no una *bella infidel*, como se ha dicho de algunas versiones bellamente ataviadas que las disfrazan. Son textos bíblicos que han entrado en la circulación universal, como la buena moneda, con su cuño y con su ley, y constituyen, por su forma y por su fondo, elementos esenciales incorporados al intelecto y la conciencia humana. Por eso decía Chateaubriand, a propósito de su traducción en prosa del *Paraíso Perdido*, de Milton, que las mejores traducciones de los textos consagrados son las interlineales.

“Pretender mejorar una obra maestra, vaciada de un golpe en su molde típico y ya fijada en el bronce eterno de la inmortalidad; ampliar con frases o palabras parásitas un texto consagrado y encerrado con precisión en sus líneas fundamentales; compendiarlo por demás hasta no presentar sino su esqueleto; arrastrarse servilmente tras sus huellas sin reproducir su movimiento rítmico; lo mismo que reflejarlo con palidez o no interpretarlo razonablemente según la índole de la lengua a que se vierte, es falsificarlo o mutilarlo sin proyectar siquiera su sombra.

“Cuando se trata de transportar a otra lengua uno de esos textos que el mundo sabe de memoria, es necesario hacerlo con pulso, moviendo la pluma al compás de la música que lo inspiró. El traductor no es sino el ejecutante, que interpreta en su instrumento limitado las creaciones armónicas de los grandes maestros. Puede poner algo de lo suyo en la ejecución, pero es a condición de

ajustarse a la pauta que dirige su mano y al pensamiento que gobierna su inteligencia.

“Son condiciones esenciales de toda traducción fiel en verso, — por lo que respecta al proceder mecánico; tomar por base la estructura, el corte de la estrofa en que la obra está tallada; ceñirse a la misma cantidad de versos y encerrar dentro de sus líneas precisas las imágenes con todo su relieve, con claridad las ideas y con toda su gracia prístina los conceptos: adoptar un metro idéntico o análogo por el número y acentuación, como cuando el instrumento acompaña la voz humana en su medida, y no omitir la inclusión de todas las palabras esenciales que imprimen su sello al texto y que son en los idiomas lo que los equivalentes en química y geometría. En cuanto a la ordenación literaria, debe darse a los vuelos iniciales de la imaginación toda su amplitud o limitarlos correctamente con la concisión originaria; imprimir a los giros de la frase un movimiento propio, y al estilo su espontánea simplicidad o la cualidad característica que lo distinga; y cuando se complemente con algún adjetivo o explicación la frase, hacerlo dentro de los límites de la idea matriz. Por último, tomando en cuenta el ideal, el traductor, en su calidad de intérprete, debe de penetrarse de su espíritu, como el artista que al modelar en arcilla una estatua, procura darle no sólo su forma externa, sino también la expresión reveladora de la vida interna.

“Sólo por el método riguroso de reproducción y de interpretación, — mecánico a la vez que estético y psico-

lógico, — puede acercarse en lo humanamente posible una traducción a la fuente primitiva de que brotara la inspiración madre del autor en sus diversas y variadas fases.

“Tratándose de la *Divina Comedia*, la tarea es más ardua. Esta epopeya, la más sublime de la era cristiana, fué pensada y escrita en un dialecto toseco, que brotaba como un manantial turbio del raudal cristalino del latín, a la par del francés y del castellano y de las demás lenguas románicas, que después se han convertido en ríos. El poeta, al concebir su plan, modeló a la vez la materia prima en que la fijara perdurablemente. Esto, que constituye una de las originalidades y hace el encanto de su lectura en el original, es una de las mayores dificultades con que tropieza el traductor. Las lenguas hermanas de la lengua del Dante, muy semejantes en su fuente originaria, se han modificado y pulido de tal manera, que traducir hoy a ellas la *Divina Comedia* es lo mismo que vestir un bronce antiguo con ropaje moderno; es como tomar de un cuadro de Rembrand los toques fuertes que contrastan con las luces y las sombras o en una estatua de Miguel Angel limar los golpes enérgicos de cincel que la acentúan. Todo lo que pueda ganar en corrección convencional, lo pierde en fuerza, frescura y colorido. Si el lenguaje de la *Divina Comedia* ha envejecido, ha sido regenerándose, pues su letra y su espíritu se han rejuvenecido por la rica savia de su poesía y de su filosofía.

“El problema a resolver, según estos principios elementales, y tratándose de la *Divina Comedia* considerada

desde el punto de vista lingüístico y literario, es una traducción fiel y una interpretación racional, matemática a la vez que poética, que sin alterar su carácter típico, la acerque en lo posible del original al verterla con un ropaje análogo, si no idéntico, y que refleje, aunque sea pálidamente, sus luces y sus sombras, discretamente ponderadas dentro de otro cuadro de tonos igualmente armónicos, representados por la selección de las palabras, que son las tintas de la paleta de los idiomas que, según se *mezelen*, dan distintos colores.

“El sabio Littré, — que a pesar de ser sabio, o por lo mismo, era también poeta, — dándose cuenta de este arduo problema, se propuso traducir la *Divina Comedia* en el lenguaje contemporáneo del Dante, como si un poeta de la lengua de *oïl*, hermana de la lengua de *oc*, la hubiere concebido en ella o traducido en su tiempo con modismos análogos. Esta única traducción del Dante, que se acerca al original, por cuanto el idioma en que está hecha, lo mismo que el dialecto florentino, aun no era emancipado del todo del latín ni muy divergentes entre sí, se asemejaban más el uno al otro, y dentro de sus elementos constitutivos podían y pueden amalgamarse mejor.

“Según este método de interpretación retrospectiva, me ha parecido que una versión castellana calcada sobre el habla de los poetas castellanos del siglo xv, — para tomar un término medio correlativo, — como Juan de Mena, Manrique o el Marqués de Santillana, cuando la lengua romance, libre de sus primeras ataduras empezó

a fijarse, marcando la transición entre el período anteclásico y el clásico de la literatura española, sería quizá la mejor traducción que pudiera hacerse, por su estructura y su fisonomía idiomática, acercándose más al tipo del original. Es una obra que probablemente se hará, porque el castellano, por su fonética y su prosodia, tiene mucha más analogía que el viejo francés con el italiano antiguo y moderno, y puede reproducir en su compás la melopea dantesca con sus sonidos llenos y su combinación métrica de sílabas hasta cierto punto largas y breves, como el latín de que ambos derivan. Aplicando estas reglas a la fonética, he procurado ajustarme al original estrofa por estrofa y verso por verso, como la vela se ciñe al viento en cuanto da; y reproducido sus formas y sus giros, sin las palabras que dominan el conjunto de cada parte, cuidando de conservar al estilo su espontánea sencillez, a la par de su nota tónica y su carácter propio. A fin de acercar en cierto modo la copia interpretativa del modelo le he dado parcialmente un tinte más arcaico, de manera que, sin retroceder su lenguaje a los tiempos anteclásicos del castellano, no resulte de una afectación pedantesca y bastarda, ni por demás pulimentado su fraseo, según el clasicismo actual, que lo desfiguraría. La introducción de algunos términos y modismos anticuados, que se armonizan con el tono de la composición original, tiene simplemente por objeto darle cierto aspecto nativo, para producir al menos la ilusión en perspectiva, como en un retrato se busca la semejanza en las líneas generatrices acentuadas por sus accidentes.

“Cuando por primera vez me ensayé por vía de solaz en la traducción de algunos cantos del *Infierno* del Dante, con el objeto de pagar una deuda de honor a la Academia de los Arcades de Roma, no conocía sino de mala fama la versión en verso castellano del general Pezuela, más conocido con el glorioso título de Conde de Cheste. Después vino por caso a mis manos este libro. Su lectura me alentó a completar mi trabajo, con el objeto de propender, en la medida de mis fuerzas, a la labor de una traducción que verdaderamente falta en castellano. La del general Pezuela, elogiada por sus amigos, ha sido justamente criticada en la misma España, por inarmónica como obra métrica, enrevesada por su fraseo y bastarda por su lenguaje. Sin ser absolutamente infiel es una versión contrahecha, cuando no remendona, cuya lectura es ingrata y ofende con frecuencia al buen gusto y al buen sentido. Es como la escoria de un oro puro primorosamente cincelado, que se ha derretido en un crisol grosero. Esto justifica por lo menos la tentativa de una nueva traducción en verso. La mía puede ser tan mala, o peor, que la de Pezuela, pero es otra cosa, según otro plan y con otro objetivo. Si se comparan ambas traducciones, se vería que, a pesar de la analogía de las dos lenguas, difiere tanto la una de la otra que sólo por acaso coinciden aun en las palabras. Diríase que los traductores han tenido a la vista diversos modelos. Quizás dependerá esto del punto de vista o del temperamento literario de cada uno.

“El único poeta español moderno que pudiera haber

emprendido con éxito la traducción del Dante, es Núñez de Arce. En su poema la *Selva Obscura*, ha mostrado hallarse penetrado de su genio poético; pero tan sólo se ha limitado a imitarlo. Es lástima; pues queda siempre este vacío en la literatura castellana, que la traducción de Pezuela no ha llenado.

“He aquí los motivos que me han impulsado a llevar a término esta tarea, emprendida por vía de solaz y continuada con un propósito serio. Una vez puesto a ella pensé que no sería completa si no la acompañaba con un comentario que ilustrase su teoría y explicase la versión ejecutada con arreglo a ella. Tal es el origen de las anotaciones complementarias, todas ellas motivadas por la traducción misma, dentro de su plan, que pueden clasificarse en tres géneros: 1º, Notas justificativas de la traducción en puntos literarios que pudieran ser materia de duda o controversia; 2º, Notas filológicas y gramaticales con relación a la traducción misma; 3º, Notas ilustrativas respecto a la interpretación del texto adoptado en la traducción. No entro en citas históricas sino cuando la interpretación del texto lo exige, ni repito lo que otros han dicho ya. Si alguna vez me pongo en contradicción con las lecciones de los comentadores italianos del Dante, que con tanta penetración han ilustrado el texto en muchas partes obscuras de la *Divina Comedia*, es tributándole el homenaje de su paciente labor, pues con frecuencia me han alumbrado en medio de las tinieblas dantescas que los siglos han ido aclarando o condensando.”



Fueron días de expectativa aquellos en que el general Mitre y el doctor Vicente Fidel López bajaron a la liza provistos de todos los elementos de sus bibliotecas a discutir de la verdad de hechos históricos relativos a las invasiones inglesas a la ciudad de Buenos Aires, en los años de 1806 y de 1807.

Los celos literarios, no se dirá de los dos, pero al menos de uno, por la supremacía que su contendor ejercía en el movimiento político de su patria, y el intelectual de la América latina, que mantenían inquieto el espíritu nervioso del doctor López y la ecuanimidad, la serenidad y convicciones arraigadas en Mitre, relativas a sus estudios, particularmente a los históricos, determinaron que en un momento dado los paladines, después de haberse formulado observaciones y cruzado afirmaciones, se permitiesen dudar y al fin afirmar la verdad el uno y negarla el otro, y cruzaran sus plumas en una polémica que dió lugar a la publicación de sus volúmenes, de los que dos eran de Mitre sobre *Revelaciones y Comprobaciones Históricas*, lid famosa sin duda, pero en la que el laurel de la victoria orló las sienes de Mitre.

Y fué en una de esas discusiones, en las que a veces el ambiente llegó a enardecerse, en que el doctor López, si mal no se recuerda, con mal disimulada soberbia y como desdeñoso del adversario, le increpó porque Mitre usaba frases latinas: “que el general no conocía el latín y que si algo sabía sería de latines.”

Ignora el que escribe si ante la afirmación del doctor López, en la fisonomía de Mitre se diseñó algún gesto de desdén, pero es fácil inducir que ante semejante, tan rotunda afirmación, Mitre pensó y dijo: voy a evidenciarle a López que no solamente sé de latines, sino que conozco el idioma del Lacio tanto como él.

Se repite que estas no son más que meras lucubraciones, pero con ser así, es el caso que, a la vuelta de poco tiempo, no excedería de cinco o seis años, el general Mitre sorprendía a sus admiradores con la versión más completa, hecha en verso de lengua española, de las *Odas* de Horacio, obra ésta con la que el general obsequió a sus amigos, como también lo hizo con la traducción de la *Divina Comedia*.

Decir que esta nueva prueba de la potencialidad intelectual del ilustre repúblico argentino, fué favorable y unánimemente acogida por los intelectuales de la Argentina y muy particularmente de la América del Sur, es repetir una verdad que está en la conciencia de todos los estudiosos.

Como en críticas literarias de este género conviene oír la opinión de los hombres competentes, conocedores del idioma latino y cuyos juicios son más dignos de nota cuanto proceden de autoridades literarias que no eran compatriotas del general Mitre, vanse a transcribir.

He aquí la opinión del escritor chileno doctor Adolfo Ibáñez, en carta a Mitre de 24 de febrero de 1894:

“... ¿Y qué observaciones podría haberle hecho, que

no fueran sino un merecido elogio por la corrección del trabajo o críticas o insinuaciones sobre salvar fallas o suplir deficiencias? Lo primero habría, como usted lo comprende, sido inútil y banal desde que mis encomios no tendrían para usted valor alguno, y lo segundo importaba la audaz pretensión de corregir al maestro; y, lo que el maestro escribe de mano maestra, queda escrito.

“Ello, con todo, no impide el que desde luego le comunique la impresión general que la lectura de las *Horacianas* me ha producido. Sintetizando esa impresión, diría que su traducción de alguna de las odas de Horacio es una verdadera fotografía de éstas, tal es la fidelidad y exactitud con que usted las ha vertido a nuestro idioma.”

Un literato uruguayo, periodista de buena cepa y ministro plenipotenciario de la República Oriental del Uruguay en la Argentina, discípulo de latín de Gerat y del doctor López, el señor D. Daniel M. Muñoz, acusando recibo de las *Horacianas* escribía, en 3 de diciembre de 1895, al general:

“Con todo, he podido apreciar la exactitud con que *un árcade* de Roma ha sabido interpretar el concepto y reproducir la forma en que Horacio moldeó sus odas y admirar la suma de paciente labor intelectual que la traducción y sus comentarios representa. Es asombroso que a la edad de usted, después de tan vasta obra realizada en la política, en las armas y en las letras, encuen-

tre todavía alientos y estímulos para coronar el pedestal de su reputación con esos primores literarios, como esas viejas cepas que después de haber destilado por largos años generosos mostos, se engalanan todavía de pámpanos lucientes, reverdeciendo todavía con juvenil fecundidad.”

Entre estas críticas llama particularmente la atención, porque es la superior, la escrita por D. Federico de la Barra, traductor también de Horacio y quien dedica a Mitre algunas de las odas traducidas. De la Barra penetra con el escarpelo de la crítica en la versión de Mitre, señala sus bellezas y apunta lo que él cree que son defectos y los que rebate Mitre, manifestando que mal se puede ir a lo figurado, a la retórica o a la traducción libre, cuando, como él lo afirma, su versión es literal.

Otro publicista uruguayo, grande admirador de Mitre y que fué, en la margen opuesta del Plata, de los que nos quisieron de verdad, el doctor Angel Floro Costa, decía, a propósito de las *Horacianas*, en el estilo ampuloso, brillante y pintoresco que le distinguía:

“Para nadie es un misterio que el árcade de Roma, traductor *ad litteram versæ*, de las odas del inmortal poeta de Apuleyo, Horacio Flaco, es el teniente general Mitre, que en los ocasos de su gloriosa existencia, todavía, como Gladstone, el *great old man* británico, tiene vigor mental y fuerza física exuberante para trabajar ocho horas diarias, enriqueciendo la literatura clásica con la versión castellana del más filósofo y difícil de los grandes poetas clásicos latinos.

“Estábamos a la mitad de la lectura del segundo tomo de la obra del general Mitre, cuando aprovechamos la crítica que hace de una de sus odas el profesor Bordoni, para enviarle el recorte de ese artículo a nuestro ilustre amigo, agradeciéndole una vez más el recuerdo que siempre hace de nuestra humilde persona, manteniendo a largos intervalos correspondencia amistosa y honrándonos con las producciones de su inagotable talento....

“Toca en seguida el punto de nuestra carta en que, sin hacernos eco de la esterilidad de cierta crítica, que inclemente para apreciar la suma de labor e inteligencia que representan los dos tomos de las *Horacianas* del general Mitre, prefiere insinuar dudas sobre la profundidad de sus conocimientos en el idioma de Virgilio para no confesar el asombro que a todo espíritu leal y desapasionado causa esta multiplicidad de facultades del ilustre general, que tan pronto ha destendido su inteligencia por las elevadas regiones de la política y de la ciencia militar, como ha perseguido, afanoso, los dominios de la historia americana para dar empleo a la prodigiosa actividad de su mente, dotando a las letras castellanas con los tesoros de su erudición y la probidad histórica que encierra con sus obras de Belgrano y San Martín.”

Después de extenderse el doctor Costa en otras consideraciones sobre la traducción de Mitre y de rebatir aquéllos que nada más que porque sí, negaron que Mitre

supiese latín, cita los párrafos de una carta del general a él, en los que revela el traductor de Horacio, cómo aprendió latín. Es interesante conocer ese detalle, y por ello se transcribe. Dice Mitre:

“Por lo que respecta a Horacio, hay circunstancias de mi vida que han hecho penetrar más profundamente en su sentido y en su letra. .

“Mi padre, don Antonio Mitre, y mi padre político, el general D. Nicolás de Vedia, que estudiaron latín con los padres franciscanos de Montevideo, eran dos eximios horacianos, y cuando niño les oía discutir las bellezas del poeta, de manera que oyéndolos y consultando el texto que espontáneamente me iba asimilando, aprendí sus principales odas de memoria con la inteligencia de su sentido y salvando las dificultades de que está empedrado y en que han tropezado tantos.

“En memoria de estos grandes maestros, es que he hecho la traducción de las *Horacianas*, en los últimos años de mi vida, y haciéndola he completado mis estudios de latín sin quererlo ni pensarlo.

“Pienso que esa traducción es original, pues sólo me he ceñido al texto, estrofa por estrofa, verso por verso y palabra por palabra, por palabras propias y equivalentes, trabajo que, como lo declaro en el prefacio, sólo ha sido intentado en parte por dos traductores italianos, sin que en ninguna lengua exista otro de este género, siendo deplorables casi todas las versiones castellanas.”

Cuando se dió a la publicación parte de la traducción

de la *Divina Comedia*, en cuya versión íntegra nunca creyeron los adversarios de Mitre, pues sostenían que eran promesas falaces del general, muchos de esos adversarios, que eran académicos, cuando se completó la traducción se sonreían maliciosamente, juzgaban con sorna la versión y aludiendo al medallón del retrato del intérprete, que éste hizo colocar apareado al del Dante, fustigaban al general.

Apareció, a poco de esa traducción, la versión de las *Odas*, y entonces volvieron con más acritud las críticas, y los académicos decían: “¿Qué latín es este? ¿Qué significan estas *Horacianas ad litteram versæ*?

Eso afirmaban y eso decían los académicos, los Aristarcos, sus adversarios, sus compatriotas, los que con saber tanto latín nada hacían y cuyo paso jamás se señaló intelectualmente por acción alguna en la vida.

Y tales cosas sucedían en tierra de Mitre, cuando el voto de América, por la voz de sus representantes, decía del elogio del brillante intérprete del Dante y de Horacio.



XV

APOTEOSIS DE MITRE

Soldado en Montevideo, en Cagancha, en el Pantanoso, en Vitiche, en Lalava, en el Tonelero, en Caseros, en el primero y segundo sitio de Buenos Aires, en Cepeda, en Pavón, en Uruguayana, en el Paso de la Patria, en el Boquerón de Piris, en Tuyuty, en Curupaity, en todas partes en que se lucha por la libertad y por el triunfo del derecho, descuella su figura, ya caiga herido en los potreros de Langdon, donde una cicatriz, producida por una herida de bala, le dibuja una estrella de gloria en la frente; ya levante con su espada el laurel de la victoria como en las acciones de guerra de que fueron teatro la Banda Oriental, Bolivia, su patria y el Paraguay.

Gobernante, su más alto título a la consideración, al aplauso y al elogio de sus conciudadanos es su desempeño en la presidencia de la República, dirección de gobierno y administración, donde su recuerdo es imborrable por lo acrisolado de su conducta, la rectitud de sus proceden-

res, su imparcialidad política y su acción tan múltiple y compleja.

Periodista y escritor, se revela en *El Iniciador* y *El Nacional*, *El Comercio del Plata* y *La Nueva Generación*, de Montevideo; *La Epoca*, de Bolivia; *El Mercurio*, de Chile; *Los Debates* y *La Nación*, de Buenos Aires.

Escritor militar y matemático en el *Manual de Artillería*; autor dramático en *Policarpa Zalabarrieta*; biógrafo en *Rivera Indarte* y en *Las Heras*; historiador en *Belgrano*, en *San Martín*, *Güemes* y *Rivadavia*; crítico en las *Rectificaciones* y *Nuevas Comprobaciones Históricas*; orador en las *Arengas*; literato en las narraciones históricas; bibliófilo en el estudio catalogado de su biblioteca; diplomático en su misión al Brasil y al Paraguay y en sus cartas a Sarmiento, ministro argentino en el Perú; arqueólogo en las ruinas de Tiahuanaco; polemista en las cartas sobre la Triple Alianza y en sus réplicas a Alberdi; constitucionalista en sus estudios sobre la constitución argentina; filólogo en el estudio sobre las lenguas americanas, y numismático en el *Almirante Vernon*. Son estas las múltiples facetas del general Mitre como pensador y publicista, que no tiene rival hasta el presente en la historia de América entre los que siguieron la carrera militar y que imita a Julio César, a Federico el Grande y a Napoleón, y aun les excede como publicista.

Era el día 26 de junio de 1901 y el teniente general Mitre celebraba su onomástico, el octogésimo aniversario de su nacimiento.

El pueblo argentino y muy particularmente el de la ciudad de Buenos Aires, donde el General había constituido su hogar durante diez lustros, anhelaba dar a la conmemoración del día 26 de junio de 1821, toda la solemnidad, todo el esplendor, todo el realce de la celebración dignos del grande argentino, que vió la luz en la ciudad de Buenos Aires en fecha tan memorable.

Y como el gobierno, por una prescripción que imponían los acontecimientos trascendentales de la múltiple labor y los importantes servicios realizados por el hombre que había alcanzado la más alta personalidad, la del patricio, entre sus contemporáneos, le decretó honores oficiales, la sociedad y el pueblo resolvieron imprimirle a la celebración del gran día la mayor magnificencia.

Apuntaba el alba del anhelado día y ya el silencio de la ciudad era interrumpido por las salvas de cañón de las baterías de tierra y de los buques de la armada, empavesados de gala, y el vibrar de los clarines acompañados por los redobles de las cajas de guerra tocaban alegres dianas, que eran el saludo del ejército, la defensa armada de la Nación, de sus camaradas, a los cuales había conducido o acompañado a la victoria en el día de Caseros, en el primero y segundo sitio de Buenos Aires, en los campos de Pavón, para sellar la unión de la nacionalidad argentina, y en la campaña del Paraguay, para

desalojar al enemigo del territorio argentino y luego a rendir su ejército de vanguardia en *Uruguayana*, vadear el Paraná frente al *Paso de la Patria* para pasar a territorio paraguayo casi sin disparar un tiro, clavar victoriosas las banderas del ejército aliado en las alturas de las trincheras de *Itapirú*, y vencer al ejército enemigo en la batalla más sangrienta de las que se han librado en la América del Sur, donde pelearon setenta y dos mil combatientes.

Esto por lo que hace al militar, pero también esa fiesta era el homenaje al estadista, al organizador de la Nación, al hombre de gobierno sesudo en el ejercicio del poder, ecuánime en su actuación, sin odio ni rencores para el adversario de la víspera. Era el tributo de admiración al estudioso, al constante trabajador, al hombre ejemplar incansable en la elaboración intelectual, que fué agitador en las calles con la arenga y triunfador en las luchas memorables de los parlamentos. Era el reconocimiento a uno de los fundadores de nuestros estudios históricos, que había ido a limpiar de polvo, con paciencia de benedictino, los pergaminos y viejos documentos de nuestros archivos, para proyectar la luz en los anales históricos argentinos. Era el historiador de nuestros capitanes, en los días épicos y gloriosos de la Patria. Era el diplomático experto, a cuya palabra prudente y admirable buen sentido e ilustración habían confiado gobierno y pueblo argentino la defensa de sus derechos ante los gobiernos del Imperio del Brasil y República

del Paraguay. Era el defensor de los derechos de su patria ante las pretensiones y la intromisión de gobiernos europeos para intervenir en la defensa de nuestros derechos y territorio, en guerra no provocada ni por el pueblo argentino ni por el gobierno que él ejercía. Era el reconocimiento de los méritos contraídos por el estudioso en la aplicación de su intelecto a la discusión con los políticos e historiadores, literatos y filólogos de la América del Sur, particularmente con los más salientes publicistas de la República de Chile, como Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Victoriano Lastarria. Era, en fin, la demostración del respeto y reconocimiento de los méritos del personaje eximio, del modelo clásico de las cívicas virtudes.

Por eso el alborozo público salió de los hogares y adquirió cuerpo, imponente demostración en el ámbito de las calles, y fué así que desde las tempranas horas de la mañana, a la casa dentro de cuyos muros vivió el último virrey y representante del gobierno español en la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, don Baltazar Hidalgo de Cisneros, y que habitaba el más representativo de los argentinos, acudió todo el pueblo y los miembros del gobierno en la división de los poderes y delegaciones de las Universidades, Academias y los más altos exponentes de la banca, del comercio, de la industria; los representantes de la Armada y del Ejército, y su marinería y su tropa y los artistas: todo, una inmensa caravana, en orden los unos,

y los otros en el más emocionante y entusiasta de los desórdenes, haciendo sonar músicas y agitando enseñas, estandartes y banderas, que victoreaban al prohombre que consideraban grande y ejemplar.

Hecho más emocionante no se había admirado hasta allí. Era que el veredicto popular se manifestaba y se cumplía no solamente por el testimonio de sus compatriotas, sino por el consenso unánime del pueblo y de hombres representativos en las ciudades y capitales de Europa, de Africa y de Asia, porque era cierto que del Cabo y de la capital del Imperio del Japón, de Tokio, no sólo de Montevideo, de Santiago de Chile, de La Paz, de Lima, de Quito, de Bogotá y Caracas, de los Estados Unidos, llegaban los telegramas cuyo origen constataron los visitantes que saludaban al general Mitre en su gran día.

Más feliz que don Bernardino Rivadavia, que éste que se vió en la muy triste necesidad de volverse de la rada de Buenos Aires a Europa, en el buque del cual no desembarcó, en el año de 1838, debido al estado anárquico del país, para ir a residir en España y morir en Cádiz, en una casa de la calle que tenía el sugestivo nombre de Desengaño.

Más afortunado que San Martín, a quien las alusiones hirientes de sus adversarios políticos trataban de amenazar su nombre glorioso, con dudas y calumnias que él, San Martín, magnánimo y grande, silenció, para morir

olvidado de los pueblos que libertó, pero confiando su fuerte espíritu en el fallo de la posteridad, al general Mitre le cabía la suerte rara de contemplar su apoteosis.

Hay siempre en las manifestaciones unánimes de un pueblo, ciertas declaraciones que salen de las más humildes clases y que dicen y evidencian del gran movimiento de las mismas, y cómo es que penetran muy hondo la justicia, la admiración y el amor, en la gran masa anónima. Ello lo evidencia la siguiente anécdota:

Cuando parte de la gran ola humana que parecía no tener fin ocupaba todo el centro de la calzada y la gente se apiñaba y se estrujaba para oír las palabras que la gratitud ponía en labios del General al saludar al pueblo, un modesto hijo de éste, criollo puro, de una musculatura hereúlea, con unas espaldas que, como las de Atlas, podrían cargar toneladas sin que le hicieran vacilar sus fuerzas; un hombre de esos, sencillo, tan sano de cuerpo como de espíritu, cuya cara decía bondad, cuyos ojos eran puro brillo, pura luz y en cuya camiseta se ostentaban los colores nacionales, de los que pendía una medalla militar, de esas que sabe arrancar a la gloria la bravura y el desprecio a la muerte; ese hombre lloraba como un niño, dejando rodar sus lágrimas, por sus gruesas mejillas, y como alguien le preguntase, asombrado de verle llorar con tanta emoción, qué le pasaba, el hombre rústico, cruzando sus manos y acariciando sus musculosos y desnudos brazos, le contestó: *¡Y cómo no he de llorar, niño? ¡No ve!...*, y señalando la inmensa

procesión, muchedumbre, caravana humana o como quiera llamársela, agregaba, conteniendo los sollozos: *¡Es el santo de tata. ¡Niño! ¡Es el santo de tata! ¡Niño!...* Ese era el fallo de un hombre obscuro que expresaba todo cuanto su sencillo y noble corazón sentía, y le hacía recordar el santo de *tata*, como le llamaba el rústico con su demostración ingenua, y traía a la memoria aquel negro, que, abriéndose paso entre las gentes y acercándose al féretro del doctor Adolfo Alsina, deshecho por el dolor y el llanto, caía a los pies del cadáver, y echando sobre él su pañuelo y dando expansión a su dolor, exclamaba: “*¡Te doy lo que tengo: mis lágrimas!*”

Esas dos exclamaciones, la de ese rudo hijo de la entidad anónima del pueblo y del pobre negro, sintetizaban de la manera más elocuente y emocionante el testimonio del veredicto, que era el consenso público. El consenso público, que era la manifestación unánime de la prensa, la voz de los tribunos, el estro de los poetas, el saludo del soldado, el canto del niño, la admiración de las matronas y el homenaje de sus conciudadanos expresado en loores al hombre, cuyo nombre estaba inscripto en plaquetas y láminas y coronas y bronce, enviadas hasta del Paraguay, este el más emocionante de los homenajes, porque venía del noble y heroico pueblo redimido.

Y cuando la cabeza de la columna llegó frente a la casa del eminente argentino y penetró en ella la Comisión organizadora de las fiestas, entonces vibró en los labios la palabra del octogenario con toda la lucidez de su inteligencia, diciendo en el exordio:

“Compatriotas y residentes hermanos:

“Esta manifestación, nacida de un sentimiento de generosa simpatía, que ha asumido un carácter nacional, a que se asocian los residentes de otras tierras, que con nosotros viven en hermandad, tiene una significación más trascendental, porque los pueblos sólo se mueven animados al soplo de la vida que los rodea, con una idea en la mente, con una pasión en las almas y con el instinto de sus destinos en su naturaleza.

“Este es un homenaje secular, tributado a la idea ingénita de la sociabilidad argentina, representada por las generaciones que se han sucedido, de las que tres se hallan ahora presentes, idea que se asocia al sentimiento de la nacionalidad, a cuyo desenvolvimiento orgánico estamos asistiendo.

“No es una visión del optimismo patriótico, porque es una realidad escrita en nuestra carta geográfica, la predicción de que, la región que habitamos será en los tiempos el teatro de una evolución humana que influirá en los destinos del mundo.”

Y después de significar lo que la tierra argentina representaba en la América Meridional, hablando del presente e induciendo del porvenir, agregaba:

“Somos una nación nueva, en formación, cuyos perfiles diseñan un tipo definitivo en que estamos formando una nueva raza con el concurso de todas las nuevas razas del mundo civilizado, y que, a pesar de sus defi-

ciencias, de sus destinos políticos y sociales y de su inexperiencia para gobernarse, constituye un organismo sano y robusto, que tiene en sí los gérmenes de la vida duradera y la potencia virtual para corregir y mejorar su condición.

“Hablo en presencia de tres generaciones que se han sucedido, después de la generación iniciadora de Mayo, y puedo invocar su testimonio, al patentizar el resultado de sus trabajos en el tiempo para alentar las grandes esperanzas que son la fuerza de las naciones.

“No hay fuerza perdida en la vida de los pueblos, como no las hay en la Naturaleza. El primer estremecimiento vital de una nación, palpita en el ser de su posteridad. Las fuerzas viriles, intelectuales y morales de nuestros antepasados, que algunos dicen perdidas, están vivas en nuestros nervios, en nuestra mente y en nuestra conciencia, incorporada al organismo de las generaciones nuevas, que animadas por ellas siguen adelante con varonil aliento, vigorizando su acción.

“Nuestros padres dieron a luz una nación, surgida del ambiente colonial, que aun en medio de la lucha por la independencia y después de ella se vió atormentada por la anarquía, el despotismo o la guerra civil, sin lograr unificarse, ni completar su organización. De este caos ha surgido la nación actual, unida, constituida y consolidada, a que hemos dado vida en el espacio de tiempo en que nace y muere un hombre.”

Y así, aludiendo a los progresos alcanzados por el pue-

blo argentino en la evolución de su actividad industrial, comercial, política y social y glorificando la gran marcha realizada hasta ese día, con voz clara, con el ánimo sereno, expresándose con sencillez, pero también con altos conceptos, sin una trepidación, sin repetirse, en el dominio completo de la palabra y sin permitirse hacer alusión alguna a él, saludaba desde la azotea de su casa al pueblo, allí congregado, “recordando el consejo del poeta del Salmo de la vida, de vivir sin tregua en lo presente y dejar a lo pasado enterrar sus muertos. Que si el corazón es el tambor velado que cada hombre lleva en sí batiendo dentro del pecho, el fúnebre paso de la muerte, los latidos de los corazones esforzados, laten la marcha triunfal de las generaciones que se suceden.”

Y con esas palabras cerraba su oración en aquel discurso, en que el hombre se retiraba de la vida pública para esperar, sereno y como su héroe, el libertador San Martín, cuya vida trazó su brillante pluma, el fallo de la posteridad.

¡La posteridad! Era el pueblo en aquel día que colocaba en su cabeza la corona del triunfador, por el fallo definitivo e inapelable de la soberanía unánimemente manifestada. No era la divinación del héroe. Era la glorificación de su grandeza. Era el juicio de la historia, que anunciaba al mundo la Fama con los miles de voces de sus trompetas en aquel día en que plegó sus alas en la histórica casa de la calle de San Martín, para luego abrirlas, tender su vuelo y proclamar grande e inmortal al general Bartolomé Mitre.



Cuando se piensa que esta personalidad se educó y formó sola, entre todas las estrecheces de la pobreza, en un ambiente a menudo hostil, sufriendo los accidentes y las consecuencias de una lucha anárquica y en época de ardiente política, en que se vió hostilizado y perseguido ya como periodista ya como combatiente. Que su enseñanza fué deficiente, la de las primeras letras, y cuya inteligencia se ilustró en libros que se le facilitaban de prestado, cuyos pasos nunca cruzaron los claustros de una universidad, pues jugó su vida en los campamentos y en los combates, ya en la llanura, ya en la montaña.

Cuando se medita en ello y se ve cómo el niño, el joven y el hombre asciende, avanza solo y llega hasta la cumbre después de medirse una y cien veces con poderosos rivales que ponen a prueba su preparación, la fe de sus convicciones y su amor a la libertad. Cuando se admira su conducta, en la que hay dentro y fuera del poder toda la ecuanimidad y la rectitud de un sabio gobernante, pues consideró a sus compatriotas, respetó la ley y acató sus fallos hasta en el momento en que la disciplina militar lo castiga. Cuando se considera todo esto y se ve cómo es el primero en apoyar a los gobiernos, aun los de sus adversarios políticos, prestándoles su valiosa cooperación. Cuando se medita que ha guardado

como en la clausura de una tumba, en las carpetas de su memorial, toda la revelación de un secreto militar que se creía era una falta que le colocaba como víctima de la crítica injusta y apasionada. Cuando en todo esto se piensa, cuando se estudia el conjunto y el detalle, el principio y la síntesis, la elaboración del múltiple trabajo en mitad de una centuria, del que cimentó la obra más trascendental de su vida, que es la organización de la nación, la vida del general Mitre se destaca, adquiere relieve deslumbrante, proyección luminosa y se muestra grande entre los grandes, no cediendo en pureza a Washington, pero más múltiple en su acción que la del patricio americano, como lo es también superior a las de Bolívar y San Martín, porque éstos no supieron ni pudieron cimentar la democracia en las repúblicas que independizaron.

Los pueblos no son siempre injustos, porque los pueblos sienten a veces agitar su alma, porque tienen también conciencia de estos hombres al parecer providenciales, que según el sentir de un poeta argentino, “levantan a las naciones del abismo”, de estos hombres singulares, para quienes su personalidad es nada y su patria todo. De estos hombres que le sacrifican a sus pueblos todos sus ideales y comprometen su vida, dominando todas sus pasiones, venciendo todas sus debilidades, ayudando al adversario porque es menester, es imprescindible hacer la patria una, indivisible y fuerte, cerrando para siempre la puerta a todas las discordias y colocando

sobre las voluntades y ambiciones de todos el respeto a la ley.

Para estos patricios, para estos próceres, para estos superhombres, los pórticos de la historia, allí donde sus figuras viven inmortales coronadas siempre de palmas. Para ellos el monumento donde descansen sus venerandas cenizas y ante cuyas tumbas vayan los pueblos a buscar la inspiración y el consejo en los momentos de la duda y del peligro. Para estos hombres ejemplares, el monumento en el bronce que recuerda a los fuertes y a los grandes, y que se imponen, como Bartolomé Mitre, a la veneración de los mortales.

XVI

Muerte del general Mitre. — Sus exequias.

En los primeros días de enero del año de 1906, un rumor empezó a sentirse en la sociedad y pueblo de la ciudad de Buenos Aires, y creciendo, extendiéndose y comentándose, fué tomando cuerpo y afectando a todos los admiradores del General.

Ese rumor, que luego adquirió toda la confirmación de la verdad, era que Don Bartolo, como afectuosamente se le llamaba, estaba enfermo, y lo más doloroso era, que la unanimidad del comentario público afirmaba que la enfermedad era grave y a medida, que avanzaban los días se fué comprobando el triste pronóstico, que decía que la muerte del patricio era inminente, porque había muy pocas esperanzas de salvarle.

Y fué desde esos días, y sin que nadie lo aconsejase, que toda la población, la de culta y distinguida estirpe como la burguesía y los más modestos hijos del pueblo, los habitantes de la ciudad capital como los de la cam-

pañía, obedeciendo a un mismo sentimiento que preocupaba a todas las inteligencias y dominaba a todos los espíritus, alentando esperanzas y forjándose ilusiones, empezaron a pasar por la histórica casa a inquirir de la salud del eminente argentino.

Aquello ya no era una demostración, sino una peregrinación continua, de día y noche, en procura de noticias por la suerte que corría la salud del hombre ilustre.

Perdidas todas las esperanzas, llegó el día fatal y en las primeras horas de la mañana del diecinueve de enero de 1906, y a los ochenta y cuatro años cumplidos, el general Mitre entregaba su espíritu al Creador y rendía su cuerpo a la tierra.

Decir de la impresión que aquella muerte produjo es hablar del duelo de todo el pueblo argentino, desde la capital de la República a todas las provincias federales, gobernaciones y fronteras. Y como la actuación del hombre había sido múltiple, el eco de su pérdida se sintió en los países limítrofes: Estados Unidos del Brasil, Bolivia, Chile, la Oriental del Uruguay y Paraguay, pueblos éstos cuyos ejércitos había mandado o donde había triunfado con su singular aptitud y preparación.

En la ciudad de Buenos Aires, particularmente, la impresión causada por la muerte del gran hombre fué uniforme en la expresión del dolor, y por esas resoluciones que se manifiestan en un momento dado en una población compuesta de elementos nacionales y heterogéneos, que obedece a un consejo de la razón y a un dictado de

la conciencia, todo el comercio cerró sus puertas y las entradas de muchas casas se entornaron y los teatros y distracciones públicas se clausuraron desde que se tuvo noticia del luctuosísimo suceso.

Sucedieron luego los honores, resueltos los unos por la población de la República y los oficiales por el gobierno de la Nación, y en la mañana del veinte de enero, los habitantes de la capital vistieron de luto y el féretro que contenía el cadáver, después de haberse velado al General en su biblioteca, fué llevado a pulso, acompañado por lo más selecto y representativo de la población, y el pueblo, la Escuela Naval y el Colegio Militar de Cadetes, en una mañana de sol brillante de estío, que calentaba el ambiente con sus vivos rayos y doraba los edificios, condujeron, en cívica y doliente procesión, para colocarlo en el arco del edificio de la casa de gobierno, donde iban a depositar la ofrenda del cariño y el homenaje de la admiración y del respeto, los argentinos, sus conciudadanos y también los extranjeros a los que Mitre había saludado en el día de su apoteosis.

Y así, durante el día 20 y su noche, una procesión, en que desfilaban todos los habitantes de Buenos Aires, se detenía, pasaba al rededor del féretro y significaba el dolor que causaba la gran pérdida, con sus ojos llorosos arrojando a puñados las flores de los jardines argentinos, cuyos perfumes y colores no eran más puros que las virtudes cívicas que agitaron el alma del Grande, que contribuyó como ninguno a la gloria y el progreso

de su patria en los años juveniles y avanzados de su vida.

Las tropas distribuídas en uno y otro costado de las avenidas de Callao, de Mayo y de la República, llegaban hasta la Necrópolis, formadas en línea de batalla, teniendo a su cabeza la Escuela Naval y el Colegio Militar y haciendo parte del mismo, en sitio de honor, el regimiento de artillería a caballo del ejército uruguayo, en cuyo cuerpo inició Mitre su carrera militar y al que había conducido a la victoria, el 3 de febrero de 1852, en los campos de Caseros.

Y en las aceras y en las azoteas y en los balcones y hasta en las boardillas, en apiñados tropes, con las cabezas descubiertas, el pueblo, presenciaba el paso del cortejo, que avanzaba escoltado por las autoridades nacionales, Gobierno, Cámaras y Magistratura, Industria y Comercio, mientras que recostados en las barandas de la balconada, húmedos los ojos y latiendo los corazones por la emoción, al contemplar el féretro del que “había organizado a la Nación y fué su primer ciudadano”, las damas argentinas daban el último adiós al predilecto entre los hombres públicos argentinos.

Un joven y distinguido publicista, que ha adquirido limpia patente de escritor elegante y conceptuoso, cuya pluma se había caldeado con el ambiente de ese día, un esteta, Angel Estrada, haciendo la síntesis de la vida del hombre público, cuya pérdida lloraba el pueblo argentino, enaltece sus virtudes en párrafos sentidos y elocuentes y escribía en *El Diario* correspondiente al 26

de enero, los párrafos siguientes, en un artículo alusivo a los funerales cívicos de Mitre, que realizaba un millón de argentinos y extranjeros en la ciudad de Buenos Aires:

“Entre el hacinamiento de graníticos bloques, andamios, graderías, columnas del Congreso, no se oye un solo rumor. Se aplasta en las murallas el movimiento colosal de un mar invisible. Sentadas sobre las piedras, las familias de los constructores hablan en diversos idiomas. Las bóvedas silenciosas tienden sus curvas sobre columnas sin labores; algún patio se muestra cubierto de fragmentos de mármol: reminiscencias griegas y romanas asaltan la imaginación, cual si los muros anhelasen el paño melancólico de las hiedras.

“La impresión cruza y se disipa en un segundo: la inmensa fábrica no es un sepulcro, es una cuna. Los representantes de cien millones de argentinos, darán un día a sus ecos el poder de mandar en el mundo. Cuando este blanco hiriente de la piedra se cubra con el noble gris del Tiempo, los acentos extranjeros que hoy suenan entre los andamios fundidos en la lengua española, serán parte del verbo de la nueva raza.

“Dios la quiera grande, pero siempre latina, con su ideal y con su mente, con su sensibilidad y su heroísmo, con su altivez y sus fantasías, con todos sus defectos, con todas sus claridades: Dios la quiera con su alma inquieta y noble, sin perder en este palacio su espíritu argentino, tal como la amó y la labró, aquel por quien a estas horas se agita en la calle el mar humano.

“Desde el terrado del Congreso futuro, que será verbo de la nueva raza, se domina ese mar, contenido por las líneas del Ejército. Las franjas, los petos, las bayonetas, los cascos, forman en la Avenida de Mayo una muda y refulgente calle de gloria. Los árboles, sonrientes al sol, dicen con su verdor de un estío, el matiz del laurel eterno. Más arriba, la serpentina de los focos enlutados, que el aire agita, une cual nervio vibrante, la multitud con la Casa de Gobierno. Un redoble de tambor estalla; el clarín estride; repercuten órdenes; se presentan armas; el sol parece oír, y obedeciendo, pone en cada bayoneta un relámpago.

“La Marcha de Chopin rompe augusta en los cobres de las bandas. Sus graves acentos, marcan siempre, algo que avanza, con la triste solemnidad de un cadáver, incapaz de preguntar al alma lo visto en el misterio. Esta vez da la impresión de una expectativa grandiosa. Se siente que lo que arranca allá del fondo, entre centellantes reflejos, viene escoltado por varios pueblos y marcha hacia lo desconocido, como un resplandor que iluminare la propia sombra de su tumba.

“La cabeza del cortejo cruza la calle de Florida. Muy inerte debe venir, el luchador, cuando no alza la cabeza y no recibe el adiós pensativo de las cosas. Muy inerte, si no adivina que la Pirámide de Mayo dialoga con la Catedral, echando de menos la Recova Vieja para despedirle. Muy inerte si no oye la hora del reloj del Cabildo desde la torre de San Ignacio, diciéndole adiós y

queriendo sollozar en su lenguaje misterioso. Muy inerte si no comprende que se creen en el deber de custodiarle, y quedan atrás más tristes, al no seguirle, los monumentos de alma juvenil que dan a la vejez de sus cuerpos las bellezas del recuerdo... Pues su cámara mortuoria no ha sido solamente la biblioteca, donde le hemos velado en medio de sus libros, sino todo ese antiguo barrio, corazón de la ciudad porteña. La calle de Florida, como una tierna madre, ha entregado el cadáver a la gran arteria de Mayo, diciéndola: « Es de todos, ya no me pertenece ». ; Y cómo habrá mezclado de solemnidad respetuosa a su familiar cariño, cuando no se ha atrevido a llamarle ni una vez « Don Bartolo »; y la expresión « Mitre » es su expresión, sintiendo que ese cadáver, animado por la gloria, tiene ya el brillo imponente de una estatua!

“El cortejo avanza. Suenan los próximos tambores. El flechazo emocionante de los clarines recuerda los estruendos de los combates, su impasibilidad estoica y su arrojo temerario. El sol, zigzagueante en los aceros, evoca su vista de águila en la guerra. Luego se piensa en las antorchas de los paladines clásicos: segmentos de hayas robustas, que el amor de un país convertía en fuego. Avanzan carros de flores; son pirámides de violetas y montañas de frescas rosas. Adelantan como heraldos, señalando con colores, un camino de inmortalidad, que enaltecen con fragancias. Dicen, al cruzar, que todos los anhelos de la poesía ardieron en esa alma román-

tica, que, superior por su idea a las modestas formas que él mismo creara, se refugió en los tercetos del Dante y en los exámetros de Horacio. ¡Ah! ¡Sí!, bien están como heraldos de su féretro los jazmines, las rosas, las violetas: en torno de las montañas de cálices zumban en lírica ebriedad las abejas latinas, con las que traen mieles de nuestros campos.

“Y brillan las manchas rojas y los petos acerados de la Guardia; y la Escuela Militar, como tablón coloreante, sin perder su línea rígida, se mueve entre la ola humana. El féretro aparece custodiado por la púrpura de los obispos y el oro de los generales. Bajo el azul del cielo, al son de los acentos épicos y los rumores de ple-garia, lo acompaña la serenidad de un silencioso canto. Porque el espíritu se exalta con el triunfo y el corazón se enluta con la muerte; y esos corazones de la multitud baten como los tambores fúnebres, mientras perciben las almas más arriba, el himno de la posteridad vibrante.

“Avanza el ataúd. Las banderas de los batallones argentinos le forman una muralla, palpitan como aureolas, se estremecen con alas invisibles. Muestran las injurias del tiempo y las quemaduras de los combates; y no pudiendo sus soles volverle la vida, desean sus cielos en pabellón, construir una tienda al patriarca de sus glorias... De pronto, fulgor, música, pompa, todo desaparece. Siente la multitud un mudo estremecimiento: ha visto, al lado del uniforme, el tradicional chambergó. La palabra está dicha, y la exacción descripta. Chambergó

combatido con respeto y aclamado con delirio: fruto momentáneo de una herida, penacho perenne de una nación. Chambergo legendario, chambergo real. Chambergo que flotó en las crestas de las olas populares, para ser faro en las borrascas públicas. Chambergo enseñado a los niños entre las oraciones de las madres como una estrofa del himno. Chambergo que sobre la frente del traductor del Dante fué un símbolo de la Democracia, que si desea ser digna, debe ser culta. Chambergo humilde, chambergo ilustre; tan cosa de Buenos Aires, que la ciudad quisiera arrancarlo del uniforme y darle con él, imitando su gesto familiar, el adiós supremo... Mas el resplandor de la apoteosis vuelve a borrar el duelo del corazón. El cortejo marcha. Se le ve alejarse desde el Congreso, tribuna del verbo de la nueva raza; como desde el asiento de su posteridad verdadera. El sol se quiebra en los colores argentinos y orientales, confundidos a los italianos y alemanes de las naves, y rutila en todos los matices de las asociaciones extranjeras. Innumerales enseñas, distintas lenguas, rumor de pueblos en marcha: ¿no será que el genial vaticinio de Sarmiento se cumple? ¿No será que van las naciones a la consumación de los siglos a dar cuenta al Supremo Hacedor de sus actos y palabras? ¿No será la Argentina la más favorecida en dones, la que tenga una deuda mayor y una responsabilidad más intensa? ¿No será, a pesar de ello, nuestro pabellón el menos manchado y el más poderoso? ¿Y no dirá Mitre ante él: Contribuí a consti-

tuir este pueblo en el albor de su grandeza, y mi vida de trabajo le fué un testamento de virtud? ¿Y no será, en fin, su mano, hoy helada, una de las que alcen esa bandera, en la luz inmortal, hasta el Solio del Altísimo?... El cortejo fúnebre se pierde a la distancia, impelido por la multitud, siempre envuelto en el oro solar, que corona al labrador inerte en la tarde de la postrer cosecha!’’

Y después de insertar tan elocuentes palabras, como para ser escritas en bruñido y reluciente metal, que dicen, en su expresión y color, de lo emocionante del cuadro, la dirección de *El Diario* escribía:

“En un día solemne de gran sol, bajo la tristeza de los lutos flotantes sobre la ciudad, hemos visto avanzar por las soberbias avenidas, entre el imponente silencio de las multitudes alineadas en enorme extensión, ante centenares de millares de cabezas descubiertas y ante millones de ojos que enviaban la muda salutación de una gran despedida, hemos visto avanzar un féretro envuelto en la luminosa enseña nacional, sobre el cual descansaban un gran uniforme de soldado y un histórico sombrero de paisano, en que Buenos Aires reconoce todo un símbolo.

“Rodeaban ese féretro y seguía el pesado traquear de las ruedas de la cureña en que se le conducía, banderas enlutadas, banderas argentinas y banderas amigas, reunidas en imponente grupo para rendir el soberbio homenaje de sus glorias, de su fraternidad y de su duelo, al gran jefe muerto. Después marchaban las figuras

eminentes del país, congregados en legión solo posible en tal cortejo: luego un grupo de cabezas veteranas, cabezas cubiertas de recia nieve y agobiadas por viril tristeza; y tras ellas inmensa, silenciosa, llena de majestad en su libre conjunto, la gran muchedumbre, el pueblo, avanzaba con firme lentitud de onda soberana, cubriendo con el leonino rumor y la ondulante negrura de su marea, la calle en cuanto alcanzaba la vista; todos en marcha hacia la tumba que iba a recibir los despojos del teniente general Bartolomé Mitre.

“Sobre la multitud, aquí y allá se bamboleaban banderas y más banderas amigas envueltas en crespones. Flanqueándolas se tendían filas de soldados jóvenes, cuyas bayonetas relampagueaban al sol; músicas fúnebres saludaban el paso del cortejo, inacabable, severamente rebelde a toda formación regular, como todo lo grande; y así, el féretro a la cabeza y la multitud detrás, fueron andando bajo los lutos flotantes, entre el fulgor de las armas acogidas por ritmos fúnebres a su paso; fueron hendiendo siempre multitudes que en vez de seguir esperaban hasta el borde la abierta tumba, fuera de aquel sitio en que hizo pie firme la masa apiñada, la falange de pueblo, más allá de las avenidas, por donde avanzaba el cortejo inacabable. Buenos Aires estaba silencioso, vacío, como exangüe, totalmente abandonado por la vida de su población, que esperaba un solemne momento mirando hacia la necrópolis, desde donde, al caer la tarde, el gran retumbo de ciento y un cañonazos estremeció la

ciudad, anunciándole que había descendido a la tumba el cuerpo del teniente general Bartolomé Mitre.

“Ha rendido así la República el tributo de la apoteosis a su gran ciudadano. Pero ese hermoso homenaje del pueblo a las virtudes, los méritos y las glorias de su más genuino prócer tiene, a parte de sus rasgos exteriores, necesarias proyecciones políticas, sociales, históricas que deben cumplirse. La estatua de Mitre está ya virtualmente erigida por el voto unánime de la Nación Argentina, cuya organización salvadora fué el supremo ideal y el supremo triunfo del guerrero de Pavón. No hay, pues, que temer por la realidad de esa justicia, que ha de perpetuar en el bronce o en la piedra la figura inmortal del patricio.

“Pero eso no basta, es necesario que su vida tan fecunda, tan nutrida de pensamiento y de acción, no sea esterilizada para el futuro por la escarcha de la tumba. Si no pudiera parecer insólito el grito lanzado ante esa tumba de un prócer republicano que nosotros consideraríamos aplicable al caso de la muerte de Mitre, una adaptación del histórico grito de la vieja realeza y diríamos: “¡Mitre ha muerto! ¡Viva Mitre!”

“Esta exclamación interpreta, sí, nuestro pensamiento, que sentimos pensamiento de todo el pueblo argentino.

“Mitre ha muerto, pero es preciso que las altas inspiraciones que surgieron su grande existencia de patricio, de hombre político, de estadista, de gobernante, de historiador, de cerebro superior y de espíritu templado en

el crisol de las más severas virtudes; su existencia de gran argentino, en fin, sobreviva a la extinción de su ser mortal. Es necesario que su vida se constituya en ejemplo, que se incorpore su espíritu, su pensamiento, sus ideales, a la vida nacional. Ese ejemplo debe ser la fuente en que beba sanas y fecundas inspiraciones, la gran política del futuro, la política de los gobernantes, la política de los gobernados.

“La vida de Mitre es un libro que debe mantenerse constantemente abierto, que debe leerse sin cesar al pueblo, que debe enseñarse en las escuelas a igual título, que la de los grandes próceres, sus hermanos en la historia. Los actos de gobierno y los actos de civismo tienen en esa vida tantas indicaciones saludables, tantas pruebas de clarovidencia y abnegación, tanta luz difundida sin jactancia y sin restricciones pequeñas.

“¡Esculpamos su inolvidable figura para que su sombra benéfica substituya la sombra del viejo árbol muerto; cambiemos por su nombre, emblema de civilización y de cultura, por el nombre bárbaro de uno de los territorios nacionales; que la Pampa reciba, con el nombre de Mitre, como bautismo. Pero sobre todo, que la escuela, el pueblo, la política, la sociabilidad y la cultura, reciban el gran legado de los ejemplos y enseñanzas de la vida de ese hombre, de ese hombre que quizá es el único que pueda disputar en estricta justicia a Wáshington su gloriosa calificación: el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos.”



En su tumba, no se diga en su estatua, que muchos sus conciudadanos le niegan la ubicación que merece, pues si se ha de apurar el razonamiento, puede afirmarse que Mitre, dado los mediocres a los que se erigen monumentos, no necesita estatua, porque su monumento está en su obra, que es su acción múltiple de publicista, gobernante, militar, de hombre público y que está también en la prensa y en los libros; en su tumba basta este nombre: *Mitre*, que lo dice todo, que se impone a los presentes y que alcanzará también, imponiéndose, a la más remota posteridad.

Y ello sucederá, porque el prócer, el virtuoso trabajador se impuso y triunfó, y por eso y para valernos de las mismas palabras de él, en la oración pronunciada en la Plaza de la Victoria, el día 20 de Mayo de 1880, con motivo del centenario de Rivadavia, a él también corresponde el homenaje que rendía al patricio cuando decía, aludiendo al procer:

“El está presente en el gobierno, como ideal del mandatario por su iniciativa, su moderación animada y su virtud cívica. Preside nuestros parlamentos, como el genio que les dió vida y los adiestró en su táctica; está en efigie en las escuelas como el maestro que puso la cartilla en manos del niño. Protege todas las ciencias y la

igualdad de los derechos civiles por la ley que declaró unas y otras eternamente inviolables. Activa las corrientes de la inmigración y del capital, que él fué el primero en traer y promover. Es el inspirador del progreso continuo, cuyo impulso invisible, pero eficiente, obra constantemente en el sentido del bien. Está vivo en nuestras almas y vela hasta el sueño de los muertos, en cuya morada proyectó grabar esta inscripción: « Pasaron y descansan esperando. »”



XVII

CONCLUSION

Terminados estos sencillos *Apuntes*, en los que se encuadran y recuerdan muy sintéticamente los antecedentes, que son los servicios de un argentino ilustre, en el gobierno, en las armas y en las letras, corresponderá trazar la silueta moral y retrato del sujeto bosquejado, tanto es lo que interesa la personalidad eminente de Mitre. Con temor vase a tratar, sin embargo de creerse que se fracase en la aspiración.

Creados en un ambiente de anarquía, en la que los caudillos primero y la tiranía luego, cerraban a todas las aspiraciones los caminos del progreso moral, intelectual y material, porque convenía a la táctica política del gobierno absoluto, impedir todo progreso institucional, los adolescentes de la época, los de la infancia de Mitre, recibían una educación muy deficiente y tanto era así, que lo poco que en materia educacional se había organizado en el gobierno de Rivadavia, quedó en una

parte estacionario en las escuelas y en otras retrocedió como en la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, que se clausuró, lo que es notorio.

Para evidenciar tales afirmaciones basta estudiar la suerte que corrió la educación primaria, secundaria y superior bajo el despotismo de Rozas.

Cerrados los liceos, donde se podían estudiar los rudimentos de las ciencias físicas, matemáticas y naturales y el latín, solamente quedó una que otra academia, y los jóvenes que aspiraban al conocimiento de esos ramos acudieron, en la triste emergencia, a los conventos, donde los sacerdotes de órdenes, los franciscanos, domínicos y mercedarios, enseñaban el latín, filosofía y algo de matemáticas. ¿Para qué decir que las ciencias naturales, la química y la física, como también la astronomía, no salían de un círculo muy estrecho, igualmente que la botánica, zoología, mineralogía y geología? Esto, entre otras razones, debido en parte al conocimiento muy escaso en esas materias de los profesores de los conventos.

Con medios tan modestos y en ambiente tan ingrato, ¿qué podía estudiar Mitre, que era un adolescente, allá por el año de 1835 y por muchas que fuesen sus aspiraciones?

Y esto no era todo, desgraciadamente. Para Mitre, que en el año de la referencia sólo alcanzaba a la edad de catorce años, la barbarie y la ignorancia de aquellos tiempos llegó, sin duda, a contagiarle.

El niño, que era un temperamento un tanto inquieto

y desobediente, se había hecho molesto en la casa y en la escuela, donde se afirma que no estudiaba y fué por ello que su señor padre, don Ambrosio Mitre, se vió en la imprescindible necesidad de alejarlo del hogar y enviarlo a una estancia, donde la vida del trabajo campero, un tanto dura, modificaría las tendencias de su carácter y disciplinase su espíritu. Y fué en la estancia de don Gervasio Rozas, hermano del tirano, donde el joven Mitre llegó a evidenciar su resolución de trabajar, empezando por las duras pruebas de domar potros y adiestrar redomones, hasta rematar la tarea con la lectura asidua de todo libro, diario o papel al alcance de su mano; tendencia ésta a la lectura que no pudo menos de llamar justamente la atención de los que le observaban y estaban encargados de dirigirle.

¿Qué causas, en apariencia extrañas pero poderosas, habían operado la metamorfosis del joven que no había terminado el período de la niñez? ¿A qué influencia singular obedecía el repentino cambio? ¿En qué pensaba? ¿Qué inducía del futuro, cuando en edad muy temprana de la vida y en la que todo debía de sonreírle, se recogía en sí mismo para considerar con la sensatez de un hombre, que era imprescindible instruirse? ¿Cómo fué que se operó el cambio, sin la iniciativa ni el consejo de persona alguna? ¿Veía algo en el porvenir? ¿Sería acaso el brillante papel de su futura actuación y la resultante de sus múltiples y fecundos trabajos?

Esto que últimamente se afirma, fué, sin duda, lo que

sufrió la entidad moral del sujeto y en ello es que, ciertamente hubo de pensar, allá en la lejanía y soledad de los campos, el niño que empezaba a meditar como un hombre sesudo.

Pero, con ser así, esto no es bastante para explicar por qué el impulso del trabajo con que se resolvió a actuar, no se detuvo. Sería menester buscar las causas que lo generaron, y éstas, sin duda, no son otras que la conciencia que tenía de su potencialidad intelectual, de la que debía dar pruebas tan evidentes y relevantes, luego de cumplir veinte años, y después de ingresar al regimiento de artillería del ejército uruguayo.

El escenario en que entraba a figurar el joven oficial de artillería debió de sugestionarle particularmente, y fué allí, en Montevideo, donde, a poco de observar los sucesos y de estudiar desapasionadamente a los hombres que los producían, debió de pensar que eran los directores de la política, uruguayos y argentinos, que combatían la tiranía, la política funesta de Rozas, que era el entronizamiento de la barbarie en el gobierno y el sistema sangriento del degüello para sus opositores; que eran el núcleo del gobierno y la prensa de Montevideo, unos verdaderos representativos, dada su ilustración, su cultura y su capacidad para el ejercicio del gobierno propio y la defensa del derecho y de la libertad.

Y fué entonces que, penetrado de la creencia que él podía y debía figurar en primera línea avanzando en el tiempo, que se puso a estudiar con la constancia y la

tenacidad de un sectario, no solamente el arte y ciencia de la guerra, sino también todo lo que tenía relación con las bellas letras, la política y el gobierno.

Y aunque sus principios fueron modestos, como que no tenía otro maestro que sí mismo, y aunque sus ensayos poéticos no llamaron mayormente la atención, el vuelo que a poco de estudiar desplegó su inteligencia y la capacidad que le reconocían sus contemporáneos, le abrieron las puertas a la popularidad, que le facilitaban los hombres del pasado revolucionario, como los doctores Julián Segundo de Agüero, Manuel Bonifacio Gallardo y el general don Martín Rodríguez; los periodistas como el doctor Florencio Varela, los maestros como don Juan de la Cruz Varela y don Esteban Echeverría, los militares como Garibaldi y los generales Paz y Melchor Pacheco y Obes, los hombres de gobierno como don Joaquín Suárez, los políticos como los doctores don José María Muñoz, Santiago Vásquez y Andrés Lamas.

De los personajes nombrados, con uno de los que más intimó el joven oficial Mitre fué con Garibaldi, y como a título de curiosidad o investigación, si se quiere, le preguntase un día el que escribe, el motivo de esa predilección, el General contestóle: “Yo siempre tuve admiración por Garibaldi, porque le creía un hombre superior, en el que se reunían méritos muy singulares y porque yo, que era un insignificante entonces, sabía apreciar la amistad del héroe y porque en su compañía tenía mucho que aprender”. ¡Cosas singulares de la vida

y destino de los hombres! Cuarenta años después, el héroe de ambos mundos, como se ha dado en llamarle, con justicia, a Garibaldi, escribía al general Mitre, sin duda con alguna exageración, llamándole a Italia porque lo creía el único hombre capaz de organizarla; afirmación ésta que consta de cartas de Garibaldi, que ha publicado el Museo Mitre.



Ocurrida que fué, en Montevideo, la revolución del 1º de abril del año de 1846, al grito de *Mueran los porteños*, las tropas fieles al general Frutos Rivera destruyeron la influencia que ejercían los emigrados argentinos, y entonces el mayor Mitre, que con tanto brillo había actuado, particularmente como hombre de acción dentro de los muros de la Nueva Troya, emigró y pasó a Bolivia y a Chile, en época en que don Manuel Montt acentuaba su poder triunfando de sus adversarios y generando grandes y fecundos progresos para Chile.

Grande fué la influencia que como diarista ejerció Mitre en Chile; tanto es cierta la información, que para evidenciarlo, está lo escrito en estos *Apuntes*, y por lo que consta que hasta Alberdi confió a Mitre la dirección del diario de que él, Alberdi, era uno de los propietarios.

Cuando, después de cinco años de residencia en las

costas del Pacífico y donde había actuado también con brillo como militar y periodista en Bolivia, llegaron los momentos de la cruzada libertadora contra Rozas, Mitre volvió a su patria, se reincorporó al ejército uruguayo y también a él, le correspondieron los laureles de *Cascos*, allí donde le ascendieron a coronel en el mismo campo de batalla.

A partir de esta época, el estudio, la política, la prensa, el ejercicio del gobierno, el parlamento, el mando de los ejércitos y la diplomacia eventual, reclamaron constantemente la intervención de este clásico ejemplo de trabajador, que nada sabía de treguas y descanso, y difícil es afirmar en cual de esas esferas de acción tuvo a mayor altura el personaje que se multiplicaba, que se transformaba y se difundía como un nuevo Proteo, hasta coronar la obra con la organización nacional para continuar luego actuando como legislador, como diarista, como historiador, como publicista, como diplomático y como político.

¡Qué virtualidad y fecundidad de trabajos tan diversos, tan múltiples, tan asombrosos y, más que todo, qué admirable buen sentido para proceder! ¡Qué rara ecuanimidad! ¡Cómo en el debate oral y en la discusión escrita mantuvo el perfecto equilibrio de sus facultades! ¡Qué discreción la suya para disimular la diatriba, la intención dañina de los adversarios, la burla; la confianza y la fe ciega con que se confió a gentes que alardeaban amistad!

En su moral, Mitre también era un estoico, y como tal pensaba que la ética debía radicar por el imperio de la razón en el propio yo, y que la voluntad libre del individuo adquiriendo conciencia de su potencialidad, podía y debía de contribuir a la práctica constante del bien.

De acuerdo con ese concepto y creyendo que al esfuerzo propio debe el hombre su perfección, su moralidad y sus virtudes, se supo educar dominando las perturbaciones de su espíritu y sabía llegar sereno hasta el sacrificio de sus anhelos, si era imprescindible afrontar imperturbable el peligro, asumiendo actitudes definidas cuando el caso ocurría.

Un ejemplo evidenciará estas consideraciones con elocuencia. Es el siguiente:

Mitre y Sarmiento eran, entre los representativos de la última época de la emigración, de los que habían sobresalido.

El afecto, la consecuencia amistosa, los sufrimientos y los anhelos sentidos lejos de la Patria, habíanse fecundado con el tiempo, y cuando llegó el momento de volver a la tierra en que nacieron, juntos salieron de Chile y juntos llegaron a la Argentina, siguiendo los azares de la guerra y encontrándose en los hechos de armas que se sucedieron, como el combate del *Paso del Tonelero* y la batalla de *Caseros*.

Pocos días después de la victoria de *Caseros*, refiere uno de sus biógrafos, en la nota 27 de su estudio ⁽¹⁾,

(1) Véase: JUAN J. BIEDMA, *El Teniente General Bartolomé Mitre*.

acudía armado el coronel Mitre a San Benito de Palermo, que fué residencia del tirano, con motivo de una amenaza de muerte de Urquiza contra el joven coronel. Y acudía armado con el propósito de defenderse, costase lo que costase, con motivo de lo que declaró al general vencedor, que concurría a su presencia a saber, por declaración del propio general, la verdad de la amenaza; pero el caudillo entrerriano no vaciló en declarar noblemente que nada había de verdad en lo dicho, agregando Urquiza que contra quien él descargaba su enojo era a Sarmiento, “que se le había separado después de *Caseros*, dirigiéndose a Chile”, y a la queja agregó algunos epítetos y juicios sobremanera deprimentes para Sarmiento.

Oída la queja y los epítetos, Mitre le observó al general que él era amigo de Sarmiento y como tal no podía callarse ante los juicios desfavorables e injustos que oía, lo que le ponía en la imprescindible necesidad de protestar y retirarse, pues Sarmiento era un leal patriota, digno de consideración y de respeto, lo que oído por Urquiza quedó obligado a contestarle: “Así me gustan los amigos que hablan el lenguaje de la verdad” y luego, estrechándole la mano, invitó a Mitre a sentarse y departir con él.

; Qué moral tan sorprendente, qué estoicismo tan raro el dél General! Un hecho lo evidencia. La noche que en el hogar de Mitre, los amigos de su hijo Adolfo velaban el cadáver de éste, que fué de los tipos más completos

entre los jóvenes de distinción de su tiempo, y el que se imponía por sus condiciones que proclamaban la noble alcurnia de su estirpe, uno de los amigos de Adolfo, quien escribe, contemplaba el cuerpo yerto del que les dejó en los dinteles de la vida, y era tan honda la pena que sentía, que su espíritu en aquel momento de dolor estaba absorto y había perdido hasta la conciencia de donde se encontraba.

De pronto sorprendióle en su preocupación el nombre de su apellido en sentido de advertencia por los circunstancias, al mismo tiempo que sentía una mano que a su espalda le tocaba suavemente el hombro. Era la mano del General, que en ese momento arreglaba la mortaja que cubría el cuerpo frío del hijo, cuya temprana muerte lloraban los jóvenes, muy jóvenes amigos.

Y al contemplar la fisonomía del padre, a quien el soplo mortal de la muerte arrebató el hijo, se notaba en ella la lucha tenaz que sostenía para que las lágrimas no desbordaran y la batalla que en el corazón libraban el amor paterno, el dolor, las esperanzas frustradas y la separación del hijo cuyo recuerdo sería imborrable.

Al evocar el suceso de aquella tristísima noche, aun parece verse al general Mitre que se destaca de los contornos del cuadro conmovedor que era la capilla ardiente, las personas que cruzaban, como sombras, inclinadas bajo el peso del dolor las habitaciones y la pena que doblaba el espíritu de los presentes. Aun parece verse la figura del General en medio del silencio, alumbrada por la amari-

lenta luz de los cirios, que con prolijo esmero seguía arreglando la mortaja, cubriendo de blancas flores al hijo y voleando toda la intensidad y pureza de la mirada en el cadáver, sin decir palabra, sin pronunciar una queja, resignado, reconcentrado, mudo!

Cómo fué, y es cierto, que cuando sus amigos de Chile le comunicaron que con su autorización iban a proceder a la publicación de sus artículos insertos en la prensa de ese país y le preguntaban, enviándole las transcripciones para que suprimiera lo que, a su juicio, creyese conveniente no se reprodujese, contestaba devolviendo íntegras las cartas y artículos: que los devolvía porque no recordaba ni sabía que en lo por él escrito, hubiese necesidad de suprimir afirmaciones o borrar declaraciones.

¿Qué moral era la de este hombre superior, de este puritano en ideas, principios y doctrinas?

La respuesta a la interrogación, para el autor, se hace por demás difícil. Pero, a fuerza de meditar, parece que esa moral de Mitre se fundamentaba en una resolución nacida de algo así como una creencia fatalista, que consideraba todos los obstáculos y peligros que se le oponían con una serenidad sorprendente y rara, porque, sin duda, tenía la convicción que había venido al mundo a llenar una misión superior y que hasta el día que la cumpliese, él tenía que vivir, que trabajar con constancia, con excepcional tenacidad.



La vida de acción múltiple de Mitre tenía para sus compatriotas tanto de admirable, cual era de compleja y de vasta, porque encuadraba dentro de su intensidad, en la actuación lejos de su patria en los tiempos de la emigración su constante labor; luego en los días, primero de la organización política del Estado de Buenos Aires y después en las luchas de éste con la Confederación; en la organización nacional, en el régimen y sabia dirección de su gobierno, en su acción constante y difundida de periodista, dentro y fuera de su patria, en sus condiciones de historiador, relevantes por lo verídicas e imparciales; en el ascendente que ejerció en su carrera militar, que eran los prestigios con que se impuso a sus conciudadanos, y muy particularmente su fama muy cimentada de hombre de parlamento. Su oratoria, con la cual triunfaba siempre que debatía con sus adversarios o se dirigía al pueblo; fama ésta de orador, también fundamentada, que hay que detenerse un tanto en ella, dado que por la misma ejerció su imperio en las luchas ardientes de la democracia argentina, en la que había que organizar las instituciones dentro de levantamientos revolucionarios, que ponían en peligro la suerte de la nación y que retardaban la unión de las provincias argentinas.

Mitre era un orador en la extensión más lata de las virtualidades del hombre, que convenecía y agradaba con el brillo y afuente elocuencia de la palabra en los debates de nuestras asambleas, en las exposiciones de los partidos y acuerdos de gabinete. Era como en sus famosas polémicas por la prensa, todo un exponente que lucía por medio de su indiscutible y rara ilustración, o de su muy lógico razonamiento, que decía del hombre que había puesto a prueba su inteligencia en el estudio constante, en la observación de los sucesos y los hombres y en la meditación diaria.

Pero sucede con la oratoria del eminente hombre público, cuando en la actualidad se leen sus discursos parlamentarios, o sus arengas en la plaza pública y en el mitín, que no siempre la oración corre pareja con la propiedad del lenguaje, que exige, aparte del lógico razonamiento, pureza en la dicción; y es por eso que el lector algo atento nota a las veces la repetición de alguna palabra, lo inapropiado de un concepto o la irregularidad de una oración, no obstante que su ilustración era tan vasta y tan competente el sujeto, o, mejor dicho, tan técnico en el dominio del idioma, pues conocía mucha parte del lenguaje por sus raíces, vale decir por su etimología.

Ocurre preguntar entonces: ¿Y cuando tales observaciones se formulen, por qué ocurría lo que anteriormente se observa? ¿Por qué esas repeticiones, las mismas que aparecen en su correspondencia, particularmente la escrita bajo la carpa, en la campaña del Paraguay?

Pues ello sucedía porque, sea cuando escribiera, llegando a sus oídos el toque de las dianas, al alborar de las mañanas, o en la hora del silencio, o cuando hablaba en el recinto de las Cámaras y Convenciones, en los comités y en la plaza pública, Mitre era, por lo general, un improvisador. Avezado al estudio se preparaba para el debate, leyendo a los autores que estudiaban la doctrina o principios en discusión, y luego, cuando consideraba que dominaba la cuestión, entonces, con absoluta confianza en sí mismo, se fiaba a su feliz memoria, que era de una rara retentiva y afrontaba el debate, impresionando con una rara fluidez de palabra y con una tranquilidad asombrosa, y ello se evidencia por los recursos que le ofrecía la discusión, en la que siempre se revelaba un improvisador feliz, sea al exponer la tesis que defendía, sea al contestar con brillo y éxito las interrupciones del contendor.

Se ha dicho que los grandes oradores no eran ni son improvisadores, pues los famosos, los maestros, eximios como Demóstenes y Cicerón, entre los antiguos, y Thiers entre los modernos, no improvisaron sus notables discursos, sino que los escribían y los estudiaban para luego pronunciarlos y de aquí la suerte de que se hayan conservado. Pero no obstante todo lo cierto que hay en lo afirmado, también los improvisadores como Péricles, cuyos discursos, en su casi totalidad, no se conservan por lo mismo que no los escribía, sino que los improvisaba, puede dejar de considerarse uno de los oradores famosos

que contó la Grecia antigua, y cuyas virtudes enalteció Tucídides.

En nuestras lides parlamentarias, don Félix Frías, que gozaba como orador de fama muy brillantemente cimentada, no era un improvisador. Su lenguaje, rico por lo variado, su método, su exposición y energía, eran el resultado de la composición escrita de su discurso, porque como era un hombre de una memoria muy singular, sucedía que se preparaba a la exposición de sus tesis de defensa, escribiendo primero el discurso, leyéndolo luego de una sola vez y valido de la virtualidad de su recordación, lo repetía con asombrosa facultad, del principio a la terminación, sin olvidar palabra, sin repetirse, sin vacilar y esto no obstante la nerviosidad de su temperamento.

Se ha dicho, y sin duda que la afirmación es de una absoluta verdad, que en la República Argentina la popularidad de sus hombres públicos, en casi su totalidad, ha tenido su origen en la oratoria popular o de parlamento, en la palabra vibrante que dice en lo que expone de sombras y luces, que eleva con el elogio y censura y deprime con la crítica, que enardece a los oyentes y que cuando es arrebatadora mueve a las masas con espontaneidad a la lucha, que es a las veces el triunfo, y que puede ser, también, la derrota y el sacrificio. Pero los afortunados que supieron vencer con su palabra enardeciendo las pasiones o emocionando el espíritu hasta de los caracteres mejor templados, han llegado a la cumbre después de

cruzar el llano, y Mitre fué uno de esos predilectos que movió las masas populares, que agitó al público en las asambleas, que convenció en los gabinetes, que escribió libros famosos, que triunfó en la diplomacia y que dió norma en la dirección del gobierno y conquistó palmas en los campos de batalla.

El general Mitre no leía sus discursos, al pronunciarlos; se dirigía, sin el auxilio del papel, a los oyentes, que es esa la condición *sine qua non* del orador, y así en la gestación de la inteligencia, mientras se habla, y en el pleno dominio de la misma, podía observar la impresión que producía su oración en el auditorio, que se imponía para responder a la simpatía de los que le oían y obtener el éxito que anhelaba.

Que como improvisador el orador, y entre ellos Mitre, tenga defectos, lo que es humano, no es de extrañar, pues con ser así, el argentino ilustre siempre ocupará sitio de primer plano entre los hombres públicos que en días memorables dieron brillo a la tribuna argentina.

Hablando de los improvisadores, Cermenin formula consideraciones que cuadran en lo que se afirma y por eso créese que conviene reproducirlas como argumentos de defensa. Dice:

“Un discurso escrito puede ser recitado indiferentemente en el parlamento, en un estrado, en una academia, en un banquete; mientras que la improvisación cuadra sólo en un momento dado y en presencia de cierto auditorio. Cierta desaliño en el orador lo vuelve más natu-

ral, y los oyentes acogen con indulgencia un hombre que no se prepara para hablar, ni procura sorprenderlos. Si gesticula con violencia, si sus ojos chispean, si su palabra se halla preñada de llamas y torbellinos, es porque la misma asamblea lo inspira. Si en un punto es prolijo y difuso en demasía, y seco y quebrado en otro, es porque, aparentemente, quiere la asamblea que sea lacónico en tal materia e insista en otra. Así no hay que juzgarlo según las reglas y método de un discurso escrito y premeditado; en otros términos, hay que oírlo y no leerlo. En efecto, para escribir un fallo adecuado sobre el improvisador, no hay que leerlo, o bien al leerlo figurarse colocado en los bancos de los oyentes, cuyos pensamientos expresa, cuyas pasiones respira, cuyas voluntades declara. Hay vida en su palabra, porque hay realidad; hay fuerza porque la saca de cuanto le rodea; hay oportunidad, porque habla a hombres del momento. Seguramente no será de hielo si fogoso es el auditorio, ni vehemente si lleno de calma; no remontará audaz su vuelo, si la asamblea camina en el llano; pero sabrá identificarse con ella, graduar su paso según el suyo, siguiéndola hasta que consiga domeñarla, subyugarla, encadenarla hasta que, poniéndose a su frente, la conduzca y precipite en sus propias vías.”

No es el prurito de la cita, de citar por citar, el que mueve al que escribe a traer el comentario de Cormenin a estas líneas. Es porque conviene al caso ese recuerdo, es porque al transcribir los discursos de Mitre, en algunos

párrafos se notan desaliños, y como no es el caso de que el lector crea que se exagera el elogio por el autor, conviene agregar la idea que emite, las observaciones con que juzga el eminente crítico francés al improvisador, lo que fué el general Mitre en mucha parte como orador, y por eso conviene acentuar lo que dice el maestro cuando afirma que “para juzgar al improvisador hay que leerlo o bien al leerlo figurarse colocado en los bancos de los oyentes, cuyos pensamientos expresa, cuyas pasiones respira, cuyas voluntades declara.”

El mismo sagaz y ático escritor que se cita, Cormenin, al hablar del general Foy, uno de los famosos oradores de la Restauración, cierra el retrato que traza del personaje con palabras que caben aplicarse también, en parte, al ilustre argentino sobre que se escribe.

Dice Timón o Cormenin:

“Un corazón noble abrigaba el general Foy, un corazón lleno de los sublimes sentimientos del amor a la patria y la independencia nacional; un corazón heroico que amaba la gloria, no por sí mismo ni por la misma gloria, sino por su país.

“Jamás el ejército, esa perla de nuestra corona nacional, vió en las lides parlamentarias caballero más brillante. Siempre tendrán autoridad esos hombres que hablan de gloria, mostrando su pecho acribillado de cicatrices y magullados los miembros por las balas enemigas.

“Se dice que en el interior de su casa era admirable: una existencia de ciudadano, tierno y honrado en sus

afecciones de familia, buen amigo, fervoroso, dado al estudio, íntegro, franco, desinteresado, caballeresco, frugal, y su vida como la de los grandes de la antigüedad, merece ser contada por un Plutarco.

“En todos los discursos del general Foy reina un pudor y un atractivo indecibles, un olor de virtud, una gracia de corazón que nos obliga no sólo a admirar al orador sino a amar al hombre privado, y hasta sus mismos adversarios políticos le tributaban simpatía al oírlo.

“Ya no volverán a abrirse los labios elocuentes que consumió el fuego de la palabra. Sí; la tribuna devoró a los oradores concienzudos y postra a los hombres activos que pierden el reposo del día y el sueño de la noche, viven agitados y convulsamente; la acción de sus órganos se suspende o precipita, sus cabellos encanecen, sus manos tiemblan, su corazón se contrae, se dilata y revienta.”



Había otra característica en las virtualidades del general Mitre, y que terminó por imponerse al respeto y consideración de sus compatriotas y que fué, indudablemente, la que en mucha parte facilitó sus éxitos y triunfos en los debates ardientes del diarismo, en las discusiones en las cámaras (en una de cuyas sesiones pronunció la más dura, pero también la más cierta, de las frases y que revelaba la delincuencia de un gobernante

de provincia), en los actos del gobierno, en el comando de los ejércitos, en los vaivenes de la política, en las esferas de la diplomacia, en la exposición histórica y en la crítica literaria.

Y esa virtualidad que primaba en todos los actos del periodista, del tribuno, del estadista, del militar, del político, del diplomático y del publicista era la verdad, la absoluta verdad, y la afirmación resulta evidente cuando se examina en su conjunto y en sus detalles la vida pública del personaje.

Para Mitre no le resultaban, porque repugnaban a su civismo, los arreglos y componendas en la escuela del convencionalismo y de la mentira.

Por ello es que, cuando derrotado como revolucionario en *La Verde*, se le confinaba en la prisión de Luján, al mismo tiempo que preparaba su defensa ante el Consejo de Guerra, el trabajo más jurídico de los que se presentaron, solicitaba los antecedentes históricos del caso, para dar a la publicidad la segunda edición de la *Historia de Belgrano*; y cuando se dictó el fallo del Consejo de Guerra y volvió de su exilio, sus labios enmudecieron y no rebatió a los que desconocían sus méritos y pretendían deprimir sus virtudes. Fué entonces que se encerró en la histórica casa de la calle de San Martín, siguió sus estudios en las distintas ramas del saber y entró de lleno a dirigir y redactar, a los cincuenta y cuatro años de edad y con la inteligencia luminosa de un joven, el diario *La Nación*, del que era propietario y fundador.

Y cuando los sucesos del año 80 se produjeron porque el gobernador de la provincia de Buenos Aires, doctor Carlos Tejedor, desconocía la elección del general Julio A. Roca para presidente de la República, porque lo creía el resultado de la imposición del oficialismo, y cuando la guerra estalló y luego todo se consideró perdido por los hombres que organizaron la resistencia en la ciudad y campaña de Buenos Aires, fué llamado en último trance el general Mitre, cual si fuera una tabla de salvación, bajo pretexto de designarle general en jefe de la mentada defensa de la plaza, pero para solicitarle en realidad, fuera a proponer la rendición en momentos por demás difíciles ante las autoridades nacionales residentes en el pueblo de Belgrano; situación a la que en propiedad podía aplicarse como leyenda la histórica frase: *“Todo se ha perdido, menos el honor.”* Demás está decir que el general Mitre aceptó esa designación, que era un sacrificio con resignación patriótica.

El amor y los servicios a la patria en su constante y múltiple actuación; el sacrificio y la abnegación en todas las eventualidades de la política, sin odios ni rencores; la asidua labor de una larga existencia, el desinterés como norma de todos sus actos y el culto de la verdad, son los lemas que puede burilar la justicia de la historia en en el blasón de Mitre, virtudes que en conjunto son por demás raras en la carrera de los hombres ilustres.

Alguno de los amigos del General, residente en Chile, le declaraba que él estaba llamado a desempeñar una

misión más grande que las de San Martín y de Bolívar.

Puede afirmarse la verdad de esas declaraciones.

Cuanto a la parte moral del sujeto, no hay temor que le exceda alguno de los Libertadores o, por lo menos uno, Bolívar, a quien ciertos escritores venezolanos creen que en lo humano ha sido el superior, el ser por excelencia perfecto entre todos, a Jesús. Los panegiristas de Bolívar se olvidan que fué él uno de los entregadores del general Miranda a las autoridades españolas, que era el enemigo, y que la obra de la gran Colombia, que la hegemonía que ideó Bolívar no perduró. El plan político del Libertador del Norte fracasó, y la obra de Mitre, la organización nacional argentina, vive y aumenta en progreso en la sucesión del tiempo.

Tampoco es menos Mitre a los dos Libertadores como gobernante, desinteresado y ejemplar, porque si San Martín renuncia al Protectorado del Perú, también Mitre renuncia a la reelección de presidente de la República Argentina. Por lo que importa a Bolívar, es sabido que las postrimerías de su vida se agitaron en las turbulencias y episodios sangrientos de la guerra civil de Colombia, que su ambición encendió.

Ni San Martín ni Bolívar pueden exhibir la múltiple labor intelectual, la larga vida dedicada al estudio que Mitre consagró en los días de tregua de la lucha, a las diversas ramas del saber humano, y en cuanto al comando de los ejércitos, si nunca recorrió con sus huestes los sectores y zonas en que cruzaron victoriosos Bolívar

y San Martín, mandó ejércitos muy superiores en número (hasta cincuenta y dos mil soldados), a los que comandaron los libertadores del Sur y del Norte; ejércitos con los que supo Mitre salir airoso de las dificultades y victorioso en los hechos y en las batallas más salientes, como fueron el cruce del *Paso de la Patria*, frente al enemigo, con el más brillante éxito, en la invasión al Paraguay y batalla de *Tuyutí*.

Y si los sucesos sobre que se ha escrito son relativamente recientes, y es tal vez prematuro juzgar sobre algunos de los mismos, ello no obstará para que, cuando la oportunidad llegue, se asigne al Teniente General Mitre el alto y muy honroso papel que su figuración tiene en los anales históricos del Nuevo Mundo. Dése tiempo al tiempo, que es el que puede y sabe hacer justicia distributiva.



El general Mitre era de estatura elevada, de cuerpo fino, delgado y formas proporcionadas a su figura, la que acentuaban la línea de su distinción, que conservó durante su larga existencia.

Su fisonomía, singularmente expresiva, era de rasgos correctos en su edad viril, los que conservó en mucha parte aun en la ancianidad, aunque Mitre es cierto que no tuvo aspecto de anciano, pues alcanzados los ochenta y cuatro años, su cuerpo no había perdido la elasticidad

de los movimientos, ni su espíritu la actividad, ni su inteligencia la lucidez.

El rostro era un tanto coloreado, encendido en las mejillas, y sus ojos eran claros, suavemente verdosos y de mirar tranquilo. Sus labios acentuados en la comisura de los mismos, decían de la constancia de su voluntad y persistencia de propósitos. Su frente era amplia y en su centro, en la parte superior de la sobreceja, era un poco deprimida a causa de la herida que en forma de estrella le distinguía y se admiraba; herida que recibió el día 2 de junio del año de 1853 en los potreros de *Langdon*, y sus ángulos faciales prominentes decían de la inteligencia superior de un pensador y hombre eminente.

Su conversación era serenamente tranquila, lo mismo que su exposición, en la que dominaba, aparte de su clarísimo criterio para juzgar hombres y sucesos, una prodigiosa memoria a propósito de la que el doctor Miguel Cané ha escrito una singularísima anécdota. En la conversación particular, cuando el asunto le interesaba, solía animarse, no obstante que, por lo general, era frío y gustaba más de explicar o exponer sus ideas que de cambiar observaciones. En su mirar se notaba, a veces, cierta expresión de alegría comunicativa cuando observaba al que departía con él o discurría sobre temas al caso, y le parecía al que narra, que recurría a ese medio o para ganarse la simpatía en la conversación, suavizar las acritudes de la polémica o hacer menos sensible la derrota.

Como la vida de Mitre fué tan múltiple y fecunda, su iconografía, parte de la cual puede verse y estudiarse en el Museo de su nombre, es variadísima, pero en todos los retratos del héroe se observa siempre una particular expresión de serenidad en el rostro.

Cuanto a su masa encefálica, a juzgar por las proporciones de su cráneo, que salía de lo común, debía de tener un peso que excediese también de lo general, y su cabellera, muy singularmente negra en la edad viril, era, como su patilla, sedosa, fina, abundante, profusa, tanto que ya octogenario, conservaba mucha de la cabellera, que era una de sus características, porque lo distinguía en el conjunto, fuese en una asamblea o en un mitín o en la plaza pública. Basta a convencer de la afirmación, observar sus retratos de los tiempos de la Confederación, de la época de Pavón y los de la guerra del Paraguay.

Respecto a su voz, ésta era firme, acentuadamente clara y, a veces, muy vibrante, porque sabía llevarla a todas las gradaciones de la pasión, según los debates y las circunstancias, y su ademán, cuando peroraba, era sencillo y natural, accionando con ambos brazos, los que levantaba muy a menudo.

Su andar era como su espíritu, natural, y sus ademanes sencillos, sin afectación. Caminaba con la cabeza algo inclinada al lado izquierdo, y a medida que avanzaba levantaba el brazo y llevaba la mano derecha hacia el ala del *chamberg*, al que tocaba suavemente a manera de venia militar.

Ese movimiento era regularmente continuado y motivado imprescindiblemente por el saludo con que tenía que contestar a los que encontraba al paso, quienes al ser corteses y cederle la derecha, evidenciaban el respeto y el cariño con que consideraban a *Don Bartolo*, que era como siempre lo distinguieron sus compatriotas, queriendo así significar que no había más que uno.

La actuación del héroe, porque Mitre es un representativo, si se acepta la clasificación de Emerson y de Carlyle, es muy reciente, y el que escribe cree que cuando las pasiones se calmen en los argentinos, y también los extranjeros sepan hacer justicia, lo declararán superior a Bolívar y a San Martín.

Sirven de base fundamental a la afirmación dos hechos: el del reconocimiento de su muy ilustre personalidad por ocho millones de sus compatriotas, el del mundo civilizado el día de su apoteosis y el juicio de un eminente hombre público argentino, el doctor Carlos Pellegrini, que el día en que se dejaban los restos mortales de Mitre en la tumba, decía, siendo el vocero de la opinión unánime de la Nación:

“De todos los hombres públicos que han aparecido en la escena política” (argentina), “el más completo fué el general Mitre, pues poseía tal variedad de virtudes, de aptitudes y de facultades, cual no conozco reunidas en otro estadista propio o extraño; pues si alguno pudo igualarlo en alguna especialidad, ninguno las reunía en condiciones tales que le permitiesen actuar en primera

línea y con igual eficacia en todas las escenas, en todos los momentos, sobre todas las clases sociales. Fué un hombre de estudio y de vasta ilustración. Como literato e historiador, sus obras son honra de las letras argentinas. Fué un orador tan nutrido, sereno y eficaz en el Parlamento, como entusiasta y arrebatador en la plaza pública. Estadista de alto vuelo, era la voz más respetada en los consejos de Estado, por la elevación de sus sentimientos, por la seguridad de sus juicios y por la ecuanimidad de su carácter. Fué nuestro primer soldado. Fué un gran político de acción personal y directa; y más que todo y sobre todo esto, poseía ese don misterioso de seducción que atrae y domina la masa humana, que distingue a los grandes conductores de hombres; don que el general Mitre poseía cual ninguno, pues dominaba a los hombres de pensamiento y a las masas populares por la doble influencia de la inteligencia y del carácter, ejerciendo sobre su pueblo una autoridad moral que lejos de debilitarse con el tiempo, adquiría cada día mayor poder, a medida que las pasiones se calmaban y se destacaban mejor, no sólo por la grandeza de la obra sino, y sobre todo, por su altura moral y la sinceridad de su patriotismo, que fué su guía constante en los días serenos como en los más oscuros y tormentosos de nuestra agitada historia. Jefe de nación, unánimemente proclamado y profundamente respetado; general en jefe coronado por la victoria en diez campos de batalla, el hijo preferido de su pueblo ha sido el digno émulo, en

este extremo de América, de aquel otro gran ciudadano que fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

“Su vasta actuación salvando los límites de la patria, ejerció más de una vez poderosa y benéfica influencia en la política americana, y hoy las repúblicas hermanas rinden todas solemne homenaje al gran patricio cuyo nombre será seguido sólo al del general San Martín en la consideración, el amor y el respeto de nuestra América.

“No será en la escena pública, por grande que haya sido el lugar que en ella ocupó el general Mitre, donde dejará el inmenso vacío, pues no nos deja una obra inconclusa que sería difícil a otro terminar. Su gran ideal y su gran misión fué la organización nacional: fué fiel a ella en todos los momentos de su vida, asistió a sus comienzos, tuvo en su realización la principal parte y ha tenido la inmensa satisfacción de verla terminada. Donde el general Mitre deja inmenso e irreparable vacío es en el corazón de su pueblo, que se había habituado a contemplarlo con respetuosa adoración, no sólo como el ídolo de sus amores, sino como el genio tutelar de sus destinos.”

APÉNDICE



LOS MITRE

LOS LIBROS PARROQUIALES

Su importancia histórica y científica

“ Buenos Aires, Junio 14 de 1883.

Señor General D. Bartolomé Mitre.

Mi querido General: — Al acompañarle el tomo IV de la *Revista de la Biblioteca*, y como amigable felicitación por su regreso a la patria, le dirijo estos renglones en que consigno una noticia relativa a su familia.

Hace como seis meses que me ocupo, a ratos, de la versión del libro parroquial más antiguo que se ha conservado de la ciudad de Buenos Aires.

Es un volumen formado de cuadernos y fragmentos de libros parroquiales de diferentes años, comprendidos entre los de 1601 y 1659.

Contiene partidas de bautismos, matrimonios, defunciones y confirmaciones, todo trunco con relación al período indicado.

De los años que resultan completos, formaré la estadística correspondiente, para publicarla en la *Revista de la Biblioteca*, y aprovecharé todos los datos que contiene el libro, para dar principio a la formación de un Nobiliario de nuestras familias coloniales.

Tal vez parecerá extraño este título que daré a ese trabajo, aplicado a las familias de una colonia de América. Antes de meditarlo bien, a mí me habría parecido del mismo modo, im-

propio; y, sin duda por eso, pensé en el primer momento clasificarlo de Familiar, inventando al efecto esta denominación. Pero luego comprendí que la calificación era inaceptable, por cuanto mi trabajo sólo se referirá a las familias de raza europea de nuestra población, ennoblecidas por el hecho de pisar el suelo de América y sustentar la conquista y población de estos países, bajo las constituciones que los regían.

Según éstas, y lo que manifiesta la historia, la población de las colonias estaba dividida en tres grandes ramas, correspondientes a igual número de razas, regidas por leyes diferentes. La igualdad de derechos de la raza humana, proclamada por su Redentor, no había sido reconocida en la práctica, cuando se verificaba la colonización americana.

Los colonizadores europeos, venían a América a ser señores de vasallos indígenas que recibían en encomiendas de yanaconas y mitayos tributarios, como de esclavos africanos que adquirían con su peculio, para servirse de ellos y comerciarlos como cosas.

Los colonos se ennoblecían además, por sus heroicas acciones como conquistadores, y por sus servicios de todo género, rendidos a la república colonial a que se vinculaban. La nobleza adquirida de este modo, la más estimable e imperecedera, reconocía el mismo origen que la de las naciones del viejo mundo civilizado. Carecía únicamente de la insustancial formalidad del pergamino.

Creo que estas consideraciones, justifican la propiedad del título de Nobiliario que daré a mi trabajo.

Antecedentes históricos, estadísticos y genealógicos, tan curiosos como importantes que esparcirían inmensa luz sobre nuestra sociabilidad, desde los primeros tiempos de la conquista, se obtendrían de la compulsa de libros parroquiales existentes.

Tarea vasta, entre las muchas de tan gran tamaño que es indispensable acometer, para ilustración de la historia colonial en cada una de las manifestaciones de nuestra sociabilidad.

La compulsa estadística solamente de los libros parroquiales, revelaría, entre otros hechos desconocidos, el movimiento de nuestra población colonial, y sería un excelente medio de verificación de los flagelos que la diezmaron en diferentes ocasiones, a pesar de la salubridad de nuestro clima.

La intensidad de esos padecimientos, resultaría esclarecida por las tablas de mortalidad comparada, y con sólo esas tablas, se

pondrían de manifiesto, tal vez, otros flagelos de que no se ha conservado memoria.

La importancia científica de semejantes antecedentes, no puede pues ponerse en duda.

Las pestes anteriores a la de 1608; la epidemia en los ganados y en los indios de 1609; la peste de 1621; la terrible epidemia de 1641 a 1643; la enfermedad reinante en 1652; la epidemia general entre 1652 y 1672; las pestes de 1717 y la de 1734; la enfermedad contagiosa en la campaña de 1778; la peste en la cárcel en 1790, etc., etc., encontrarían en nuestros libros parroquiales los más preciosos comprobantes numéricos.

En mi Nobiliario de Buenos Aires, encontrarán sus primeros progenitores algunas de nuestras familias actuales, y muchas los encontrarían, si el trabajo se adelantase abarcando sucesivas épocas posteriores.

Vd. recordará que en el catastro del éjido de esta ciudad, levantado el año 1768, encontramos un Mitre, figurando con su apellido solamente, como poseedor de un terreno de 140 varas en cuadro, que debía contribuir con cinco pesos anuales.

Sin otros documentos, cualquiera creería que ese Mitre era el fundador de la familia de Vd. en el Río de la Plata. Pero, tengo a la vista el libro parroquial de que vengo ocupándome, y en el folio 155, sorprende otro Mitre, apadrinando a un indio charrúa en las confirmaciones que dió el día 8 de diciembre de 1647, nuestro obispo limeño Fray Cristoval de Mancha y Velasco.

Estevan de Mitre, el padrino del indio charrúa en 1647, aparece entre nuestros progenitores, con ciento veinticinco años de antelación al que ya conocíamos como vecino en el éjido de esta ciudad en 1768.

No hay motivo que se oponga a considerarlo como el verdadero fundador de la familia de su apellido en Buenos Aires, la cual, partiendo de ese antecedente resulta con dos siglos y medio la antigüedad americana. (1)

(1) Los ascendientes coloniales de la familia Mitre, que hemos encontrado mencionados en documentos auténticos, hasta la fecha de esta publicación, son los siguientes:

1.º Estevan de Mitre en 1747, el padrino de confirmación del indio charrúa mencionado.

2.º Felipe Mitre, 1730. En el repartimiento de tierras de estancias inme-

¡Cuántas noticias de esta o semejante naturaleza, que cada ciudadano tiene el derecho de procurar para su satisfacción, contienen nuestros inmensos e inexplorados archivos, casi inutilizados hasta ahora por el almacenamiento en que se encuentran, privados de la luz y el aire libre de la publicidad que les daría vida con palpable utilidad científica!

Reciba Vd. con la benevolencia acostumbrada, estos desordenados renglones y la noticia que le transmito sobre la antigüedad de su familia en estas regiones. Día llegará en que se complete la resurrección de muchos de nuestros meritorios predecesores, convocados al juicio final de nuestra historia.

Quedo de Vd. como siempre, affmo. amigo y S. S.

MANUEL RICARDO TRELLES. ”

De la *Revista Patriótica del Pasado Argentino*, tomo I.

diatas a Montevideo que, con autorización del gobernador Zabala, hizo el capitán don Pedro Millán, señaló la primera suerte de tres mil varas de frente, de la otra banda del arroyo de Pando, al poblador Felipe Mitre.

3° Francisco Javier de Mitre. En 1733 era vecino de Buenos Aires y negociaba en cueros de la Banda Oriental con la real compañía del asiento de Inglaterra.

4° Don Francisco Javier de Mitre: capitán, comisionado para el empadronamiento de la población de los partidos de Areco y Cañada Honda de la jurisdicción de Buenos Aires, en 1744.

5° Mitre, sin mencionarse el nombre de bautismo, figura como poseedor de una cuadra de tierra, en el catastro del égido de la ciudad de Buenos Aires del año de 1768.

6° Doña María Antonia Mitre: por real orden de 24 de diciembre de 1798, el rey le acordó la pensión que le correspondía en el montepío militar. No conocemos el documento; tomamos la noticia de un índice de reales órdenes comunicadas al gobierno del Río de la Plata.

FUNDADORES DE CÓRDOBA

TRES ASCENDIENTES DE LA FAMILIA MITRE

“En nuestra carta al señor general don Bartolomé Mitre, fecha 14 de junio de 1883, comunicándole el hallazgo de uno de sus ascendientes en 1647, consideramos entonces a Esteban de Mitre, como verdadero fundador en estas provincias de la familia de su apellido.

Pero, cuanto más estudiamos, más aprendemos.

A pesar de encontrarse ya publicada una parte de los documentos del archivo colonial de la ciudad de Córdoba del Tucumán, desde su fundación, no lo habíamos examinado, ni sospechado siquiera que en esos documentos encontraríamos antecesores de la misma familia, como consta en ellos que se encontraron, como fundadores de aquella ciudad, Juan de Mitre, Juan de Mitre el mozo, e Inés Mitre, que se nos figura ser hija del primero y hermana del segundo.

Fueron efectivamente tres de los primeros fundadores de Córdoba, compañeros del benemérito y desgraciado gobernador del Tucumán, don Gerónimo Luis de Cabrera.

A Juan de Mitre se le asignó un solar en la traza de la ciudad, a distancia de tres cuadras de la plaza mayor, y el solar inmediato fué señalado a Juan de Mitre, el mozo. A Inés de Mitre se le señaló solar a una cuadra de las destinadas para convento de San Francisco, o sea cuatro cuadras distante de la plaza mayor.

Se ve, pues, que la antigüedad de la familia Mitre, entre los conquistadores y pobladores de nuestro país, a que sólo dábamos dos siglos y medio de existencia en estas regiones, resulta ahora

de más de trescientos años de vida americana, desde antes de 1573, año en que se fundó la ciudad de Córdoba.

Los tres Mitre mencionados, vinieron tal vez del Perú con el gobernador Cabrera, o se incorporaron a él en Santiago del Estero, acompañándolo a la fundación de la nueva ciudad.

Juan de Mitre continuaba de vecino en Córdoba en 1579, pues en tal calidad aparece afianzando al capitán Juan Galiano, nombrado teniente de gobernador y capitán a guerra de dicha ciudad y su jurisdicción, por el gobernador Abreu de Figueroa.

En 1581, tuvo un voto para regidor, en las elecciones de primero de enero, y cinco para el mismo cargo en 1585, siendo vencido por otros vecinos que obtuvieron mayor número de sufragios. En el mismo año fué nombrado procurador de la ciudad.

En ejercicio de este cargo, en agosto, presentó al cabildo la siguiente petición, que copiamos por el importante asunto a que se contrae, como por ser un documento confirmatorio de lo expresado por Lozano, respecto de la conducta observada por el gobernador don Hernando de Lerma, durante ejerció el cargo en el Tucumán.

Habla el procurador Juan de Mitre:

«*Ilustre Señor.* — Juan de Mitre, vecino de esta ciudad y procurador de ella, digo: que a mi noticia ha venido, que, Hernando de Lerma, gobernador que ha sido de estas provincias, que al presente está preso en la ciudad de La Plata, por los muy poderosos señores presidente e oidores que en ella residen, quiere volver a entrar en esta provincia, lo cual sería en gran desservicio de Dios y daño de toda la tierra, e principalmente de esta ciudad, por los muchos agravios que ha hecho en ella, de los cuales es necesario dar cuenta a su alteza y contradecir la dicha entrada del dicho gobernador Hernando de Lerma, porque además de los muchos agravios pasados, con su entrada se perpetrarán muchos mayores. — Pido y suplico a Vs. Mercedes que juntos en su cabildo, provean de dar y den noticia a S. A. de todos los agravios e pidan justicia e lo que convinieren al pro e utilidad de esta república, e de no lo proveer así, protesto que sea a cargo de vuestras mercedes todos los daños que a la república se le recaecieren, e pido justicia, y en lo necesario, etc. — *Juan de Mitre.*» (1)

(1) Archivo Municipal de Córdoba. Libro I, pág. 521.

En 1587, figura Juan de Mitre, en la lista de vecindades de la ciudad de Córdoba, cuyos individuos se hallaban ausentes, lo que dió motivo a un auto del gobernador Ramírez de Velasco, para que se les compudiese a cumplir con la obligación de sustentar la vecindad, teniendo armas y manteniendo caballos a su costa, como era de ordenanza, bajo las penas que correspondiesen en caso de no verificarlo.

El año siguiente de 1588, figura en la derrama impuesta por el cabildo a los vecinos de la ciudad, para costear los gastos de su procurador a la corte. Le fueron señalados quince pesos de cuota.

En 1601, continuaba figurando en el vecindario de Córdoba, el nombre de Juan de Mitre, como contribuyente con dos quintales de bizecho para los quinientos soldados que conducía el gobernador don Francisco Martínez de Leyva para el reino de Chile. El año siguiente de 1602, contribuyó también con una tijera para la techumbre de la iglesia mayor, que se construía entonces, a cuya contribución concurrió el *vecindario principal y noble* de la ciudad, según la distribución que hizo el cabildo. (1)

No podemos continuar esta investigación, por ahora, a causa de encontrarse interrumpida nuestra colección de documentos editados del Archivo Municipal de Córdoba.

Pero, parece ya indudable que, de Córdoba pasó alguna rama de la familia Mitre a vincularse en el Río de la Plata, como del Perú habían pasado sus fundadores a la gobernación del Tucumán.

Después de escrito lo que precede, hemos tenido la satisfacción de leer un trabajo biográfico del aventajado joven escritor don José Juan Biedma, que ha podido consultar toda la colección de documentos publicados del primitivo cabildo de Córdoba, adelantando por consiguiente muchos datos sobre los primeros tiempos de la familia Mitre. Ese interesantísimo trabajo, pone principalmente de relieve la envidiable figura patriótica del señor don Ambrosio Mitre, padre de nuestro ilustre general don Bartolomé.

MANUEL RICARDO TRELLES."

De la *Revista Patriótica del Pasado Argentino*, tomo III.

(1) V. pág. 320 del lib. III del "Archivo Municipal de Córdoba".

NOBILIARIO ARGENTINO

EL APELLIDO MITRE EN SANTA FE

Tal vez parecerá extraño este título que daré a este trabajo, aplicado a las familias de una colonia de América. Antes de meditarlo bien a mí me habría parecido del mismo modo impropio.

(CARTA DEL SR. TRELLES AL GENERAL B. MITRE,
EN 1883.)

¿Nobiliario Argentino?...

Así como suena, aunque a primera vista parezca un sarcasmo cuando están escritas esas palabras por hijos de la República Argentina y en las postrimerías del siglo XIX, a los ochenta y seis años de la revolución de Mayo y a los ochenta y tres de la revolución célebre de la Asamblea de 1813 — 21 de Mayo — en que ordenaba la extensión de todos los títulos de nobleza en las Provincias Unidas del Río de la Plata, porque debían alejarse de *nosotros tan crecrales como odiosas preeminencias; un pueblo libre no puede verlas brillar delante de la virtud.*

Pero no nos referimos a los títulos de nobleza adquiridos por el nacimiento o por la justicia de los monarcas o conseguidos por el favoritismo palaciego, no! Tomamos la palabra *noble* en su acepción de *excelente*, principal en cualquier línea o ventajoso en ella y no haya temor de verse motejado de aristócrata quien emplee tal palabra refiriéndose a los hombres beneméritos que han prestado servicios a su patria.

El ilustrado señor Trelles, cuyo fallecimiento fué una pérdida inmensa para las letras argentinas, haciendo en 1883 la versión de

los antiguos libros parroquiales de Buenos Aires, y encontrando en ellos el origen de muchas familias cuyo apellido ha adquirido brillo más tarde en los fastos de la República, se propuso escribir un *Nobiliario* de las familias coloniales.

Chocóle el nombre por aquello de que significa: *liber in quo nobilis describuntur*, y hubo de inventar — como él dice — la palabra *Familiario*, lo que juzgó más tarde inaceptable.

En carta dirigida al general Bartolomé Mitre, y que lleva la fecha de junio 14 de 1883, decía nuestro erudito compatriota:

« Comprendí que la calificación era inaceptable por cuanto mi « trabajo sólo se referirá a las familias de raza europea de nuestra « población, *ennoblecidas* por el hecho de pisar el suelo de América « y sustentar la conquista y población de estos países bajo las « constituciones que las regían. Según éstas, y lo que manifiesta la « historia, la población de las colonias estaba dividida en tres gran- « des ramas correspondientes a igual número de razas, regidas por « leyes diferentes. La igualdad de derechos de la raza humana, « proclamada por su Redentor, no había sido reconocida en la prác- « tica cuando se verificaba la colonización americana. Los coloni- « zadores europeos venían a América a ser señores de vasallos in- « dígenas que recibían en encomiendas de yanaconas y mitayos « tributarios, como de esclavos africanos que adquirían con su pe- « culio para servirse de ellos y comerciarlos como cosas.

« Los colonos se ennoblecían además por sus heroicas acciones « como conquistadores, y por sus servicios de todo género rendidos « a la república colonial a que se vinculaban. La nobleza adquirida « de este modo, la más estimable e imperecedera, reconocía el « mismo origen que la de las naciones del viejo mundo civilizado. « Carecía únicamente de la insustancial formalidad del pergamino.»

Así explicaba el señor Trelles, cómo el ciudadano de la República Argentina y demócrata convencido, había elegido para titular un nuevo libro la palabra *Nobiliario*.

Y además de las razones por él expuestas, formarían quizá en su espíritu razones de otro orden para adoptar esa palabra.

Si nuestras leyes y nuestra educación y nuestro convencimiento propio nos hacen no admitir esas *preeminencias* de que nos habla el congreso de 1813, distinciones merecidas muchas de ellas como premio de heroicas hazañas o de meritorios servicios, no obsta

para que reconozcamos una nobleza que no pertenece a determinadas razas ni familia, si no que puede ser de todos patrimonios: la nobleza del corazón, la nobleza del carácter, la nobleza de la inteligencia, que dignifican y enaltecen al ciudadano y lo elevan sobre las multitudes, que saben casi siempre discernirle los honores que merece.

La República Argentina puede y debe tener su *Nobiliario*. En él se tratará no del origen, más o menos remoto, de un apellido que pueda deber su celebridad a sucesos vinculados con acontecimientos memorables, y de padres a hijos transmitido, con los privilegios de estilo, en la sucesión de los tiempos; pero, sí, en él se ha de escribir con caracteres eternos para lección y para ejemplo el nombre esclarecido de los que bien de la patria merecieron, sea el capitán ilustre que dió independencia y libertad a tres Repúblicas, nacido de padres de *calidad nobles* — como reza su hoja de servicios en España — o el indio de pura raza que se afilia a la evolución y presta a la República el contingente de su sangre — o el irlandés valiente, enamorado de su patria nueva, y que pasea en sus naves victoriosas la enseña de Belgrano *en raudo torbellino* — o el negro caballero que, como Falucho, prefiere la muerte antes que saludar el pabellón de los opresores de su patria.

Esos nombres son los que debe contener y contendrá con el tiempo el Nobiliario de la República Argentina.

Patriotas esclarecidos, guerreros renombrados, estadistas de nota, ilustrados publicistas, oradores elocuentes, codificadores sabios, inspirados poetas, ilustres historiadores, periodistas, industriales, sabios, mártires y héroes... esa es nuestra aristocracia republicana y no habrá un solo argentino que no se envanezca con la nobleza de su origen.



A propósito de la obra del señor Trelles y como consecuencia de la carta, en 1883, al general Mitre dirigida, queremos dejar constancia que el apellido MITRE, doblemente ennoblecido en los últimos tiempos por el ex presidente de la República, que reúne en su frente la doble corona cívica y militar, no ha sido extraño a la Santa Fe del período colonial.

En la carta ya citada, dice el señor Trelles que además del apellido Mitre encontrado en 1768 en el catastro del éjido de la ciudad de Buenos Aires, había sorprendido — son sus palabras — a otro Mitre, en el libro parroquial, a don Estevan, apadrinando a un indio charrúa a quien administraba en 1647 — 8 de diciembre — el sacramento de la confirmación, el obispo limeño Cristóval de Mancha y Velazco.

«No hay motivo que se oponga a considerarlo — dice don Ricardo Trelles — como el fundador verdadero de la familia de su «apellido en Buenos Aires, la cual partiendo de ese antecedente, «resulta con dos siglos y medio de antigüedad americana.»

Pues bien, doce años más tarde, y con motivo de la traslación de la ciudad de Santa Fe del sitio en que Juan de Garay la fundara a las orillas del Quiloaza al sitio que actualmente ocupa, el maestre de campo Juan Arias de Saavedra había adoptado todas las medidas tendentes a asegurar no sólo el éxito de la traslación sino también la seguridad de los vecinos que en Cayastá quedaban.

El éxodo santafesino es digno de ser narrado por pluma magistral y con su verdadero colorido. Es un rasgo típico de constancia y de valor, de abnegación y sacrificio, en que se puede ver el temple superior de aquellos hombres, combatidos por la naturaleza en medio de las selvas primitivas y por el indio enorgullecido al ver realizada su esperanza con el abandono de la ciudad.

Arias de Saavedra, capitán experto y profundo conocedor de los secretos de la estrategia de su época en los tiempos que atravesaban, procuraba enardecer los espíritus presentando diariamente espectáculos guerreros al vecindario, y con tal objeto inició por bando público esa serie de revistas militares en que procuraba demostrar a sus gobernados que, aunque escasos en número, tenían hombres y armas de sobra para debelar al bárbaro enemigo.

En una de esas revistas, efectuada después de la salida de una expedición al Rincón de Antón Martín, revista efectuada el 2 de julio de 1659, que dió por resultado el saberse que para el combate se podía contar con 25 arcabuces, 18 espadas, 2 escopetas, 2 adargas, 11 dagas, 2 coletas, 2 lanzas y 1 celada, y a la que entre otras personas notables concurrieron los Rivarola, los Pessa, Santuchos, Altamiranos (Olguín, Gómez, Rescio, Arias, Alvarez, del Castillo, Avellaneda, Sanabria y otras, figuraba un don PEDRO DE

MITRE, deudo quizá del don Esteban, a quien supone el señor Trellés fundador de esa familia en la República.

Tendríamos así en Buenos Aires y Santa Fe, en los tiempos coloniales, a don Estéban de Mitre en 1647, don Pedro en 1659, don Felipe en 1730, don Francisco Javier en 1733, otro señor de este apellido figurando en 1768 y doña María Antonia en 1798.

Contribuimos con estos apuntes a los estudios sobre la genealogía de los Mitre, apellido que figurará con gloria en el Nobiliario Argentino, pues ha dado a la República militares y poetas, cuyos nombres han salvado las fronteras de la patria y han sido aclamados en todas partes con respeto. (1)

RAMÓN J. LASSAGA.

(1) El general Mitre se supone que era de origen griego por la línea paterna. Por la materna era de origen irlandés, pues su señora madre descendía de Don Ignacio Martínez (andaluz) y Doña Juana Bertetton (porteña), hija de Don Roberto Bertetton, irlandés.

A este dato que informa al autor el joven Jorge Drago Mitre, hay que agregar, que el apellido es también inglés. Mitre quiere decir mitra, de ahí el nombre de la *Square Mitre* en Londres, que alude a la toca alta y apuntada con que en las solemnidades religiosas se cubren la cabeza los papas, cardenales, arzobispos y obispos. (El autor.)

MITRE ANECDOTICO

El viejo partido Unitario ya no existe.

Sus hombres han ido extinguiéndose, poco a poco, a medida que el tiempo consumaba su obra destructora.

De los que pertenecieron a la segunda pléyade unitaria,— los que, después de las turbulencias del año veinte y de la Revolución de 1839,— han figurado en nuestra historia con más brillo, era Bartolomé Mitre el que ha alcanzado más altas posiciones y ha dejado más afectos.

No vamos a seguir a Mitre en sus antiguas correrías, cuando llevaba toda la savia de su juventud a cualquier parte donde se peleara por la libertad. No le vamos a encontrar en Bolivia, cuando en medio de una batalla. “hacía trepar sus cañones a una altura, que tan sólo las águilas han alcanzado hasta ahora”, según la frase de Ballivián. No vamos, en fin, a estudiar su acción en la prensa y en la tribuna en Chile, al lado de Sarmiento, Tejedor, Alberdi, Juan Carlos Gómez y tantos otros emigrados, que preparaban, con la pluma y con la espada, el regreso a la patria redimida.

Hay, entre nosotros, una tradición, perpetuada en todos los hogares argentinos cuyos jefes sufrieron en la inmigración, que presenta a Bartolomé Mitre como el amigo, el compañero, el “pariente” espiritual de todos aquellos que sufrieron, con la abnegación de los patriarcas, las privaciones y las angustias de los días de prueba que inmortalizaron a Montevideo, durante su sitio legendario.

Ante la tumba recién abierta del prócer argentino, ¡cuántos cuadros se levantan en el alma, iluminados por la luz de los recuerdos de aquellos tiempos gloriosos!

*
* *

Mitre no improvisó su grandeza. No fué uno de esos advenedizos del destino, a quienes un golpe de azar lleva a las alturas dejando atónitos a cuantos le contemplan.

Acompañando a los acontecimientos, sin más ideal que la libertad de la patria, cuando la tiranía la oprimía, y a su organización cuando el despotismo fué vencido, Mitre ha seguido, paso a paso, la ruta que le llevaba a las cumbres, pudiendo tomarse su propia vida, como la encarnación de los progresos institucionales de la Republica.

Apenas llegado de Chile a Montevideo, se vincula con Florencio Varela, con Alsina, con Rivera Indarte, con Mármol, con Domínguez, Cané, Gutiérrez, con todos los argentinos que, desde la opuesta orilla, combaten a Rozas y a Oribe, colocándose, como soldado, al lado de Pacheco y Obes, de Garibaldi, de Gelly, Lezica y de cuantos luchan, simultáneamente, por la libertad de los países, víctimas de despotismos sangrientos.

El biógrafo del porvenir que, con criterio de historiador, quiera escribir mañana la vida ejemplar de Bartolomé Mitre, tendrá que buscar en aquellos días de la inmigración, y sobre todo en Montevideo, los orígenes del pensamiento político que ha acompañado a aquel estadista durante su vida entera.

Los hombres del presente, las generaciones actuales, sólo miran al ilustre prócer desaparecido, al gran actor en el escenario argentino, durante las últimas décadas. Sin embargo, es menester ir más lejos, es necesario ir a los tiempos difíciles en que el altruismo era el sentimiento común de los emigrados, para encontrar las fuentes de inspiración de la obra prodigiosa que Mitre realizó en su vida.

*
* *

Las familias emigradas en Montevideo durante la tiranía de Rozas, al lamentar hoy la muerte de Bmé. Mitre, tendrán, cada una, un episodio íntimo que recordar, en el que figurará siempre aquel joven comandante de artillería que se destacó en el aprecio de sus jefes y se atrajo el afecto de sus compatriotas.

Caballero burilado al modo de los antiguos hidalgos españoles, tenía en su porte y en sus actos, todas aquellas altiveces de carácter que forman el tipo de nuestra raza. Poeta y soldado, mientras dejaba en el espíritu de las damas los recuerdos gratos de sus delicadezas sencillas, imponía en los hombres el valor y la firmeza con su estoicismo consciente y su serenidad inalterable en medio del peligro.

Mas de una vez, los toques de alarma que partían de “la línea” donde se peleaba, sorprendieron al comandante Mitre rimando la estrofa que escribía en algún álbum, que hoy recibirá las lágrimas de su vieja dueña al releer las líneas que hace muchos años trazó la mano que la muerte acaba de helar para siempre.

En esos hogares, en esas familias, donde la vida se hacía en común, siendo comunes los sentimientos y los anhelos por la libertad de la patria esclavizada, Mitre no era un extraño, cuya amistad transitoria haya destruido el tiempo y las vicisitudes de la política.

Había entre él y los que hemos aprendido a amarle y respetarle, oyendo las narraciones de aquellos días, el vínculo que se forma entre las almas y los pensamientos que se contemplan y se dilatan, a través del tiempo y la distancia, por la identidad del propósito y la sinceridad del anhelo.

El grupo de inteligencia y de acción reunido en Montevideo, durante la emigración, por más que descendiese de los hombres que en 1826 votaban la Constitución Unitaria, y por más que hubiesen combatido el federalismo de Artigas, de Quiroga y de Ibarra, era, con Florencio Varela a la cabeza, federal de principios; federal de convicciones; federal, como Dorrego, que había aprendido prácticamente ese sistema de gobierno, viéndolo practicar en los Estados Unidos.

Mitre, muy joven todavía, — tenía 12 años menos que Varela, — asistía a las largas conferencias que tenían, en la redacción de “El Comercio del Plata”, de “El Nacional” y en otros centros de reunión, todos los argentinos que, confiando en que la libertad de la República tenía que llegar, preparaban su organización definitiva.

Todos los problemas, políticos y económicos, que se han resuelto durante la larga vida de Bmé. Mitre, incluso la libertad

de los ríos, que abrió los puertos del Paraguay al comercio del mundo, todos, todos, sin una sola excepción, fueron tratados y resueltos por aquel grupo selecto de intelectualidades patrióticas y abnegadas.

Cuando llegó el momento de aplicar en la patria lo que había concebido en el extranjero, Mitre no tuvo nada que improvisar. El fué sólo el ejecutor del pensamiento de aquellos hombres que habían consagrado toda su vida y todos sus esfuerzos a la grandeza de la patria.

*
* *

Es así cómo se explica la lógica política de los actos trascendentales de Mitre durante las distintas facces que presenta su vida al estudio del historiador.

En Caseros es sólo un actor eficaz, pero su personalidad aparece todavía confundida entre la multitud. La figura del vencedor y la presencia a su lado de hombres que más se amoldaban a las tendencias de aquél, hacen que Mitre se distanciara en los primeros momentos; pero muy luego comienza su obra perseverante y constante.

*
* *

Apenas derribado Rozas, cuando Urquiza trata de reemplazarle en las famosas sesiones de junio de 1852, Mitre se revela ya el tribuno popular, cuya palabra vibra de entusiasmo y de patriotismo. Desafía las iras de los poderosos, y no cede ante la amenaza ni ante la prisión, preparando, desde las bancas de la legislatura de Buenos Aires, la revolución que, estallando el 11 de septiembre, separa Buenos Aires del resto de la República, prefiriendo ese aislamiento momentáneo a una nueva dictadura disfrazada de Confederación de Provincias.

Fué en las peripecias de esa revolución donde Mitre recibió el balazo que, dejando sobre su frente una cicatriz en forma de estrella, parecía haber querido señalar de esa manera aquel hombre predestinado para dar a su país la organización definitiva.

*
* *

Buenos Aires, Estado independiente, reconocido por el mundo en ese carácter podía estimular las vanidades de sus hijos, haciéndoles mantener ese estado de cosas, que señalaba a la Provincia un rango de Nación soberana entre los gobiernos del orbe.

Sin embargo, justo es decirlo, en esta hora de la justicia póstuma, Mitre no fué jamás separatista. Mientras para muchos “porteños” la patria terminaba en el Arroyo del Medio, Mitre tuvo siempre la visión de la República Argentina, grande, unida por los vínculos del derecho institucional y por el afecto sincero de todos sus hijos.

Fué él quien, combatiendo las ideas del localismo, exclamó un día, indignado, que era menester “arrear de una vez esa banderita de pulpería”, que sólo servía para reunir los gauchos en las carreras, pero no para dar sombra a una gran nación.

Cuando, en hostilidad a Buenos Aires, el Congreso del Paraná creó los derechos diferenciales en la Aduana del Rosario, Mitre sintió la herida con mayor intensidad, precisamente porque no quería reconocer, en el Gobierno de la Confederación Argentina, el derecho de tratar a Buenos Aires como una nación extraña. Era la Patria común que recargaba con impuestos extraordinarios las mercaderías que llegaban del territorio de una de sus provincias.

La campaña de Cepeda no fué una guerra internacional. No obstante nuestra separación del resto de la República, fué sólo una guerra civil en la que los hombres de Buenos Aires iban a buscar con la unión de las catorce provincias el engrandecimiento de todo el país, en libertad y constituido.

Mitre tenía la intuición de que, después de aquella campaña la unidad nacional sería un hecho y así fué en efecto. No es el momento de juzgar al general que mandaba en Cepeda, pero para los que digan que esa batalla fué un desastre, bueno es recordar que ese episodio de nuestra historia fué el origen de la reforma de la Constitución Nacional de 1853; reforma hecha por Buenos Aires con tanta libertad que, lo que se hizo en 1880 bajo la presión de la derrota, ha perdurado y perdura aún después de la victoria de Pavón y de la organización del gobierno federal de Buenos Aires.

Sin embargo, donde se encuentra más gran político y más hábil estadista a Mitre es después de la batalla de Pavón.

El ejército “porteño” estaba compuesto, en gran parte, de la juventud de Buenos Aires, que había abandonado las comodidades o la molición de la vida metropolitana para correr a los campos de batalla. El móvil que había producido aquella campaña era el de más puro patriotismo. Las provincias hermanas sufrían despotismos sangrientos. En San Juan acababa de fusilarse al gobernador Abercain, y, en el Pocito, se había producido una hecatombe, donde se había matado mucha gente “a lanza seca”.

Ese altruismo de Mitre encerraba un profundo pensamiento político. Para aquel estadista la nacionalidad argentina estaría siempre en peligro mientras su gobierno federal no residiese en Buenos Aires. A diferencia de Florencio Varela, que creía que Santa Fe debiera ser la Capital de la República, Mitre pensaba que sólo en Buenos Aires estaría bien la sede de las autoridades de la Nación, y persiguiendo este ideal fué a la batalla de Pavón.

Su primer palabra, después de la victoria, fué una garantía de unión, de fraternidad y de federalismo, dada por Buenos Aires a sus hermanas. Su había temido que el triunfo indujese a la provincia fuerte y vencedora a avasallar el resto de la República fundando el centralismo sobre las bases de un gobierno unitario.

Las tradiciones políticas de Mitre y de los hombres que, en 1861, formaban la fracción dirigente de la opinión, autorizaban esa creencia.

Previsor, prudente y profundamente político, Mitre comprendió que su primer acto había de ser decisivo en el porvenir y procedió en consecuencia.

Al pisar el territorio de Santa Fe, en su marcha hacia el Rosario, lanzó una proclama, en la que decía: “Llevo escrita en mis banderas la Constitución Federal reformada”.

Aquella frase histórica fué más que un programa de gobierno. Fué la revelación del federalismo consciente del viejo unitario, que colocaba a la nación arriba de las provincias.

El gobernador de Buenos Aires, vencedor en Pavón, iba a perder todas las ventajas que el triunfo podía ofrecer al en-

grandecimiento político de la metrópoli para sólo preocuparse de consolidar la unidad argentina.

Ese día Mitre fué verdaderamente grande. La visión de la patria unida y fuerte llenaba todos los horizontes de su alma!

Fué allí, en ese momento, que se separaron del veneedor de Pavón, los jóvenes que, con Adolfo Alsina a la cabeza, formaron el partido Autonomista. El que se organizó reconociendo a Mitre como jefe, se llamó Nacionalista, bastando sus solas designaciones para conocer las distintas tendencias de las dos grandes agrupaciones. Como en la lucha que llevó a los Estados Unidos a la guerra colosal de secesión, unos defendían los derechos de la provincia sobre los de la nación y los otros los de la nación sobre las provincias.

Mitre ha bajado a la tumba viendo su grande obra coronada por el éxito más completo. Hoy no hay ya separatistas ni defensores temerarios de los "State rights". Todos somos argentinos donde quiera que pisemos el territorio de la Patria.

*
* *

Después de Pavón, el general Mitre estableció en el Rosario su cuartel general.

Los que tuvieron ocasión de ocupar alguna vez, un asiento en aquella larga mesa del salón que servía de comedor y de salón de veladas al general en jefe y a su estado mayor, conservan en su memoria las páginas preciosas del libro inédito que revelará al porvenir a Mitre íntimo.

Allí, rodeado del cariño y del respeto de sus subalternos, despojado de las durezas obligadas del servicio militar, Bmé. Mitre se entregaba a las expansiones más gratas de su mente y de su espíritu.

Generalmente se pasaban muchas horas de la noche en ejercicios intelectuales, se pensaba un nombre o un acontecimiento histórico. El que debía acertar cual era ese nombre o ese acontecimiento, tenía derecho de hacer cierto número de preguntas, y, si terminadas éstas no había acertado, sentaba plaza de poco instruído.

Se comprende el estímulo que este género de diversión en-

cendía. No había jefe u oficial de los que tenían entrada en aquella reunión selecta, que no se pasase las horas del día estudiando cosas serias para no desempeñar un mal papel por la noche.

Entre las cien anécdotas que podríamos recordar hoy para presentar a Mitre en esa época, en medio de sus subalternos, afable, tolerante, familiar, preferimos una que le revela en toda su sencilla grandeza.

Se había copiado en ese día notas manuseritas en borrador por el general Mitre, y cuando escribía ligero el general tenía una malísima letra, que pocos eran los que podían “traducirla”, como solía decir él mismo.

Se habló de esa circunstancia después de comer en la sobremesa.

Mitre aseguró,—lo que era cierto,—que cuando escribía despacio tenía muy linda letra; y para probarlo empezó a escribir, con gran cuidado, los apellidos de los oficiales que estaban presentes, siguiendo el orden de su colocación en la mesa.

Cuando llegó a un inteligentísimo joven sanjuanino o mendocino, que se había presentado voluntario, y que, siendo estudiante de ingeniería, había sido agregado al cuerpo de esa ciencia, el general le preguntó:

—¿Díganos, Hederra, su apellido se escribe con h?

—Sí, señor General,—contestó en el acto el interpelado,—se escribe con una h, que presta tanto servicio a mi apellido como el cuerpo de ingenieros al ejército.

Una franca carcajada acogió la espiritual ocurrencia, y nadie la festejó tanto como el general Mitre, que mostró con ese aplauso la familiaridad con que trataba a sus subalternos.



No es posible seguir al general Mitre en esos días que siguieron a Pavón, cuando necesitó de toda su energía y de sus convicciones federales, para defenderse de los que querían invadir a Entre Ríos para acabar con la influencia de Urquiza, lanzando a aquella provincia el cuerpo del ejército que mandaba el general Venancio Flores; para contener las montoneras

que se levantaban en el Interior, en actitud hostil a Buenos Aires; para oponerse a la reforma de la Constitución Nacional que muchos proclamaban.

Bástenos recordar que los acontecimientos de esos tiempos formarán siempre la más frondosa rama de los laureles que cubren el féretro del prócer, puesto que, dirigiéndolos o acompañándolos, consiguió en ellos reorganizar definitivamente la República, sobre la base inconvencible de la unidad nacional.

El primer gobierno federal, funcionando en Buenos Aires, completó la obra gigante que Mitre siempre persiguió.

La revolución de setiembre había alejado de Buenos Aires a hombres eminentes como Carril, Gutiérrez, Guido, Calvo y otros muchos; pero, al ocupar Mitre, en 1862, la presidencia de la República reconstituída, uno de sus primeros cuidados fué traer a su lado, junto con los elementos vencedores porteños, los buenos elementos vencidos que sirvieron en el Paraná.

¡Cuántas figuras descollantes de hombres nacidos en las provincias deben su aparición en la escena política a esa ecuanimidad de alma y esa rectitud de carácter de Mitre!

■
* *

La guerra del Paraguay no cabe en las líneas estrechas de este artículo. Esa forma página aislada en la fecunda existencia del prócer desaparecido.

Si acaso algo de ella pudiera aquí recordarse, sería sólo para levantar el nombre de Mitre arriba de todas las miserias y críticas contemporáneas, presentándole atravesando, sin contaminarse, aquella época de despilfarro y de corrupción de la que pudo sacar inmaculada su reputación.

*
* *

Mitre volvió a Buenos Aires, después de la muerte de don Marcos Paz, presidente, el ejercicio de la presidencia en lo más crudo de la lucha electoral para la designación de su sucesor.

Dos candidatos estaban uno frente al otro. Elizalde, su mi-

nistro de Relaciones Exteriores, su amigo, su hombre de confianza, y Sarmiento, su compañero en el destierro, su compañero en la prensa, su compañero en el gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Mitre pudo imponer su voluntad y no lo hizo. Sabía que con Elizalde en el gobierno, su política y su influencia seguirían dominando al país; mientras que con Sarmiento subía al poder un hombre independiente, con ideales propios y hombres colaboradores buscados en las filas de sus adversarios.

Y Mitre tuvo la virtud cívica de dejar vencer a sus correligionarios, acatando el triunfo de sus opositores.

Es la más bella lección que podía dar a los gobernantes del porvenir que no supieron o no quisieron aprovecharla.

Hoy, ante su tumba, aquella abstención política, que revelaba una fortaleza de convicciones y una rectitud de principios que entonces no fueron apreciados, brilla como una antorcha de lumbré imperecedera.

*

* *

Mitre es el único argentino que haya asistido a su propia apoteosis. Durante su vida fué consagrado inmortal por el voto de su pueblo, de su gobierno y de sus mismos adversarios tradicionales, que en el día de su jubileo supieron reconocerle sus grandes méritos.

Hoy llega al término de su vida mortal.

Baja a la tumba rodeado de las consideraciones y el respeto de toda la América y deja su nombre escrito con la pluma sobre la carátula de libros imperecederos y burilados con la espada en páginas inmortales de la historia.

Su cuerpo será entregado a la fosa común. Su alma flotará siempre entre nosotros. La gloria no se entierra.

“El Diario”, 21 de enero de 1906.

FOJAS DE SERVICIOS MILITARES

DEL TENIENTE GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

Soldado distinguido, Academia de Montevideo, Fuerte San José, 1º de Julio de 1837.

Alférez de Artillería, República Oriental del Uruguay, 24 de Febrero de 1838.

Ayudante Mayor Segundo del Batallón N° 1 de Infantería, República Oriental del Uruguay, 23 de Mayo de 1839.

Batalla de Cagancha, República Oriental del Uruguay, 29 de Diciembre de 1839.

Capitán de Artillería, Compañía de Artillería, República Oriental del Uruguay, 5 de Agosto de 1840.

Sargento Mayor de Artillería, Campaña de Arroyo Grande, Entre Ríos, 1842.

Sargento Mayor de Artillería, Sitio Grande, Montevideo, 1843-1846.

Sargento Mayor de Artillería, instrucción práctica, Montevideo, línea de fortificación, 10 de Julio de 1844.

Teniente Coronel Graduado de Artillería, instrucción práctica, Montevideo, línea de fortificaciones, 19 de Febrero de 1846.

Teniente Coronel de Artillería, al servicio del Gobierno de Bolivia, 22 de Octubre de 1847.

Director del Colegio Militar, Bolivia, Noviembre de 1847.

Combate de Lalaba, a órdenes del General Ballivián, Bolivia, Noviembre de 1847.

Batalla de Vitiche, a las órdenes del General Ballivián, Noviembre de 1847.

Escudo de benemérito en grado heroico, por la batalla de Vitiche, 1847.

Combate del Tonelero, entre Obligado y San Nicolás, 17 de Diciembre de 1851.

Campaña de Caseros, en la artillería del grande ejército aliado, 17 de Diciembre de 1852.

Batalla de Caseros, Buenos Aires-Caseros, 3 de Febrero del año 1852.

Coronel de Artillería, en el campo de batalla, Buenos Aires-Caseros, 3 de Febrero de 1852.

Plana Mayor Activa, desde 1° de Marzo de 1852.

Representante por la Capital (Buenos Aires), 25 de Abril de 1852.

Brigada de Artillería de Buenos Aires, desde el Camp. Gral. Pal. de S. Benito, 1° de Mayo de 1852 hasta 23 de Agosto de 1853.

Jefe de la Guardia Nacional de Infantería de la Capital, Buenos Aires, 14 de Septiembre de 1852.

Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 21 de Octubre de 1852.

Ministro de Gobierno e Interino de Guerra y Marina, Buenos Aires, 27 de Noviembre de 1852 hasta el 7 de Diciembre del mismo año.

Sitio de Buenos Aires, 1852-1853.

P. M. A. Presidente de la Comisión de Fortificaciones de la Capital, 17 de Febrero de 1853.

P. M. A. Jefe del Estado Mayor del Ejército de la Capital, Buenos Aires, desde 22 de Marzo de 1853.

Combate de los Potreros de Langdon, Buenos Aires, 2 de Junio de 1853 (herida de bala en la frente).

Plana Mayor activa, Buenos Aires, 8 de Junio de 1853.

Inspector General de Armas (P. M. A.) en campaña 8 de Agosto de 1853.

Representante por la Capital, Buenos Aires, 11 de Mayo de 1853.

Representante por la Capital, Buenos Aires, 24 de Septiembre de 1853.

Reasunción de la Inspección General de Armas, Buenos Aires, 14 de Agosto de 1853.

Plana Mayor activa, Buenos Aires, Septiembre de 1854.

Combate del Tala, 8 de Noviembre de 1854.

Jefe del Estado Mayor del Ejército de Operaciones en Campaña, 10 de Noviembre de 1854.

Ministro de Guerra y Marina, Buenos Aires, 22 de Enero de 1855.

Plana Mayor activa en nota "Ministro de la Guerra", Buenos Aires, 21 de Junio de 1855.

Plana Mayor activa con nota "Ministro de la Guerra", Buenos Aires, 15 de Enero de 1857.

Dejó el Ministerio de Guerra y Marina, Buenos Aires 5 de Mayo de 1857.

Comisión Consultora de Gobierno, Buenos Aires, 6 de Mayo de 1857.

Representante por la Capital, Bs. Aires, 4 de Junio de 1857.

Jefe del Regimiento 1º de Infantería activa de Guardia Nacional de la Capital, Buenos Aires, Febrero de 1858.

Comandante en Jefe de la frontera norte de Buenos Aires, 9 de Febrero de 1858.

Representante por la Capital, Bs. Aires, 22 de Abril de 1858.

Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 16 de Junio de 1858.

Ministro de Gobierno e Interino de Guerra y Marina, Buenos Aires, 30 de Diciembre de 1858.

Cesó el Interinato de Guerra y Marina, Buenos Aires, 30 de Diciembre de 1858.

Regimiento 1º de Infantería de Guardia Nacional de la Capital, Buenos Aires 1º de Enero de 1859.

Ministro de Guerra y Marina, Buenos Aires, 10 de Mayo de 1859.

Cesó en el Ministerio de Guerra y Marina, Buenos Aires, 27 de Mayo de 1859.

Campaña de Cepeda, General en Jefe del ejército de operaciones, en campaña, 27 de Mayo de 1859.

Coronel Mayor del Ejército de Buenos Aires, 27 de Mayo de 1859.

Plana Mayor disponible general en jefe del ejército, Junio de 1859.

Plana Mayor disponible con igual nota, Camp. de Laguna Larga, 1º de Julio de 1859.

Batalla de Cepeda, Cañada de Cepeda, Buenos Aires, 23 de Octubre de 1859.

General en Jefe del Ejército de la Capital, 29 de Octubre de 1859.

Renunció el cargo el 11 de Noviembre de 1859.

Retirada a San Nicolás y Combate Naval San Nicolás, Buenos Aires, 25 de Octubre de 1859.

Plana Mayor disponible, encargado del Código Militar, Buenos Aires 1° de Enero de 1860.

Gobernador del Estado de Buenos Aires, 3 de Mayo de 1860.

Brigadier General del Ejército de Buenos Aires, 21 de Octubre de 1860.

Estado Mayor de plaza con nota "Gobernador del Estado de Buenos Aires" hasta Junio de 1861.

Campaña de Pavón, Buenos y Santa Fe 1861.

General en Jefe del Ejército de Operaciones, Julio de 1861 hasta Cuart. Gral. en Rojas, Buenos Aires, Agosto de 1861.

Batalla de Pavón, Campos de Pavón, Santa Fe, 17 de Septiembre de 1861.

Ejército de Buenos Aires, Arroyo Dulce, Septiembre de 1861.

Ejército de Buenos Aires, San Nicolás, Octubre de 1861.

Ejército de Buenos Aires, Campo de Arroyito, Noviembre de 1861.

Estado Mayor de Plaza, Buenos Aires, 1° de Febrero de 1862.

Presidente de la República, E. M. de P., Buenos Aires, 12 de Octubre de 1862.

Campaña del Paraguay: General en Jefe del Ejército Aliado, Buenos Aires, 1° de Mayo de 1865.

General en Jefe del Ejército Aliado, Concordia, 21 de Agosto de 1865.

Rendición de Uruguayana, Uruguayana, 13 de Septiembre de 1865.

Medalla de la Rendición de Uruguayana.

General en Jefe en Ejército Aliado, Paso de los Libres, 28 de Septiembre de 1865.

Banda de la Orden Imperial del Cruzeiro por Uruguayana, 30 de Septiembre de 1865.

Medalla del Imperio del Brasil por la Batalla de Caseros, 4 de Octubre de 1865.

General en Jefe del Ejército Aliado, Arroyo Ombú, 14 de Octubre de 1865.

General en Jefe del Ejército Aliado, Isla Alta (frente a Buenos Aires), 25 de Noviembre de 1865.

General en Jefe del Ejército Aliado, Ensenada, 31 de Enero de 1866.

General en Jefe del Ejército Aliado, Ensenada, 5 de Febrero de 1866.

Pasaje del Río Paraná por el Ejército Aliado, Paso de la Patria, 16 de Abril de 1866.

General en Jefe del Ejército Aliado, Ruinas de Itapirú, 19 de Abril de 1866.

Batalla de Estero Bellaco, 2 de Mayo de 1866.

Batalla de Tuyuty, Tuyuty, 24 de Mayo de 1866.

Cordones de Tuyuty.

Combate de Yataytycorá, Tuyuty, 11 de Julio de 1866.

Asalto de Curupaity, Curuzú, 22 de Septiembre de 1866.

Escudo de Curupaity.

Medalla conmemorativa (R. A.) Camp. del Paraguay, Ley 26 de Septiembre de 1866.

General en Jefe del Ejército Aliado, Yataity, 16 de Octubre de 1866.

General en Jefe del Ejército Aliado, Yatayty, 21 de Noviembre de 1866.

General en Jefe del Ejército Aliado, Tuyuty, 24 de Enero de 1867.

Presidente de la República, Buenos Aires, 7 de Marzo de 1867.

General en Jefe del Ejército Aliado, Tuyuty, 28 de Julio de 1867.

General en Jefe del Ejército Aliado hasta Tuyucué, 31 de Diciembre de 1867.

Presidente de la República, Buenos Aires, 22 de Enero de 1868.

Presidente de la República hasta 12 de Octubre de 1868.

Plana Mayor activa, Buenos Aires, 19 de Noviembre de 1868.

Senador Nacional por la Provincia de Buenos Aires (P.M.A.).

Estado Mayor, P. M. P. en misión especial a Río Janeiro, 1° de Junio de 1872.

Plana Mayor activa, desde la misión diplomática 1° de Abril de 1873 hasta Buenos Aires, Agosto de 1874.

Baja, 11 de Octubre de 1874.

Reincorporado P. M. activa acuerdo 19 de Mayo de 1877.

Baja de la pasiva, diputado nacional, 9 de Julio de 1880.

Reincorporado, Plana Mayor activa, Buenos Aires, Acuerdo 4 de Agosto de 1883.

Teniente General, Ley de Ascensos, Buenos Aires, 4 de Agosto de 1883.

Plana Mayor activa, desde 1° de Septiembre de 1883.

Baja por solicitud, Buenos Aires, 19 de Noviembre de 1883.

Teniente General Campaña del Paraguay, Protocolo 13 de Mayo de 1888.

Teniente General, Campaña del Paraguay, Convenio 13 de Mayo de 1888.

Lista de O. S. reincorporado, Buenos Aires, Ley 31 de Mayo de 1890.

Listas de Oficiales Generales, Buenos Aires.

Lista de Oficiales Generales, Buenos Aires, Mayo de 1895.

Senador Nacional, reelecto (L. de O. G.), Buenos Aires, Mayo de 1901.

Lista de Oficiales Gener., año 1902; íd., íd. 1904; íd., íd. 1905.

Batallas y combates en que se encontró:

Batalla de Cagancha, 29 de Diciembre de 1839.

Sitio Grande, años 1843-1846.

Combate de Lalaba, Noviembre de 1847.

Combate del Tonelero, 17 de Diciembre de 1851.

Batalla de Caseros, 3 de Febrero de 1852.

Sitio de Buenos Aires, años 1852-1853.

Combate de los Potreros de Langdon, 2 de Junio de 1853.

Combate del Tala, 8 de Noviembre de 1854.

Combate de la Sierra Chica, 31 de Mayo de 1855.

Batalla de Cepeda, 23 de Octubre de 1859.

Combate de San Nicolás, 25 de Octubre de 1859.

Batalla de Pavón, 17 de Septiembre de 1861.

Rendición de Uruguayana, 18 de Septiembre de 1865.

Batalla de Estero Bellaco, 2 de Mayo de 1866.

Batalla de Tuyutí, 24 de Mayo de 1868.

Combate de Yataytycorá, 11 de Julio de 1866.

Asalto de Curupaity, 22 de Septiembre de 1866.

Condecoraciones de que es poseedor:

1. Escudo de benemérito en grado heroico por la batalla de Vitiche, 1847.
2. Comendador de la Orden de la Rosa del Brasil por el combate naval del Paso del Tonelero.
3. Medalla de oro uruguaya por Caseros.
4. Medalla del Imperio del Brasil por la batalla de Caseros.
5. Medalla por la rendición de Uruguayana.
6. Banda de la Orden Imperial de Cruzeiro por Uruguayana.
7. Condecoración de la orden del Cruzeiro.
8. Medalla de oro uruguaya por la batalla de Yatay.
9. Cordones de Tuyuty.
10. Escudo de Curupaity.
11. Medalla conmemorativa R. A. campaña del Paraguay. Ley.
12. Medalla conmemorativa R. O. campaña del Paraguay. Protocolo.
13. Medalla General del Brasil, campaña del Paraguay.
14. Medalla de bronce brasileña al valor y decisión militar.
15. Cruz de bronce y brillantes al Generalísimo de los Ejércitos de la Triple Alianza.
16. Medalla de oro de la Municipalidad de Buenos Aires como recuerdo a los servicios prestados en la epidemia de fiebre amarilla (1873). "A los servidores de la Humanidad".

Al general Mitre se le dejaron de entregar tres medallas que no se ostentan en las reliquias de su glorioso uniforme. Eran estas: la estrella de oro, otorgada a los Guardias Nacionales de la Provincia de Buenos Aires, que hicieron la campaña del Paraguay. A los tenientes generales Luis María Campos y Nicolás Lavalle, que aunque jefes de línea comandaron accidentalmente Guardias Nacionales, se le concedió el premio, y el gobierno se olvidó del Generalísimo de los ejércitos, de Mitre. Las provincias de Córdoba y Corrientes también concedieron medallas a los jefes, oficiales y soldados de su guardia nacional y a los jefes de línea que también accidentalmente lo mandaron e igualmente olvidaron a Mitre.

TITULOS Y HONORES

que le han sido conferidos al General Bartolomé Mitre

1839 — Febrero 20 — El general en jefe del ejército constitucional de la República Oriental le reconoce el empleo de alférez de artillería, con antigüedad de 24 de febrero de 1838.

1839 — Mayo 23 — Empleo de ayudante mayor 2º del batallón núm. 1 de infantería (R. O. del U.).

1840 — Agosto 5 — Empleo de capitán de la compañía de artillería al ayudante mayor de la misma armada (R. O. del U.).

1846 — Febrero 19 — Grado de teniente coronel al sargento mayor de artillería (R. O. del U.).

1847 — Octubre 22 — Atendiendo a la capacidad y aptitudes del teniente coronel de artillería de la República Argentina, el presidente de Bolivia le admite al servicio de ella en su clase y arma.

1852 — El emperador del Brasil, queriéndole dar testimonio de su alta consideración con motivo de su asistencia al combate naval del *Tonelero*, le nombra "Oficial de la Orden de la Rosa", que otorga rango y honores de coronel.

1853 — Octubre 11 — Le confirma el gobierno de Buenos Aires en el empleo de teniente coronel de artillería, con antigüedad de 16 de febrero de 1845, y en el empleo de coronel de la misma arma, con antigüedad del 3 de febrero de 1852 (Batalla de Caseros).

1854 — Mayo 20 — Miembro de la "Sociedad de Mayo", Buenos Aires.

1855 — Junio 12 — La Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata le nombra socio de número, en consideración a su mérito y recomendables calidades.

1855 — Julio 10 — El Club del Progreso, fundado en Buenos Aires el 1º de mayo de 1852, con el objeto de reunir los caballeros más respetables, “nacionales y extranjeros, para mantener y estrechar las relaciones personales, uniformar en lo posible las opiniones políticas por medio de una discusión deliberada y mancomunar sus esfuerzos por el progreso moral y material del “país”, le nombra socio.

1856 — Junio 8 — El Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata, de que fué uno de los fundadores en 1854, y cuyas bases orgánicas redactó, le nombra miembro de número.

1856 — Octubre 20 — La “Sociedad de Geología” de Berlín le reconoce socio honorario extranjero.

1857 — Diciembre 18 — La “Sociedad Real Escandinava de Anticuarios” (Copenhague), considerándole miembro nato por sus aptitudes especiales, le incorpora a su seno.

1858 — Enero 1º — La “Sociedad Tipográfica Bonaerense” le reconoce miembro y socio protector en 25 de mayo de 1866.

1858 — Abril de — Representante a la Cámara de la Provincia de Buenos Aires.

1859 — Mayo 27 — Coronel mayor de artillería del Estado de Buenos Aires.

1860 — Mayo 2 — Diploma de gobernador Constitucional del Estado de Buenos Aires.

1860 — Agosto 23 — El “Club del Plata” le nombra socio.

1860 — Octubre 21 — El presidente de la Confederación Argentina le eleva al rango de brigadier general de sus ejércitos, en atención a los méritos y honrosos antecedentes militares que le distinguen.

1860 — Noviembre 17 — El Club Socialista Argentino (Paraná) le aclama socio honorario.

1861 — Abril de — La “Rhode Island Historical Society” (Estados Unidos del Norte), le elige miembro honorario.

1861 — Octubre 23 — Despacho del Gobierno de Buenos Aires en que se le reconoce el empleo de Brigadier General (Pavón).

1861 — Diciembre 31 — Inscripto por aclamación en el catálogo de académicos ilustres de “L'Accademia de' Quiriti” (caballeros romanos) Italia.

1863 — Febrero 6 — El Instituto Histórico de Francia le elige miembro honorario.

1862 — Octubre 12 — Diploma de presidente de la República Argentina.

1863 — Febrero 14 — “Il Saggio Collegio d’Arcadia” (Italia), le declara *Arcade*, denominándole *Volerindo Sedate*.

1863 — Febrero 16 — La “Pontificia Accademia Tiberina” (Italia), le nombra socio correspondiente.

1863 — Marzo 16 — La “Insigne Artistica Congregazione Pontificia di Virtuosi al Pantheon” (Italia), le designa “virtuoso d’onore”.

1863 — Abril 15 — El “Instituto Politécnico de París” le elige miembro honorario.

1864 — Junio 30 — La Logia Masónica de Buenos Aires le acuerda el grado 33 y le elige miembro activo del superior consejo.

1864 — Noviembre 25 — El presidente de la República de Chile le nombra miembro honorario de la Facultad de humanidades de la universidad nacional.

1865 — Febrero 15 — El “Instituto de Africa” (París) le nombra su *président d’honneur*.

1865 — Septiembre 21 — El emperador del Brasil le acuerda la gran cruz de la Orden Imperial del Cruzeiro.

1865 — Septiembre 30 — La Logia Masónica del Rosario de Santa Fe le nombra miembro honorario *ad vitam*.

1865 — Octubre 4 — El gobierno del Brasil le envía el diploma y medalla conferida a la división imperial por la batalla de Caseros.

1867 — Marzo 15 — “La Sociedad Paleontológica” de Buenos Aires le reconoce socio activo.

1869 — Mayo 12 — La “Sociedad Estímulo Literario” le nombra miembro honorario.

1868. — Julio 19 — “La Sociedad de Beneficencia de Salta” le nombra socio honorario.

1868 — Noviembre 30 — El Gobierno del Brasil le confiere la medalla por la rendición de Villa Uruguayana.

1869 — Mayo 11 — Se le incorpora a la Cámara de Senadores de la Nación.

1870 — Marzo de... — La Asociación Filantrópica de los heridos

del ejército argentino en la guerra del Paraguay le presenta un testimonio de gratitud.

1870 — Septiembre 16 — La “Asociación de Amigos de la Instrucción Popular”, de Mendoza, le nombra socio honorario.

1871 — . . . — El “Instituto Geográfico y Etnográfico del Brasil” le reconoce miembro.

1871 — Febrero 26 — La “Sociedad Geográfica Italiana” (de Florencia) le reconoce miembro.

1871 — Noviembre 28 — “A Sociedade Vellosiana de Rio Janeiro” le nombra socio honorario.

1872 — Abril 16 — El “Gabinete Portugués de Leitura de Rio Janeiro” le elige socio honorario y correspondiente.

1872 — Noviembre 2 — El Gobierno argentino le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1873 — Marzo 16 — La “St. Patrick Benevolent Society”, de Buenos Aires, le nombra miembro activo.

1873 — Mayo 3 — La Academia de Bellas Artes de la República de Chile le inviste académico honorario.

1874 — Enero 30 — Se le concede el uso de la medalla de oro de primera clase, acordada por la Municipalidad de Buenos Aires “a los que con riesgo de su vida se consagraron al alivio de sus semejantes en la epidemia de fiebre amarilla que sufrió esta población en 1871”. El general Mitre y toda su familia fué atacada del flagelo después de prestar muy importantes servicios, como consta en el diploma de la condecoración.

1874 — Junio 2 — La “Accademia Araldica Genealogica Italiana (Italia) le reconoce su socio protector. El diploma trae el dístico siguiente, de Dante: “La stirpe non fa nobili le persone — Ma sí le persone la stirpe”.

1874 — Agosto 13 — El “Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades” le nombra su vicepresidente honorario.

1875 — Abril 15 — La “Sociedad Ensayos Literarios” le nombra miembro honorario.

1875 — Mayo 24 — El Gobierno argentino le concede el Cordón de Oro decretado en honor a los vencedores de *Tuyutí* (24 de mayo de 1866), que mandó en jefe.

1875 — Septiembre 22 — El mismo le acuerda el uso del Escudo de Oro por el asalto de *Curupaity* (22 de septiembre de 1866).

1875 — Diciembre 15 — El “Club Argentino” le aclama socio.

1876 — Junio 8 — El “Club Fomento de la Educación”, de Montevideo, le reconoce socio fundador honorario.

1876 — Septiembre 6 — El Gobierno de la República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla de honor, correspondiente a su rango, acordada a los vencedores de Yatay (17 de agosto de 1865).

1876 — Noviembre 6. — La sociedad de estudios “Coronel Moreno”, fundada en el colegio militar por Alberto M. Biedma, el 3 de noviembre de 1876, le nombra socio honorario.

1877 — Noviembre 20 — La “Sociedad Protectora del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires” le designa su vicepresidente.

1878 — Marzo 19 — El “Club Social Progreso Argentino” le declara socio protector.

1878 — Mayo 3 — Diputado de la Provincia de Buenos Aires a la honorable Cámara de la Nación.

1878 — Agosto 31 — La “Sociedad de Mayo”, del Rosario de Santa Fe, le nombra socio honorario.

1878 — Octubre 5 — La “Sociedad Arqueológica” de Santiago (Chile) le nombra miembro correspondiente.

1879 — Junio 26 — La asociación “Bernardino Rivadavia” (Biblioteca Popular) le nombra socio honorario.

1879 — Octubre 1º — El “Tiro Nacional” (en que se organizaron las fuerzas populares) le nombra socio fundador.

1880 — Enero 1º — El “Instituto Geográfico Argentino” le reconoce miembro honorario.

1880 — Enero 17 — El “Centro Industrial Argentino” le nombra colaborador activo del comité ejecutivo.

1880 — Abril 29 — La “Sociedad Vélez Sársfield”, de Córdoba, le nombra socio honorario.

1880 — Diciembre 6 — Instalación de la capital definitiva de la República. La Municipalidad de Buenos Aires le acuerda una medalla de oro de primera clase.

1880 — Diciembre 27 — La “Comisión Central Cooperativa a la expedición al polo Sur” le nombra uno de sus cinco miembros honorarios, siendo los otros Roca, Sarmiento, Rawson y el ministro de Italia, barón de Fava.

1881 — ... — La Exposición Geográfica de Venecia le confiere mención honorífica por su obra *Ruinas de Tiahuanaco*.

1881 — Abril 9 — La “Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras” (España) le nombra académico correspondiente.

1881 — Mayo 1° — La “Società Unione Operai Italiani”, de la República Argentina, le discierne un título de gratitud.

1881 — Septiembre 22 — El tercer congreso geográfico internacional de Venecia le confiere una mención honorable por sus trabajos arqueológicos.

1881 — Octubre 21 — La “Asociación Rivadavia”, de Mercedes, le reconoce socio honorario.

1882 — Enero 6 — La “Asociación Artesanos del Plata” le aclama presidente honorario.

1882 — Febrero 25 — La Sociedad Universitaria, de Montevideo, le elige socio corresponsal.

1882 — Marzo 22 — El tercer congreso geográfico internacional de Roma (Italia) le acuerda una mención honorífica por su *Arqueología Americana*.

1882 — Agosto 30 — La “Società Italia Unita”, de Buenos Aires, le nombra socio protector.

1882 — Septiembre 22 — La Sociedad Pedagógica y Fomento de la Educación (Rosario de S. Fe) le elige socio corresponsal.

1882 — Octubre 31 — La Sociedad Argentina Protectora de los Animales le reconoce miembro.

1883 — Enero 21 — La academia de bellas artes “General Belgrano” le nombra miembro honorario.

1883 — Agosto 4 — El presidente de la República le confiere el rango de teniente general de los ejércitos nacionales.

1883 — Septiembre 17 — El Club Militar de la República Argentina le reconoce socio activo.

1883 — Septiembre 28 — La “Sociedad Geográfica Argentina” le nombra socio protector.

1883 — Octubre 28 — La sociedad italiana “Garibaldi”, del Azul, le nombra socio honorario.

1884 — Febrero 12 — La Sociedad Protectora de Niños Desvalidos (Buenos Aires) le reconoce socio fundador.

1884 — Enero 20 — La Sociedad Académica Hispanoportuguesa, de Tolosa (Francia), le nombra miembro correspondiente.

1884 — Abril 15 — La Sociedad Sarmiento, de Tucumán, le nombra miembro honorario.

1884 — Agosto 25 — La “Asociación de Escritores y Artistas Españoles”, de Madrid, le elige socio honorario.

1884 — Diciembre 1º — La sociedad “Italia”, de Buenos Aires, le confiere el título de socio honorario.

1885 — Marzo 16 — La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires le nombra académico honorario.

1885 — Mayo 28 — La Asociación Literaria Argentina le elige miembro honorario.

1885 — Septiembre 14 — La Sociedad Estímulo de Bellas Artes le nombra socio activo.

1886 — Mayo 25 — La “Sociedad Tipográfica Bonaerense” le reconoce socio protector.

1886 — Noviembre 15 — El “Círculo de Legionarios Garibaldinos”, de Montevideo, le aclama socio activo honorario por haber sido 2º jefe del escuadrón de artillería en la defensa de aquella plaza en 1846.

1887 — Abril 7 — La “Sociedad Argentina Protectora de los Animales” (Corrientes) le nombra miembro honorario.

1887 — Mayo 9 — El “Liceo Hidalgo”, de la República de Méjico, le nombra socio correspondiente en atención a su inteligencia y saber.

1887 — Mayo 22 — La “Sociedad Protectora de los Animales” en Turín (Italia) le reconoce miembro honorario.

1888 — Junio 5 — La Sociedad “Amigos de la Educación”, de Córdoba, le nombra socio honorario protector.

1888 — Noviembre 2 — La “Real Academia de la Historia”, de Madrid, le elige correspondiente.

1888 — Diciembre 1º — La Sociedad de Beneficencia del Chaco Austral le nombra socio protector.

1889 — Mayo 1º — La comisión del templo de Ajó (Buenos Aires) le envía una medalla y un voto de gratitud.

1889 — Julio 29 — La Sociedad de Beneficencia de Formosa (Misiones) le nombra socio honorario.

1889 — Noviembre 4 — Los masones de Patagones (Río Negro) le piden su valiosísimo concurso para fundar una logia en aquel valle.

1889 — Diciembre 5 — El “Instituto Histórico y Geográfico Brasileño” le eleva de socio efectivo a la categoría de socio de honor.

1889 — Diciembre 16 — La sociedad “Cruceiros del Plata” le nombra socio honorario.

1890 — Enero 6 — La “Sociedad Artística”, de Bahía Blanca, le nombra socio honorario.

1890 — Enero 8 — El “Centro Nacional”, de Buenos Aires, le proclama presidente honorario.

1890 — Abril 15 — La sociedad “Cervantes” (Rosario de Santa Fe) le nombra socio honorario.

1890 — Mayo 25 — La República de los Estados Unidos del Brasil le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1890 — Julio 1° — La asociación italiana “Giordano Bruno”, de Corrientes, le nombra socio honorario.

1891 — Enero 14 — La Real Academia Española, atendiendo a sus conocimientos lingüísticos, méritos literarios y demás circunstancias recomendables que le adornan, le nombra individuo suyo en clase de correspondiente extranjero.

1891 — Enero 15 — Los “Artesanos Unidos”, de Buenos Aires, le aclaman su presidente honorario.

1891 — Febrero 18 — “La Fraternité”, logia masónica, le nombra miembro honorario por aclamación unánime.

1891 — Febrero 20 — La “Academia Española”, atendiendo a los méritos lingüísticos, etc., le nombra miembro Correspondiente Extranjero.

1891 — Marzo 29 — La “Trinity Historical Society” (norteamericana) le nombra miembro honorario.

1891 — Mayo 16 — La “Sociedad Veneta”, de Buenos Aires, le obsequia una medalla de oro.

1891 — Julio 20 — Se funda, bautizándole con la denominación de “General Mitre”, un centro pedagógico-literario en Villa Argentina (Rioja).

1891 — Julio 30 — El club “Estudiantes de la Plata” le nombra presidente honorario.

1891 — Agosto 15 — La sociedad “La Argentina”, de Buenos Aires, le nombra su presidente honorario.

1891 — Agosto 22 — El centro científico literario del Rosario de Santa Fe, “Guido y Spano”, le nombra socio protector.

1891 — Noviembre 26 — La “Asociación de Guerreros del Paraguay”, de la República Argentina, le nombra presidente honorario.

1892 — Mayo 18 — La comisión para levantar la estatua de Vélez Sársfield en Córdoba le nombra miembro.

1892 — Junio 2 — La “Academia de Ciencias” de Lisboa decreta que se le cuente en el gremio y congregación de los socios, que su nombre sea inscripto en las tablas, que se considere aumentados la dignidad y el decoro de la academia por la ilustración de su talento y saber, y que debe usar y valerse de los privilegios y honores que gozan los demás.

1892 — Julio 16 — El “Club Italoamericano” de Génova le envía sus profundos sentimientos de simpatía y amistad.

1892 — Julio 24 — La asociación “Caridad Humana”, de Buenos Aires, le nombra su presidente honorario y le envía un diploma de honor.

1892 — Agosto 2 — La sociedad “Hermanas de los Desamparados” le nombra presidente honorario.

1892 — Agosto 16 — El Centro Literario “Domingo F. Sarmiento”, del Rosario, le nombra socio honorario.

1892 — Noviembre 7 — El Centro Literario “Avellaneda”, de Tucumán, le elige presidente honorario.

1892 — Noviembre 10 — El “Ateneo”, de Buenos Aires, le reconoce miembro honorario.

1893 — Abril 7 — La “Biblioteca Popular”, de Rauch, le nombra socio honorario.

1893 — Junio de... — El congreso de los Estados Unidos de Norte América autoriza a la comisión de la Exposición Mundial de Chicago, a acordarle una medalla por haber sido clasificadas las obras que presentó de gran valor e importancia histórica y literaria.

1893 — Junio 4 — Miembro fundador y primer presidente de la Junta de Historia y Numismática Americana.

1893 — Junio 12 — El “Instituto Libre de Enseñanza”, de Buenos Aires, le nombra miembro honorario.

1893 — Julio 12 — La comisión para la fundación de una biblioteca en la ciudad de Chivilcoy le nombra miembro de ella.

1893 — Julio 14 — El centro “José Mármol” le designa socio honorario.

1894 — Enero 1° — El Centro Literario “Nicolás Avellaneda” (Buenos Aires) le nombra socio honorario.

1894 — ... — El “Instituto de Libre Discusión” de Buenos Aires, le nombra miembro honorario.

1894 — Marzo 28 — El “Centro Protector de Estudiantes” le nombra presidente honorario.

1894 — Abril 12 — El “Centro Literario de la Juventud (Buenos Aires) le nombra presidente honorario.

1894 — Abril 24 — La “Sociedad Proteccionista Intelectual” le nombra socio honorario.

1894 — Mayo 31 — Senador nacional por la provincia de Buenos Aires.

1894 — Mayo 19 — Es nombrado miembro del jurado de la sección de Historia del Ateneo, encargado de resolver sobre el mérito de los trabajos que se presentan al concurso abierto por dicha institución.

1894 — Julio 5 — La República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla conmemorativa de la guerra del Paraguay.

1894 — Julio 9 — La intendencia de la capital federal le acuerda una medalla de oro por su cooperación a la realización de la Avenida de Mayo.

1894 — Julio 30 — La “Unión Froebeliana Argentina del Paraná” le nombra socio honorario.

1894 — Agosto 1° — El centro literario “Nicolás Avellaneda” de Buenos Aires le nombra socio honorario.

1894 — Agosto de... — La “Asociación Bernardino Rivadavia” (Biblioteca Popular) le nombra presidente honorario.

1894 — Octubre 22 — El centro literario “Vicente López y Planes” le nombra socio honorario.

1894 — Diciembre 5 — El centro “José Manuel Estrada” de Buenos Aires le designa socio honorario.

1895 — Enero 1° — La Biblioteca de la Policía de la Capital Federal le nombra socio protector.

1895 — Enero 21 — Miembro de la comisión central del 2° censo de la República.

1895 — Enero 24 — El centro literario “Lucio Vicente López” de Buenos Aires le nombra vocal honorario.

1895 — El centro literario “Esteban Echeverría” le designa presidente honorario,

1895 — Marzo 17 — El Centro “Tiro General Pedernera”, de Villa Mercedes (San Luis), le nombra socio honorario.

1895 — Agosto 24 — Nombrado padrino de la bandera del 1er. batallón de G. N. de San Nicolás de los Arroyos.

1895 — Agosto 25 — El Círculo “Nicolás Avellaneda” le nombra socio honorario protector.

1895 — Septiembre 2 — La “Comisión del Monumento a Cristóbal Colón” le nombra miembro honorario y después le discierne el título de presidente honorario.

1895 — Octubre 12 — La C. D. del censo general de la República le confiere un testimonio de gratitud.

1895 — Diciembre de... — La Municipalidad del partido “General Sarmiento”, provincia de Buenos Aires, da el nombre de General Mitre a una de las calles del pueblo cabeza del partido.

1896 — Enero 2 — El centro literario “Manuel Belgrano” le nombra miembro honorario.

1896 — Enero 24 — El gobierno de la provincia de Tucumán le envía una de las medallas acuñadas en honor del gral. La Madrid.

1896 — Febrero 6 — La comisión para la erección del monumento a la memoria del Dr. del Valle le nombra presidente honorario.

1896 — Febrero 13 — Diploma de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

1896 — Julio 19 — La “Ligue Internationale de l’Enseignement” le nombra por aclamación miembro honorario.

1896 — Agosto 1º — La dirección general de la Asistencia Pública solicita su acción en el congreso de la nación para levantar una estatua que perpetúe la memoria del Dr. Guillermo Rawson.

1896 — Agosto 14 — La comisión consultiva encargada de la erección del monumento a Rivadavia le nombra miembro.

1896 — Septiembre 15 — El centro literario “Mariano Moreno” le nombra socio honorario.

1896 — Septiembre 22 — Diploma de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires nombrándole académico honorario.

1896 — Septiembre 23 — El centro “General San Martín” le designa su presidente honorario.

1896 — Octubre 4 — El Centro Protector de Estudiantes de la República Argentina “José Manuel Estrada” le designa su presidente honorario.

1896 — Octubre 19 — La sociedad “El Magisterio” le nombra socio honorario.

1897 — Noviembre 17 — El Instituto Geográfico e Histórico de Bahía (Brasil), le nombra socio correspondiente.

1898 — Enero 4 — La Sociedad “Franklin”, Biblioteca Popular (San Juan), le nombra socio honorario.

1898 — Marzo 12 — Miembro de la convención reformada de la constitución nacional.

1898 — Mayo 3 — El Comité “Filo-Helénico Internacional” le nombra presidente honorario.

1899 — Marzo 15 — Diploma de la “Sala de Comercio Once de Septiembre” nombrándole socio honorario.

1900 — Mayo 15 — El “Primer Congreso Industrial Argentino”, celebrado en 1900, le nombra vicepresidente honorario.

1900 — Diciembre 4 — El Club Italo-Americano de Génova (Italia), reunido en asamblea, coloca en su sala máxima en esta fecha la efigie del General Mitre, aclamándolo socio honorario y tributándole en un artístico pergamino el reconocimiento por la eficaz protección que siempre ha prestado a los italianos en la República Argentina.

1901 — Mayo 1° — Se le incorpora a la Cámara de Senadores de la Nación por la Provincia de Buenos Aires.

1901 — Junio 7 — La sociedad “Estímulo Literario del Rosario” le nombra socio honorario.

1901 — Junio 8 — El “Centro Jurídico de Ciencias Sociales” le nombra socio honorario.

1901 — Junio 20 — El “Centro Guerreros del Paraguay” le proclama presidente honorario.

1904 — Octubre 10 — La Municipalidad de la Capital le acuerda una medalla por el segundo censo municipal.

Tratado de la Triple Alianza

Buenos Aires, 1° de Mayo de 1865.

El Gobierno de la República Argentina, el Gobierno de S. M. el Emperador del Brasil y el Gobierno de la República Oriental del Uruguay:

El primero y el segundo encontrándose en guerra con el Gobierno del Paraguay, por haberles sido declarada de hecho por este Gobierno, y el tercero en estado de hostilidad y amenazada su seguridad interior por el dicho Gobierno, el cual violó la fe pública, Tratados solemnes y los usos internacionales de las Naciones civilizadas, y cometió actos injustificables, después de haber perturbado las relaciones con sus vecinos por procederlos los más abusivos y atentatorios.

Persuadidos que la paz, seguridad y bienestar de sus respectivas Naciones, son imposibles mientras exista el actual Gobierno del Paraguay, y que es una necesidad imperiosa reclamada por los más grandes intereses, hacer desaparecer ese Gobierno, respetando la soberanía, independencia e integridad territorial de la República del Paraguay, han resuelto con este objeto, celebrar un Tratado de Alianza ofensiva y defensiva, y al efecto han nombrado por sus Plenipotenciarios, a saber:

Su Excelencia el Presidente de la República Argentina, al Exmo. Sr. Dr. D. Rufino de Elizalde, su Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores:

Su Majestad el Emperador del Brasil, al Exmo. Sr. Dr. F. Octaviano de Almeida Rosa, de su Consejo, Diputado a la Asamblea General Legislativa y Oficial de la Orden Imperial de la Rosa:

Su Excelencia el Gobernador Provisorio de la República Oriental del Uruguay, al Exmo. Sr. Dr. Carlos de Castro, su Ministro y Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores:

Los cuales, después de haber canjeado sus respectivos poderes, que fueron hallados en buena y debida forma, convinieron en lo siguiente:

ARTÍCULO I. La República Argentina, Su Majestad el Emperador del Brasil y la República Oriental del Uruguay, se unen en Alianza ofensiva y defensiva, en la guerra promovida por el Gobierno del Paraguay.

ART. II. Los aliados concurrirán con todos los medios de guerra de que puedan disponer en tierra o en los ríos, según sean necesarios.

ART. III. Debiendo empezar las operaciones de la guerra en el territorio de la República Argentina, o en la parte del territorio paraguayo limítrofe con la misma, el mando en jefe y dirección de los ejércitos aliados, queda confiado al Presidente de la República Argentina, General en Jefe de su ejército, Brigadier General D. Bartolomé Mitre.

Las fuerzas terrestres de la República Oriental del Uruguay, una división de las fuerzas Argentinas y otras de las fuerzas Brasileñas, que designarán sus respectivos Jefes Superiores, formarán un ejército bajo las inmediatas órdenes del Gobernador Provisorio de la República Oriental del Uruguay, Brigadier General D. Venancio Flores.

Las fuerzas marítimas de los aliados estarán bajo el mando inmediato del Vice-Almirante Vizconde de Tamandaré, Comandante en Jefe de la escuadra de Su Majestad el Emperador del Brasil.

Las fuerzas terrestres de Su Majestad el Emperador del Brasil, formarán un ejército bajo las inmediatas órdenes de su General en Jefe Brigadier Manuel Luis Osorio.

Apesar de que las Altas Partes Contratantes estén convencidas de que no cambiará el terreno de las operaciones de la guerra, sin embargo, para salvar los derechos soberanos de las tres Naciones, convienen desde ya, en el principio de reciprocidad para el mando en jefe en el caso de que dichas operaciones hubieran de pasar para el territorio Oriental o Brasileiro.

ART. IV. El orden y economía militar en el interior de las tropas aliadas dependerán únicamente de sus Jefes.

Los sueldos, víveres, municiones de guerra, armas, vestuarios, equipo y medios de movilidad de las tropas aliadas, serán de cuenta de los Estados respectivos.

ART. V. Las Altas Partes Contratantes se prestarán mutuamente todos los auxilios o elementos que tuvieren y que los otros pudieren necesitar, en el modo y forma que acordarán.

ART. VI. Los aliados se comprometen solemnemente, a no deponer las armas sino de común acuerdo, y hasta que no hayan derrocado la autoridad del actual Gobierno del Paraguay, y *a no negociar con el enemigo común separadamente, ni firmar Tratado de paz, tregua, armisticio ni convención alguna, para poner fin, o suspender la guerra, sino de perfecto acuerdo de todos.*

ART. VII. No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay, sino contra su Gobierno, los aliados podrán admitir en una *Legión Paraguaya* todos los ciudadanos de esa nacionalidad, que quieran concurrir a derrocar dicho Gobierno, y les prestarán todos los elementos que necesitaren, en la forma y bajo las condiciones que se acordarán.

ART. VIII. Los aliados se obligan a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay. En consecuencia, el pueblo paraguayo podrá escoger su Gobierno y darse las instituciones que quiera, no pudiendo incorporarse ni pedir el protectorado de ninguno de los aliados, como consecuencia de esta guerra.

ART. IX. La independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay, serán garantidas colectivamente, en conformidad del artículo anterior por las Altas Partes Contratantes, durante el período de cinco años.

ART. X. Se conviene entre las Altas Partes Contratantes, que las franquicias, privilegios o concesiones que obtengan del Gobierno del Paraguay, han de ser comunes a todos, gratuitamente, si fueren gratuitas, y con la misma compensación o un equivalente si fueren condicionales.

ART. XI. Derrocado el actual Gobierno de la República del Paraguay, los aliados procederán a hacer los ajustes necesarios con la autoridad que se constituya, para asegurar la libre navegación

de los ríos Paraná y Paraguay, de modo que los reglamentos o leyes de aquella República, no puedan estorbar, entorpecer o gravar el tránsito y la navegación directa de los buques mercantes o de guerra de los Estados aliados que se dirijan para sus respectivos territorios, o para territorio que no pertenezca al Paraguay; y tomarán las garantías convenientes para la efectividad de aquellos ajustes, bajo la base de que los *Reglamentos de Policía Fluvial*, ya sean para aquellos dos ríos, o bien para el río Uruguay, serán hechos de *común acuerdo* entre los aliados y demás ribereños que en el término que acordaren los mismos aliados adhiriesen a la invitación que se les hará.

ART. XII. Los aliados se reservan concertar entre sí los medios más propios para garantir la paz con la República del Paraguay, después de derrocado el Gobierno actual.

ART. XIII. Los aliados nombrarán oportunamente los Plenipotenciarios necesarios, para celebrar los ajustes, Convenciones o Tratados, que hayan de hacerse con el Gobierno que se establezca en el Paraguay.

ART. XIV. Los aliados exigirán de ese Gobierno el pago de los gastos de la guerra que se han visto obligados a aceptar, así como reparación e indemnización de los daños y perjuicios causados a sus propiedades públicas y particulares, y a las personas de sus ciudadanos, sin expresa declaración de guerra, y de los daños y perjuicios verificados posteriormente, con violación de los principios que rijen el derecho de la guerra.

La República Oriental del Uruguay, exigirá también indemnización proporcionada a los daños y perjuicios que le causa el Gobierno del Paraguay, por la guerra en que le obliga a entrar, para defender su seguridad amenazada por aquel Gobierno.

ART. XV. En una Convención Especial se determinará el modo y forma de liquidar y pagar la deuda procedente de las causas antedichas.

ART. XVI. Para evitar las discusiones y guerras que traen consigo las cuestiones de límites, queda establecido que los aliados exigirán del Gobierno del Paraguay que celebre con los respectivos Gobiernos, Tratados definitivos de límites, bajo las bases siguientes:

La República Argentina será dividida de la República del Paraguay, por los ríos Paraná y Paraguay hasta encontrar los lí-

mites con el Imperio del Brasil, siendo éstos por la margen derecha del río Paraguay la Bahía Negra.

El Imperio del Brasil se dividirá de la República del Paraguay:

Del lado del Paraná, por el primer río abajo del Salto de las siete caídas, que según la reciente carta de Manchez, es el Igurey, y desde la embocadura del Igurey, y por él arriba, hasta encontrar sus nacientes.

Del lado de la margen izquierda del Paraguay, por el Río Apa, desde su embocadura hasta sus nacientes.

En el Interior, por las cumbres de las sierras de Maracayú, siendo las vertientes del Este del Brasil, y las del Oeste del Paraguay, y tirándose de la misma sierra líneas las más derechas, en dirección a las nacientes del Apa y del Igurey.

ART. XVII. Los aliados se garanten recíprocamente el fiel cumplimiento de los Convenios, Ajustes y Tratados que deben celebrarse con el Gobierno que se establezca en la República del Paraguay, en virtud de lo convenido por el presente Tratado de Alianza, el cual quedará siempre en toda su fuerza y vigor, a los efectos de que esas estipulaciones sean respetadas y ejecutadas por la República del Paraguay.

Para conseguir este resultado, convienen que, en el caso que una de las Altas Partes Contratantes no pudiese obtener del Gobierno del Paraguay el cumplimiento de lo pactado, o que este Gobierno intentase anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, los otros emplearán activamente sus esfuerzos para hacerlas respetar.

Si estos esfuerzos fuesen inútiles, los aliados concurrirán con todos sus medios para hacer efectiva la ejecución de lo pactado.

ART. XVIII. Este Tratado se conservará secreto, hasta que se consiga el fin principal de la Alianza.

ART. XIX. Las estipulaciones de este Tratado que no necesiten autorización legislativa para ser ratificadas, empezarán a tener valor desde que fuere aprobado por los Gobiernos respectivos, y las otras desde el canje de las ratificaciones, que tendrá lugar dentro del plazo de cuarenta días, contados desde la fecha del mismo Tratado, o antes si fuere posible, que se hará en la Ciudad de Buenos Aires.

En fe de lo cual, los abajo firmados Plenipotenciarios de S. E. el Presidente de la República Argentina, de Su Majestad el Em-

perador del Brasil y de S. E. el Gobernador Provisorio de la República Oriental del Uruguay, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este Tratado y le hacemos poner nuestros sellos.

En la Ciudad de Buenos Aires, el primero de Mayo, del año de Nuestro Señor mil ochocientos sesenta y cinco.—(L. S.)—RUFINO DE ELIZALDE.—(L. S.)—F. OCTAVIANO DE ALMEIDA ROSA.—(L. S.)—CARLOS DE CASTRO.

Aprobación del Gobierno Argentino

Buenos Aires, Mayo 3 de 1865.

Hallándose el presente Tratado concluído y firmado por mi Plenipotenciario y el de S. M. el Emperador del Brasil y el de la República Oriental del Uruguay, conforme a las instrucciones y prevenciones, que al efecto fueron dadas a aquel, lo apruebo por mi parte y en virtud de mis atribuciones, debiendo elevarse a la deliberación del Congreso para su aprobación definitiva.

El presente Decreto será refrendado por los Ministros Secretarios de Estado.—BARTOLOMÉ MITRE.—*G. Rawson.*—*Rufino de Elizalde.*—*L. González.*—*Eduardo Costa.*—*Juan A. Gelly y Obes.*

NOMBRAMIENTO
del
BRIGADIER GENERAL BARTOLOMÉ MITRE
a Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario
cerca del Gobierno del Brasil

Departamento de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Junio 4 de 1872.

En vista del acuerdo prestado por el Senado de la Nación, con fecha 1º del corriente, el Presidente de la República

DECRETA:

Artículo 1º — Nómbrase al Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial cerca del Gobierno del Brasil.

Art. 2º — Comuníquese a quienes corresponde, publíquese y dese al Registro Nacional.

SARMIENTO.

CARLOS TEJEDOR.

Ministerio de Relaciones Exteriores

A su Excelencia el Señor Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial de la República Argentina cerca del Gobierno del Brasil.

Buenos Aires, Junio 4 de 1872.

Tengo el honor de participar al Sr. Jeneral, que de acuerdo con el Senado de la Nación, el Gobierno le ha nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial cerca del Gobierno del Brasil.

El Sr. Presidente al confiar al Sr. Jeneral la importante misión de entenderse con el Gobierno del Brasil con motivo de la situación creada por los tratados del Barón de Cotegipe, espera que en esta ocasión no rehusará prestar este nuevo servicio al país, acreditando una vez más la ilustración y talento que le distinguen.

Acompaño al Sr. Jeneral el decreto de su nombramiento y aprovecho esta oportunidad para saludarlo con mi más distinguida consideración.

CARLOS TEJEDOR.

Al Excelentísimo Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Don Carlos Tejedor:

Buenos Aires, Junio 6 de 1872.

He tenido el honor de recibir la respetable nota de V. E. con el decreto adjunto, por el cual el Superior Gobierno se sirve nombrarme Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en Misión Especial cerca del Gobierno del Brasil.

Habiendo obtenido el respectivo consentimiento del Honorable Senado a que pertenezco, me es grato aceptar la comisión para que he sido nombrado, rogando a V. E. se sirva hacer presente a S. E. el Sr. Presidente de la República que haré por mi parte cuanto me sea posible para corresponder a la confianza que ha tenido a bien depositar en mí por el servicio público de la Nación.

Dios guarde a V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

Legación Argentina en el Brasil

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

Señor Ministro:

Tengo el honor de pasar a manos de V. E. a los efectos consiguientes: 1º Los cinco protocolos originales en que constan las negociaciones que han tenido lugar entre el que suscribe y el Plenipotenciario Brasileiro y en las cuales están contenidas las cláusulas y razones del Acuerdo celebrado entre ambos. 2º Copia auténtica del protocolo número 5 en español y portugués, en que se contiene el texto íntegro del Acuerdo celebrado.

Todo lo que comunico a V. E. a los efectos consiguientes.

Dios guarde a V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

Aclaración al Capítulo X, del tomo primero

PROTOCOLOS

De las conferencias celebradas entre los Exmos. Sres. Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Plenipotenciario de la República Argentina, y el Marqués de San Vicente, Plenipotenciario de S. M. el Emperador del Brasil.

PROTOCOLO N.º 1

CONFERENCIA DEL DÍA 5 DE NOVIEMBRE DE 1872.

A los cinco días del mes de Noviembre del año del señor, mil ochocientos setenta y dos, en esta Corte de Río Janeiro y en la Secretaría de Estado de los Negocios Estrangeros, reuniéronse los Exmos. Sres. Brigadier D. Bartolomé Mitre, Plenipotenciario de la República Argentina y el Marqués de San Vicente, Plenipotenciario de S. M. el Emperador del Brasil, encargados por sus respectivos gobiernos de acordar los mejores medios de facilitar los ajustes definitivos de paz entre los Aliados y la República del Paraguay con arreglo a las estipulaciones del Tratado de Alianza y sus consecuencias.

Los señores Plenipotenciarios se cambiaron sus respectivos poderes, los que por una y otra parte fueron hallados en debida forma.

El señor Plenipotenciario Brasileiro, tomando la palabra dijo, que entendía que de la discusión directa habida entre el Gobierno Brasileiro y el Gobierno Argentino resultaba y quedaba bien constatado:

1º Que las estipulaciones del Tratado de Alianza de 1º de Mayo de 1865 todavía no realizadas, están y continúan en perfecto vigor.

2º Que los Tratados celebrados por el Brasil con la República del Paraguay continúan también en pleno vigor.

3º Que el Brasil reconoce el pleno derecho que tiene la República Argentina, así como la República Oriental, de celebrar igualmente con la República del Paraguay sus ajustes definitivos, quedando desde entonces bajo la garantía colectiva de los aliados.

4º Que por consecuencia, la negociación en que los señores Plenipotenciario van a entrar, tiene por objeto acordar solamente la manera cómo han de hacerse los ajustes definitivos todavía pendientes.

Agregó S. E. el señor Plenipotenciario Brasileiro que antes de proseguir creía deber dar una información a S. E. el señor Plenipotenciario Argentino, pidiéndole sobre ella su ilustrada opinión.

El Gobierno Imperial cree hoy todavía que sería conveniente que la República Oriental, se hiciese representar en estas conferencias. Como aliado que debe usar de un perfecto derecho y por las altas conveniencias de que su opinión se escuche en las cuestiones que van a tratarse, el Gobierno Imperial dirigió al de la República Oriental, una invitación a la que declinó éste, lo que no satisfizo los deseos de aquél. A pesar de ello, el Sr. Plenipotenciario Brasileiro insiste en que debe el Estado Oriental tener su representación en estas conferencias e insinúa se haga un último esfuerzo invitando ambos Plenipotenciarios al Gobierno de la República Oriental, a nombre de sus respectivas naciones, para que envíe su Plenipotenciario.

El Sr. Plenipotenciario Argentino, antes de contestar, declara que se felicita de que haya llegado este momento, y de que la negociación comience bajo los mejores auspicios, asegurando un éxito que asegura la paz y la tranquilidad de las naciones aliadas, incluso el Paraguay, á cuyas palabras asiente el Sr. Plenipotenciario Brasileiro de perfecto acuerdo.

Respecto a los cuatro puntos establecidos por el señor Plenipotenciario Brasileiro, para fijar las cuestiones ulteriores los acepta en su espíritu, comprendiéndolos en una sola fórmula general, a saber: tomar por guía y por norma el tratado de Alianza y todos los compromisos que en su consecuencia se han creado entre las naciones aliadas, así para la paz como para la guerra, tomando en cuenta los hechos que se han producido, para colocarlos bajo el imperio del espresado tratado, resolviendo las dificultades que al presente obstan a su completa ejecución, arbitrando los medios prácticos de arribar a este resultado.

Por lo que respecta al punto sobre el cual es especialmente interpelado, agregó que la República Oriental, como nación aliada ligada por los vínculos del Tratado de 1º de Mayo, podía y aun debía tomar parte en estas conferencias si no hubiera espontáneamente hecho renuncia de este perfecto derecho, al menos por ahora, reservándose la aprobación ulterior a los ajustes que aquí se celebran, como lo ha hecho ya otra vez. Que no cree que deba insistirse, como lo indica el Plenipotenciario Brasileiro, en una nueva

invitación, porque le consta que es una resolución definitiva que ha adoptado sobre el particular y que ha manifestado ya por tres veces consecutivas, incluso a él mismo. Que a su pasada por Montevideo, tuvo una conferencia con el Presidente Gomensoro, con este mismo objeto, invitándolo en presencia del Ministro de Relaciones Exteriores a que enviara su representante para que asistiera y tomara parte en esta negociación, a la que aquél contestó que declinaba del derecho que tenía como aliado, confiando plenamente y apoyando de antemano las ideas y el espíritu de paz que animaban al Gobierno Argentino. Que siendo, por otra parte, las dificultades a remover especiales entre la República Argentina y el Brasil, debía bastar la seguridad de que se hallaba dispuesto a prestar su apoyo al arreglo final a que se arribase.

El Sr. Plenipotenciario Brasileiro, oyendo tan poderosas esplicaciones declaró quedar con ellas conforme, desistiendo de su idea primitiva en cuanto a la incitación al Gobierno Oriental. Por lo que respecta al concepto que envuelve la espresión guerra, entendía que él no contrariaba los Tratados de la Asunción; y en lo relativo a los otros compromisos de Buenos Aires, tendría que hacer en oportunidad algunas distinciones.

Prosiguiendo el Plenipotenciario Argentino dijo: que aceptadas en substancia las proposiciones enunciadas por el Sr. Plenipotenciario Brasileiro, convendría definir las en forma precisa, para que la discusión fuese metódica, y pudiese dar desde luego resultados prácticos, a cuyo efecto proponía que ambos plenipotenciarios se comprometiesen a presentar en la próxima conferencia las bases que a juicio de cada uno debieran servir para el arreglo de que se trataba.

El Sr. Plenipotenciario Brasileiro contestó que lo haría incompletamente en tanto no estuviese penetrado de los deseos del Gobierno Argentino, pero que podría arbitrarse el medio de presentar ambos Plenipotenciarios, un Memorándum en que se contuviesen y desenvolviesen las ideas de cada uno sobre el arreglo en cuestión.

Cambiadas sobre este punto algunas ideas y conviniendo ambos Señores Plenipotenciarios en la fuerza y vigor del Tratado de 1° de Mayo de 1865, en todas sus estipulaciones, así como teniendo en vista los compromisos que en su consecuencia se creara entre las tres naciones aliadas y especialmente los Protocolos de Buenos Aires de 1870 y 1871, y conformes según lo ya declarado en tomar por punto de partida para arribar a un perfecto acuerdo en las bases convenidas entre el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina y el Sr. Barón de Cotegipe tales como fueron formuladas por el primero en su nota de 27 de Abril de 1872,

acordaron presentar en la próxima conferencia ideas y bases de arreglo para arribar a este resultado, declarando por su parte el Sr. Plenipotenciario Brasileiro que presentaría ideas sobre el particular en forma de sucinto *Memorandum* y el Sr. Plenipotenciario Argentino que presentaría proposiciones definidas.

Haciéndose indicación para que se determinase de antemano la forma del instrumento en que debieran comprenderse las cláusulas del arreglo que se buscaba, se convino en dejarla a una resolución ulterior, para según fuesen los puntos sobre que versasen, se determinase definitivamente la forma que debiera adoptarse, en lo cual quedaron de acuerdo ambos señores Plenipotenciarios.

Se acordó también que la próxima conferencia tuviera lugar el día ocho del corriente a las once y media de la mañana, quedando señalados para las subsiguientes, los días martes y viernes.

BARTOLOMÉ MITRE.

José M. Cantilo

Secretario del Plen. Argentino.

MARQUÉS DE SAN VICENTE.

Juan Pedro Acevedo Peçanha.

Secretario del Plen. Brasileiro.

PROTOCOLO N.º 2

CONFERENCIA DEL DÍA 8 DE NOVIEMBRE DE 1872.

Reunidos los Exmos. Sres. Plenipotenciarios, espresóse el del Brasil en los siguientes términos:

En la conferencia anterior dijo que manifestaría en esta sus ideas acerca de la actual negociación, al menos en términos generales, hasta conocer las de su noble colega para que puedan ser detalladas.

En la anterior conferencia quedó categóricamente declarado: 1º Que el Tratado de Alianza de 1865 continúa en pleno vigor, en cuanto a todas sus estipulaciones todavía no realizadas y consiguientemente, que el Brasil está dispuesto a prestar las garantías que él ofrece; 2º Que los Tratados celebrados por el Imperio en la Asunción continúan también en pleno vigor.

Satisfechas así estas dos bases de compromiso, indicadas por el Sr. Barón de Cotegipe en los términos modificados por S. E. el Sr. Tejedor, resta cumplir la tercera a que el Plenipotenciario también aludió en la dicha conferencia, y que fué formulada por el mismo Sr. Tejedor, y es — que el Gobierno Argentino también mandaría un negociador a la República del Paraguay, el cual, des-

pues de celebrados los Tratados vendria a esta Corte para reducir a forma de Protocolo las dos antecedentes declaraciones.

Entiende, pues, que esta es la marcha que fué trazada, y que debe seguirse, y que ella dará los resultados que se deseen; y el Brasil, desde luego, realizará sus compromisos consignando su garantía.

Es escusado agregar que si la República Argentina lo desea, el Brasil prestará sus buenos oficios y concurso moral en el intento de conseguir que ella y la del Paraguay, lleguen a un acuerdo amigable y satisfactorio.

Lo que queda espuesto no obsta a que la actual negociación desde ya, pase a considerar, apreciar y resolver otros asuntos que se relacionan con la Alianza, como sean la retirada de las fuerzas aliadas del territorio paraguayo, lo que se juzgara conveniente con respecto a las indemnizaciones y gastos, y quizá otros acuerdos.

Tales son sus ideas en general y que en el curso de las conferencias especificará, después de oír las de S. E. el Plenipotenciario Argentino.

En seguida, de acuerdo con lo convenido en la conferencia anterior, S. E. el Sr. Plenipotenciario Argentino presentó las siguientes bases:

1ª Reconocimiento expícito por parte del Gobierno del Brasil de la fuerza y vigor de todas las estipulaciones del Tratado de 1º de Mayo de 1865 y de sus consecuencias, así como de todos los compromisos que en su virtud se han creado entre las naciones aliadas.

2ª Reconocimiento por parte de la República Argentina de los Tratados Cotegipe, bien entendido que ellos no producirán los efectos de la Alianza, mientras todos los Aliados no celebren sus tratados definitivos con el Paraguay, siendo condición espresa la aprobación del Estado Oriental a esta cláusula.

3ª Negociación separada por parte de la República Argentina con el Paraguay (y consiguientemente del Estado Oriental, si aceptase la anterior cláusula), con sujeción al Tratado de 1º de Mayo.

4ª Compromiso formal por parte del Brasil, de cooperar eficazmente a los arreglos definitivos de los demás aliados con el Paraguay, con la condición espresa, de que si dichos aliados no pudiesen entenderse con el Paraguay por resistencia de éste a las justas y legítimas exigencias, que nazcan del Tratado de Alianza, se pondrá de acuerdo con los aliados para hacerle aceptar las condiciones que en definitiva entre aquellos se fije de común acuerdo.

5ª Libertad de acción de cada uno de los aliados para emplear los medios coercitivos que sean indispensables respecto del

Paraguay para que cumpla sus compromisos contraídos, o para que acepte las condiciones del Tratado de Alianza, que el mismo Paraguay aceptó ya en substancia por el ajuste preliminar de Paz.

6ª Desocupación de las fuerzas aliadas del territorio paraguayo tres meses después de los Tratados definitivos, según lo convenido en los Protocolos de Buenos Aires, y en caso que se postergasen por más de seis meses, después de firmarse este acuerdo, compromiso de entenderse entre sí los aliados para verificarla, dentro de un término prudencial que no podrá exceder de seis meses más, si no mediase compromiso en contrario por efecto de la base 4ª.

7ª La indemnización de guerra debida por el Paraguay a los aliados, serán una deuda solidaria para todos ellos a fin de que los recursos de que puede disponer el Paraguay para el efecto, sean divididos a prorrata y no haya acreedores privilegiados, y el *quantum* de esa indemnización será previa y benevolamente fijado por los aliados entre sí, conforme al compromiso contraído en las Conferencias de Buenos Aires, ya sea en este mismo acuerdo, ya sea por una convención especial que preceda a los arreglos definitivos, entendiéndose que *benevolamente* importa determinar única y exclusivamente el reconocimiento de los gastos extraordinarios de guerra, con deducción de los del presupuesto ordinario y libertar al Paraguay del pago de intereses por dicha deuda, ya sea absolutamente, ya sea por un número de años que se determine de común acuerdo, porque de lo contrario, siendo la imposición de la deuda con todos sus intereses, una condición materialmente imposible de llenar por parte del Paraguay, su independencia garantida desaparece de hecho y su soberanía queda en realidad hipotecada al pago de una indemnización que nunca podrá realizarse en tales términos.

8ª Garantía colectiva por parte de los aliados, de la independencia del Paraguay y de su integridad territorial en un instrumento común en los términos del Tratado de Alianza.

9ª Evacuación de la Isla del Atajo por las fuerzas brasileras, tan pronto como le sea posible remover de allí sus depósitos de guerra, establecidos en ella bajo los auspicios de los aliados, sin perjuicio de los derechos que sobre ella ha sostenido y mantiene la República Argentina, y que el Tratado de Alianza le reconoce, en la inteligencia que esta desocupación no podrá postergarse más allá de la del territorio paraguayo por los aliados.

10ª Los demás puntos que con arreglo al Tratado de 1º de Mayo deben ser resueltos de común acuerdo entre los aliados y no hayan sido previamente arreglados, o no lo estén por este acuerdo,

serán materia de convenciones entre ellos, después de celebrados los Tratados definitivos, pudiendo en caso determinado, admitir la participación a ellos de Bolivia y del Paraguay y en su calidad de ribereños únicamente.

11ª Sometimiento de estas bases al Estado Oriental en su calidad de Aliado, produciendo su aceptación un compromiso formal entre los tres Aliados.

El Sr. Plenipotenciario Argentino fundó cada una de estas bases con las razones que juzgó convenientes, explicando las ideas en ellas contenidas.

Los Señores Plenipotenciarios acordaron que las respectivas indicaciones que quedan transcritas, fuesen consideradas en la conferencia siguiente, declarando el Sr. Plenipotenciario Brasileiro que presentaría sus ideas en relación a las bases de su ilustrado colega y siguiendo el orden que guardan aquellas.

El Sr. Plenipotenciario Brasileiro juzgó deber informar al Señor Plenipotenciario Argentino de las ideas y deseos del Ministro Plenipotenciario de la República de Bolivia con relación al territorio del Chaco, y le confió las notas cambiadas entre el Ministro Boliviano y el Gobierno Imperial hasta esta fecha.

El Sr. Plenipotenciario Argentino, dándose por enterado, se limitó a decir que comunicaría este incidente a su Gobierno, declarando desde luego, que Bolivia, no debía ser parte en esta negociación, ni tener el Ministro Boliviano participación alguna en los asuntos de la Alianza.

Dióse por terminada la conferencia designándose el día 12 del corriente para la siguiente.

BARTOLOMÉ MITRE.

José M. Cantilo

Secretario del Plen. Argentino.

MARQUÉS DE SAN VICENTE.

Juan Pedro Acevedo Peçanha.

Secretario del Plen. Brasileiro.

PROTOCOLO N.º 3

CONFERENCIA DEL DÍA 12 DE NOVIEMBRE DE 1872

Reunidos los Sres. Plenipotenciarios, S. E. el del Brasil abrió la conferencia diciendo que había tomado en la debida consideración las bases que S. E. el Sr. Plenipotenciario Argentino le presentó en la última conferencia, y que pasaba a esponer sus ideas en el proyecto que presentaba y era el siguiente:

ARTÍCULO 1º — Se declara y conviene que el Tratado de Alianza de 1º de Mayo de 1865 continúa en su positivo y pleno vigor; y consecuentemente que el Brasil está dispuesto a dar y aceptar todas las garantías que él señala.

ART. 2º — Se declara y conviene también que los Tratados celebrados por el Barón de Cotegeipe, por parte del Brasil en la Asunción del Paraguay, continúan en su positivo y pleno vigor.

Después que los otros Aliados hayan concluido sus ajustes definitivos con el Paraguay, se declarará por protocolo o por medio de notas reversales, si lo juzgaren necesario, que todos esos ajustes quedan bajo la garantía recíproca estipulada en el artículo XVII del Tratado de Alianza de 1º de Mayo de 1865.

ART. 3º — La República Argentina enviará un Ministro al Paraguay para celebrar con el respectivo Gobierno sus tratados de paz definitivos, comercio y navegación, así como de límites. El Gobierno Oriental, será invitado para que, conjuntamente con la República Argentina o separadamente, como fuese de su agrado, celebre también sus ajustes de paz, comercio y navegación.

ART. 4º — El Gobierno Imperial cooperará eficazmente con su fuerza moral, cuando los aliados lo juzguen oportuno, para que la República Argentina y el Estado Oriental lleguen a un acuerdo amigable con el Paraguay, respecto de los Tratados definitivos a que se refiere el pacto de alianza.

§ Unico. — Si la República del Paraguay no se prestara a un acuerdo amigable, el Brasil como los demás aliados examinarán la cuestión y combinarán entre sí los medios más adecuados para garantizar la paz superando las dificultades.

ART. 5º — El Brasil y la República Argentina retirarán las fuerzas de sus ejércitos que todavía conservan en el territorio paraguayo, tres meses después de celebrados los tratados definitivos de paz entre el Gobierno Argentino y el del Paraguay, o antes, si a cada uno de los aliados conviniese.

Si los dichos tratados no fueran celebrados, pasados seis meses, contados desde la fecha del presente acuerdo, ellos se entenderán entre sí para marcar un plazo razonable al efecto. Queda entendido que el Brasil desocupará al mismo tiempo la Isla del Atajo.

ART. 6º — El Gobierno del Paraguay reconocerá como deuda de la misma República para con la República Argentina así como para el Estado Oriental y el Brasil:

1º El importe de los gastos de guerra y de los daños causados a la propiedad pública.

2º El importe de los daños causados a las personas y ciudadanos de los respectivos Estados. Respecto de esta indemnización

se observará a favor de las personas y ciudadanos de los Estados Argentino y Oriental las mismas condiciones y norma que la República del Paraguay se obligó a observar a favor de las personas y ciudadanos del Brasil, en los términos de los artículos 5º y 6º del tratado de paz celebrado en la Asunción en 9 de Enero del corriente año de 1872.

3º Respecto del importe de los gastos de guerra y de los daños causados a las propiedades públicas se observará lo siguiente:

1º De los gastos de guerra se deducirán los del presupuesto de los gastos ordinarios en tiempo de paz.

2º El *quantum* líquido de las indemnizaciones de este parágrafo, será fijado a la vista de los documentos oficiales que comprueben su exactitud.

3º En convención especial que con aviso previo a los otros aliados cada uno celebrará con el Paraguay a más tardar dentro de dos años, contados desde la fecha del Tratado de paz, cada uno de los mismos reducirá el importe de que trata el inciso anterior, a una suma menor, la cual dependerá de sus sentimientos generosos.

4º No se cobrará interés en los primeros diez años, si la República del Paraguay aplicase efectivamente a la redención de ella una cuota compatible con sus recursos.

Pasado ese período el interés será de 2 por ciento por otro igual; en los diez años posteriores de 4 y finalmente de allí en adelante de 6, del cual nunca podrá elevarse.

En todo tiempo, es libre cada uno de los aliados de hacer mayores concesiones.

5º La suma de todas las rentas o recursos aplicados a la amortización del capital e intereses, será dividida proporcionalmente entre todos los aliados.

6º Por lo que respecta a la naturaleza de los títulos de crédito, tiempo y especie del pago, se observará también entera igualdad.

ART. 7º — Concluidos los ajustes definitivos de los otros aliados, quedará en pleno y efectivo vigor el compromiso de la garantía colectiva de todos ellos a favor de la independencia e integridad de la República del Paraguay, en los términos de los artículos 8º y 9º del Tratado de Alianza de 1º de Mayo de 1865, y de los artículos 15, 16 y 17 del Acuerdo de Buenos Aires, contenido en el Protocolo de 30 de Diciembre de 1870.

ART. 8º — Continúa en su pleno vigor el acuerdo preliminar de paz de 20 de Junio de 1870.

Los demás pactos que dependan del común acuerdo de los aliados, como sea el régimen uniforme de la navegación de los ríos,

será materia de convenciones entre los mismos, después de celebrados los tratados definitivos. Ellos invitarán a las Repúblicas del Paraguay y de Bolivia en la calidad de ribereños, cuando se trate de negociaciones relativas a dicha navegación salvo el caso de urgencia.

ART. 9º — El Brasil y la República Argentina, invitarán a la República Oriental, en la calidad de aliada, a prestar su aprobación a todos y cada uno de los artículos de este convenio.

Después de leído el proyecto, S. E. el Señor Plenipotenciario Brasileiro dijo: que el Brasil deseaba mucho ver terminados brevemente todos los ajustes definitivos de paz, y que eso se consiga amigablemente como lo exige el interés general, y como cree que es posible y quizá fácil; que sobre estas ideas está concebido el Proyecto; y que en fin, en la discusión de cada uno de sus artículos desenvolvería sus fundamentos.

S. E. el Señor Plenipotenciario Argentino dijo: que había oído con satisfacción la lectura del proyecto de arreglo redactado por su ilustrado colega, de conformidad con las *Bases* por él presentadas. Que veía en ello una prueba de la buena voluntad y de la buena fe que animaban al Gobierno Brasileiro en esta negociación y que se honraba y se felicitaba de asociar su nombre en la obra que les estaba encomendada, con el del Señor Marqués de San Vicente, cuyos antecedentes en su propio país y su reputación e ideas americanas le hacen digno de ser el órgano de tan noble política. Que el arreglo que envolvían tanto las *Bases* como los artículos redactados, era una garantía de paz para el presente y futuro de estos países. Que de perfecto acuerdo en cuanto al fondo de las cuestiones, sólo estaban divididos en algunos puntos por meras cuestiones de forma o de detalle, sobre las cuales únicamente debía versar la discusión, y que por lo tanto, aceptaba los artículos redactados por el Señor Marqués de San Vicente, como base de la discusión, manifestando que estaba dispuesto a entrar desde luego a ella.

El Sr. Plenipotenciario Brasileiro contestó a estas palabras diciendo que tenía una particular satisfacción y ofrecía al Sr. Plenipotenciario Argentino la más afectuosa gratitud por los sentimientos de justicia y de fina consideración con que S. E. acababa de referirse al Brasil, a sus ideas y su carácter personal.

Que había procurado penetrarse bien del pensamiento de S. E., contenido en las bases que le ofreció, y de las cuales derivó su proyecto, con ligeras modificaciones, para establecer la debida armonía.

Pasóse al examen y discusión de los artículos del proyecto for-

mulados por S. E. el señor Plenipotenciario Brasileiro sobre las Bases de S. E. el Señor Plenipotenciario Argentino.

Después de una breve discusión, fué aprobado el artículo 1º, con la siguiente declaración aceptada de común acuerdo; a saber: que cuando se llegase a la discusión del artículo 8º, se examinarían los compromisos contraídos en virtud del Tratado de 1º de Mayo, que se deban considerar todavía en vigor.

Queda por lo tanto redactado así el artículo 1º:

“Se declara y conviene que el Tratado de 1º de Mayo de 1865 “continúa en toda su fuerza y vigor, y que por lo tanto el Brasil “está dispuesto a cumplir todas las obligaciones recíprocas que él “impone a los aliados, y a dar y aceptar todas las garantías en “él estipuladas.”

Entrándose en la discusión del artículo 2º, el señor Plenipotenciario Argentino propuso que en la primera parte del artículo en vez de decirse: “Tratados celebrados por el Barón de Cotinguipe “por parte del Brasil en la Asunción del Paraguay”, dijese: “Tratados de la Asunción celebrados por parte del Brasil en 9 y “18 de Enero de 1872.”

El Sr. Plenipotenciario Brasileiro concordó con esta alteración propuesta por su colega, quedando por tanto el artículo 2º redactado así:

“Queda igualmente declarado y convenido que los Tratados de “la Asunción celebrados por parte del Brasil en 9 y 18 de Enero “de 1872 continúan en su pleno y positivo vigor.”

“Después que los otros aliados hayan concluido sus ajustes definitivos de paz con el Paraguay, se declarará por Protocolo o “por medio de notas reversales, si se juzgase necesario que todos “esos ajustes quedan bajo la garantía recíproca estipulada en el “artículo XVII del Tratado de 1º de Mayo de 1865.”

Discutido el artículo 3º concordaron los señores Plenipotenciarios en que quedase así redactado:

“La República Argentina negociará por su parte con el Paraguay sus respectivos Tratados definitivos de paz, comercio y navegación, así como de límites, con sujeción al Tratado de “Alianza.”

“El Estado Oriental será invitado para que en la misma forma “y conjuntamente con la República Argentina o separadamente, “como fuere de su agrado, celebre también con el Paraguay sus “ajustes de paz, comercio y navegación.”

Después de alguna argumentación y esplicaciones de parte a parte, fué aceptado el artículo 4º, acordándose que el párrafo único constituyese artículo separado.

El dicho párrafo único pasó después de aprobado a ser artículo 5º, quedando redactado así:

ART. 4º — “El Gobierno Imperial cooperará eficazmente con su fuerza moral, cuando los aliados así lo juzgaren oportuno, a fin de que la República Argentina y el Estado Oriental lleguen a un acuerdo amigable con el Paraguay respecto de los tratados definitivos a que se refiere el pacto de alianza.”

ART. 5º — “Si la República del Paraguay no se prestase a un acuerdo amigable, el Brasil y los demás aliados, examinarán la cuestión y combinarán entre sí los medios más adecuados para garantizar la paz removiéndola dificultades.”

Acordóse dejar la discusión de los artículos siguientes para la próxima conferencia.

El Sr. Plenipotenciario Brasileiro dijo entonces, que como el Sr. Plenipotenciario Argentino ya era conocedor de la correspondencia cambiada entre el Gobierno Imperial y el Ministro Plenipotenciario de Bolivia, que le comunicó en la última conferencia, prevenía a S. E. que oportunamente ofrecería algunas observaciones a ese respecto en el interés común.

Dióse por terminada la conferencia, designándose el día 15 del corriente para la siguiente.

BARTOLOMÉ MITRE.

José M. Cantilo

Secretario del Plen. Argentino.

MARQUÉS DE SAN VICENTE.

Juan Pedro Acevedo Peçanha.

Secretario del Plen. Brasileiro.

PROTOCOLO N.º 4

CONFERENCIA DEL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1872

Reunidos los Exmos. Señores Plenipotenciarios resolvieron proseguir en el examen de los artículos del Proyecto presentado en la conferencia anterior, y que en esa misma conferencia comenzaron a considerar.

Entrando en discusión el artículo 5º, hechas de parte a parte algunas observaciones, quedó aprobado con la siguiente redacción, debiendo llevar el número 6º:

“La República Argentina y el Brasil retirarán las fuerzas de sus ejércitos que aun conserven en territorio paraguayo, tres meses después de celebrados los tratados definitivos de paz entre

“los aliados y la República del Paraguay; o antes si ambos aliados así lo acordaren entre sí.

“En el caso de que la celebración de los dichos tratados se postergase por más de seis meses contados desde la fecha de este acuerdo, la República Argentina y el Brasil se entenderán a fin de señalar un plazo prudencial para la desocupación.

“Queda entendido que el Brasil desocupará al mismo tiempo la “Isla del Atajo.”

Después de alguna discusión sobre el artículo 6º del Proyecto, acordaron los Señores Plenipotenciarios que fuese dividido en dos, quedando el 1º bajo el número 7, redactado en los siguientes términos:

“El Gobierno del Paraguay reconocerá como deuda de la misma República en los términos del artículo XIV del Tratado de Alianza:

“1º El importe de los gastos de guerra y los daños causados a las propiedades públicas de las naciones aliadas.

“2º El importe de los daños y perjuicios causados a las personas y ciudadanos de los respectivos Estados. Respecto de esta indemnización se observarán las disposiciones de los artículos 5º y 6º de los Acuerdos de Buenos Aires, que constan del respectivo Protocolo núm. 3, comprendidos en el Tratado de Paz del Brasil con el Paraguay en artículos de números idénticos.

Y quedando el 2º bajo el núm. 8 redactado así:

“Los Aliados observarán respecto de las indemnizaciones que le son debidas por los gastos de guerra y de los daños causados a las propiedades públicas, las reglas siguientes:

“1ª De los gastos de guerra se deducirá el importe de los egresos del presupuesto ordinario en tiempo de paz.

“2ª El *quantum* líquido de las indemnizaciones de este artículo será fijado en presencia de los documentos oficiales que comprueben su exactitud.

“3ª En convención especial que con aviso previo a los otros aliados, cada uno de ellos celebrará con el Paraguay, a más tardar dentro del plazo de dos años contados desde la fecha del tratado de paz, cada uno de ellos reducirá el importe de que trata el inciso anterior, a una suma que quedará al arbitrio de la generosidad de cada uno.

“4ª No se cobrará interés por esta deuda en los primeros diez años, si la República del Paraguay aplicare efectivamente al pago de ella una cuota compatible con sus recursos.

“Transcurrido ese período el interés será de 2 por ciento anual por otro igual; en los diez años posteriores de 4 por ciento y fi-

“nalmente de allí en adelante de 6 por ciento, no pudiendo ele-
“varse más en ningún caso.

“En todo tiempo queda al arbitrio de cada uno de los aliados
“hacer concesiones mayores aún.

“5º El monto de todas las rentas o recursos aplicados a la
“amortización del capital y pago de intereses, será proporcional-
“mente dividido entre todos los aliados.

“6º Por lo que respecta a la naturaleza de los títulos de cré-
“dito, época y especie de los pagos, se observará del mismo modo
“la más perfecta igualdad.”

En seguida acordaron los Señores Plenipotenciarios que el artí-
culo 7º del Proyecto pasase a ser núm. 9º redactado de este modo:

“Concluídos los ajustes definitivos de los otros aliados, quedará
en pleno y entero vigor el compromiso de la garantía colectiva de
todos ellos, en favor de la independencia e integridad de la Repú-
blica del Paraguay, en los términos de los artículos 8º y 9º del
Tratado de Alianza de 1º de Mayo de 1865 y de los artículos 15º
y 16º del Acuerdo de Buenos Aires, espreso en el Protocolo de
30 de Diciembre de 1870.”

Discutido el artículo 8º del Proyecto, acordaron los señores Ple-
nipotenciarios que bajo el número 10º quedase así redactado:

“Continúan en su pleno vigor el acuerdo preliminar de paz de
“20 de Junio de 1870.

“Los demás pactos que dependan del común acuerdo entre los
“aliados, serán materia de convenciones entre los mismos, después
“de celebrados los tratados definitivos.”

Declaróse en seguida que quedaba definitivamente aprobado el
artículo 1º en los términos en que se halla concebido.

Finalmente, discutiéndose el artículo 9º, acordaron los señores
Plenipotenciarios que bajo el número 11 quedase con la siguiente
redacción:

“La República Argentina y el Brasil invitarán, por medio de
“notas entregadas simultáneamente a la República Oriental en la
“calidad de aliada, para que preste su aprobación al presente
“acuerdo.”

Los Señores Plenipotenciarios resolvieron que al fin del Proto-
colo de esta conferencia fuesen transcritos sus respectivos Plenos
Poderes.

Resolvieron también SS. EE. reservar para la próxima y última
conferencia la revisión de la redacción del Acuerdo que queda
ajustado, y que del Protocolo respectivo se saquen dos copias, una
en castellano y portugués, y otra en portugués y castellano, para

que autorizadas ambas por los dos secretarios sean entregadas respectivamente a los Señores Plenipotenciarios.

Después de algunas esplicaciones cambiadas entre dichos señores, quedó acordado que en esta negociación nada había que agregar acerca de las reversales relativas a Bolivia, en cuanto al territorio del Chaco.

PLENO PODER DEL SEÑOR PLENIPOTENCIARIO ARGENTINO

“Domingo Faustino Sarmiento, Presidente de la República Argentina.—Por la presente Plenipotencia refrendada por el Señor Ministro de Relaciones Exteriores, autoriza al Señor Ministro Plenipotenciario, Brigadier General D. Bartolomé Mitre, para que pueda negociar y firmar con el representante que nombre el Gobierno del Brasil cualquier tratado, convención o protocolo relativamente a los asuntos de la Alianza.—Buenos Aires, Junio 25 de 1872.—Firmado: *Domingo Faustino Sarmiento*.—Firmado: *C. Tejedor*.”

PLENO PODER DEL SEÑOR PLENIPOTENCIARIO BRASILEIRO

“D. Pedro Segundo, por graça de Deos é unanime Acclamação dos Povos, Imperador Constitucional é Defensor Perpetuo do Brasil &c. Faço saber aos que esta Carta de Poder Geral é Especial virém que. Tendo toda a confiança nas luces é zelo do Visconde de S. Vicente, Conselheiro d’Estado, Dignitario da orden da Rosa, Cenador é Grande do Imperio, Hei por bem Nomealo Meu Plenipotenciario para negociar com o Plenipotenciario da República Argentina o desajavel accordo sobre a questão pendente entre os dous governos relativamente aos ajustes definitivos de paz com a República do Paraguay sem prejuizo dos Tratados celebrados separadamente pelo Brasil. En fé do que mandei lavrar a presente carta por min assignada, sellada como o sello grande das Armas do Imperio é referendada pelo Ministro é Secretario d’Estado abaixo assignado. Dada no Palacio do Rio de Janeiro aos sete dias do mez do Outubro de mil oito centos é setenta é dous, quinquagesimo primeiro da Independencia é do Imperio.—Com a assignatura é Rubrica de S. M. O Imperador.—Manoel Francisco Correia.

“Carta de Poder Geral e Especial pela qual Vossa Magestade Imperial Há por bem nomear Seu Plenipotenciario o Visconde de S. Vicente, para que possa negociar com o Plenipotenciario da

“República Argentina ó accôrdo acima referido. Para Vossa Magestade Imperial ves.”

Acordaron los Señores Plenipotenciarios que la siguiente y última conferencia tuviera lugar el día 19 del corriente.

BARTOLOMÉ MITRE.

José M. Cantilo

Secretario del Plen. Argentino.

MARQUÉS DE SAN VICENTE.

Juan Pedro Acevedo Peçanha.

Secretario del Plen. Brasileiro.

PROTOCOLO N.º 5

CONFERENCIA DEL DÍA 19 DE NOVIEMBRE DE 1872

Reunidos los Exmos. Sres. Plenipotenciarios de conformidad con lo acordado en la última conferencia, procedieron a la revisión de la redacción de los artículos del *Acuerdo* que constaba de los Protocolos anteriores y cuyo testo íntegro es el siguiente:

ARTÍCULO 1º — Se declara y conviene que el tratado de 1º de Mayo de 1865 continúa en toda su fuerza y vigor y que por lo tanto el Brasil está dispuesto a cumplir todas las obligaciones recíprocas que él impone a los aliados, y a dar y aceptar todas las garantías en él estipuladas.

ART. 2º — Queda igualmente declarado y convenido que los tratados de la Asunción celebrados por parte del Brasil en 9 y 18 de Enero de 1872 continúan en su positivo y pleno vigor.

Después que los otros aliados hayan concluido sus ajustes definitivos de paz con el Paraguay, se declarará en Protocolo o por medio de notas reversales si se juzgará necesario que todos esos ajustes quedan bajo la garantía recíproca estipulada en el artículo XVII del tratado de 1º de Mayo de 1865.

ART. 3º — La República Argentina negociará por su parte con el Paraguay sus respectivos Tratados definitivos, de paz, comercio y navegación, así como de límites con sujeción al Tratado de Alianza.

El Estado Oriental será invitado para que en la misma forma y conjuntamente con la República Argentina o separadamente, como fuere de su agrado, celebre también con el Paraguay sus ajustes de paz, comercio y navegación.

ART. 4º — El Gobierno Imperial cooperará eficazmente con su fuerza moral, cuando los aliados así lo juzgaren oportuno, a fin de

que la República Argentina y el Estado Oriental lleguen a un acuerdo amigable con el Paraguay respecto a los Tratados definitivos a que se refiere el pacto de Alianza.

ART. 5º — Si la República del Paraguay no se prestase a un acuerdo amigable, el Brasil y los demás aliados examinarán la cuestión y combinarán entre sí los medios más adecuados para garantizar la paz removiendo las dificultades.

ART. 6º — La República Argentina y el Brasil retirarán las fuerzas de sus ejércitos que aun conserven en territorio paraguayo, tres meses después de celebrados los tratados definitivos de paz entre los aliados y la República del Paraguay.

En el caso de que la celebración de los dichos Tratados se postergase por más de seis meses contados desde la fecha de este acuerdo, la República Argentina y el Brasil se entenderán a fin de señalar un plazo prudencial para la desocupación.

Queda entendido que el Brasil desocupará al mismo tiempo la Isla del Atajo.

ART. 7º — El Gobierno del Paraguay reconocerá como deuda de la misma República en los términos del artículo XIV, del Tratado de Alianza.

1º — El importe de los gastos de guerra y los daños causados a las propiedades públicas de las naciones aliadas.

2º — El importe de los daños y perjuicios causados a las personas y ciudadanos de los respectivos Estados. Respecto de esta indemnización se observarán las disposiciones de los artículos 5º y 6º del Acuerdo de Buenos Aires, que constan del respectivo Protocolo número 3, comprendidas en el Tratado de paz del Brasil con el Paraguay en artículos de números idénticos.

ART. 8º. — Los aliados observarán respecto de las indemnizaciones que les son debidas por los gastos de guerra y perjuicios causados a las propiedades públicas, las reglas siguientes:

1ª De los gastos de guerra se deducirá el importe de los egresos del presupuesto ordinario en tiempo de paz.

2ª El *quantum* líquido de las indemnizaciones de este artículo, será fijado en presencia de los documentos oficiales que comprueben su exactitud.

3ª En convención especial que con aviso previo a los otros aliados cada uno de ellos celebrará con el Paraguay, a más tardar dentro del plazo de dos años contados desde la fecha del Tratado de paz, cada uno de ellos, reducirá el importe de que trata el inciso anterior a una suma que quedará al arbitrio de la generosidad de cada uno.

4ª No se cobrará interés por esta deuda en los primeros diez

años, si la República del Paraguay aplicase efectivamente el pago de ella, una cuota compatible con sus recursos.

Transcurrido este período el interés será de 2 por ciento anual por otro igual en los diez años posteriores, de 4 por ciento y finalmente de allí en adelante de 6 por ciento, no pudiendo elevarse más en ningún caso.

En todo tiempo queda al arbitrio de cada uno de los aliados hacer concesiones mayores aun.

5ª El monto de todas las rentas o recursos públicos aplicados a la amortización del capital y pago de intereses, será proporcionalmente dividido entre todos los aliados.

6ª Por lo que respecta a la naturaleza de los títulos de crédito, época y especie de los pagos, se observará del mismo modo la más perfecta igualdad.

ART. 9º — Concluidos los ajustes definitivos de los otros aliados, quedará en pleno y entero vigor el compromiso de la garantía colectiva de todos ellos en favor de la independencia e integridad de la República del Paraguay en los términos de los artículos VIII y IX del Tratado de Alianza de 1º de Mayo de 1865 y de los artículos 15 y 16 del Acuerdo de Buenos Aires, espreso en el Protocolo de 30 de Diciembre de 1870.

ART. 10º — Continúa en su pleno vigor el Acuerdo preliminar de paz de 20 de Junio de 1870.

Los demás pactos que dependan del común acuerdo entre los aliados, serán materia de convenciones entre los mismos, después de celebrados los tratados definitivos.

ART. 11º — La República Argentina y el Brasil, invitarán por medio de notas entregadas simultáneamente a la República Oriental en la calidad de aliada para que preste su adhesión al presente acuerdo.

Y habiendo los Señores Plenipotenciarios, verificado que los artículos arriba transcritos se hallaban en los términos precisos que habían sancionado en las conferencias anteriores, resolvieron dar por terminada la negociación, felicitándose mutuamente por el éxito satisfactorio que habían alcanzado y que sin duda será la verdadera prenda de paz y de cordialidad de las relaciones entre los respectivos países.

BARTOLOMÉ MITRE.

José M. Cantilo

Secretario del Plen. Argentino.

MARQUÉS DE SAN VICENTE.

Juan Pedro Acevedo Peçanha.

Secretario del Plen. Brasileiro.

Aprobado, avísese en respuesta y comuníquese oportunamente al Congreso.

SARMIENTO.

C. TEJEDOR.

Copia auténtica de Protocolo número 5 de las conferencias celebradas entre los Excelentísimos señores Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Plenipotenciario de la República Argentina, y Marqués de San Vicente, Plenipotenciario de S. M. el Emperador del Brasil, en el que se contiene el texto del acuerdo ajustado entre ambos señores Plenipotenciarios.

PROTOCOLO N.º 5

CONFERENCIA DEL DÍA 19 DE NOVIEMBRE DE 1872

Reunidos los Excelentísimos Señores Plenipotenciarios, de conformidad con lo acordado en la última conferencia, procedieron a la revisión de la redacción de los artículos del *Acuerdo* que constaba de los Protocolos anteriores y cuyo texto íntegro es el siguiente:

ARTÍCULO 1º — Se declara y conviene que el Tratado de 1º de Mayo continúa en toda su fuerza y vigor y que por lo tanto el Brasil está dispuesto a cumplir todas las obligaciones recíprocas que él impone a los aliados, y a dar y aceptar todas las garantías en él estipuladas.

ART. 2º — Queda igualmente declarado y convenido que los Tratados de la Asunción celebrados por parte del Brasil en 9 y 18 de Enero de 1872 continúan en su pleno y positivo rigor.

Después que los otros Aliados hayan concluido sus ajustes definitivos de paz con el Paraguay se declarará por Protocolo o por medio de notas reversales si se juzgase necesario que todos esos ajustes quedan bajo la garantía recíproca estipulada en el artículo XVII del Tratado de 1º de Mayo de 1865.

ART. 3º — La República Argentina negociará por su parte con el Paraguay sus respectivos Tratados definitivos de paz, comercio y navegación, así como de límites con sujeción al Tratado de Alianza.

El Estado Oriental será invitado para que en la misma forma y conjuntamente con la República Argentina o separadamente, como fuere de su agrado, celebre también con el Paraguay sus ajustes de paz, comercio y navegación.

ART. 4º — El Gobierno Imperial cooperará eficazmente con su fuerza moral cuando los Aliados así lo juzgaren oportuno, a fin de que la República Argentina y el Estado Oriental lleguen a un acuerdo amigable con el Paraguay respecto a los Tratados definitivos a que se refiere el Pacto de Alianza.

ART. 5º — Si la República del Paraguay no se prestase a un

acuerdo amigable, el Brasil y los demás aliados examinarán la cuestión y combinarán entre sí los medios más adecuados para garantizar la paz, removiendo las dificultades.

ART. 6º — La República Argentina y el Brasil retirarán las fuerzas de sus ejércitos que aun conserven en territorio paraguayo tres meses después de celebrados los tratados definitivos de paz entre el Brasil y la República del Paraguay; o antes si ambos aliados así lo acordasen entre sí.

En el caso de que la celebración de los dichos Tratados se postergase por más de seis meses contados desde la fecha de este acuerdo, la República Argentina y el Brasil se entenderán a fin de señalar un plazo prudencial para la desocupación.

Queda entendido que el Brasil desocupará al mismo tiempo la Isla del Atajo.

ART. 7º — El Gobierno del Paraguay reconocerá como deuda de la misma República en los términos del artículo XIV del Tratado de Alianza.

§ 1º El importe de los gastos de guerra y los daños causados a las propiedades públicas de las naciones aliadas.

§ 2º El importe de los daños y perjuicios causados a las personas y ciudadanos de los respectivos Estados. Respecto de esta indemnización, se observarán las disposiciones de los artículos 5º y 6º del Acuerdo de Buenos Aires, que constan del respectivo Protocolo número 3, comprendidas en el tratado de paz del Brasil con el Paraguay en artículos de números idénticos.

ART. 8º — Los Aliados observarán respecto de las indemnizaciones que le son debidas por los gastos de guerra y de los daños causados a las propiedades públicas las reglas siguientes:

1º De los gastos de guerra se deducirá el importe de los egresos del presupuesto ordinario en tiempo de paz.

2º El *quantum* líquido de las indemnizaciones de este artículo, será fijado en presencia de los documentos oficiales que comprueben su exactitud.

3º En convención especial, que con aviso previo a los otros aliados cada uno de ellos celebrará con el Paraguay, a más tardar dentro del plazo de dos años contados desde la fecha del tratado de paz, cada uno de ellos reducirá el importe de que trata el inciso anterior, a una suma que quedará al arbitrio de la generosidad de cada uno.

4º No se cobrará interés por esta deuda en los primeros diez años si la República del Paraguay aplicase efectivamente al pago de ella una cuota compatible con sus recursos.

Transcurrido este período el interés será de 2 por ciento anual

por otro igual; en los diez posteriores de 4 por ciento y finalmente de allí en adelante de 6 por ciento, no pudiendo elevarse más en ningún caso.

En todo tiempo queda al arbitrio de cada uno de los aliados hacer concesiones mayores aún.

5º El monto de todas las rentas o recursos aplicados a la amortización del capital y pago de intereses será proporcionalmente dividido entre todos los aliados.

6º — Por lo que respecta a la naturaleza de los títulos de crédito, época y especie de los pagos, se observará del mismo modo la más perfecta igualdad.

ART. 9º — Concluídos los ajustes definitivos de los otros aliados quedará en pleno vigor el compromiso de la garantía colectiva de todos ellos en favor de la independencia o integridad de la República del Paraguay, en los términos de los artículos VIII y IX del Tratado de Alianza de 1º de Mayo de 1865 y de los artículos 15 y 16 del Acuerdo de Buenos Aires espreso en el Protocolo de 30 de Diciembre de 1870.

ART. 10º — Continúa en su pleno vigor el Acuerdo preliminar de paz de 20 de Junio de 1870.

Los demás pactos que dependan del común acuerdo entre los aliados serán materia de convenciones entre los mismos después de celebrados los tratados definitivos.

ART. 11º — La República Argentina y el Brasil invitarán por medio de notas entregadas simultáneamente a la República Oriental en calidad de aliado, para que preste su acción al presente Acuerdo.

Y habiendo los Sres. Plenipotenciarios verificado que los artículos arriba transcriptos se hallaban en los términos precisos que habían sancionado en las conferencias anteriores, resolvieron dar por terminada la negociación, felicitándose mutuamente por el éxito satisfactorio que habían alcanzado y que sin duda será la verdadera prenda de paz y cordialidad de las relaciones entre los respectivos países.

BARTOLOMÉ MITRE.

José M. Cantilo

Secretario del Plen. Argentino.

MARQUÉS DE SAN VICENTE.

Juan Pedro Acevedo Peçanha.

Secretario del Plen. Brasileiro.

Está conforme con el original.

José M. Cantilo

Secretario del Plen. Argentino.

Juan Pedro Acevedo Peçanha.

Secretario del Plen. Brasileiro.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 11 de 1872.

A S. E. el Sr. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en el Brasil, Brigadier General Don Bartolomé Mitre.

Señor Ministro:

He recibido la nota de V. E. fecha 23 del próximo pasado Noviembre remitiendo: 1º Los cinco protocolos originales en que constan las negociaciones que han tenido lugar entre V. E. y el Plenipotenciario Brasileiro, y 2º, copia auténtica del protocolo número 5 en español y portugués que contiene el texto íntegro del Acuerdo celebrado.

Dios guarde a V. E.

C. TEJEDOR.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 11 de 1872.

A S. E. el Sr. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial de la República Argentina en el Brasil, Brigadier General D. Bartolomé Mitre.

Señor Ministro:

Tengo la satisfacción de avisar a V. E. que S. E. el Señor Presidente de la República, ha aprobado el Acuerdo celebrado por V. E. de fecha 19 de Noviembre próximo pasado y el cual se comunicará oportunamente al Congreso Nacional.

CARLOS TEJEDOR.

Legación Argentina en el Brasil

(CONFIDENCIAL)

Río Janeiro, Noviembre 23 de 1872.

A S. E. el Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Señor Ministro:

Habiendo terminado felizmente los objetos de la misión especial que me fué encomendada, pido a V. E. se sirva autorizarme a usar de una licencia temporaria y a dejar al frente de la Legación un

Encargado de Negocios mientras el Superior Gobierno designa la persona que ha de reemplazarne definitivamente en el puesto de la misión ordinaria que accidentalmente desempeño.

Había pensado dejar en calidad de Encargado de Negocios, al Secretario de esta Legación, D. José María Cantilo, pero no siendo posible esto por los motivos que he manifestado en nota anterior, puedo dejar (si V. E. lo halla a bien) desempeñando estas funciones al Cónsul General de la República, D. José María Frías, confiándole la guarda del archivo de la Legación y dándole para el efecto las instrucciones del caso.

Dios guarde a V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 11 de 1872.

A S. E. el Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en Misión Especial cerca del Gobierno del Brasil.

He tenido el honor de recibir la nota de V. E. fecha 23 de Noviembre próximo pasado pidiendo una licencia temporaria y autorización para dejar al frente de la Legación un Encargado de Negocios.

En contestación comunico a V. E. que el Gobierno le concede la licencia que solicita y aprueba el nombramiento que propone del Sr. Cónsul General D. José María Frías para encargado de Negocios Interino.

Dios guarde a V. E.

C. TEJEDOR.

Legación Argentina en el Brasil

Río Janeiro, Noviembre 26 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

Tengo el honor de adjuntar a V. E. bajo el número 1 (original) la nota que me ha sido pasada por el Ministro de Negocios Estrangeros del Imperio, comunicándome la aprobación del Acuerdo de 19 del corriente, y bajo el número 2 (en copia) la contestación que con tal motivo he dado.

Dios guarde a V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

Sección Central

Río de Janeiro, Ministerio de Negocios Estrangeros,
25 de Noviembre de 1872.

A S. E. el Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre.

Tengo la honra de dirigirme a S. E. el Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Enviado Estraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Misión Especial, para comunicarle que el Gobierno Imperial acaba de dar su aprobación al Acuerdo que S. E. firmó el día 19 del corriente, con el Plenipotenciario Brasileiro, el Exmo. Sr. Marqués de San Vicente, acuerdo que resuelve de un modo honroso y amigable la cuestion pendiente entre el Brasil y la República Argentina, respecto de los ajustes definitivos de paz con la República del Paraguay.

Haciendo esta agradable comunicación al Sr. Ministro, me congratulo con V. E. por el buen éxito de la negociación, confiada a sus luces y patriotismo; hecho éste, que contribuye benéficamente para el mantenimiento de la paz y de los legítimos y grandes intereses, que ligan a los dos Estados entre sí con sus límites.

Aprovecho la oportunidad para reiterar al Sr. Ministro las protestas de mi más alta consideración.

MANUEL FRANCISCO CORREIA.

Es original—

Enrique S. Quintana.

Oficial

Legación Argentina en el Brasil

Río Janeiro, Noviembre 25 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro y Secretario de Estado de Negocios Estrangeros de S. M. el Emperador del Brasil, Consejero D. Manuel Francisco Correia.

Señor Ministro:

Tengo el honor de acusar recibo de la nota de V. E., fecha 25 del corriente, por la cual se sirve comunicarme que el Gobierno Imperial ha tenido a bien dar su aprobación al acuerdo firmado el día 19 del corriente, entre S. E. el Sr. Marqués de San Vicente, como Plenipotenciario Brasileiro, y el que subscribe como Plenipotencia-

rio Argentino, cuyo acuerdo, como V. E. lo dice, resuelve de una manera honrosa y amigable las cuestiones pendientes entre el Brasil y la República Argentina, facilitando los arreglos definitivos de paz de los aliados con el Paraguay.

Congratulando a V. E. por el buen éxito de esta negociación, al cual ha contribuido eficazmente la buena voluntad y la buena fe que he encontrado en el Gobierno de S. M. así como la ilustración y elevación de miras que he encontrado en el Plenipotenciario nombrado por el Brasil, agradezco como debo los honrosos conceptos con que V. E. se digna favorecerme y acepto cordialmente las seguridades de paz y amistad que V. E. me ofrece, en nombre de los grandes intereses de ambos países, los cuales han sido debidamente consultados en el acuerdo, así para el presente como para el futuro.

En consecuencia, me haré un deber de comunicar esta nota al Gobierno de la República y oportunamente tendré el honor de transmitir a su conocimiento lo que definitivamente resuelva sobre el mencionado acuerdo.

Aprovecho esta ocasión para reiterar a V. E. las protestas de mi alta consideración.

BARTOLOMÉ MITRE.

Es copia fiel—

Enrique S. Quintana.

Oficial

Legación Argentina en el Brasil

Río Janeiro, Noviembre 20 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

Señor Ministro:

Bajo los números 1 y 2 tengo el honor de remitir a V. E. en copia autorizada las notas cambiadas entre esta Legación y el Ministerio de Negocios Estrangeros esperando en consecuencia que V. E. se servirá avisarme oportunamente lo que tenga a bien resolver al respecto, para ponerlo en conocimiento del Gobierno Imperial.

Dios guarde a V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

COPIA

Sección Central

Río de Janeiro, Ministerio de Negocios Estrangeros,
27 de Noviembre de 1872.

Tengo la honra de comunicar a S. E. el Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Enviado Estraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Misión Especial, que de conformidad con lo que dispone el artículo 11 del Acuerdo de 19 del corriente, el Gobierno Imperial, por nota remitida a su Ministro en Montevideo, invitó al Gobierno de la República Oriental del Uruguay, en calidad de aliado, para prestar su adhesión al mencionado acuerdo.

Esa nota será entregada al mismo tiempo que lo sea la del Gobierno Argentino, que se dignará de prevenir para ese fin, al Representante del Brasil cerca del Gobierno Oriental, por intermedio de la Legación Imperial en Buenos Aires o por quien representare al mismo Gobierno Argentino en Montevideo.

Aprovecho la oportunidad para reiterar a S. E. el señor Brigadier General, las protestas de mi más alta consideración.

MANUEL FRANCISCO CORREIA.

Es copia fiel del original.

Enrique S. Quintana.

Oficial

Al Exmo. Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre.

Legación Argentina en el Brasil

Río de Janeiro, Noviembre 28 de 1872.

Exmo. Sr. Ministro y Secretario de Estado de Negocios Estrangeros de S. M. el Emperador del Brasil, Consejero D. Manuel Francisco Correia.

Señor Ministro:

He tenido el honor de recibir la nota de fecha 27 del corriente, por la cual V. E. se sirve comunicarme que de conformidad con el artículo 11 del Acuerdo del 19 del corriente, el Gobierno Imperial había dirigido la invitación al Gobierno Oriental a que dicho artículo se refiere, previniendo tanto al Exmo. Sr. Ministro Brasileiro

en el Estado Oriental como al acreditado en Buenos Aires, de obrar simultáneamente en tal sentido por lo que respecta a la invitación que el Gobierno Argentino debe dirigir por su parte al mismo Gobierno Oriental.

Agradeciendo a V. E. esta comunicación y la buena voluntad con que de antemano facilita la oportuna ejecución de los arreglos convenidos, me haré un deber en poner en conocimiento de mi Gobierno la referida nota de V. E. y de transmitir oportunamente a V. E. lo que resuelva en consecuencia sobre el particular.

Aprovecho esta ocasión para renovar a S. E. el Sr. Ministro, las seguridades de mi alta consideración.

BARTOLOMÉ MITRE.

Es copia fiel del original.

Enrique S. Quintana.

Oficial

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 9 de 1872.

A S. E. el Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario cerca del Gobierno del Brasil.

He recibido la nota de V. E. fecha 29 de Noviembre ppdo. adjuntando bajo los números 1 y 2 la correspondencia cambiada entre esa Legación y el Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio, referente al artículo 11 del Acuerdo de 19 de Noviembre.

En contestación comunico a V. E. que con fecha 2 del corriente se remitió al Cónsul General de la República en Montevideo, una nota para el Ministro de Relaciones Exteriores de esa República, conteniendo una copia de la Convención celebrada con el Brasil al objeto de que, poniéndose de acuerdo con el Ministro Brasilerio residente en esa ciudad la entregasen simultáneamente al Gobierno Oriental.

El Cónsul Argentino, con fecha 9 del corriente, da cuenta de haber cumplido la orden que recibió del Gobierno a su respecto.

Dios guarde a V. E.

C. TEJEDOR.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 2 de 1872.

Al Sr. Cónsul de la República Argentina en Montevideo, D. Jacinto Villegas.

Acompaño a S. S. una nota cerrada y rotulada al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental, conteniendo una copia de la Convención celebrada con el Brasil, por el Ministro Argentino, por la cual acaban de ser arregladas satisfactoriamente las cuestiones que se habían suscitado entre la República y el Imperio, a fin de que S. S. poniéndose de acuerdo con el Sr. Ministro Brasileiro residente en esa ciudad, presenten simultáneamente dicha nota al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

Dios guarde a S. S.

C. TEJEDOR.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 2 de 1872.

Señor Ministro:

Las cuestiones que se habían suscitado entre la República y el Imperio con motivo de los tratados celebrados separadamente en la Asunción, acaban de ser arregladas satisfactoriamente por una convención que tengo el honor de acompañar en copia auténtica, y que por uno de sus artículos establece que las dos partes solicitarán simultáneamente de acuerdo con declaraciones anteriores, la adhesión del Gobierno Oriental, como aliado. En consecuencia el señor Cónsul General recibe con esta fecha orden de presentar con tal objeto esta nota, al mismo tiempo que la del Imperio por el Sr. Ministro Brasileiro.

El infrascripto aprovecha la ocasión de reiterar a V. E. las seguridades de su distinguida consideración.

CARLOS TEJEDOR.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay.

**Consulado General
de la República Argentina**

Montevideo, Diciembre 10 de 1872.

Señor Ministro:

Tengo el honor de remitir a V. E. el pliego adjunto, en que el Señor Oficial Mayor Encargado de este Ministro de Relaciones Exteriores, contesta por orden de S. E. el Sr. Presidente, la nota en que se le comunicaba el arreglo de las dificultades surgidas con el gobierno del Brasil, a cuyo convenio presta su adhesión el Gobierno.

Dios guarde a V. E.

Jacinto Villegas.

Al Exmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Dr. D. Carlos Tejedor.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Montevideo, Diciembre 9 de 1872.

Señor Ministro:

El Sr. D. Jacinto Villegas, Cónsul General de esa República en esta ciudad, ha tenido la bondad de entregarme personalmente la nota de V. E. fecha 2 del corriente, acompañando copia auténtica del convenio firmado en la Corte de Río Janeiro, por los Plenipotenciarios de la República Argentina y del Brasil, por el que quedan arregladas satisfactoriamente las cuestiones que se habían suscitado entre los dos Estados, con motivo de los Tratados celebrados separadamente en la Asunción.

Habiéndose estipulado en uno de los artículos de la citada Convención, que los gobiernos Argentino y Brasileiro, solicitarían simultáneamente la adhesión del Gobierno Oriental, V. E. se dirige a este Ministerio con el objeto de recabarla.

S. E. el Sr. Presidente de la República, inpuesto con verdadera satisfacción de la precitada nota de S. E., me ha encargado le signifique en respuesta que el Gobierno Oriental se adhiere por su parte, en un todo, a lo estipulado en el antedicho acuerdo, congratulándose a la vez, viva y sinceramente, de que tan feliz resultado hayan tenido las cuestiones que se habían suscitado entre la República Argentina y el Imperio.

Aprovecho esta oportunidad para renovar a V. E. las seguridades de mi más distinguida consideración.

Oscar Hordeñana.

A S. E. el Sr. Dr. D. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

**Consulado General Argentino
en Montevideo**

Montevideo, Diciembre 4 de 1872.

Al Exmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina Dr. D. Carlos Tejedor.

Señor Ministro:

Habiéndome puesto de acuerdo con el Sr. Goudin, Ministro Residente del Brasil en esta ciudad, pasamos a las dos de la tarde de hoy, al despacho del Sr. Oficial Mayor Encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores de este Gobierno, y pusimos en sus manos los respectivos pliegos que contenían las copias de la convención celebrada por los Plenipotenciarios de la República Argentina y del Imperio del Brasil, mediante la cual han quedado satisfactoriamente arregladas las cuestiones suscitadas entre ambas naciones.

Al comunicar a V. E. el cumplimiento de las órdenes contenidas en nota del 2 del corriente, cábeme la satisfacción de presentarle los sentimientos de mi mayor consideración.

Jacinto Villegas.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 9 de 1872.

Al Sr. Cónsul General Argentino en Montevideo.

Sr. Cónsul:

Recibí la nota de S. S. fecha 4 del corriente, comunicando haber cumplido las órdenes que se le transmitieron en nota de fecha 2. Dios guarde a S. S.

CARLOS TEJEDOR.

Legación Argentina en el Brasil

Río de Janeiro, Diciembre 7 de 1872.

Señor Ministro:

En contestación a mi nota oficial de 21 de Noviembre, dando cuenta del término feliz de mi misión, he recibido de V. E. la del 29 del mismo, por la cual V. E. se sirve comunicarme que después de “tomar en seria consideración como la importancia de la negociación lo merecía, aprueba completamente mi proceder” *no obstante* algunas observaciones que se hacen sobre el acuerdo celebrado y las restricciones que en consecuencia se formulan.

No me toca discutir ni la forma en que el Gobierno de la República ha tenido a bien aprobar condicionalmente mi proceder, ni la base de criterio que sirve de fundamento a sus observaciones; pero necesitando darme cuenta del objeto y alcance de las observaciones y restricciones, debo examinarlas a la luz de los documentos, sometiendo a su ilustrado juicio en nombre del interés general y con abstracción absoluta de mi proceder, algunas reflexiones que puedan servir para determinar la inteligencia del Acuerdo de 19 de Noviembre y el sentido recto y genuino de las dos cláusulas a que V. E. se refiere en su nota.

Dos son las observaciones que V. E. hablando en nombre del Gobierno Argentino, hace al Acuerdo de 19 de Noviembre al cual se refiere.—1ª “Que en el acuerdo definitivo ha desaparecido la “cláusula de las bases propuestas por mí que mantenían en suspenso” *penso de un modo espreso* los tratados Cotegeipe hasta tanto que “los aliados negociaban separadamente.—2ª Que en las cláusulas “relativas a la desocupación del Paraguay por las fuerzas aliadas, “se ha encontrado que la desocupación, con tratados con el Paraguay o sin ellos, propuesta por mí, ha sido substituído por “una desocupación que llegado el caso se convendrá entre los aliados, “dos, fijando un plazo prudencial.”

Me permitiré examinar por su orden las dos observaciones que anteceden.

1ª Observación: El artículo 2º del acuerdo (que es al que V. E. se refiere) contiene virtual y espresamente la cláusula de mi base segunda y mantiene en suspenso lo único que era posible esperar y permitido pedir.

El artículo 2º del Acuerdo no sólo es conforme a las declaraciones públicas del Gobierno Argentino, no sólo contiene la suspensión en los límites estrictamente justos y necesarios, sino que, adelantando sobre mis instrucciones sin contrariarlas, agrega una

condición indispensable y conveniente que ni en las mencionadas declaraciones ni en las instrucciones se había tenido en vista.

En las instrucciones que me rigen, V. E. al formular las bases sobre las cuales podría arribarse a un arreglo, y autorizándome a sustituirlas por otras análogas, me prevenía: “4º Reconocimiento “por parte de la República Argentina de los Tratados Cotegeipe “en lo que no estuviesen en contradicción con las bases anteriores.”

Las bases anteriores a que V. E. se refería, era el reconocimiento explícito por parte del Brasil, de la vigencia del Tratado de Alianza, la negociación separada del Gobierno Argentino con el Paraguay y la desocupación del Paraguay por los aliados con arreglo a lo estipulado en los protocolos de Buenos Aires.

Así pues, en mis instrucciones no se contenía para el reconocimiento de los tratados Cotegeipe la condición *de mantener en suspenso de un modo espreso* dichos tratados, y sólo se hacía depender de otras cláusulas que están espresamente contenidas en el Acuerdo de 19 de Noviembre, de un modo más ventajosamente para nuestro país. Confrontando el artículo en cuestión, con las solemnes declaraciones hechas en nombre del Gobierno Argentino, él resulta más en armonía con la idea dominante que ha presidido a la negociación y domina el arreglo, que es en substancia: tomar por punto de partida, los principios, dándose cuenta de los hechos para armonizarlos con los derechos y deberes recíprocos, quedando todo dominado por las estipulaciones del tratado de alianza hasta en sus últimas consecuencias. Así decía V. E. en su nota de 27 de Abril al Gobierno Brasileiro: “Al pasar por esta ciudad el Pleni- “potenciario Brasileiro tuvo dos conferencias con el infrascripto, “y el resultado de ellas fué acordar un medio conciliatorio. Por “este medio los *tratados* (Cotegeipe) *hechos quedaban hechos* y “restablecíanse los Protocolos de Buenos Aires. La República Ar- “gentina trataba *como el Brasil*. El resultado de todo quedaba “bajo el imperio del Tratado de Alianza. *Lo único* que se revo- “caba de la negociación Brasileira en la Asunción, era la permanencia de sus fuerzas en el Paraguay.” Y por mi parte, procediendo yo de perfecto acuerdo con mis instrucciones en mis conferencias confidenciales con el Gobierno Imperial, determiné esta base como punto de partida de la negociación y en la nota oficial, que pasé al mismo Gobierno y que mereció la aprobación de V. E., decía al Señor Ministro de Negocios Estrangeros del Imperio: “Habiendo en el curso de nuestras conferencias recibido de V. E. “las seguridades de un arreglo recíprocamente satisfactorio y hon- “roso, sobre la base del medio conciliatorio acordado entre el “Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República y el Sr.

“Barón de Cotegipe, en los términos en que fué formulada por el “primero, espero que los objetos sean llenados, etc....” Y en consecuencia de todos estos antecedentes que conducían lógicamente al resultado que se ha alcanzado, yo hacía consignar en el protocolo número 1° de 5 de Noviembre, la siguiente declaración: “Con-“formes (ambos plenipotenciarios) según lo ya declarado en to-“mar por punto de partida para arribar a un perfecto acuerdo, “las bases convenidas entre el señor Ministro de Relaciones Este-“riores de la República Argentina y el señor Barón de Cotegipe, “tales como fueron formuladas por el primero en su nota de 27 “de Abril de 1872, etc.”

Es en vista de todos estos antecedentes, Sr. Ministro, que terminada felizmente la difícil y laboriosa misión que me fué encomendada, esperé que mi proceder fuese juzgado con arreglo a las instrucciones que me gobernaban y a las declaraciones que me obligaban, y no según una base propuesta por mí en el curso de la discusión, lo cual podía ser una de tantas fórmulas diplomáticas en que se pide todo lo que se desea para alcanzar lo que se pueda, y que puede convenir eliminar en el curso de la negociación, sin que su desaparición importe por sí la negociación de la idea que ella envuelva. El Gobierno de la República al juzgar mi conducta, ha creído deber tomar por punto de partida una base por mí propuesta, formulando en consecuencia un cargo indirecto a mi proceder, cargo que subsiste en el *no obstante* de la aprobación.

Me ha de ser por lo tanto permitido ilustrar lo que se refiere a la base mía en sí, por lo que ello puede importar a la más clara inteligencia del Acuerdo de 19 de Noviembre.

Dice V. E. en su nota, que ha desaparecido en el Acuerdo (artículo 2°) la cláusula de la base propuesta que mantenía en suspenso los tratados Cotegipe, y que las palabras *pleno y positivo vigor* que a ellos se refieren, *es inconciliable con el conjunto* de dicho acuerdo.

Si es a mí como a su autor a quien toca determinar el sentido recto y genuino de la base en cuestión y determinar su alcance, debo declarar que ella no encierra el sentido absoluto que V. E. le atribuye, y que en cuanto a su alcance, no tiene más que el que le da el artículo 2° del Acuerdo en que está vaciada. Yo no podía pedir que se mantuviesen en suspenso de un modo espreso los tratados Cotegipe, “porque si lo hubiese hecho habría obrado contra mis instrucciones y contra las solemnes declaraciones del Gobierno de la República, que he mencionado más arriba, y que estaban formalmente aceptadas como base y punto de partida de la negociación. La suspensión que buscaba, y que adelantaban mis ins-

trucciones sin contrariarlas, no podía ser sino condicional y relativa, en cuanto se refiriese a derechos y obligaciones comunes de los aliados entre sí.

La base 2ª por mi propuesta no podía contener, ni literalmente contenía, al decir que *los tratados de Cotegipe no producirían los efectos de la alianza, mientras los aliados no celebrasen sus tratados definitivos*, sino que ellos no se hallarían en las condiciones de la garantía recíproca sino cuando los aliados estuviesen en iguales condiciones, que era el único efecto que resulta después que tal hecho se produzca, es decir, que lo que se mantenía en suspenso era la garantía y no los tratados.

Los tratados Cotegipe eran un hecho que se trataba de colocar, bajo el imperio de los principios del Tratado de Alianza, sin pretender anularlo sino en cuanto estuviese en contradicción con los derechos y obligaciones recíprocas. Como hecho o como acto internacional, el reconocimiento por parte de la República no le daba ni le quitaba valor, sino en cuanto se refiriese a un derecho u obligación recíproca que era el de la garantía. Por eso en el artículo 1º, al declararse la continuación del Tratado de 1º de Mayo *en toda su fuerza y vigor*, se estipula que el Brasil *cumplirá las obligaciones que él impone y dará y aceptará todas las garantías en él estipuladas*, se convenía espresamente que para que las obligaciones fuesen tales era indispensable que fuesen recíprocas y que no había garantía para los tratados Cotegipe, mientras los demás aliados no tuviesen tratados análogos que pudiesen ser garantidos por el Brasil. Y al decir en el artículo 2º que los Tratados Cotegipe (de 9 y 18 de Enero únicamente) *continuaban en su positivo vigor*, no se hacía por nuestra parte sino reconocer un hecho existente independiente de nuestra acción; contra el cual no pretendíamos reaccionar, puesto que no podíamos impedir, ni teníamos objeto en ello, desde que íbamos a tratar separadamente, que dichos tratados tuviesen valor para el Brasil y el Paraguay, mientras quedaban bajo la garantía recíproca de la alianza. Y tan entendido fué esto, que al declarar *en toda su fuerza y vigor el Tratado de 1º de Mayo*, en el texto castellano sólo se dijo de los de Cotegipe que quedaban en su pleno y positivo vigor, *pleno* en cuanto cupiese y no estuviese en contradicción con el Tratado de 1º de Mayo y el Acuerdo de 19 de Noviembre, y *positivo* como un hecho o acto internacional que hoy reconocemos y que más tarde debe ser garantido por nosotros.

En vista de estas observaciones, espero que si el Sr. Ministro se digna tomar meramente en seria consideración el punto en cuestión, se convencerá de que ni la base 2ª propuesta por mí ha des-

aparecido en el artículo redactado de común acuerdo, ni las palabras pleno y positivo vigor se hallan en contradicción con el conjunto de dicho acuerdo.

Y si para formar definitivamente el juicio del Gobierno de la República sobre el particular, aun fuese necesario exhibir nuevos testimonios, añadiré que la inteligencia que doy a los artículos 1º y 2º es la misma que le dió el Sr. Plenipotenciario Brasileiro Señor Marqués de San Vicente, en las observaciones a mis bases, que de puño y letra tengo en mi poder y que oportunamente pasaré a manos de V. E., con las demás de su referencia, para ser agregadas a los protocolos de la negociación.

El Sr. Marqués de San Vicente, que no rechazó ni de palabra ni por escrito ninguna de mis bases y que por el contrario ha declarado que habían tratado de penetrarse de mi espíritu al formularlas en artículos, ha declarado además que, no obstante la nueva forma en que definitivamente han quedado, las declaraciones formales que en ellas he hecho en guarda de los derechos de mi país, quedan subsistentes y no contestadas, sino en los puntos de detalle sobre los cuales versaron sus observaciones escritas, y es en este espíritu que el Plenipotenciario Brasileiro decía en sus referidas observaciones escritas lo siguiente: “*observações ao artigo 2º*” “*(base 2ª)*—A espressão, que senha nas bases—*elles nao produzem*” “*serão os effeitos de aliança en quanto, etc.*,” é indefinida, e conven “precisala.—Traducida como está satisfasao que por ventura se “despeja no sentido ainda mesmo, que a garantía deve ser reci- “proca, é em quanto nao for, nao producirá effeito em favor de “todos os alliados. Desde que fica reconhecido, que cada um dos “alliados pode tratar em separado, ligandose nos compromisos da “alliança, assim como as suas obrigações, a garatia em favor de “cada um delles e resultado lógico do artigo 17 (del Tratado de “1º de Mayo) y reciproco dos direitos y deberes do tratado.”

“*2ª Observación:* Dice V. E. que en las cláusulas relativas a la “desocupación, con tratados con el Paraguay o sin ellos, propuesta “por mí hace seis meses después, de acuerdo con nuevas instrucciones, ha sido substituída por una desocupación que llegado el “caso se convendrá entre los aliados, señalando un plazo prudencial.”

Debo decir a V. E. ante todo, a propósito de esta observación, que no habiendo encontrado por parte del Brasil la menor dificultad en lo que respecta a la desocupación del Paraguay por las fuerzas aliadas, la cláusula que V. E. nota no es espresión de un pensamiento de este Gobierno, y que la diferencia que V. E. señala entre mi base y el artículo tal cual ha quedado redactado, es

obra exclusiva mía, que creí de este modo consultar mejor los intereses del presente y del futuro de la alianza subordinados a los intereses de mi país.

Dicho esto, me toca observar a V. E. que mi base no ha sido substituída, sino simplemente adicionada por mí mismo, con una cláusula que lejos de debilitar el compromiso, viene, según mi entender, a darle mayor fuerza obligatoria y moral.

Antes del Acuerdo de 19 de Noviembre, la ocupación del Paraguay por las tropas brasileiras era un hecho independiente de la voluntad y de la acción del Gobierno Argentino, y su prolongación y alcance estaba sujeto a una convención especial según los tratados Coteigipe que debía celebrarse entre el Brasil y el Paraguay.

Por el artículo convenido, éste tiene plazos fatales y depende en todo caso del común acuerdo de *dos* de los aliados, quedando anulados en esta parte los tratados Coteigipe en todo cuanto a ocupación se refieran.

Esta ventaja obtenida por nuestra parte es tanto más notable, cuanto que, como V. E. mismo lo declara en la nota a que contesto, “no teníamos el derecho de exigir que la desocupación se verificase en todo caso, aunque no llegásemos a tratar con el Paraguay y sobre límites”, y por lo tanto creo que no era este un punto, respecto del cual, mi proceder pudiese ser aprobado condicionalmente y con restricciones.

V. E. se refiere al estimar este punto a las instrucciones que me regían, y siendo el punto tan delicado, me ha de ser permitido hacer algunas observaciones sobre el particular.

Las instrucciones que recibí al tiempo de confiármese la misión especial en fecha 27 de Junio, me prevenían en su base 3^a lo siguiente: “Desocupación de las fuerzas aliadas del territorio paraguayo, tres meses después de los tratados definitivos, según lo convenido en las Conferencias de Buenos Aires.”

Apercibido después de mi llegada a esta Corte, que las condiciones de las Conferencias de Buenos Aires, calculadas para una negociación simultánea y de acción conjunta de dos aliados, tal vez no convenían a una negociación sucesiva, en que la desventaja estaba de nuestra parte, procuré en mis conferencias confidenciales preparar el ánimo de este Gobierno, a fin de que la desocupación no dependiese de nuestros tratados definitivos, que eran dudosos, y obtener en este sentido algunas declaraciones favorables, según consta de mi correspondencia confidencial con el Gobierno de la República, que consta en el archivo de la Legación.

Pero V. E. se refiere a nuevas instrucciones, según las cuales

habría procedido al proponer la desocupación en todo caso, entendiéndolo por todo caso la fijación de términos precisos y fatales.

A este respecto debo observar a V. E. que si las nuevas instrucciones a que se refiere, son las de 4 de Noviembre, que oficialmente se me comunicaron, escritas en la víspera de abrirse las conferencias, ellas llegaron a mis manos después de ajustado el Acuerdo de 19 de Noviembre, según tuve el honor de avisarlo en nota de 18 del mismo, y que por lo tanto no pude tenerlas en vista ni al redactar mis bases ni al ajustar el referido acuerdo.

Debo creer entonces, que las nuevas instrucciones a que V. E. se refiere, es una carta confidencial de 9 de Octubre, escrita en momentos en que el Ministro Paraguayo, el Sr. Loizaga, se retiraba de Buenos Aires sin haber podido arribar a un acuerdo, y en la que V. E. me decía lo siguiente: "Conviene, pues, *tentar* la desocupación, sin hacerla depender del tratado con el Paraguay, o "por lo menos asegurar la cooperación brasilera."

Contesté a V. E. que ya había pensado sobre el particular y había adelantado algo en tal sentido; pero que importando esto una adición o modificación a mis instrucciones, convenía que se me comunicara oficialmente, y fué en virtud de esto, que V. E. me dirigió la nota de 4 de Noviembre a que he hecho referencia antes y que recibí con posterioridad al Acuerdo.

Por consecuencia, las nuevas instrucciones a que V. E. se refiere era la carta de que he transcripto el párrafo más importante, y en ella lo que V. E. me recomienda es un esfuerzo a *tentar* en un momento poco propicio, recomendación que si no hubiese llenado, como felizmente he llenado, me parece no debía ser la regla según la cual mi conducta hubiese de ser juzgada, como lo es en este caso.

De todos modos, aceptando esta regla de criterio para mi conducta, creo poder decir, que no sólo están llenados los objetos de las instrucciones a que V. E. se refiere, sino que también están llenados del punto de vista de las observaciones de la nota de V. E.

En efecto, si la objeción de V. E. no tiene más alcance sino de que la desocupación debe verificarse en todo caso, es decir, con tratados o sin ellos, el objeto que se tiene en vista está llenado y con mayor ventaja aun para la República Argentina.

Habiendo tratado el Brasil con el Paraguay y estando ya ejecutados sus tratados en su mayor parte, la ocupación del Paraguay por fuerzas brasileras es un hecho que no interesa ya al Brasil, desde que, como es notorio, no tiene idea de anexión violenta. Más bien interesaría a la República Argentina, como medio coercitivo para obtener tratados análogos o para prolongar, según le conviniera, una situación en que todos los gravámenes son para el

Brasil y las ventajas para los demás aliados que quisiesen prolongar indefinidamente la ocupación militar.

Pero siendo nuestra política la desocupación del Paraguay con tratados o sin ellos, el único punto a arreglar era el tiempo y modo, estableciendo el compromiso absoluto de la desocupación, es decir, *la desocupación en todo caso*, valiéndome de las palabras de V. E.

Este compromiso está establecido de la manera más formal y categórica, en el artículo 6° del Acuerdo, siendo de notar que a este respecto el artículo mejora mi base correlativa que determinaba hasta el plazo de un año para la desocupación.

El precepto absoluto es que ambos aliados desocuparán el Paraguay militarmente, con tratados o sin ellos, según nosotros lo pedíamos:—tres meses después en el caso de ajustar todos los aliados sus tratados definitivos, y después de seis meses en el caso que dichos tratados no tuviesen efecto. Para el último caso, se determina sin embargo que los aliados “se entenderán entre sí, a fin “de fijar un plazo racional para la desocupación”.—Según V. E. esta adición importa una substitución, y parecería que cree que ella debilita el compromiso que por otra parte reconoce no tenemos el derecho de exigir.

La condición que V. E. califica de substitución, no hace sino afirmar más el precepto, puesto que se dice que contratados o sin ellos, espirado el plazo fatal que se estipula, “los aliados se entenderán entre sí” al solo efecto de fijar un plazo prudencial para la desocupación, es decir, que el compromiso es que en todo caso ambos aliados se entenderán precisamente para verificar la mencionada desocupación siendo ventajoso para la República Argentina, que en un caso dado puede quedar en una situación desventajosa, que tal hecho no dependa de la voluntad del Brasil, sino del común acuerdo.

En vista de estas reflexiones espero también de V. E. que tomando en consideración las observaciones que sobre el particular me han sido dirigidas, se sirva ponerlas en conocimiento de S. E. el Sr. Presidente de la República.

Después de las observaciones que he creído deber dirigir a V. E. en nombre de los intereses generales, sólo me resta hacer una consulta respecto de la forma y significado de la nota de V. E. de 27 de Noviembre, de que vengo ocupándome.

Siendo la nota de V. E. contestación a otra mía en que anticipaba en copia los Protocolos que ofrecía remitir originales a los efectos consiguientes, debo creer que ella es simplemente una aprobación anticipada, aunque condicional, a mi proceder como nego-

ciador, sin perjuicio de la aprobación que debe recaer sobre el acto. Es por esta razón, que no he hecho uso de esta nota sino para comunicar confidencialmente a este Gobierno que el Acuerdo sería aprobado por el Gobierno Argentino.

Espero por lo tanto que V. E. me comunique oportunamente la resolución que en definitiva tome respecto del acuerdo en sí, con independencia de mi persona, para proceder como corresponde.

Dios guarde a V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

A S. E. el Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 27 de 1872.

Señor Ministro:

Recibí la nota de V. E. fecha 7 del corriente, en que partiendo de la idea de una aprobación condicional, somete al juicio del Gobierno, en nombre del interés general y con prescindencia absoluta de su proceder algunas reflexiones tendentes a determinar la inteligencia del Acuerdo de 19 de Noviembre.

El Gobierno ha leído con gusto esas esplicaciones, que aclaran los dos puntos que le habían merecido observación; pero al mismo tiempo debo asegurar a V. E. que hay error en la apreciación hecha de la nota de este Ministerio de 27 de Noviembre. Desde que V. E. ha cumplido fielmente las instrucciones y cooperado hábilmente a los propósitos del Gobierno, no era posible la aprobación condicional que V. E. ha creído ver en dicha nota. Las observaciones que ella contiene, no deben mirarse sino como una prueba de la seria atención que el Gobierno ha prestado a este asunto, y de la conciencia con que se decidió a aprobar por completo el proceder de V. E.

No ocultará tampoco el Gobierno a V. E. que habría preferido un plazo fatal para la desocupación, independiente de un acuerdo posterior, aunque de forma, pero no estando consignado este deseo en las instrucciones, como regla terminante, y habiendo V. E. tenido muy buenas razones, bajo su punto de vista, para proceder como ha procedido, el Gobierno ha estado muy lejos de hacerle por esto un cargo directo ni indirecto. En los fines alcanzados, como en el modo con que V. E. se ha desempeñado, cree el Go-

bierno, por el contrario, que V. E. ha prestado un verdadero servicio a su país.

Dios guarde a V. E.

C. TEJEDOR.

A S. E. el Sr. Brigadier General D. Bartolomé Mitre, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en el Imperio del Brasil.

Legación Argentina en el Brasil

Río de Janeiro, Diciembre 20 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Carlos Tejedor.

Señor Ministro:

Tengo el honor de adjuntar a V. E., autorizada bajo el núm. 1º, la nota que con esta fecha he pasado al Ministro de Negocios Extranjeros del Imperio, comunicándole la aprobación completa que el Gobierno de la República se ha servido dar a mi proceder en la misión especial que me fué encomendada y que ha dado por resultado el Acuerdo de 19 de Noviembre, mientras tanto V. E. determine lo que corresponda por lo que respecta a la aprobación del acuerdo en sí.

Igualmente acompaño a V. E. bajo el número 2 (en copia) la contestación que de dicha nota he recibido del Gobierno Imperial, en la misma fecha.

Dios guarde a V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

Buenos Aires, Diciembre 31 de 1872.

Acúsese recibo.

CARLOS TEJEDOR.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 31 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República Argentina en el Brasil, Brigadier General Don Bartolomé Mitre.

Señor Ministro:

Acuso recibo de la nota de V. E. fecha 20 del corriente, adjuntando bajo el número 1 la nota que pasó a ese Gobierno, comu-

nicándole la aprobación completa que el Gobierno de la República había dado al proceder de V. E. en la misión especial que se le confió y que ha dado por resultado el Acuerdo de 19 de Noviembre.

Igualmente he recibido bajo el número 2 la contestación del Gobierno Imperial, a la de dicha nota de V. E.

Dios guarde a V. E.

CARLOS TEJEDOR.

NÚMERO 1º

Legación Argentina en el Brasil

Río Janeiro, Diciembre 20 de 1872.

*A S. E. el Sr. Ministro de Negocios Estrangeros de S. M. Imperial,
Consejero D. Manuel Francisco Correia.*

Señor Ministro:

Tengo el honor de comunicar a V. E. que el Gobierno de la República con fecha 27 del ppdo., ha tenido a bien “aprobar completamente” mi proceder como Plenipotenciario en las negociaciones que han tenido lugar en esta Corte y que dieron por resultado el Acuerdo de 19 de Noviembre.

Aprobado ya el referido acuerdo por el Gobierno de S. M. I., aceptado por el de la República Oriental a invitación hecha por el Brasil y la República Argentina y aprobada mi conducta como plenipotenciario en los términos que dejo indicados, los objetos de mi misión especial están felizmente llenados con aprobación de los tres Gobiernos aliados.

Felicitando a V. E. por tan plausible acuerdo que pone fin a las cuestiones pendientes y asegura la paz del futuro, me es grato saludar al Sr. Ministro con mi más alta consideración.

BARTOLOMÉ MITRE.

Es copia fiel.

Enrique S. Quintana.
Oficial.

NÚMERO 2

Sección Central

Río de Janeiro, Ministerio de Negocios Estranjeros,

Diciembre 20 de 1872.

A S. E. el Sr. General D. Bartolomé Mitre.

Acabo de recibir la nota que con fecha de hoy me hizo la honra de dirigir S. E. el Señor General D. Bartolomé Mitre, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en misión especial.

Comunica que el Gobierno de la misma República, en nota de 27 del mes pasado tuvo a bien aprobar completamente el proceder de S. E. como Plenipotenciario en las negociaciones que tuvieron lugar en esta Corte, y dieron por resultado el Acuerdo de 19 de Noviembre y manifestando hallarse ya el referido acuerdo aprobado por el Gobierno Imperial y aceptado por el de la República Oriental a invitación del Brasil y de la República Argentina: declara el Sr. General estar felizmente llenados los objetos de su misión, con aprobación de los tres Gobiernos aliados; y felicita al Gobierno Imperial por tan plausible acuerdo, que pone término a las cuestiones pendientes y asegura la paz del futuro.

En respuesta me apresuro a declarar a S. E. el Sr. General, que su comunicación fué grata al Gobierno Imperial, el cual aprecia debidamente ver revestido de todas las preciosas solemnidades al acuerdo, que terminando las cuestiones pendientes, mantienen la cordialidad de las relaciones entre los dos Estados, que tanto importa a ambos.

Congratulándome con S. E. el Sr. General, por este acontecimiento en que le cupo una parte tan distinguida, aprovecho la oportunidad para reiterar a S. E. las seguridades de mi más alta consideración.

MANUEL FRANCISCO CORREIA.

Es copia fiel.

Enrique S. Quintana
Oficial.

Circular dirigida a las Legaciones Argentinas en Francia y Estados Unidos

Buenos Aires, Abril 27 de 1872.

Señor Ministro:

El infrascripto tiene el sentimiento de anunciar a V. E. que existe actualmente desinteligencia entre este Gobierno y el Imperial, a causa de los tratados celebrados separadamente por su plenipotenciario con el Gobierno del Paraguay. Al pasar el Plenipotenciario Brasileiro por esta ciudad, la cuestión fué puesta en camino de arreglarse mediante las esplicaciones categóricas que tuvieron lugar en dos conferencias. Pero desgraciadamente la nota con que el Gobierno Imperial ha contestado la del Argentino, no ha correspondido a ninguno de estos compromisos, agravándose su actitud a este respecto, con la que ha tomado también en el reclamo anterior de la Isla del Atajo, a la embocadura del Río Paraguay. El Gobierno Argentino no ha abandonado el debate y espera todavía que, meditado el asunto a la luz de las consideraciones, sea posible algún medio conciliatorio que impida la desinteligencia definitiva. Mas para el caso de que esto no suceda, quiere que su representante en Francia conozca desde ahora toda la cuestión y la haga conocer de ese Gobierno y demás europeos, con quien la República mantiene relaciones. Al efecto, se le remiten por este vapor diez ejemplares de la memoria de este año y una copia de las notas cambiadas después de la impresión de aquélla, de la cual esa Legación sacará los ejemplares que necesite. El Gobierno Argentino espera, además, que el Sr. Plenipotenciario, con su reconocida inteligencia y patriotismo, pondrá de su parte todos aquellos medios que conceptúe convenientes para contribuir al resultado que se busca con la publicidad de la cuestión.

C. TEJEDOR.

Contestación de la Legación Argentina en Francia

Legación Argentina

París, 22 de Junio de 1872.

Señor Ministro:

Con extraordinario atraso he tenido el honor de recibir hoy mismo, vía de Inglaterra, la importante nota de V. E. fecha 27 de Abril, acompañada de los Documentos de su referencia (a excep-

ción de los diez ejemplares de la memoria presentada por V. E. al Congreso, que hasta ahora no han llegado a mi poder) y veo con profundo sentimiento la desinteligencia que ha surgido entre el Gobierno Argentino y el del Brasil, con motivo del Tratado que este último ha celebrado separadamente con el Paraguay, agravándose la situación con la actitud que el Gobierno Imperial ha tomado en el reclamo de la Isla del Atajo.

V. E. expresa la esperanza que meditado el asunto, sea posible encontrar algún medio conciliatorio, que impida el que tome un carácter más grave, pero que para el caso que esto no se consiga, quiere el Gobierno que yo conozca anticipadamente la cuestión, y la haga conocer de estos Gobiernos, confiando V. E. en que pondré todos los medios que conceptúe convenientes para contribuir al resultado que se busca.

Como he recibido posteriormente comunicaciones de ese Ministerio, que alcanzan hasta el 14 de Mayo y nada contienen respecto de la enunciada cuestión, y que además, el Emperador D. Pedro, en su Mensaje a las Cámaras, expresa en términos adecuados, la confianza de que la buena amistad se ha de conservar entre las dos Naciones, veré de proceder en este asunto con todo el tacto posible, según lo exijan las circunstancias, y en el sentido que V. E. me recomienda.

Me es honroso con este motivo reiterar a V. E. las seguridades de mi más alta consideración y aprecio.

M. BALCARCE.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Dr. D. Carlos Tejedor.

Legación Argentina

París, 6 de Agosto de 1872.

Señor Ministro:

En conformidad con las instrucciones que V. E. tuvo a bien transmitirme en su respetable nota de 27 de Abril, referente a la desinteligencia entre el Gobierno Argentino y el Imperial, de resultas de los tratados celebrados separadamente por su Plenipotenciario con el Gobierno del Paraguay y habiendo visto anunciado en los periódicos que últimamente he recibido de Buenos Aires, la próxima salida para el Janeiro, del Sr. General D. Bartolomé Mitre, en misión especial cerca de esa Corte, con el objeto de ver si es posible encontrar algún medio conciliatorio, mutua-

mente honroso, que restablezca la buena armonía entre ambos gobiernos, juzgué llegado el momento oportuno de dirigir a S. E. Lord Granville la comunicación que en copia autorizada tengo el honor de adjuntar a V. E., acompañándole los documentos relativos a la cuestión pendiente con el Brasil, y llamando la alta atención de S. E. sobre las graves consecuencias que resultaría para esos países, para los intereses comerciales de las Naciones Europeas, y muy especialmente para los de la Gran Bretaña, si desgraciadamente aquella desinteligencia se hiciese definitiva; y que a fin de evitar tan fatal eventualidad, asegurar la paz y el respeto de los tratados, no dudando que el Gobierno de S. M. B. emplearía benevolamente, en caso necesario, sus buenos oficios, y el preponderante y justo influjo de que goza.

En el mismo sentido y con las modificaciones necesarias, he dirigido también dos notas al Gobierno de esta República y al de S. M. el Rey de Italia, que se hallan igualmente interesados en la consolidación de la paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil.

Muy satisfactorio me será que mi comunicación a estos gobiernos amigos, cerca de los cuales estoy acreditado, dé el resultado que es de desear, y merezca la aprobación de V. E. y del Exmo. Señor Presidente; y al mismo tiempo me es honroso reiterar a V. E. las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

M. BALCARCE.

A S. E. el Señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Dr. D. Carlos Tejedor.

(TRADUCCIÓN)

París, Agosto 2 de 1872.

Señor Ministro:

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. una cuestión que interesa en alto grado a mi Gobierno y a mi país, y de llamar su alta y benévola atención sobre este punto.

Han surgido dificultades entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, a causa de haberse negociado aisladamente un tratado por esta última potencia con el Paraguay, de donde resulta la ocupación de este Estado por un ejército brasileiro.

Mi Gobierno ha creído ver en este acto una violación directa del Tratado de la Triple Alianza y un peligro real y permanente

para el Paraguay, cuya independencia los aliados se habían comprometido mutuamente a mantener y respetar.

La situación se agrava además con la ocupación prolongada por las tropas brasileras de la importante isla argentina *del Atajo* o *Cerrito*, situada a la embocadura del Paraguay, y en la cual para las necesidades de la guerra contra el Dictador López, los Brasileros habían establecido un hospital militar, un arsenal para la compostura de sus buques y depósitos considerables de armamentos.

Esta ocupación, en efecto, no se justifica hoy por necesidad alguna; ella ha provocado, pero en vano, las reclamaciones del Gobierno de la República: ha habido recriminaciones de ambas partes y la situación es tal que ha dado lugar a temer graves complicaciones.

Mi gobierno en vista de tales eventualidades y animado por el deseo de llegar a un arreglo igualmente aceptable para ambos países, ha nombrado en misión extraordinaria cerca del gabinete de Río Janeiro, al General D. Bartolomé Mitre, ex Presidente de la República Argentina, General en Jefe de los Ejércitos de la Triple Alianza durante casi toda la guerra del Paraguay y uno de los ciudadanos más autorizados por todos los títulos, para la alta y delicada misión que se le confía.

El General Mitre, debe haber llegado ya a Río y es de esperarse que obtendrá una acogida conciliatoria por parte del Gobierno Brasiler y del Emperador D. Pedro, cuyos esclarecidos sentimientos e ideas generosas están universalmente reconocidos.

Con todo, en el caso de mediar disentiimientos y complicaciones que pudieran perturbar el progreso y la prosperidad de que gozan hoy ambos países, comprometer la paz de todos los Estados del Plata, perjudicar, en fin, por una correlación inevitable, los grandes intereses de comercio, navegación e inmigración que tiene la Europa en ellos, y especialmente la Gran Bretaña, cuyos numerosos capitales han concurrido tan poderosamente al desarrollo de su riqueza y al vuelo de su perfeccionamiento, he recibido de mi Gobierno la orden de remitir a V. E. los documentos adjuntos destinados a enterarle acerca del origen del litigio y de su estado actual.

Séame permitido insistir, señor Ministro, no solamente sobre la magnitud de los desastres que traería a la América del Sud un antagonismo que, rompiendo una alianza útil y fecunda, vendría a infligir a la humanidad nuevos sufrimientos; sino también sobre la importancia de los vastos intereses internacionales que amenazaría esta guerra, y que perjudicaría profundamente, si la moderación moral de las naciones amigas y en particular del Gobierno

de S. M. B., no influyesen para asegurar la paz, el respeto de los Tratados y la independencia de los Estados del Plata.

Esta paz, este respeto y esta independencia son de importancia para la Gran Bretaña, tanto por el bien de los pueblos como por el adelanto de sus súbditos.

Como intérprete acerca de V. E. de la confianza de mi Gobierno y de mi país, no dudo, señor Ministro, que el Gobierno Británico se digne interponer benévolamente, si fuese necesario, sus buenos oficios y su gran influencia para mantenerlos y protegerlos.

En esta confianza, me felicito, señor Ministro, de poder reiterarlos, etc.

MARIANO BALCARCE.

A S. E. el Señor Conde Granville, Ministro Secretario de Estado en los Negocios Estranjeros de S. M. B.

Legación Argentina

París, Agosto 23 de 1872.

Señor Ministro:

Tengo el honor de confirmar a V. E. el contenido de mi nota número 71, de fecha 6 del corriente, acompañándole copia de las notas que de acuerdo con las instrucciones de V. E. habría creído oportuno dirigir a los Gobiernos de S. M. B., del Rey de Italia y de esta República; y ahora me es satisfactorio remitir a V. E. adjuntas, copias autorizadas de las contestaciones amistosas que he recibido y que son una prueba más de las simpatías que merecemos a estos Gobiernos y de sus deseos de propender a la conservación de la paz entre nuestra República y el Imperio del Brasil.

Acompaño igualmente a V. E. copia de mi respuesta a dichas contestaciones.

Dios guarde a V. E. muchos años.

M. BALCARCE.

A S. E. el Señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Dr. D. C. Tejedor.

Negocios Estranjeros

Londres, Agosto 9 de 1872.

Señor Ministro:

Tengo el honor de acusar recibo de su carta de 2 del corriente, relativa a las diferencias que han surgido entre su Gobierno y el

del Brasil, y me permito informarle que los representantes de S. M. en Río Janeiro y Buenos Aires, han recibido ya instrucciones para que interpongan sus buenos oficios en favor del mantenimiento de la paz.

Me honro de ser, etc.

GRANVILLE.

Al Sr. D. M. Balcarce, etc., etc., etc.

(TRADUCCIÓN)

París, Agosto 17 de 1872.

Señor Ministro:

Me apresuro en agradecer a V. E. la comunicación que me ha hecho el honor de dirigirme con fecha 9 del presente y por la cual tiene a bien informarme que, en el deseo de contribuir a terminar las diferencias que han surgido entre el Imperio del Brasil y la República Argentina, ha hecho transmitir instrucciones a los Representantes de S. M. B. en Río y en Buenos Aires, para que interpongan sus buenos oficios en favor de la conservación de la paz.

Voy a poner sin retardo, Señor Ministro, esta benévola disposición en conocimiento de mi Gobierno, y me felicito de tener que reiteraros, etc.

M. BALCARCE.

Es copia.

J. P. Guerrico

Secretario de la Legación.

A S. E. el Sr. Conde de Granville, Ministro Secretario de Estado en los Negocios Estranjeros de S. M. B.

(TRADUCCIÓN)

Roma, Agosto 12 de 1872.

Señor Ministro:

He recibido con la carta que V. E. me ha hecho el honor de dirigirme el 3 del corriente, los documentos publicados en Buenos Aires, relativos a la cuestión actual entre la República Argentina y el Brasil. V. E. aprecio bien nuestros sentimientos, al creer que la Italia se interesa vivamente por el mantenimiento de las relaciones pacíficas entre los Estados de la América Meridional, y que se felicitaría de poder contribuir a este fin, por medio de la simple

acción amistosa que sus numerosas relaciones con el Brasil y la República Argentina la habilitan ejercer acerca de ambos Gobiernos.

Al agradecerle, Sr. Ministro, la comunicación que ha tenido a bien dirigirme, le ruego que ponga en conocimiento de su Gobierno los sentimientos que nos inspira; aprovecho esta oportunidad para ofrecerle las seguridades, etc.—Firmado: por el Ministro.

ARTON.

Es copia.

J. P. de Guerrico
Secretario de la Legación.

Al Sr. M. Balcarce, Enviado Extraordinario, etc.

Legación Argentina

París, Agosto 17 de 1872.

Señor Ministro:

Me apresuro en agradecer a V. E. su comunicación del 12 del presente, por la cual tiene a bien asegurarme que se felicitaría de poder contribuir a mantener las relaciones pacíficas entre el Imperio del Brasil y la República Argentina por medio de la acción amistosa que sus numerosas relaciones con los dos Estados la habilitan ejercer acerca de ambos.

Sin tardanza, Señor Ministro, pondré en conocimiento de mi Gobierno estas espresiones altamente benévolas y aprovecho la ocasión de reiterarle las espresiones, etc.

M. BALCARCE.

Es copia.

J. de Guerrico.
Secretario de la Legación.

A S. E. el Sr. Vizconde Venosta, Ministro de Negocios Estrangeros de Italia, etc.

(TRADUCCIÓN)

Versalles, Agosto 14 de 1872.

Señor:

He recibido la carta que Vd. me ha hecho el honor de dirigirme el 2 del presente, a que acompaña los documentos relativos a las

dificultades pendientes entre el Gobierno de la República Argentina y el del Brasil. *La simpatía que la Francia siempre ha manifestado por el país que Vd. representa*, como también el cuidado por los considerables intereses de sus nacionales y de su Comercio, la harían sentir profundamente las complicaciones que turban en la tranquilidad de esos países.

Nuestro sincero deseo es, pues, de ver terminado este conflicto, y lo que Vd. me comunica respecto de las instrucciones transmitidas al Sr. General Mitre, me hacen esperar que las negociaciones que le han sido encargadas realizarán este feliz resultado.

No podríamos sino felicitarnos de haber contribuido al éxito de estos arreglos, y en atención a los deseos que Vd. me expresa, fomentaremos voluntariamente en el Gobierno Brasileiro las disposiciones conciliadoras que nos complacemos en creer que le animan.

Me repito, etc.

REMUSAT.

J. de Guerrico.

Secretario de la Legación.

Al Sr. D. M. Balcarce, Ministro de la República Argentina en París.

(TRADUCCIÓN)

Legación Argentina

París, Agosto 17 de 1872.

Señor Ministro:

Tengo el honor de acusar recibo a V. E. de su carta del 14 del presente, en que tiene a bien asegurarme que, fiel a las simpatías que la Francia siempre ha manifestado por la República Argentina, y solícito por los considerables intereses de sus nacionales y de su comercio, fomentará voluntariamente en el Gobierno Brasileiro las disposiciones benévolas que se complace en creer le animan, a fin de efectuar la solución de las diferencias que han surgido entre los dos Estados.

Me apresuraré, Sr. Ministro, a poner en conocimiento de mi Gobierno esta comunicación benévola y las valiosas manifestaciones que ella encierra. Aprovecho esta oportunidad, etc.

M. BALCARCE.

A S. E. el Sr. Conde Remusat, etc., etc.

Legación Argentina en los Estados Unidos

Nueva York, Septiembre 21 de 1872.

Exmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

Señor Ministro:

Aunque ya tuve la honra de comunicarlo a V. E. en anteriores correos, el Secretario de Estado me prometió recomendaría a las Legaciones de Estados Unidos en el Brasil y Montevideo, manifestasen el interés con que este Gobierno miraba las cuestiones pendientes entre la República Argentina y el Brasil respecto a las consecuencias de la Alianza, creí conveniente solicitar de nuevo de este Gabinete el envío de instrucciones a aquellas Legaciones para coadyuvar a un arreglo pacífico y honorable entre nuestra República y el Brasil.

El Enviado Argentino en esta última corte me encarecía la conveniencia que resultaría a su negociación si se contase con el apoyo moral que desde meses atrás solicitó de este Gobierno.

El resultado de mis nuevas insinuaciones a este Gabinete ha sido la carta confidencial y privada que traducida acompaño y en contestación a la que dirigí el 15 del corriente al Señor Secretario de Estado.

Antes de ahora, escribió el Sr. Fish a la Legación de Estados Unidos en el Brasil, a pedido mío, encargándole observase la marcha de los sucesos políticos a consecuencia de la Alianza, y diese cuenta para obrar en consecuencia. Así me lo aseguró el Señor Fish.

El *Herald* (de Nueva York) confirma la noticia dada por otros periódicos de Washington, sobre el nombramiento del Sr. J. White para Ministro de los Estados Unidos en la República Argentina, nombramiento cuya aceptación parece haber declinado aquel señor.

Reitero a V. E. mi más atenta consideración.

MANUEL R. GARCÍA.

(TRADUCCIÓN)

Confidencial

Garrison, Septiembre 17 de 1872.

Querido Sr. García:

Apenas puedo disponer de un momento para acusar a Vd. recibo de su carta del 15, diciéndole que enviaré instrucciones a nuestro

Representante en Río (con el mayor placer) y le manifestaré el vivo deseo de este Gobierno porque se logre un arreglo pacífico y honroso de las diferencias pendientes entre la República Argentina y el Brasil.

Me repito de V. E. con mi mayor consideración.

HAMILTON FISH.

Es traducción fiel.

GARCÍA.

(CONFIDENCIAL)

Legación Argentina en los Estados Unidos

Wáshington, Octubre 20 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Dr. D. Carlos Tejedor.

Señor Ministro:

El día 10 del corriente asistí al despacho del Sr. Secretario de Estado, con el objeto de saber si se habían enviado a la Legación de los Estados Unidos en el Brasil instrucciones para apoyar moralmente la negociación que sigue en el Janeiro nuestro Ministro Plenipotenciario, según me prometió hacerlo el Sr. Fish en carta confidencial privada de que instruí a V. E. por el correo último. Proponíame además saber en qué estado se encontraba el prometido envío de un Agente diplomático a la República Argentina.

Espuse al Sr. Secretario de Estado, que me constaba haberse enviado ya instrucciones a los representantes de Inglaterra y Francia en el Brasil, a efecto de que interpusiesen buenos oficios, a fin de alcanzar entre la República Argentina y el Brasil un arreglo honorable, que prestando mutuas garantías para el porvenir, asegurase una paz de que necesita la República a la par del Imperio, Tanto más valiosa es para mi Gobierno la influencia moral de esta República, cuanto que los intereses que mueven a los poderes europeos a apoyar la conservación de la armonía entre el Brasil y las República del Plata y la del Paraguay son más que otra cosa, mercantiles, al paso que los Estados Unidos están llamados a sostener y apoyar otras de un orden más elevado y en armonía con la democracia del continente americano.

El Sr. Secretario de Estado reiteró las seguridades que en otras ocasiones me había dado en apoyo de aquellas ideas, agregando

que si bien sentía se encontrase ausente de Río el Gefe de la Legación de Estados Unidos, sin embargo se había escrito en ese sentido al Secretario Encargado de Negocios.

Respecto al nombramiento de Ministro para la República Argentina, me manifestó que el General White, propuesto en substitución de Mr. Legendre, cuyo nombramiento no había tomado el Congreso en consideración, había declinado su aceptación por mala salud.

Agregó además, que hasta no tenerse la seguridad de la reelección del Presidente, éste no creía conveniente hacer nombramientos diplomáticos, prefiriendo esperar un poco de tiempo, como lo hacía con la Legación en Rusia, vacante hoy como la de Buenos Aires. Por otra parte, me dijo, pocos serían los que querían aceptar empleos provisorios mientras no se decide la cuestión presidencial.

Esta explicación del Sr. Fish coincide con la opinión que yo había formado y que comuniqué a V. E. Al despedirme del Sr. Secretario, me pregunto con interés si creía que los tropiezos de la negociación Argentina Brasileira podían a mi juicio afectar la paz.

Respondile que no le temía. Que mi Gobierno no daría el primer paso para romperla. Que el carácter de las dificultades que actualmente presentaba la negociación, era de dignidad y decoro nacional; que el Brasil parecía exigir que retirásemos ciertos pasajes de una nota, que estaba apoyada en el perfecto derecho de la República, derecho fundado en pactos solemnes, cuya observancia era incompatible con la negociación del Barón de Cotegipe y espíritu de esa política amenazante a los verdaderos intereses del equilibrio democrático en el Plata, que mi Gobierno se consideraba en el deber imprescindible de mantener como prenda de amistad sólida con la monarquía vecina. Razón que hace inestimable la influencia moral de este Gobierno y que mi Gobierno espera y desea obtener, reposando en las benévolas disposiciones que he tenido la honra de oír de V. E. en repetidas conferencias.

El Ministro me repitió había escrito a Río, y me preguntó con interés cuando habría correo; acaso para recalcar en el mismo sentido.

Es cuanto tengo la honra de informar a V. E.

Dios guarde al Sr. Ministro.

MANUEL R. GARCÍA.

Buenos Aires, Noviembre 28 de 1872.

Avísese recibo.

C. TEJEDOR.

Contestación de la Legación Argentina en Estados Unidos

Buenos Aires, Junio 21 de 1872.

A S. E. el Señor Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Carlos Tejedor.

Señor Ministro:

Recibí la comunicación de V. E. fecha 27 de Abril y demás anexos por el vapor llegado a Nueva York el 18 del corriente. Haré oportuno uso de los datos importantes de que V. E. me instruye, una vez que reciba las memorias y el mensaje que hasta este momento no han llegado. Arreglaré sobre ellos y demás antecedentes la marcha que convenga seguir, comunicando como V. E. lo dispone.

Agradeciendo a V. E. los conceptos honrosos con que me favorece haré cuanto de mí dependa por corresponder a la confianza que se me dispensa.

Quiera aceptar V. E. las seguridades de mi más distinguida consideración.

MANUEL R. GARCÍA.

(CONFIDENCIAL)

Legación Argentina en los Estados Unidos

Nueva York, Julio 22 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Carlos Tejedor.

Señor Ministro:

Oportunamente comuniqué al Señor Encargado de Negocios de Méjico el estado de nuestras relaciones diplomáticas con el Brasil, habiéndome comunicado en contestación haber transmitido mi despacho a su Gobierno. Lo hice igualmente con el Señor Secretario de Estado, según lo demuestra la copia adjunta, ampliando en carta particular los conceptos de la nota oficial y confidencial, pidiendo le fuese servido señalarme día para una entrevista. Esta fué designada para el 5 del corriente. Espuse en ella al Señor Se-

cretario de Estado la situación en que nos había colocado el Brasil ratificando la negociación aislada que en abierta oposición a los pactos de alianza y protocolos previos a la negociación de paz con el Paraguay, había celebrado el Barón de Cotegeipe con el Gobierno de la Asunción.

Reiteré la indicación hecha en carta particular, reducida a que, habiéndose cerrado las sesiones del Congreso sin aprobarse la propuesta del Presidente en favor del señor Legendre para Ministro de los Estados Unidos cerca de la República Argentina, y siendo de suma importancia se enviase a la posible brevedad a aquel destino un Agente Diplomático, me permití insinuar al Sr. Secretario si era posible recabar del Sr. Presidente en uso de sus atribuciones constitucionales durante el receso del Congreso, el envío de un Ministro cuya presencia en el Río de la Plata en estas circunstancias podía ser de suma importancia para los intereses republicanos, amenazados por las tendencias del Gobierno del Brasil. Que la ocupación militar del Paraguay, agregué, por tiempo indefinido y sin limitación de fuerzas marítimas y terrestres en plena paz y abierta oposición al pacto de Alianza, producían una justa alarma en la opinión del pueblo y del Gobierno Argentino, deseosos de mantener la paz y de cumplir, sin mengua de sus derechos, los fines elevados y justos que, respecto a la independencia del Paraguay y de su organización republicana se tuvieron en vista al aliarnos contra el Dictador López, con el Brasil y la República del Uruguay. Al celebrar esa alianza, continué, y al cumplir por nuestra parte sus estipulaciones durante una prolongada, ardua y onerosísima campaña, el pueblo y el Gobierno Argentino, esperaban que esa fraternidad de peligros y de sacrificios cimentaría la unión de pueblos que si bien diferían en organización política, sentían las mismas necesidades y solicitaban por sendas análogas el desarrollo de intereses llamados a hacer la felicidad de la América del Sur merced a la armonía y cooperación recíproca para su logro. Agregué que la conducta del Brasil, después de terminada la guerra del Paraguay, hacía sospechar una reacción peligrosa, una tendencia dirigida a ejercer una prepotencia inconciliable con la justicia y lealtad que cumplían a la única monarquía del nuevo mundo para con sus aliados y el Paraguay. Que mientras se buscaban pretextos especiosos y estrechos para justificar la violación de la alianza y de pactos ulteriores para no negociar en común la paz definitiva con el Paraguay; se sacrificaba el porvenir de esa República exhausta y abusando de la inesperienza política de sus hombres de estado y explotando con arte prevenciones absurdas entre los Argentinos, el Brasil reducía al Paraguay a una autono-

mía aparente y a una dependencia real del poder del Imperio. Esta situación, agregué, ni puede ni debe ser indiferente a la República que ejerce la primacía entre las democracias y cuya influencia moral precipitó el derrumbe del trono que en momentos de prueba para la unión pretendieron implantar en Méjico las bayonetas europeas. Esa influencia moral debe hacerse sentir en el Continente Americano, siempre que las instituciones republicanas se encuentren amenazadas. Es llegado el momento de que se cumplan los votos de este pueblo, espresados por el Presidente Grant al recibir al Representante del Brasil.

Recordé al Sr. Secretario la oferta que me había hecho en la última entrevista que tuvimos en Wáshington, de oficiar al Ministro de los Estados Unidos en el Uruguay y Paraguay recomendándole observase y diese cuenta a este Gobierno sobre el rumbo que tomaban los negocios de la alianza.

El Sr. Secretario de Estado, después de manifestarme que este Gobierno miraba con toda solicitud negocios que como éstos afectaban intereses y fines que siempre había considerado muy importantes, me ofreció hablar dentro de breves días al señor Presidente, para manifestarle la urgencia de enviar un Agente diplomático a la República Argentina.

Respecto a la indicación que Vd. me hizo, agregó, y a mi promesa de recomendar estos negocios al Sr. Stevens, cumplí ésta, aun hice más, oficié al Sr. Perkins, nuestro Ministro en el Brasil. Este último, agregó el Secretario de Estado, ha conferenciado con el Ministro del Emperador, el cual le ha asegurado que el Brasil consultaría los intereses de los aliados y los del Paraguay en la pacificación. El tono del Secretario de Estado al comunicarme la respuesta dada en el Brasil a Mr. Perkins, era manifestamente irónica, pues la ocupación militar en el Paraguay y en plena paz y las exigencias del Brasil con el Paraguay mal se avienen con las seguridades dadas al Sr. Perkins.

Habiéndome manifestado el Señor Secretario deseaba mucho tener a la vista el texto de los tratados celebrados por el Barón de Cotegeipe, le ofrecí enviárselos acompañados de los artículos del Tratado de Alianza incompatibles con aquellos, comentando además el alcance de los mismos y enviándole una memoria del Ministerio de V. E.

Para hacer más resaltante la violación de los pactos de alianza y ajustes complementarios, copié en una columna el texto de los primeros y en la opuesta los artículos de los tratados de la Asunción, comentándolos con argumentos tomados en su mayor parte

de la interesante nota de V. Es al Gobierno Imperial fecha 26 de Abril.

Me extendí largamente en la conferencia sobre las causas que a mi entender inducían al Brasil a asumir la actitud de aliado del Paraguay, apoyando sus pretensiones territoriales sobre el Chaco, en manifiesta contravención a los compromisos y garantías indivisibles de la Alianza. Volví a explicar al Ministro lo que importaba la aparente generosidad del Brasil respecto a renuncia de límites cuando el tratado de paz hacía del Paraguay una Provincia del Imperio encargada de mantener en ella el *orden interior*, estableciendo al efecto una ocupación armada y tomándose el territorio entero del Paraguay en hipoteca de una deuda enorme acrecentada además por los gastos de la ocupación militar, deuda cuya liquidación y pago se arreglarían sin intervención de los aliados, tan acreedores como el Brasil aunque ajenos al espíritu mercantil que este mostraba al negociar la paz en el Paraguay exhausto y cubriendo así otros cálculos de absorción territorial.

En cuanto a nuestra ocupación del Chaco, clasificada hoy por el Brasil de abusiva e injusta, expliqué al Secretario que lejos de importar una conquista, pues ese territorio jamás había pertenecido a la Gobernación del Paraguay colonial, siendo pretendido por Bolivia sin mejores títulos que los del Paraguay, me bastaba señalar al Señor Secretario las declaraciones de la memoria de V. E. que leí al Sr. Fish. Además es tan explícito el tratado de alianza sobre esta materia, espuse, que el último que debiera observar sobre ese punto es el Brasil, el cual cuando solicitó empeñosamente nuestra alianza, se obligó a garantizar la ejecución del artículo de aquella sobre límites argentinos con el Paraguay, límites que hoy desconoce para captarse a los Paraguayos, cuya tutela se arroga oficiosamente.

El ideal de los antiguos estadistas portugueses en América, dije, fué redondear el territorio del Brasil, dándole por límites el Amazonas y el Plata. La existencia de Repúblicas vecinas era para los mismos una amenaza constante para la estabilidad de la Monarquía que se transplantaba al Nuevo Mundo. Por estravagante, por irrealizable que parezca el hecho, la política actual del Imperio parece inclinada a producir una reacción en favor de aquellas añejas ideas.

Al despedirme del Señor Secretario, volví a asegurarme que podíamos contar con las amistosas disposiciones de este Gobierno en favor de nuestros intereses republicanos, de la paz y del desarrollo de nuestros pueblos, agregando que podía comunicarlo así

a mi Gobierno. Terminó el Secretario con estas palabras: — No temen VV. que el Brasil les haga la guerra.

Habiendo manifestado el Sr. Fish que deseaba obtener del Secretario de la marina ciertos informes que me había encargado obtuviese el Sr. Presidente de la República, informes que sólo podría darme el Sr. Robinson por intermedio del Sr. Secretario de Estado; éste me prometió recomendar mi solicitud.

En resumen, Sr. Ministro, creo que las disposiciones de este Gobierno lo inducen a prestarnos todo el apoyo moral conciliable con su carácter de neutral. Espero dará a sus representantes en el Brasil y en el Plata instrucciones y poderes bastantes para hacer efectivas sus disposiciones amigables. Creo haber llenado el objeto que V. E. me recomendó esponiendo los hechos, escitando el concurso moral de este Gobierno en favor de nuestra causa.

Saludo a V. E. con mi distinguida consideración.

MANUEL R. GARCÍA.

Buenos Aires, Agosto 27 de 1872.

Contéstese aprobando su conducta.

CARLOS TEJEDOR.

(CONFIDENCIAL)

Nueva York, Junio 26 de 1872.

Hon. Hamilton Fish, Secretario de Estado.

Señor Secretario:

Cumplo las órdenes de mi Gobierno al poner en conocimiento del Sr. Presidente el estado de las relaciones diplomáticas del Gabinete Argentino con el del Brasil, a consecuencia de los tratados definitivos de paz que éste ha celebrado con la República del Paraguay.

Grave es la situación en que ha colocado a mi Gobierno el proceder del Brasilero, en virtud de la ratificación de los tratados que aisladamente acaba de celebrar el Imperio. Estas estipulaciones amenazan producir conflictos muy serios para la independencia misma de las Repúblicas del Plata. Mi Gobierno quiere sinceramente la paz; hará los últimos esfuerzos por mantenerla respetando los pactos subsistentes con sus aliados, pero conoce la extensión de sus deberes y los sostendrá a toda costa.

Ha creído mi Gobierno llegado el caso oportuno de instruir a

éste, que tan celoso se ha mostrado siempre por la conservación del sistema republicano en América, sobre las tendencias actuales de la política del Imperio en el Plata.

Premiosa es la presencia de un Agente Diplomático de los Estados Unidos en la República Argentina, en las actuales circunstancias. En entrevistas anteriores con Vd. tuve la honra de manifestarle cuanto convenía nombrar para aquel destino y sin demora, un sujeto enterado de la política de nuestro país y cuya influencia moral, ejercida a nombre de esta República, fuese cual cumple a los intereses republicanos que nos ligan. La opinión y el apoyo moral de este Gobierno son de incalculable precio en el Plata, como lo fueron en este continente para resguardar la soberanía de Méjico.

Cuando el actual representante del Brasil presentó sus credenciales al Presidente Grant, éste, con profunda previsión política, recordó al Gobierno Imperial los serios deberes de justicia y de moderación que imponían al Brasil su población, su extensión geográfica y sus recursos tan superiores a los de otros poderes que lo rodeaban en el continente meridional.

Los sucesos actuales, señor Secretario, demuestran la previsión del Presidente de los Estados Unidos, el cual espresaba en aquella ocasión el voto del pueblo norteamericano por la integridad de las repúblicas, por el imperio de la moderación y de la justicia, como norma conveniente a la única monarquía americana con relación a sus vecinos. El pueblo más fuerte de la América del Sud amenaza hoy a sus vecinos, mantiene en el Paraguay *durante la paz y como precio de ésta*, ejércitos y escuadras de ocupación por término indefinido; sin la fiscalización y el concurso de sus aliados, cobra indemnizaciones; establece arsenales en el Alto Paraguay, fortifica en el Bermejo la Isla del Atajo, que reclama uno de sus aliados y que domina la entrada del río Paraguay. Por último, el tratado recientemente celebrado por el Brasil con el Gobierno de la Asunción, ha violado el de la Alianza, creando un protectorado *de facto* en el Paraguay, contra lo acordado solemnemente en aquel tratado. Estos hechos amenazan la autonomía de las Repúblicas vecinas. El Brasil, con su poderosa marina, se hace árbitro de la navegación de los afluentes del Plata.

La independencia del Paraguay (garantizada colectivamente por los aliados, para evitar la prepotencia de uno de ellos) depende hoy del Brasil, constituido en *protector del orden interno* y de la *seguridad del Paraguay*, constituido en Provincia del Imperio, aunque otra cosa se aparente.

El Gobierno Argentino al aliarse al Imperio para reparar por

las armas los agravios inferidos por el Dictador del Paraguay, creyó que se habían cambiado en el Brasil las tradiciones de conquista; creyó que la alianza sería en la paz como lo fué durante el peligro, respetada religiosamente. Parece que el Brasil se propone probar lo contrario y que es fácil retroceder la marcha de los tiempos.

Mi Gobierno, Sr. Secretario, ha hecho los mayores esfuerzos por tratar al pueblo del Paraguay con las consideraciones debidas al infortunio. Por única compensación de los enormes sacrificios de la guerra a que se le provocó, se ha limitado a tomar posesión de territorios que no reclama como conquista, antes bien, desea discutir su buen derecho a ellos. Su seguridad territorial amenazada exige esa ocupación.

Faltando el Brasil a los compromisos contraídos por la alianza, las consecuencias de estos hechos pueden traer resultados muy variados. Tal es la situación. Mi Gobierno espera que el de los Estados Unidos la apreciará en sus consecuencias.

Reitero al Sr. Secretario el testimonio de mi distinguida consideración.

MANUEL R. GARCÍA.

Es copia.

Tomás Mota.

Oficial de la Legación.

Nueva York, Julio 7 de 1872.

Hon. Hamilton Fish, Secretario de Estado.

Sr. Secretario:

En los adjuntos números de *La Nación* de Buenos Aires se contienen los textos de los tratados celebrados por el Brasil con el Paraguay.

He formado un análisis comparativo de los tratados ya enunciados y el de la alianza celebrada entre el Brasil, la República Argentina y la del Uruguay.

La lectura de este análisis dará a V. una idea de la actitud asumida por el Brasil respecto a sus aliados y a la República del Paraguay.

El adjunto ejemplar de la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina contiene una reseña de las relaciones del Brasil con nuestro Gobierno.

Reitero a V. las seguridades de mi distinguida consideración.

MANUEL R. GARCÍA.

Es copia.

Tomás Mota.

Oficial de la Legación.

(TRADUCCIÓN)

Departamento de Estado

Wáshington, 19 de Julio de 1872.

Sr. Dr. D. Manuel R. García, etc., etc., etc.

Señor:

Oportunamente recibí la interesante nota confidencial de V. fecha 26 del mes pasado. Las dificultades subsistentes entre la República Argentina y el Brasil a que V. alude en la misma nota, son muy deplorables, siendo de esperar terminen satisfactoriamente sin necesidad de recurrir a medidas estremas.

Respecto a la sujestión de V. sobre la conveniencia de acreditar cerca de la República Argentina un Ministro de los Estados Unidos, el Gobierno delilera sobre ello y es probable no pase mucho tiempo sin que se provea a ese nombramiento.

Reitero a V. las seguridades de mi alta consideración.

HAMILTON FISH.

— Está conforme.

Tomás Mota

Oficial de la Legación.

(TRADUCCIÓN)

Departamento de Estado

Wáshington, 19 de Julio de 1872.

Sr. Dr. D. Manuel R. García, etc., etc., etc.

Señor:

Ha sido recibida la nota de V. de 7 del corriente. Los datos que la acompañan y que se refieren a las dificultades existentes entre

la República Argentina y el Brasil, nacidas de la guerra con el Paraguay, son altamente apreciadas (*highly acceptable*).

Aprovecho esta ocasión para ofrecer a V. las seguridades de mi alta consideración.

HAMILTON FISH.

Está conforme.

Tomás Mota

Oficial de la Legación.

Nota dirigida a la Legación Argentina en Chile

Buenos Aires, Abril 27 de 1872.

A S. E. el Señor D. Félix Frías, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Chile.

Señor Ministro:

El infrascripto anunció a V. E. en carta privada que la desinteligencia con el Gobierno Imperial a causa de los tratados celebrados separadamente por su plenipotenciario con el Gobierno del Paraguay, estaban en camino de arreglarse mediante las esplicaciones categóricas de esta ciudad. La nota con que el Gobierno Imperial ha contestado la del Gobierno Argentino, no ha correspondido a ninguno de estos compromisos, agravándose su actitud a este respecto con la que ha tomado también en el reclamo anterior de la Isla del Atajo, a la embocadura del Río Paraguay.

El Gobierno Argentino, sin embargo, no ha abandonado el debate y espera todavía que meditado el asunto a la luz de las nuevas consideraciones, sea posible algún medio conciliatorio que impida desinteligencia definitiva. Mas para el caso de que esto no suceda, quiere que su Representante en Chile conozca desde ahora toda la cuestión y la haga conocer de ese y demás Gobiernos Sudamericanos. Al efecto se le remiten (por este vapor o por el correo) ocho ejemplares de la memoria de este año y una copia de las notas cambiadas después de la impresión de aquélla, de las cuales esa Legación sacará los ejemplares necesarios. El Gobierno Argentino espera, además, que el Sr. Plenipotenciario con su reconocida inteligencia y patriotismo, pondrá de su parte todos aquellos medios que conceptúe mejores para contribuir al resultado que se busca con la publicidad de la cuestión.

Quiera el Sr. Ministro aceptar con este motivo las seguridades de su más alta consideración.

C. TEJEDOR.

Legación Argentina

Santiago, Mayo 28 de 1872.

Señor Ministro:

He tenido el honor de recibir la nota de V. E. fecha 27 del mes pasado, por la que veo con sentimiento que no se han realizado las esperanzas que V. E. había concebido después de las conferencias tenidas con el Plenipotenciario del Brasil, de que no se alterarán las relaciones amistosas de la República Argentina con el Imperio en consecuencia de los tratados celebrados por dicho Plenipotenciario en el Paraguay.

Inmediatamente puse en manos del Sr. D. Adolfo Ibáñez, Ministro de Relaciones Exteriores, la Memoria de V. E. al Congreso Nacional; y en seguida le he enviado copia de las comunicaciones, posteriores a su impresión y relativas a la misma cuestión, acompañándolas con la nota cuya copia adjunto. El vapor de mañana llevará la memoria de V. E. a los Ministros de Relaciones Exteriores del Perú y de Bolivia, y envío además a nuestro Cónsul General en Lima los diarios en que están reproducidos los principales documentos que ella contiene sobre el estado presente de nuestras relaciones con el Brasil, con el objeto de que reciban publicidad en la prensa peruana.

Los diarios de esta ciudad publican hoy la parte de la memoria de V. E. que se refiere a la *Triple Alianza*, y mañana lo harán los de Valparaíso.

Si desgraciadamente no se restablecen pronto las amigables relaciones entre los dos países, ruego a V. E. me mande por la vía marítima el mayor número posible de las publicaciones que contengan los documentos de ese debate, a fin de ponerlos en manos de las personas más influyentes de esta República, pues muchos de ellos, por su extensión, no es fácil sean insertos en los diarios chilenos. No dudo que una vez que sea conocido el espíritu que anima al Gobierno Argentino, en su resistencia a la violación del pacto de la Triple Alianza y en defensa de los derechos y de los intereses del Paraguay mismo, las simpatías de estas Repúblicas del Pacífico se manifestarán en favor de la República Argentina.

Dios guarde a V. E.

FÉLIX FRÍAS.

A S. E. el Sr. Dr. D. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

Buenos Aires, Junio 19 de 1872.

Avísese recibo y agréguese a sus antecedentes.

C. TEJEDOR.

COPIA

Legación Argentina en Chile

Santiago, Mayo 25 de 1872.

Señor Ministro:

Deseando el Gobierno Argentino que su política exterior sea debidamente apreciada por las Repúblicas amigas, y persuadido de que la lealtad de su proceder es la mejor respuesta que él pueda dar a las alarmas que antes de ahora se concibieron en el Pacífico con motivo de la guerra que se vió obligado a sostener con el Paraguay en defensa del honor nacional, gratuitamente ultrajado por el dictador López, ha dado orden a esta Legación de informar a V. E. del estado actual de sus relaciones con el Imperio del Brasil, aliado de la República Argentina en aquella lucha.

Con este motivo, he tenido ya el honor de poner en manos de V. E. la memoria presentada al Congreso Nacional por el Ministro de Relaciones Exteriores, y ahora tengo el de enviarle copia de las notas relativas al desacuerdo suscitado por los tratados que el Brasil ha celebrado últimamente en el Paraguay.

En vista de todos esos documentos confío en que el Gobierno de Chile hará justicia a los poderosos motivos que colocaron no ha mucho al pueblo Argentino en la dolorosa necesidad de llevar las armas a un pueblo vecino y desgraciado ya por los males de que lo hacía víctima un déspota odioso; y la hará al mismo tiempo al respeto que después de su victoria muestra el Gobierno que tengo el honor de representar, por el infortunio de ese mismo pueblo, animado hoy, como siempre, del firme propósito de no abusar de su victoria y de hacer, por el contrario, cuanto esfuerzo tienda a su organización y prosperidad.

El Gobierno Argentino abraza la esperanza de que serán atendidos sus justos reclamos, y que el Brasil no persistirá en una vía que conduce a la ruptura de la alianza que lo unió a la República Argentina y cuyo objeto no fué otro que obtener la satisfacción a que les daba derecho el agravio recibido sin ofender, una vez

alcanzado el triunfo, la soberanía ni la independencia de la República del Paraguay.

El interés que V. E. me ha espresado no ha mucho, porque no se alteren nuestras relaciones pacíficas con el Brasil, ha movido a mi Gobierno a apresurarse a manifestar a V. E. que su más vivo anhelo es vivir en la mejor armonía con los Estados vecinos, no apartándose, como es su deber, para conseguirlo del terreno del derecho y de la justicia.

Me es grato aprovechar esta nueva ocasión para reiterar a V. E. las seguridades de la alta y distinguida consideración con que soy de V. E. atento y seguro servidor.

FÉLIX FRÍAS.

Está conforme.

S. Estrada.

Legación Argentina en Chile

Santiago, Mayo 31 de 1872.

Señor Ministro:

Tengo el honor de remitir a V. E. copia de la nota que me ha dirigido el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de esta República en contestación a la que yo le pasé, acompañándole los documentos relativos al desacuerdo que se ha producido con motivo de la celebración del tratado definitivo de paz con el Paraguay, y que ha interrumpido momentáneamente las buenas relaciones que ligaban a nuestro país con el Imperio del Brasil.

V. E. recibirá por la vía marítima la copia de la nota de esta Legación a que se refiere la respuesta del Gobierno Chileno, y el duplicado de ella por el correo de tierra que parte mañana.

Dios guarde a V. E.

FÉLIX FRÍAS.

A S. E. el Sr. Dr. D. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

Avísese recibo y agréguese a sus antecedentes.

C. TEJEDOR.

COPIA

Santiago, Mayo 28 de 1872.

Señor:

He tenido la honra de recibir y poner en conocimiento de Su Excelencia el Presidente de la República, la nota y sus anexos que

V. S. se ha servido dirigirme con fecha 25 del presente, para darme a conocer los sentimientos y propósitos que movieron a su gobierno a entrar en la lucha con el Paraguay y el estado en que al presente se encuentran sus relaciones con el Brasil, su aliado en aquella contienda.

S. E. el Presidente no ha podido instruirse sin profundo pesar de las comunicaciones aludidas, porque ellas vienen a contrariar penosamente sus sinceros deseos de que la mejor inteligencia domine en las relaciones de la República Argentina y el Brasil.

Cuando a principios de Febrero llegaron a Chile las primeras noticias que hacían presagiar una desavenencia entre ambas naciones, mi Gobierno no pudo resistir su natural impulso de dar expresión a sus deseos y al efecto impartió a su Ministro Plenipotenciario en aquellos Estados, todas las instrucciones convenientes para que, observando atentamente el curso de los sucesos, hiciera sentir, si llegaba el caso, la acción oficial de Chile, en el sentido de provocar entre ellos avenimiento amistoso.

Lo espuesto hará conocer a V. S. la viva solicitud que abriga mi Gobierno por la tranquilidad de los Estados amigos y las medidas que en previsión de cualquier emergencia había adoptado anteriormente.

Aprovecho esta ocasión para ofrecer a V. S., una vez más, la expresión de mis sentimientos de perfecta consideración con que soy de V. S.

Atento y seguro servidor.

ADOLFO IRÁÑEZ.

Al Sr. D. Félix Frías, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina.

Está conforme.

Santiago Estrada.

Nota dirigida al Gobierno de la República Oriental del Uruguay

Buenos Aires, Abril 27 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay, D. Ernesto Velazco.

Señor Ministro:

En la cuestión que hoy se debate entre esta República y el Imperio del Brasil, considerada en sí misma, el Gobierno Oriental no

tiene un interés inmediato; pero lo tiene más grande que nadie bajo el punto de vista de los intereses generales del Río de la Plata.

Si el Paraguay pudiera quedar bajo un protectorado o una ocupación militar como consecuencia del Tratado de 1º de Mayo, las naciones extrañas habrían tenido razón en mirar con recelo el pacto de alianza y las Repúblicas vecinas, no alarmándose por un hecho semejante, sólo darían muestras de insensatez.

El Gobierno Argentino cree pues de su deber dirigirse al Gobierno Oriental, su aliado en los negocios del Paraguay, pidiéndole que tome conocimiento de la cuestión y una su protesta a la de esta República, para que no quede consumado niugún hecho desdorado de la realidad y grandeza de la Alianza. Las notas cambiadas después de la impresión de la memoria y de que se remite también copia legalizada, en su calidad de reservadas por ahora, instruirán bastantemente a ese Gobierno de los esfuerzos que todavía hace el Argentino.

Quiera el Sr. Ministro aceptar con este motivo las seguridades de mi distinguida consideración.

C. TEJEDOR.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Montevideo, Mayo 23 de 1872.

A S. E. el Sr. Dr. D. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

Señor Ministro:

He tenido el honor de recibir la nota de V. E. fecha 27 de Abril último, adjuntando copias de las cambiadas con el Ministro de Negocios Estrangeros del Imperio del Brasil, con motivo de los tratados celebrados últimamente entre este y el Paraguay, y del desalojo de la Isla del Atajo.

S. E. el señor Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo de la República, a quien he dado conocimiento de aquella comunicación, me encarga que al agradecer su envío, acusando recibo, presente al Gobierno Argentino, por conducto de V. E., los sinceros votos que hace el Oriental porque las dificultades que pudieran surgir en la discusión con el Imperio, tengan un pronto y feliz término, que, sin menoscabar los intereses recíprocos, afianzen

convenientemente las buenas y cordiales relaciones entre ambos países.

Cumplidas las órdenes de S. E., sólo me resta ofrecer a V. E. las seguridades de mi mayor consideración.

ERNESTO VELAZCO.

Nota dirigida al Gobierno del Paraguay

Buenos Aires, Abril 27 de 1872.

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Paraguay.

Señor Ministro:

Los tratados celebrados separadamente con el Imperio, han sido a juicio del Gobierno Argentino, por parte del Brasil, como del Paraguay, una infracción de la Alianza que puede tener consecuencias internacionales, desde que ese Gobierno ha consentido además en una ocupación militar indefinida, y en la garantía de uno solo de los aliados. En todos los debates del Río de la Plata, por otra parte, esa República está interesada, no sólo por su posición geográfica, sino también por los resultados de la guerra de que recién ha salido. Deseoso, pues, el Gobierno Argentino de que el Gobierno de esa República no quede fuera del presente, ha creído conveniente instruirle del estado actual de la cuestión, que en estos momentos sostiene sobre dichos tratados, con el Gobierno Brasileiro, y remite con este objeto a ese Ministerio cuatro memorias, y copia legalizada de las notas cambiadas después de su impresión.

El infrascripto reitera con este motivo al Sr. Ministro las seguridades de su respeto y consideración.

C. TEJEDOR.

Asunción, Junio 8 de 1872.

Señor Ministro:

Tuve el honor de recibir la nota de V. E. fecha 27 de Abril próximo pasado, acompañada de cuatro Memorias de ese Ministerio y cuatro copias legalizadas de las comunicaciones cambiadas entre el Gobierno de V. E. y el del Brasil, relativas a los tratados

que celebró esta República con el Imperio. Todo lo que he llevado al conocimiento del Sr. Vicepresidente de la República en ejercicio del Poder Ejecutivo, quien me ordena dar al Gobierno Argentino las más espresivas gracias por ese acto de atención.

Me encarga igualmente no admitir el cargo infundado que V. E. hace a este Gobierno, como infractor de la alianza por haber celebrado separadamente esos tratados.

Es la Alianza, Sr. Ministro, quien a juicio de mi Gobierno es la infractora, al no haber cumplido debidamente el tratado preliminar de paz, en el que se estipulaba que el establecimiento del Gobierno Permanente del Paraguay se efectuaría en el término de tres meses, porque en el interés de todos no podía quedar aplazado por mucho tiempo. Y no obstante esa estipulación del Tratado, recién después de diez y siete meses de haberse celebrado, la Alianza se presentó unida para tratar colectivamente.

El lamentable des-acuerdo o, mejor dicho, la abierta desinteligencia que surgió entre los Sres. Plenipotenciarios Brasilero y Argentino, impidieron, como V. E. lo sabe, los tratados colectivos que el Gobierno Paraguayo había deseado y esperado se efectuasen.

En semejante situación, no quedaba a este Gobierno otra alternativa que la de llevar indefinidamente una existencia anómala o tratar separadamente con cada uno de los Aliados, y resolvió esto último, celebrando sus tratados con el Imperio del Brasil, sin mengua de los intereses argentinos; hallándose dispuesto a concluirlos amistosamente con el Gobierno de V. E.

Es altamente sensible, Señor Ministro, que no abrigando este Gobierno para el pueblo y Gobierno Argentino, otros sentimientos que los de justicia, fraternal aprecio y sincera gratitud, se le dirijan cargos tan inmerecidos que el tiempo y los hechos se encargarán de desvanecer.

Dejando así cumplida la orden del Sr. Vicepresidente de la República y contestada la nota de V. E., tengo el honor de reiterar a V. E. mis sentimientos de alta estima y consideración.

C. LOIZAGA.

A S. E. el Sr. Dr. D. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina en Buenos Aires.

Nota del General en Jefe de las Fuerzas Argentinas en el Paraguay, adjuntando copia del convenio celebrado con ese Gobierno, para la fiscalización de las mercaderías introducidas con destino a proveer las fuerzas de su mando.

Asunción, Diciembre 21 de 1872.

El General en Jefe de las Fuerzas Argentinas en el Paraguay

A S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Carlos Tejedor.

Señor Ministro:

Tengo el honor de elevar a manos de V. E. para que se sirva someterlo a la consideración del Exmo. Gobierno de la República, el convenio que he celebrado con el Gobierno del Paraguay, para la fiscalización de las mercaderías introducidas con destino a proveer las fuerzas de mi mando.

Ruego a V. E. quiera hacer presente a la vez que ese acto guarda el debido respeto a las estipulaciones de los Protocolos de 2 de Junio de 1869 y 20 del mismo mes del siguiente año, y en nada perjudica los intereses de los Proveedores ni se opone a las conveniencias de las tropas que proveen. Asimismo, que cuando presté mi aquiescencia a dicho convenio, éste había sido ya aceptado por S. E. el Sr. Plenipotenciario del Brasil, y estaba en vigencia.

Como verá V. E. reservé la aprobación del Gobierno Nacional, que hoy solicito por su intermedio, rogando una breve resolución.

Dios guarde a V. E.

JULIO DE VEDIA.

CONVENIO

A los diez y nueve días del mes de Diciembre de 1872, en esta ciudad de la Asunción, capital de la República del Paraguay, reunidos los abajo firmados, General Comandante en Jefe de las Fuerzas Argentinas por parte de la República Argentina y el Ministro de Relaciones Exteriores, por parte de la citada República del Paraguay, para acordar en la mejor fiscalización de los artículos importados por los Proveedores de las referidas fuerzas, y de conformidad con la que disponen el art. 8º del Protocolo de 2

de Junio de 1869, ratificado por el art. 5º del 2º Protocolo de 20 de Junio de 1870, resolvieron tomar las siguientes providencias a fin de no perjudicar al fisco y al comercio lícito:

ARTÍCULO 1º — El Proveedor de las fuerzas argentinas depositará en la Aduana de la República una nota explicativa de todos los artículos que despachare para el consumo de dichas fuerzas, conteniendo esa nota la calidad, cantidad y el día, mes y año en que fueron despachados los artículos.

ART. 2º — En la ocasión del despacho firmará un documento por el cual se obligue a pagar los derechos de los artículos que no fuesen consumidos por las fuerzas.

ART. 3º — Para esa fiscalización, ajuste de cuentas y pago de derechos, presentarán los proveedores al fin de cada semestre un documento demostrativo de todos los artículos distribuidos, sus calidades y cantidades, siendo ese documento autenticado por la Comisaría de Guerra y con el competente visto-bueno del General abajo firmado.

ART. 4º — En el caso de que algunos de los artículos referidos, pertenecientes a los proveedores, se deterioren por cualquier motivo imprevisto, quedarán exentos de pagar derecho.

ART. 5º — Para el examen de esos artículos, cuando se diere el caso del artículo antecedente, lo que será participado por el Proveedor, nombrará el General una Comisión para examinar dichos artículos, haciendo parte de ella un empleado de la Aduana, nombrado por el Gobierno de la República y será presidida esa Comisión por el Gefe de la Comisaría de Guerra.

ART. 6º — Hecho el examen se levantará una acta, que será entregada al Proveedor de los artículos examinados, para que la presente a la Aduana en la ocasión del ajuste de cuentas, a fin de serle descontada de la cantidad de los artículos importados.

ART. 7º — Concédese a los Proveedores de las Fuerzas Argentinas la reexportación libre de derechos de los artículos no consumidos por las mismas fuerzas, bajo las siguientes condiciones:

1º Los Proveedores depositarán en la Aduana una letra en caución de los derechos de consumo, correspondiente a los efectos reexportados.

2º Deberán presentar a la Aduana el certificado de haber efectuado la descarga en el puerto o puertos de su destino, debiendo este certificado espresar el nombre del buque, marcas, bultos y calidad de los efectos para ser cotejados con el despacho de su reexportación.

3º Para la presentación del certificado exigido, fíjase el plazo de sesenta días para los puertos del Río de la Plata, y no-

venta días para los del Brasil, salvo los casos de fuerza mayor o circunstancias imprevistas.

4º Terminados aquellos plazos, si los Proveedores no presentasen el certificado exigido en los términos del § 2º, serán obligados a entrar con el importe de la letra depositada.

ART. 8º — Este acuerdo dependerá de la aprobación del Gobierno de la República Argentina, a quien el General abajo firmado pasa a dar conocimiento.

JULIO DE VEDIA.

JOSÉ FALCÓN.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Buenos Aires, Diciembre 3 de 1872.

*Al Sr. General en Jefe de las Fuerzas Argentinas en el Paraguay,
D. Julio de Vedia.*

Sr. General:

He tenido el honor de recibir la nota de V. E. de 21 del corriente, adjuntándome en copia legalizada el convenio celebrado con el Gobierno de esa República para la fiscalización de las mercaderías introducidas con destino a proveer las fuerzas de su mando.

En contestación, cumpla con el deber de participar a V. E. que el Gobierno aprueba el referido convenio y al mismo tiempo reitero a V. E. las seguridades de mi distinguida consideración.

C. TEJEDOR.

Informe de la Comisión Examinadora de la Constitución Federal presentado a la Convención del Estado de Buenos Aires

El pacto del 11 de noviembre, sometiendo al libre examen del pueblo de Buenos Aires la Constitución Federal, que rige a las provincias hermanas, dió origen a la Convención. ⁽¹⁾

El pueblo de Buenos Aires, delegando en vosotros una parte de su soberanía, al efecto, o bien de aceptar dicha Constitución sin observaciones, o bien de proponer en ella las reformas que fuesen convenientes y necesarias, constituyó a la Convención en árbitro de la incorporación de Buenos Aires a la Confederación, por lo que respecta al tiempo, modo y forma en que ella haya de efectuarse.

La comisión examinadora que nombrasteis de vuestro seno, a fin de que dictaminase sobre el particular, tenía, pues, que considerar previamente las dos grandes cuestiones sometidas a vuestra decisión, a saber:

1ª La aceptación simple de la Constitución federal, o sea la incorporación inmediata. ⁽²⁾

2ª La adopción de un plan de reformas a la Constitución, o sea la incorporación por los medios que determina el pacto del 11 de noviembre en su artículo 5º. ⁽³⁾

(1) Artículo 2º del pacto. — Dentro de veinte días después de verificado el presente convenio, se convocará una Convención provincial, que examinará la Constitución sancionada en mayo de 1853, vigente en las demás provincias argentinas.

(2) Artículo 4º del pacto. — Si la Convención provincial aceptase la Constitución sancionada en mayo de 1853 y vigente en las demás provincias argentinas, sin hallar nada que observar en ella, la jurará Buenos Aires solemnemente, en el día y en la forma que esa convención provincial designare.

(3) Artículo 5º del pacto. — En el caso que la Convención provincial manifieste que tiene que hacer reformas en la Constitución mencionada,

La comisión examinadora, al dar cuenta a la Convención del resultado de sus trabajos, cumple con el deber de informarla acerca de los motivos que la han decidido por la adopción del plan de reformas, que expondrá más adelante, y cuya discusión consta de los ocho números del *Redactor* de sus sesiones, que han sido distribuídos a los señores diputados, y que deben considerarse como parte integrante de este informe.

Los motivos que dirigieron a la comisión a optar por la adopción de un plan de reformas, y no por la simple aceptación de la Constitución, los unos son de un orden puramente transitorio, y los otros de un interés permanente. La comisión pasa a exponerlos brevemente.

Partiendo de la base de que el convenio del 11 de noviembre fué a la vez un tratado de paz y un pacto de unión, la comisión reconoció la necesidad imprescindible de la reforma de la Constitución, como un medio de evitar en lo futuro las causas que habían provocado la lucha, felizmente terminada, y como una prueba evidente de que la incorporación de Buenos Aires se efectuaba por el libre consentimiento y no por la presión de circunstancias pasajeras.

Habiendo sido el origen de la guerra algunas de las disposiciones contenidas en la misma Constitución, ellas no podían quedar subsistentes, sin comprometer la paz de los pueblos en lo futuro y la dignidad de Buenos Aires en lo presente; tanto más cuanto que, en el mismo pacto que puso término a la guerra y determinó las bases de la unión, se reconocía que él tenía por objeto cimentar la paz, sin el sacrificio del decoro de ninguna de las dos partes contratantes, modificándose en consecuencia esas disposiciones en el hecho mismo de pactar. (1)

Importando la aceptación simple de la Constitución por parte de Buenos Aires un mero consentimiento prestado a una ley, que no

esas reformas serán comunicadas al gobierno nacional para que, presentadas al Congreso Federal Legislativo, decida la convocación de una Convención *ad hoc* que las tome en consideración, a la cual la provincia de Buenos Aires se obliga a enviar sus diputados, con arreglo a su población, debiendo acatar lo que esta Convención así integrada decida definitivamente, salvándose la integridad del territorio de Buenos Aires, que no podrá ser dividido sin el consentimiento de su legislatura.

(1) Acordaron nombrar comisionados por ambas partes, plenamente autorizados, para que discutiendo entre sí y ante el mediador, con ánimo tranquilo y bajo la sola inspiración *de la paz y del decoro de cada una de las partes*, todos y cada uno de los puntos en que hasta aquí hubiese disidencia entre Buenos Aires y las provincias confederadas, etc. (Preámbulo del pacto del 11 de noviembre).

había sido ni era la expresión de su voluntad, desde que había sido dictada por un Congreso en que no se halló representado, ese consentimiento podría parecer el resultado de la violencia o de la presión de circunstancias extrañas a la ley misma; y, por lo tanto, el principio de la soberanía no quedaba salvado, si Buenos Aires no ponía en ejercicio el mismo derecho de que usaron las provincias en 1853, patentizando así su libertad de acción por medio de la proposición de la reforma y de la reunión de una Convención nacional, que haga respecto de él lo que el Congreso de 1853 hizo respecto de las demás provincias.

Así, pues, consultando la paz y el decoro de los pueblos, a la vez que los principios fundamentales de las sociedades que se gobiernan por instituciones democráticas, la comisión reconoció que la necesidad de reforma era imprescindible para que la paz fuese fecunda y duradera y para que la unión fuese sólida y ajustada al principio de la soberanía popular.

A esos motivos, de un orden político o administrativo, o nacidos del estudio de la actualidad, se agregaban otros en un carácter esencialmente práctico.

En primer lugar, las cláusulas del pacto del 11 de noviembre que derogan reformas o modifican explícita o implícitamente algunos de los artículos de la Constitución federal (como se demostrará más adelante), haciendo indispensable armonizar el pacto con la Constitución.

En segundo lugar, la experiencia de siete años de vida constitucional, que ha señalado ya los defectos o las deficiencias de la Constitución, demostrando la conveniencia y la necesidad de la reforma, a fin de armonizar la ley fundamental con las exigencias de la opinión y los adelantos hechos en la conciencia de los pueblos, dignificados por la libertad.

Concretándose a esta última consideración, la comisión se hace un deber en declarar que no es de extrañarse que la Constitución federal adolezca de algunos defectos y deficiencias, que la práctica ha puesto en evidencia, desde que ella fué dictada en medio de la guerra, cuando apenas salían los pueblos de una tiranía de veinte años, y las nociones del derecho estaban borradas, faltando, por consiguiente, en los que eran llamados a recibir la ley, y dar la ciencia y la experiencia, por una parte, y los hábitos del propio gobierno, por la otra.

La necesidad suprema era constituir al país, darle una ley común, sacar al gobierno de manos del arbitrario y ligar el porvenir de la República al porvenir de las instituciones. A esta exigencia suprema obedeció el Congreso reunido en Santa Fe, en 1853, interesando a los pueblos por medio de una Constitución escrita, en la

conservación de esta conquista del derecho. Cualquiera que sea su origen y la irregularidad con que ha sido aplicada, siete años de ensayo de las instituciones libres han probado que existía en esa Constitución un principio esencialmente conservador; así como la experiencia adquirida durante ese período ha venido a indicar la necesidad y la conveniencia de perfeccionarla, siendo la ocasión de esto la reunión de la antigua y gloriosa República Argentina, bajo los auspicios de una ley común, libremente discutida y aceptada por todas las provincias, y de común acuerdo reformada en presencia de las lecciones del tiempo y de las necesidades de una nueva época y de una nueva situación.

Esta solución pacífica, legal y arreglada a la verdad de los principios, era la que convenía a pueblos de un mismo origen, que conquistaron su independencia por esfuerzos comunes, cuya gloria es una e indivisible, cuyos infortunios y cuyos intereses son solidarios, y que sólo pueden constituir una nación grande, fuerte y libre, por el concurso de la buena fe de los gobiernos y el patriotismo desinteresado de todos los ciudadanos. Hasta el presente, el único pacto social de la nación argentina era el acta de su independencia. Desde 1816 hasta hoy la nación argentina ha hecho varios ensayos constitucionales, sin que en ningún tiempo haya conseguido fijar sus destinos por medio de sus instituciones. Agitada por la revolución y oprimida por la violencia, la nacionalidad argentina ha sido un hecho que ha sobrevivido, aunque perdiendo algunos de sus miembros, a las guerras intestinas, a las tiranías y al antagonismo de los intereses creados por la desunión y el aislamiento; hasta que al fin de ese hecho ha nacido un derecho, que ha consagrado las soberanías provinciales como base de toda organización nacional, y la libertad como fin a que debe subordinarse toda organización política. Estos dos principios, representados por dos hechos, tuvieron su manifestación en la Constitución federal de 1853, y en la revolución hecha por Buenos Aires el 11 de septiembre de 1852. Fuertes ambos, dotados de esa vitalidad que caracteriza a los principios conservadores de las sociedades humanas, su amalgama es lo único que puede dar estabilidad a la Constitución; pero tal resultado sería efímero, si las dos porciones en que se halla la República dividida (bien que constituídas parcialmente), no se refundiesen con arreglo a los preceptos del acta de nuestra independencia, que declaró a los pueblos “de hecho y de derecho, con amplio y pleno “poder para darse las formas que exigía la justicia, e impere el “cúmulo de las circunstancias”, y por lo tanto, es de absoluta necesidad y de conveniencia recíproca para todos los pueblos que la ley que los haya de regir sea la más alta expresión de la soberanía, la fórmula más completa de las legítimas aspiraciones públicas y

sociales, la sanción más inequívoca del hecho por medio del derecho. Y como tal resultado no podía obtenerse sin que Buenos Aires imprimiese a la ley común el sello de su soberanía, que las demás provincias han puesto ya en ella; y como ese sello no puede ser impreso por el mero consentimiento, sino por la reunión de una convención nacional constituyente, con arreglo al artículo 5° del pacto de 11 de noviembre, la adopción de un plan de reformas a la Constitución por parte de Buenos Aires, y la reunión subsiguiente de esa Convención, es lo que aconseja el patriotismo, lo que dicta la razón y la condición imperiosa que impone el cúmulo de las circunstancias actuales.

Tales son las razones fundamentales que han impulsado a la comisión a optar por la adopción de un plan de reformas a la Constitución, y no por su aceptación simple o condicional, como lo propuso uno de sus miembros, según consta del número 1° del *Re-dactor*.

I

PLAN DE REFORMAS

Fundada la conveniencia y la necesidad de la reforma de la Constitución, la comisión pasa a exponer, en términos generales, su plan general de reformas y las ideas que han presidido a él.

El método seguido por la comisión ha sido esencialmente experimental y conservador, procurando, en cuanto le ha sido posible, no introducir en la Constitución sino las reformas absolutamente necesarias, y adoptando tan sólo las que tienen ya la sanción de la experiencia; además de aquellas que eran una consecuencia natural del pacto de noviembre, y de las que tenían por objeto garantizar los derechos con que Buenos Aires se incorpora a la Confederación.

En su totalidad, las reformas que propone la comisión, ascienden al número de veintiséis, según el cuadro anexo a este *Informe*. De ellas, la mayor parte son adiciones que amplían o aclaran al texto; o supresiones parciales, que tienen por objeto borrar de ella impropiedades o poner en concordancia el texto de los artículos correlativos con los demás artículos reformables; o simples modificaciones. Sólo tres artículos nuevos ha proyectado la comisión, proponiendo la supresión de otros tantos. Los diecinueve restantes, aunque de trascendencia política, económica y social, están concebidos en el espíritu de la Constitución misma, consultando los intereses de todos.

Las reformas indicadas pueden ser clasificadas y divididas en cinco secciones, que forman sistema, y son las siguientes:

1ª *Declaraciones, derechos y garantías.*

2ª *Composición de los poderes.*

3ª *Atribuciones de los poderes.*

4ª *Materias económicas.*

5ª *Reformas del pacto o que son su consecuencia.*

Una vez aceptado el hecho establecido de la forma federal (que es la ley del estado, la base sobre la cual se ha pactado y el principio que domina forzosamente todas las reformas que se proyecten), la base de criterio de la comisión, al formular sus reformas, ha sido la ciencia y la experiencia de la Constitución, análoga o semejante, que se reconoce como más perfecta, — la de los Estados Unidos, — por ser la más aplicable y haber sido la norma de la Constitución de la Confederación. Así, muchas veces ha debido acudir a su texto, en caso de duda o deficiencia, utilizando a la vez el caudal de las leyes suplementarias que la aclaran, así como el cuerpo de doctrina que ellas forman; porque sin esto, la ley argentina sería, en muchas de sus partes, letra muerta, sin significado alguno.

La comisión no ha desconocido, al adoptar esta regla de criterio, que cada pueblo tiene su modo de ser peculiar, sus principios fundamentados de gobierno, encarnados en sus costumbres, sus antecedentes históricos, sus instituciones de hecho, que no están escritas y que tienen toda la fuerza de la ley aceptada; y, por consecuencia, que cada pueblo tiene en sí mismo su Constitución, y que no es posible organizar bien una nación en teoría, prescindiendo totalmente de las leyes del tiempo y del espacio. Pero ha reconocido también que, no obstante estas verdaderas prácticas, el legislador debe propender siempre a levantar los hechos a la altura de la razón poniendo a la ley de parte de ésta, en vez de capitular con los hechos, que no tienen razón de ser; porque, como lo ha dicho un célebre publicista, legislador también de una Confederación, “si las costumbres influyen poderosamente sobre la ley, la ley, a su vez, ejerce su influencia sobre las costumbres; y tan irracional sería lanzarla violentamente contra la corriente de las opiniones como cobarde e imprudente dejarla arrastrar a merced de ella.” Por eso la comisión ha partido de esta base, que es lo que constituye el derecho general:—que existía para los pueblos libres un evangelio político, una moral política, principios fijos que tenían el carácter de dogmas, los cuales, si bien pueden modificarse en su aplicación, no es posible alterar en su esencia. Que por esto, los hombres libres reconocían cierta servidumbre moral, así respecto de esos principios fundamentales, como respecto de los pueblos que más se habían acercado a esa verdad absoluta. Que, siendo hasta el presente el gobierno democrático de los Estados Unidos el último

resultado de la lógica humana, porque su constitución es la única que ha sido hecha por el pueblo y para el pueblo, sin tener en vista ningún interés bastardo, sin pactar con ningún hecho ilegítimo, habría tanta presunción como ignorancia en pretender innovar, en materia de derecho constitucional, desconociendo las lecciones dadas por la experiencia, las verdades aceptadas por la conciencia del género humano. Y por último, que por lo menos, en aquella parte del derecho general que se halla fuera de cuestión, y en la que se relaciona a las originales combinaciones del derecho federal moderno, no teníamos títulos para enmendar o mutilar las leyes de la nación que ha fundado y consolidado prácticamente las instituciones federativas, apoyándose en esos mismos principios, invocando nosotros el especioso pretexto de la originalidad o de las especialidades nacionales, porque la verdad es una, y sus aplicaciones sólo tienen autoridad cuando cuentan con la sanción del éxito.

La comisión debe detenerse algo sobre este tópico, para comprobar con la historia propia, en apoyo de lo dicho, la verdad de este aserto: *que el derecho público nacional o federativo carece totalmente de antecedentes históricos vivaces entre nosotros; que su aparición data de la Constitución de 1853, copia de la de los Estados Unidos; y que el derecho público provincial argentino es el único que tiene raíces en el pasado.*

Puede decirse con verdad que la República Argentina no tiene un solo antecedente histórico vivaz, en materia de derecho público nacional.

Antes de la declaración de la independencia de las provincias unidas del Río de la Plata, la nacionalidad fué un hecho tradicional, que continuaba el sistema colonial. Después de esa época, nunca estuvo unida por el vínculo del derecho, y cuando lo estuvo aparentemente, ese vínculo no tuvo solidez. En los diversos ensayos de constitución nacional que se intentaron, los principios de gobierno escritos en el papel nunca llegaron a ejercer influencia en la opinión, ni a convertirse en fuerzas vivas, que reaccionasen poderosamente sobre los hombres y las cosas. Así, nuestras constituciones nacionales se han borrado de la memoria de los pueblos, como caracteres trazados en la arena, sin haber podido dar origen a un derecho público argentino; es decir, un derecho nacional, uniforme, que revistiendo formas normales fuese igual para todos y pudiese servir de base o antecedente para la constitución general.

Los hechos establecidos no han ejercido mayor influencia que las leyes escritas, en lo que toca al derecho público nacional.

La tiranía de veinte años es el único antecedente de este orden que registran nuestros anales, antecedente estéril y terrible, que ha

quedado presente a las imaginaciones heridas de los pueblos, que tuvo su modo de ser, que fué un sistema de gobierno con su Constitución de hecho, y que desapareció sin dejar un solo elemento utilizable para la organización nacional, ni siquiera la cohesión política, ni siquiera el hábito de la obediencia. Esta es la más alta expresión de la federación como hecho, que, como se ve, no fundó ningún derecho.

La federación como partido militante, por causas contrarias a las que esterilizaron las instituciones llamadas unitarias, tampoco dió origen a ningún derecho público argentino. Alguno de sus prohombres, que figuraban en segunda línea, intentaron, sin embargo, dar al hecho ciertas formas regulares. El tratado conocido con la denominación *Liga del Litoral*, fué su esfuerzo supremo, y ese tratado, que en realidad no era sino una liga de gobiernos despóticos, no tuvo un solo día de existencia por lo que respecta al derecho.

Invocado después ese tratado como base de reorganización política, él solo ha servido para autorizar el Acuerdo de San Nicolás, que, como hecho, comprometió la integridad nacional, dividiendo a la República en dos campos armados; y como derecho reaccionó contra los principios conservadores, que únicamente podían cimentar la asociación política.

Este error tuvo por origen el prurito de elevar a la categoría de antecedentes constitucionales las páginas fugitivas de un derecho público que nunca tuvo una existencia real, y que jamás representó otra cosa sino las aspiraciones impotentes de los teorizadores del hecho consumado, que pretendían sujetar a regla la violencia; o los sofismas de los que, capitulando con su conciencia, se dejaban arrastrar por la mano del arbitrario.

El Acuerdo de San Nicolás dió origen, es cierto, al Congreso constituyente, reunido en Santa Fe en 1853; pero fué para morir como hecho y como derecho, cediendo su lugar a un nuevo hecho, cual fué la unión de las provincias sobre la base de la soberanía propia de cada una, y el establecimiento de la República federativa, vaciada en el molde de la de los Estados Unidos.

La federación, como derecho, tuvo, pues, su origen, en el Congreso de Santa Fe, y recién entonces el hecho revistió las formas cultas de la unión norteamericana, subordinándose a sus principios, aceptando sus doctrinas y hasta empleando sus mismos medios administrativos.

Aquí empieza el derecho público general, por lo que respecta a la nación; o más bien, aquí empieza recién el derecho público argentino.

Por lo que respecta a las provincias, su derecho, como derecho consentido y expreso, data de la organización del sistema represen-

tativo en Buenos Aires, así como el hecho del sistema provincial que contenía el germen de la federación, tuvo su origen en la descomposición del sistema colonial que se operó en 1820. Así, pues, los únicos antecedentes constitucionales de la asociación política argentina, que hayan tenido una vida propia y hayan concurrido de alguna manera a la Constitución nacional, corresponden a las provincias y no a la nación, ya sea que se formulen en leyes orgánicas, como en Buenos Aires, ya sea que se manifiesten por el aislamiento de las demás provincias, sometidas a la influencia de un caudillo, porque en ambos casos esto revela la existencia de una personalidad política, a la que es necesario reconocer una existencia de hecho o de derecho.

Ese hecho y ese derecho no fué desconocido ni por los legisladores unitarios en 1826, ni por los legisladores federalistas en 1853.

Los autores de la Constitución unitaria de 1826 decían en su *Manifiesto* a los pueblos: “En cuanto a la administración interior
“de las provincias, examinad atentamente el contexto de la sección
“séptima, que establece sus bases y organiza su régimen, y halla-
“réis todas las ventajas que han podido ser el objeto de vuestros
“deseos. Quizá excedan las esperanzas de aquellos mismos pueblos
“que buscaban exclusivamente en la federación garantías de sus
“intereses locales. Reservando la Constitución a cada una de las
“provincias, la elección de sus autoridades pone en sus manos to-
“dos los medios de hacer su bien. Quedan constitucionalmente en
“plena posesión de las facultades para procurarse la prosperidad
“posible, aprovechar de los favores de su clima, la riqueza de sus
“frutos, los efectos de su industria, las comodidades de sus puer-
“tos, y cuantas mejoras pueda proporcionar a un pueblo libre la
“fertilidad del suelo de mancomún con la industria del hombre...
“Vuestros representantes han entresacado todas las ventajas del
“sistema federal, separando sólo sus inconvenientes... de los di-
“versos elementos de gobiernos simples, han construído un go-
“bierno compuesto.”

Con poca diferencia, del mismo modo se expresaron los autores de la Constitución federal de 1853, la que fué por ellos mismos calificada de *mixta*, y lo era en efecto.

La verdad es que no son las simples formas de gobierno las que han armado a los pueblos unos contra otros, y que en el fondo de todas las cuestiones había algo de más serio, que dividía profundamente a los partidos. La verdad era que no podía transigir la razón con la violencia, que no podía pactar el derecho con el hecho, sin abdicar el primero sus principios, y sin que el segundo se convirtiese a su vez en derecho consentido y expreso. Esta transformación se operó en parte en el Congreso de Santa Fe, que dictó

la Constitución de 1853, obligatoria tan sólo para las trece provincias hermanas, con excepción de Buenos Aires, que se constituyó en estado disidente en uso de su propia soberanía.

Desde entonces, y sólo desde entonces, dos derechos se encontraron uno en presencia del otro, y pudo preverse que su amalgama era posible, sin mengua de ambos y sin sacrificar principios. Desde entonces, el derecho nacional, que representaba la Confederación, calcado sobre la constitución de los Estados Unidos, se ha ido consolidando y mostrando sus deficiencias en aquellas partes en que la Constitución federal se separó del modelo que tuvo en vista; a la par que el derecho de Buenos Aires, expresión de la soberanía provincial, y que tenía sus raíces en el pasado y contaba con antecedentes propios, fué perfeccionándose por el progreso de sus ideas democráticas.

Lo primero es una prueba de que las peculiaridades nacionales ningún contingente han dado a la organización de la República federal, y que si bien la federación fué un hecho anterior, su derecho es exclusivamente la copia la organización norteamericana, y cuya historia y sus antecedentes deben contarse desde 1853 para adelante. Lo segundo demuestra claramente que el verdadero contingente de antecedentes propios, en materia de derecho constitucional, pertenece a las provincias; y que Buenos Aires, al tiempo de incorporarse a la Confederación, puede y debe proponer como la fórmula general de una reforma, el restablecimiento del texto de la Constitución norteamericana; la única que tiene autoridad en el mundo, y que no puede ser alterada en su esencia, sin que se violen los principios de la asociación y se falseen las reglas constitutivas de la República federal, que, como se ha dicho antes, es el hecho establecido que encuentra Buenos Aires desde 1853.

La comisión ha necesitado entrar en el desarrollo de estas consideraciones para demostrar, con toda la fuerza del raciocinio y todas las lecciones de la historia, con cuánta razón adoptó la regla ya indicada, a efecto de formular un plan general de reformas; y aunque ésta no sea la que exclusivamente la haya guiado en su confección, forma una parte muy principal, como se verá más adelante, cuando se funde en particular cada una de las réformas proyectadas.

II

DECLARACIONES, DERECHOS Y GARANTÍAS

Art. 5º Educación gratuita y presentación de las constituciones provinciales a la aprobación del Congreso.—(*Supresión de esta parte.*)

Art. 64, inc. 28 y art. 103. (*Correlativos al 5º.*)

Art. 15. Abolición de la esclavatura. (*Adicionado.*)

Art. 18. Sobre las ejecuciones a lanza o cuchillo.—(*Supresión de esta parte.*)

Art.... Sobre la legislación de la prensa. (*Introducido por la comisión.*)

Art.... Sobre los derechos no indicados expresamente. (*Id. id.*)

Tales son las cinco reformas que corresponden al primer grupo indicado en el plan general.

En esta sección de la Constitución están comprendidos todos aquellos derechos, o más bien principios, que son anteriores y superiores a la Constitución misma, que la ley tiene por objeto amparar y afirmar, y que ni los hombres constituídos en sociedad pueden renunciar ni las leyes abrogar.

Los derechos de los hombres, que nacen de su propia naturaleza, como los derechos de los pueblos, que conservando su independencia se federan con otros, no pueden ser enumerados de una manera precisa. No obstante de esa deficiencia de la letra de la ley, ellos forman el derecho natural de los individuos y de las sociedades, porque fluyen de la razón del género humano, del objeto mismo de la reunión de los hombres en una comunión política, y del fin que cada individuo tiene derecho a alcanzar. El objeto primordial de los gobiernos es asegurar y garantir esos derechos naturales de los hombres y de los pueblos; y toda ley que los quebrantase, destruiría los fundamentos de la sociedad misma, porque iría contra el principio fundamental de la soberanía; porque iría contra la voluntad de los individuos y de los pueblos, aun cuando para ello se invocase la inmolación de los derechos individuales, como en algunas democracias de la antigüedad, el lucro de un gran bien público; porque los derechos individuales siempre deben ser salvados; porque tal es el fin primordial de toda sociedad.

El derecho civil, el derecho constitucional, todos los derechos creados por las leyes, la soberanía misma de los pueblos, puede variar, modificarse, acabar también, para reaparecer en otro derecho civil o en otro derecho político, o por el tácito consentimiento de la nación o por leyes positivas; pero los derechos naturales, tanto de los hombres como de los pueblos constituídos por la divina Pro-

videncia (según las palabras de la ley romana), siempre deben quedar firmes e inmutables. Esta fué la solemne declaración del pueblo romano, aun en tiempo en que habían desaparecido sus libertades.

No era indispensable, sin duda, la declaración expresa de tales derechos en la Constitución, desde que por el artículo 101, los pueblos conservan todo el poder no delegado al gobierno federal. Así fué que la declaración de los derechos no se incluyó en la Constitución de los Estados Unidos cuando fué presentada a los diversos estados; y las enmiendas que ellos propusieron para salvar tales derechos y que fueron aceptadas, tuvieron por objeto limitar la lata interpretación de algunos artículos constitucionales, que podrían de alguna manera herirlo. Una declaración de los derechos intransmisibles de los pueblos y de los hombres en un gobierno que consiste en determinados poderes limitados por su naturaleza, no podía ni debía ser una perfecta enumeración de los poderes y derechos reservados. Bastaba en todas cosas algún ejemplo, la enumeración de determinados derechos reservados, sin que por esto todos los derechos de los hombres y de los pueblos quedasen menos asegurados que si estuviesen terminantemente designados en la Constitución; tarea imposible de llenarse por los variados actos que pueden hacer aparecer derechos naturales, así en los individuos como en la comunidad.

Por lo tanto, la enumeración que se hace en la primera parte de la Constitución de la Confederación, de los derechos y garantías de los individuos, que en algunos casos se hacen extensivos a los pueblos, como entidades colectivas, no deben tomarse sino como ejemplos para ir de lo desconocido y expreso a lo desconocido o tácito; puesto que no es posible consignar en las constituciones los que son una consecuencia lógica del principio ya establecido. Pero para mayor claridad, para evitar todo avance de los poderes públicos, sobre los derechos individuales, la comisión aceptó dos de los artículos de enmiendas de la constitución de los Estados Unidos, y son los siguientes:

1º *Las declaraciones, derechos y garantías que encierra la Constitución, no serán entendidas como negación de otros derechos y garantías no enumeradas, pero que nacen del principio de la soberanía del pueblo y de la forma republicana de gobierno.*

2º *El Congreso federal no dictará leyes que restrinjan la libertad de imprenta, o establezcan sobre ella la jurisdicción federal.*

Bastante queda dicho ya respecto de lo primero.

Respecto de lo segundo, la comisión se refiere en un todo a la discusión que consta del número 6 del *Redactor* de sus secciones,

consignando, sin embargo, en este *Informe*, la razón capital que la ha guiado al proponer esta reforma.

Siendo la palabra escrita o hablada, uno de los derechos naturales de los hombres que derivan de la libertad de pensar, él se halla comprendido entre los derechos intransmisibles de que se ha hablado. La sociedad puede reglamentar y aun reprimir el abuso; pero esa reglamentación y esa represión es privativa de la soberanía provincial; es decir, es privativa de la sociedad en que el abuso se comete y a la cual puede dañar inmediatamente, ya sea a toda ella en su conjunto ya a los individuos aisladamente. Aún considerando los abusos de la palabra escrita como verdaderos delitos (que en realidad no son sino actos dañosos a la sociedad), ellos no podrían caer bajo la jurisdicción nacional, como no caen los delitos comunes, y sería un contrasentido que fuese tribunal nacional un jurado de imprenta, y no lo fuese un juzgado civil o criminal. Del contexto de la Constitución no resulta que tal haya sido su suerte, pero entendiéndose generalmente, de otra manera por los publicistas argentinos que concurrieron a su confección, teniendo el Congreso, por el inciso 11 del artículo 64, *la facultad de dictar las leyes que requiera el establecimiento del juicio por jurados*, y existiendo precedentes (aunque no de un carácter legal), que hacen presumible una intervención indebida del gobierno federal, en materia tan privativa de la soberanía provincial, es prudente precaverse contra tales probabilidades, como lo hicieron los estados de Norte América en las enmiendas que presentaron al Congreso.

Por lo que respecta al artículo 5 de la Constitución, la reforma proyectada por la comisión envuelve dos proposiciones: la una relativa a una condición, por lo que respecta a la difusión de la instrucción primaria, y la otra por lo que respecta al examen y aprobación de las Constituciones provinciales por el Congreso. (1)

Preseindiendo de las diversas razones que se hicieron valer en el seno de la comisión al tiempo de aportar estas enmiendas y que constan en el número 6 del *Redactor*, debe en esta ocasión manifestar el principio fundamental a que responden, que es el de la soberanía provincial, en todo lo que no daña a la nación.

(1) Artículo 5 de la Constitución. "Cada provincia confederada dictará para sí una Constitución bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución nacional; y que asegure su administración de justicia, su régimen municipal y la educación primaria (*gratuita*), (*Las constituciones provinciales serán revisadas por el Congreso antes de su promulgación.*) Bajo estas condiciones el gobierno federal garante a cada provincia el goce y ejercicio de sus instituciones."

PROYECTO DE SUPRESIÓN. Suprimir lo marcado entre paréntesis.

Poner en condición a la difusión de la instrucción primaria, que ella ha de ser precisamente *gratuita*, es lo mismo que encerrar su difusión dentro de límites muy mezquinos, puesto que esa cláusula importa tanto como prohibir a las provincias establecer contribuciones especiales para costearlas, o dar leyes para imponer a los pudientes la obligación de costear la de sus hijos; y es por aquí por donde ataca el principio de la soberanía provincial, sin ventaja alguna por la comunidad; y por el contrario, con perjuicio evidente de la misma educación. Además de esto, la comisión ha tenido presente que la instrucción primaria es en Buenos Aires donde ha recibido un verdadero impulso, colocándose a la vanguardia de toda la América del Sur a este respecto, y que esto abona en favor de su legislación sobre la materia, debiendo principalmente sus mayores adelantos a las últimas leyes que han llamado al pueblo a concurrir a los gastos de la educación. Por lo tanto, la supresión de la palabra *gratuita*, además de ser el resultado de un principio, salva el porvenir de la educación y con ella las leyes que la impulsan, y que tienen la sanción del pueblo más competente en la materia, siendo, por otra parte, falso que pudiese existir una educación *gratuita*, desde que sus gastos se han de cubrir con el dinero de los contribuyentes, que forma el tesoro público.

En cuanto a la facultad que se da por la Constitución al Congreso, de examinar y de aprobar o reprobar las constituciones provinciales, a la que se refiere el artículo 5 y el artículo 64 en el inciso 29 y artículo 103, que son correlativos, además de las razones ya indicadas en el citado número 6 del *Redactor*, la comisión debe añadir algo que es fundamental, y es que: en una federación constituida sobre las bases de la Constitución argentina, cada provincia debe tener el derecho de usar de su soberanía en el límite que le es propio, dándose aquellas leyes que juzgue más convenientes para su felicidad; y que, si esas leyes pueden en algún caso estar en contradicción con la Constitución general, sólo cuando llega ese caso caen bajo el veto del único poder que tiene autoridad para anularlas, que es la corte federal; poder establecido para definir los límites de las dos soberanías. Mientras la ley provincial no se pone en pugna con la ley nacional, aquella no sale del círculo de la soberanía provincial que le dió vida, y por lo tanto no puede, a título de facultad preventiva, constituirse al Congreso en árbitro del círculo que deba recorrer la soberanía local, para evitar un caso que no ha llegado y pueda no llegar nunca. Por último, siendo la facultad del Congreso limitada al solo efecto de ver si las constituciones locales están *conformes con la Constitución general*, según se dice en el inciso 28 del artículo 64, a la vez que tal facultad no tiene limitación con alguna en el artículo 5 y en el 103 que le

es correlativo; y habiendo ya que el Congreso al examinar una Constitución ha legislado en nombre de una provincia, suplantado a la representación de su soberanía, es evidente que tal prescripción es atentatoria a los principios fundamentales de la asociación federativa, en que la personalidad política de los pueblos no puede ser eliminada sino en todo aquello que corresponde al modo de ser exterior de cada estado; ya sea respecto del extranjero o de otro estado, o respecto de la nación.

El artículo 15, que se refiere a la abolición de la esclavatura y a consignar el principio de la libertad del ser humano, para que no sea asimilado a las bestias, ha sido adicionado con las palabras textuales de la ley de 4 de febrero de 1813, que garante esa misma libertad a los que pisaren su territorio. Las razones que aconsejaron esta enmienda, se hallan consignadas en el número 7 del *Redactor* y deben tenerse muy presentes; no teniendo nada que agregar la comisión a este respecto, por cuanto allí se hace valer el principio general en que la reforma se funda, y el caso práctico que la motiva. (1)

Sobre la supresión de lo relativo a *las ejecuciones a lanza y cuchillo*, de que habla el artículo 18, se dice lo bastante en el citado número 7 del *Redactor*, y a las razones allí expuestas se refiere la comisión, colocando la caridad respecto de sus semejantes, entre los derechos no enumerados, sin necesidad de suponer la fuerza de una ley a lo que sólo fué un brutal abuso de la fuerza y un medio de ejercer el terror. (2)

Al terminar esta parte de su *Informe*, la comisión debe hacer presente a la Convención que se entienda que los artículos que propone introducir en la Constitución pertenecen a aquellos derechos intransmisibles de que se habló al principio, y que ellos tienen el carácter de las enmiendas o adiciones que los estados presentaron al Congreso norteamericano, después de sancionada su Constitu-

(1) Artículo 15 de la Constitución. "En la Confederación Argentina no hay esclavos: los pocos que existen quedan libres desde la jura de esta Constitución: y una ley especial reglará las indemnizaciones a que dé lugar esta declaración. Todo contrato de compra y venta de personas es un crimen de que serán responsables los que lo celebrasen, y el escribano o funcionario que lo autorice."

PROYECTO DE ADICIÓN. Y los esclavos que de cualquier modo se introduzcan, quedan libres por solo hecho de pisar el territorio de la República.

(2) Artículo 18 de la Constitución. "Queda abolida para siempre la pena de muerte por causas políticas, toda especie de tormento y los azotes (y las ejecuciones a lanza y cuchillo).

PROYECTO DE SUPRESIÓN. Suprimir las palabras marcadas entre paréntesis y poner la partícula conjuntiva entre *tormento y los azotes*.

ción; es decir, estipulaciones del pacto social que establece Buenos Aires por su parte y que no está en la mano de nadie concederle ni negarle, como nadie tiene el poder para negar o conceder a los hombres la facultad innata de respirar, porque ellos son una condición de vida en cuanto a lo político; un derecho primordial que deriva de la naturaleza de la propia soberanía. Estas estipulaciones, anteriores y superiores a la Constitución misma, son de naturaleza tal que la discusión acerca de ellas, una vez presentadas por Buenos Aires, sólo puede establecerse sobre si ellas pertenecen en efecto a la naturaleza de los derechos originarios, que son propiedad de los pueblos y que sólo ellos pueden dar sin que la ley convencional tenga poder de apropiárselas; pues lo contrario (una vez reconocido que tales derechos son originarios) importaría hacer violencias al libre consentimiento de los pueblos, a los derechos que está en la esfera de su poder reservarse, en tanto que las reservas no perjudiquen a la comunidad y tengan en vista la mayor suma de libertad y de felicidad posible.

En el curso de este *informe* se tratará de algunos otros derechos de la misma naturaleza, que por su especialidad, por no tener el carácter de reservas o por no estar garantidos por el pacto, ni ser consecuencia de él, tienen su colocación natural en otras de las cinco clasificaciones adoptadas para la mejor exposición de las materias que la comisión piensa sujetarse a enmienda.

III

COMPOSICIÓN DE LOS PODERES

Art. 36. Sobre los requisitos para ser diputado. (*Adicionado.*)

Art. 43. Sobre los requisitos para ser senador. (*Adicionado.*)

Art. 91. Sobre la composición y residencia de la corte suprema. (*Modificado.*)

Art. (—) Sobre la incompatibilidad de algunos empleados nacionales para optar a empleos en las provincias. (*Introducido por la comisión.*)

Las cuatro reformas indicadas, como se ve, sólo se refieren a la manera cómo deben integrarse los poderes y cuáles condiciones deben llenar los ciudadanos llamados a formar parte de ellos. Cuando se trate de sus atribuciones, será la ocasión de entrar en su teoría, examinando más a fondo la Constitución. Por ahora, la comisión se limita a fundarlas brevemente, exponiendo el principio fundamental que la han guiado al proyectar estas reformas.

En toda combinación política o social debe existir y existe un principio conservador que la alimenta. Tal es el principio que la

comisión ha buscado en la composición de los poderes constitucionales, persuadida de que nada importaba la más o menos perfección teórica de su organización, si en su composición no entran los elementos que la han de preservar y la han de hacer jugar de la manera más conveniente.

De esta manera, la comisión procediendo sintéticamente, estableció fórmulas generales que luego tradujo en enmiendas.

1ª El poder legislativo nacional, que en su conjunto es la representación del todo, debe ser, para que tal hecho sea una realidad, la expresión genuina de la opinión pública, de la voluntad de las partes que componen el todo.

De aquí las adiciones hechas a los artículos 36 y 43 de la Constitución, exigiendo en los diputados y senadores la condición precisa de la residencia en la provincia que lo elija, condición que no es inventada por la comisión, que tiene la sanción de la experiencia en países más adelantados en la libertad y que complementa la verdad del sistema federativo, teniendo además en su favor los inconvenientes que prácticamente se habían tocado y se tocaban en la Confederación, por separarse en esta parte del texto de la constitución norteamericana; pudiendo verse la extensa discusión relativa a este punto, en los números 4 y 5 del *Redactor*. (1)

2ª La justicia federal debe ser activa y no pasiva; subordinarse a las necesidades sociales en su manera de proceder, en vez de subordinar esas necesidades a sus formas; y el número de jueces debe ser arreglado a la población, según lo indique la experiencia.

De aquí las modificaciones hechas en el artículo 91, que organiza la corte suprema, que siendo calcada sobre el plan de la corte federal de los Estados Unidos, se ha convertido en un cuerpo con funciones pasivas, a la manera de los antiguos anfictions, o más bien dicho, sin funciones, por el error de suponer que todas las causas que a ella competen, habían de juzgarse en la capital y no

(1) Artículo 36 de la Constitución. "Para ser diputado se requiere haber cumplido la edad de veinticinco años y tener cuatro años de ciudadanía en ejercicio."

PROYECTO DE ADICIÓN. *Con residencia inmediata de tres años en la provincia que lo elige.*

Artículo 43 de la Constitución. "Son requisitos para ser elegido senador: tener la edad de treinta años, haber sido seis años ciudadano de la Confederación y disfrutar de una renta anual de dos mil pesos fuertes, o de una entrada equivalente."

PROYECTO DE ADICIÓN. *Y además, contar tres años de residencia inmediata en la provincia que lo elige.*

en el lugar de su origen; de manera que la nación tendría siempre que buscar a la corte, y nunca los jueces a los ciudadanos, sistema contrario a toda buena administración de justicia. Este error capital traía consigo la necesidad de multiplicar las cortes federales en las provincias, sometiendo a ellas las causas que originariamente competían a la suprema corte, estableciendo inútilmente el grado de apelación en ellas, y aumentando inmensamente el número de jueces, de suyo muy exagerado en la composición que la Constitución da a este alto tribunal. Así, pues, la reforma del artículo 91 tiene por objeto quitar la condición impuesta por la Constitución, de la residencia de la corte en la capital, a fin de que la justicia busque las causas en el lugar de su origen; como se practica en los Estados Unidos, donde existe el único modelo de esta máquina política, y por este medio poner la justicia al alcance del pueblo, convirtiendo en realidad lo que sólo era una ficción. (1)

3º La naturaleza del poder judicial en la provincia es distinto del federal, y emanando aquélla de la soberanía propia, ésta será destruída toda vez que las mismas personas ejerzan tan distintas funciones, y a esta regla deben subordinarse las incompatibilidades en el ejercicio de los empleos provinciales y nacionales.

He aquí el artículo introducido por la comisión y cuyo tenor es el siguiente:

Los jueces de las cortes federales no podrán serlo al mismo tiempo de los tribunales de provincia; ni el servicio federal, tanto en lo civil como en lo militar, dar residencia en la provincia en que se ejerza, y que no sea la del domicilio habitual del empleado, entendiéndose esto para los efectos de optar a empleos en la provincia en que incidentalmente se encuentre.

En caso de ser aceptada esta reforma, ella debe tener su colocación entre los derechos y garantías. Su tendencia, explicada en el número 6 del *Redactor*, es esencialmente pacífica y conservadora, y su vigencia dará por resultado complementar la primera parte de la Constitución, dar mayor independencia y más garantías a la acción legal de las provincias y hacer menos frecuentes, cuando no prevenir del todo, las ocasiones de que el poder federal se encuentre en pugna con la opinión dominante en una o más provincias. De este modo, manteniéndose el poder federal dentro de cier-

(1) Artículo 91 de la Constitución. "El poder judicial de la Confederación será ejercido por una corte suprema de justicia (*compuesta de nueve jueces y dos fiscales que residen en la capital*) y por los demás tribunales inferiores que el Congreso estableciese en el territorio de la Confederación."

PROYECTO DE REFORMA. Substituir a lo marcado entre paréntesis, *cuatro jueces y un fiscal, que tendrá una sesión anual en la capital.*

tos límites, surgirá espontáneamente uno de los grandes bienes que proporciona el sistema federal, y es el que puedan coexistir varios partidos en un mismo cuerpo de nación, con influencia y poder en unas provincias, sin nada de esto en otras, sin que la armonía del conjunto se turbe y sin que el poder general pretenda por los medios que ese artículo le quita, imponer por medio de sus agentes otra política interna que la que sea la voluntad de la localidad seguir.

Tal es el alcance de este artículo, que es de un interés vital para Buenos Aires especialmente; sobre todo en las circunstancias presentes, en que al ir a la unión, de todo corazón, por su libre voluntad, debe propender a conservar su independencia moral, siguiendo la política interna que mejor convenga a sus intereses, y sin que ninguna influencia extraña venga a arrojar en la balanza de sus destinos las pesas falsas de sus agentes federales, convertidos en agentes reaccionarios, como ha sucedido ya.

Algo más, muy capital, podría decir la comisión sobre la representación desigual de los pueblos en el Congreso, por la composición especial del senado, composición que es contraria al principio de la soberanía popular; pero esta desigualdad, tomada de la constitución de los Estados Unidos, que tuvo allí su razón de ser, porque fué una transacción con los estados pequeños y que los grandes publicistas han encontrado y encuentran absurda, no es tan urgente corregir como las demás, y aceptadas las anteriores reformas, conviene dejar a la acción del tiempo ilustrar la opinión sobre ella, precisamente por ser la que más interesaría a Buenos Aires, como el estado más considerable por su población y riqueza.

IV

ATRIBUCIONES DE LOS PODERES

Art. 6. Sobre la intervención del gobierno federal en las provincias. (*Reformado.*)

Art. 41. Sobre el juicio político. (*Reformado.*)

Art. 51. Sobre la iniciativa del senado en la reforma de la Constitución. (*Suprimido.*)

Art. 64, inciso 11. Sobre los códigos y la ciudadanía. (*Adicionado.*)

Art. 83, inciso 20. Sobre las facultades del mismo durante el receso del senado. (*Modificado.*)

Art. 86. Sobre las funciones ministeriales. (*Suprimido.*)

Art. 87. Sobre la competencia de la corte suprema en los conflictos de poderes y recursos de fuerza. (*Suprimida esta parte.*)

Siendo las atribuciones de los poderes la parte de la Constitución que ha estado en continua actividad durante los siete años que han pasado, es natural que esta sección de las reformas sea la más extensa, porque la experiencia ha señalado en ella mayor número de deficiencias y defectos.

La comisión pasa a fundar las ocho reformas arriba indicadas.

La comisión al proyectar esta serie de reformas, ha estado muy distante de participar de la creencia vulgar de que cuanto más restringidos se hallen los poderes tanto más garantida estará la libertad. Por el contrario, ella piensa que los poderes han sido instituídos para garantir la libertad; y para que su acción sea eficaz es indispensable que tengan los medios de influir sobre los hombres y las cosas, moviéndose libremente dentro de las órbitas trazadas por la ley. Trazar bien esas órbitas de acción, de modo que los poderes y todos los intereses sociales se muevan armoniosamente como las esferas, sin chocarse entre sí, esto es constituir el gobierno. El problema del gobierno consiste, pues, en dejar moverse libremente a los poderes públicos y a los intereses sociales dentro de las órbitas que le son propias, dejándolos dilatarse tanto cuanto sea conveniente y necesario, sin pretender subordinar las leyes morales a las leyes mecánicas del equilibrio. Esas leyes morales no son una incógnita en las instituciones de los pueblos libres, y ellas sirven para determinar cuando los poderes se desnaturalizan por la absorción de facultades que no son extrañas, o cuando esas facultades se confunden por no trazar correctamente los límites que las separan.

Nada tiene la comisión que observar por lo que respecta a la organización de los poderes públicos, según lo establece la Constitución, habiendo ya dicho lo bastante sobre el modo de componerlos o integrarlos.

Poco ha encontrado que objetar a las *atribuciones ordinarias* de los poderes públicos.

No así por lo que respecta a las *atribuciones extraordinarias* de los mismos.

Si se echa una ojeada sobre la serie de reformas que corresponde a esta sección, se verá que casi todas ellas se refieren a las atribuciones que puedan llamarse extraordinarias o excepcionales en esos poderes, por cuanto su acción no es constante y sólo se ejercen en circunstancias extraordinarias o excepcionales.

En efecto, la facultad del poder general para intervenir en las provincias, los juicios políticos por el Congreso, la reforma de la ley fundamental, la declaración de estado de sitio, las facultades del ejecutivo en receso de la legislatura y en representación de ella en los casos urgentes, las funciones ministeriales que no se ajustan

al principio de la responsabilidad de mancomún *et in solidum*, y los conflictos de poderes, partes que abraza esta serie de reformas, son todas ellas atribuciones extraordinarias o excepcionales; y los diversos números del *Redactor*, en que se registran las discusiones detenidas sobre estas atribuciones y reformas, que en consecuencia ha acordado, manifiestan con cuánta madurez y con cuánta razón ha procedido la comisión al formularlas en los términos que pasa a exponerlo.

Intervención federal. — La intervención del poder general en las provincias, con requisición de parte o sin ella, es un deber o un derecho. En el primer caso es una obligación que deriva de la garantía de que habla el artículo 5 de la Constitución: “El gobierno federal garante a cada provincia el goce y ejercicio de sus instituciones.” En el segundo caso, es una facultad que el gobierno federal ejerce por derecho propio: 1º, por toda vez que una o más provincias falten a las estipulaciones del compromiso; como, por ejemplo, si alguna de ellas pretendiese establecer la forma monárquica o perpetuar el poder (violencia interior) contra los principios de la democracia, etc.; 2º, toda vez que la seguridad nacional así lo exija, como, por ejemplo, invasión exterior o amago de ella, sedición extendida a más de una provincia, hostilidades entre dos o más provincias. Así que, aun cuando esta facultad no está explícitamente declarada en la constitución de los Estados Unidos, ella deriva implícitamente de la garantía y de la naturaleza misma del poder nacional, que es a la vez tutelar en lo que toca a los estados, y árbitro en lo que es de su propia competencia.

La Constitución argentina, separándose del texto norteamericano en el artículo 6º, ha creado la confusión, no distinguiendo lo que es protector de lo que es represivo, creyendo sin duda sus autores dar por este medio más vigor al poder general. La experiencia ha demostrado todo lo contrario, y ha puesto de manifiesto cuánto peligro hay para las libertades provinciales y para la estabilidad del poder central en esa confusión de derechos y obligaciones, que deben definirse con precisión, para evitar en la futuro causas disolventes de la asociación.

La comisión, redactando el artículos en términos más latos, se ha limitado a distinguir genéricamente en qué casos debe ejercerse el derecho de intervención, y en cuáles está obligado el gobierno general a intervenir a requisición de la provincia. (1)

(1) Artículo 6 de la Constitución. El gobierno federal interviene con requisición de las legislaturas o gobernadores provinciales, o sin ella, en el territorio de cualquiera de las provincias, al solo efecto de restablecer el

Juicio político.— Este es el punto de derecho constitucional respecto del cual están más pervertidas las ideas en las repúblicas sudamericanas, y el artículo 41 de la Constitución que nos ocupa es la muestra más patente de ese extravío. Como se ha observado en el seno de la comisión, él es un tejido de incongruencias y de errores, que nace de no haberse comprendido el carácter y objeto del juicio político, confundiendo los crímenes de un carácter puramente político y el mal desempeño de los funcionarios públicos, con los crímenes ordinarios que merecen pena infamante o de muerte; dejando sin responsabilidad por sus actos abusivos a los funcionarios en lo ejecutivo y judicial; incluyendo, para colmo de confusión, a los miembros de ambas cámaras que no ejercen función alguna.

El juicio político es una consecuencia del principio de que todo funcionario público es responsable, y tiene por único y exclusivo objeto hacer efectiva esa responsabilidad, y se comete esta atribución a las legislaturas, porque no es posible que los tribunales ordinarios pudiesen entender de tales faltas, salvo cuando media un delito definido por las leyes, en cuyo caso el juicio político sólo tiene por objeto la destitución del funcionario. Parece imposible que una teoría tan sencilla haya sido desconocida; pero si se recuerda la discusión sobre el juicio de Rozas, se verá que se fué más lejos aun, pretendiendo colocar los crímenes comunes bajo la salvaguardia del juicio político, anulando los efectos de la ley común para el criminal revestido de poder. En el caso que nos ocupa, el extravío de las ideas es el mismo; pero sus consecuencias son opuestas, es decir, dejando sin responsabilidad los actos abusivos de los funcionarios por el hecho de sujetar tan sólo a este juicio a los que cometiesen grande crímenes, que por las leyes generales tienen pena infamante o de muerte. Es digna de estudiarse la filiación de este error, que data de la Constitución de 1818 (1) y cuya historia puede leerse en el núm. 6 del *Redactor* (pág. 9 y sig.).

Del contexto de la Constitución federal (artículo 41), como del de la de Buenos Aires (artículo 47), resulta: que no hay medio humano de hacer efectiva la responsabilidad de un funcionario pú-

orden público perturbado por la sedición, o de atender a la seguridad nacional, amenazada por un ataque o peligro exterior.

PROYECTO DE REFORMA. *El gobierno federal interviene en el territorio de las provincias para garantir la forma republicana de gobierno, o repeler invasiones; y a requisición de sus autoridades constituidas, para sostenerlas o restablecerlas, si hubiesen sido depuestas por la sedición.*

(1) Es error de imprenta; debe decirse 1819, que es el año de la primera Constitución unitaria.
(El autor)

blico si el funcionario no comete grandes crímenes o si no viola abiertamente la Constitución. El tribunal que falta a su deber, el juez que prevarica, el ministro que abusa de su posición para tomar parte en especulaciones ilícitas, que pueden no ser dañosas a los caudales públicos, el presidente o gobernador que ejerce o autoriza la coacción sobre los empleados públicos o sobre el pueblo en el acto de las elecciones, no están comprendidos entre los grandes crímenes que especifican ambas constituciones, ni puede decirse que violan un artículo constitucional, cuya violación traiga aparejada pena infamante o de muerte, siendo, sin embargo, éstas y otras análogas las verdaderas causas de responsabilidad que son del resorte del juicio político y que conviene que lo sean para que los funcionarios cumplan con sus deberes, para que los juicios respondan a necesidades prácticas y se evite el que el poder ejecutivo y el judicial, confundiendo la independencia respectiva con el arbitrario irresponsable, tenga un tribunal que contenga sus abusos, y la responsabilidad sea efectiva y no ficticia, como sucede.

A estas exigencias provee la reforma del artículo 41, que ha proyectado la comisión; y su opinión es que, si no se substituye la redacción que aconseja, vale más suprimir el juicio del senado por acusación de la cámara de diputados, porque en la manera propuesta por la Constitución federal, es ilusorio el caso, y un privilegio más que una sujeción; quedando sin responsabilidad alguna los funcionarios, en cuanto al mal desempeño de sus funciones, y sólo es efectiva su responsabilidad cuando algún hecho criminal ante las leyes comunes los haga reos de muerte. (1)

Iniciativa para reformar la Constitución. — La Constitución federal, por su artículo 51, reserva al senado la facultad de iniciar la reforma de la Constitución, negándola por el hecho a la cámara

(1) Artículo 41 de la Constitución. "Sólo ella (la cámara de diputados) ejerce el derecho de acusar ante el senado al presidente y vicepresidente de la Confederación y a sus ministros, a los miembros de ambas cámaras, a los de la suprema corte de justicia y a los gobernadores de provincia, por delitos de traición, concusión, malversación de los fondos públicos, violación de la Constitución u otros que merezcan pena infamante o de muerte; después de haber conocido de ella, a petición de parte o de alguno de sus miembros, y declarado haber lugar a formación de causa, por mayoría de dos terceras partes de sus miembros presentes." (V. los artículos 47 y 48 que son correlativos.)

PROYECTO DE REFORMA. Sólo ella ejerce el derecho de acusar ante el senado, en las causas de responsabilidad que se intenten contra el encargado del poder ejecutivo, sus ministros y los magistrados de la suprema corte de justicia, por mal desempeño en el ejercicio de sus deberes.

de diputados. Además de que el senado es el cuerpo que más imperfectamente representa la soberanía popular, como se ha indicado al final de la sección relativa a la *composición de los poderes*, la iniciativa reservada en su favor por el artículo 51 es contraria a la esencia del principio de la misma soberanía delegada, desde que la reforma de la Constitución es un acto legislativo que ejercen los representantes del pueblo, y no pueden tener la facultad de ejercerlo, con prohibición del medio para hacer efectiva la delegación, siendo este medio la iniciativa de que no podía despojarse a una parte de ellos. Se comprende que esta restricción responda a la ficción constitucional de que el senado representa a las provincias, como en los Estados Unidos; pero, además de que esta no es sino una cosa convencional, en los Estados Unidos el pueblo tiene también esa atribución, y la tienen las legislaturas locales, como ambas cámaras nacionales; lo que desautoriza de todo punto esta invención, sin precedente en los fastos constitucionales, y sin razón plausible que la motive. (1)

Suspensión de las garantías constitucionales.— Por el artículo 23 de la Constitución, se suspenden las garantías individuales a virtud de declaración del estado de sitio. (2)

En caso de *ataque exterior*, según el artículo 49 de la misma,

(1) Artículo 51 de la Constitución. "Sólo el senado inicia las reformas de la Constitución." (*Suprimido.*)

Queda, por lo tanto, en toda su plenitud lo que se dispone con relación a la reforma de la Constitución en el artículo 30 de la misma, que se copia en seguida, colocando entre paréntesis la cláusula cuya supresión se pondrá y fundará más adelante.

Artículo 30 de la Constitución. "La Constitución puede reformarse en el todo o en cualquiera de sus partes (*pasados diez años desde el día en que la juren los pueblos*). La necesidad de reforma debe ser declarada por el Congreso, con el voto de dos terceras partes al menos de sus miembros; pero no se efectuará sino por una Convención convocada al efecto."

(2) Artículo 23 de la Constitución. "En caso de conmoción interior o de ataque exterior, que ponga en peligro el ejercicio de esta Constitución y de las autoridades creadas por ella, se declarará en estado de sitio la provincia o territorio en donde exista la perturbación del orden, quedando allí suspensas las garantías constitucionales. Pero durante esta suspensión no podría el presidente de la República condenar por sí ni aplicar penas. Su poder se limitará, en tal caso, respecto de las personas, a arrestarlas o trasladarlas de un punto a otro de la Confederación, si ellas no prefieren salir fuera del territorio argentino."

corresponde al *senado* autorizar al presidente para declarar el estado de sitio. (1)

Corresponde al *congreso* la misma atribución en caso de *conmoción* interior, según el inciso 26 del artículo 64, teniendo, además, la de *aprobar* o *suspender* el estado de sitio declarado durante su receso por el poder ejecutivo. (2)

Pero en el receso (inciso 10 del artículo 83) del cuerpo legislativo, puede el presidente declarar por sí el estado de sitio. (3)

Por último, por el inciso 20 del artículo 83 de la Constitución, se echa por tierra esta complicada máquina, y se anula de hecho todo lo dicho, autorizando al presidente de la República para suspender las garantías individuales, aún sin declaración previa de estado de sitio, aún hallándose reunido el Congreso, y esto *en casos urgentes en que peligre la tranquilidad pública*, dejando la apreciación de la urgencia y del peligro, al mismo presidente, lo que importa tanto como dar a éste mayores facultades que al Congreso, poniendo a su disposición la libertad de todos los ciudadanos en todo tiempo, lo que vale tanto como abolir las garantías individuales. La limitación impuesta de dar cuenta al Congreso en el término de diez días es una garantía ilusoria, porque en ese término puede consumarse una arbitrariedad sin que sea posible remediarla en muchos meses, puesto que el presidente tiene la facultad de usar de ese poder discrecional, o más bien arbitrario, en todo el territorio de la República.

Por lo tanto, la comisión aconseja la supresión total de este artículo. (4)

(1) Artículo 49 de la Constitución. "Corresponde también al *senado* autorizar al presidente de la Confederación para que declare en estado de sitio uno o varios puntos de la República en caso de ataque exterior."

(2) Artículo 64 de la Constitución. "Corresponde al Congreso: 26—Declarar en estado de sitio uno o varios puntos de la Confederación, en caso de *conmoción* interior, y aprobar o suspender el estado de sitio declarado durante su receso por el poder ejecutivo."

(3) Artículo 83 de la Constitución. "El presidente de la Confederación tiene las siguientes atribuciones: 19. Declarar en estado de sitio uno o varios puntos de la Confederación, en caso de ataque exterior, y por un término limitado, con acuerdo del *senado*. En caso de *conmoción* interior, sólo tiene esta facultad cuando el Congreso está en receso, porque es atribución que corresponde a este cuerpo. El presidente la ejerce con las limitaciones prescriptas en el artículo 23."

(4) Artículo 83, inciso 20 de la Constitución. "Aun estando en sesiones el Congreso, en casos urgentes en que peligre la tranquilidad pública, el

Atribuciones limitadas.—Todas las constituciones, y muy especialmente las federales, han buscado un correctivo a la facultad peligrosa y corruptora depositada en manos de un solo hombre, de distribuir empleos honoríficos y lucrativos, de un orden elevado. De aquí la necesidad de sujetar a un acuerdo previo el nombramiento de los ministros diplomáticos, los obispos, los altos empleos de la milicia y jueces superiores, sometiendo al senado la facultad de prestar ese acuerdo. La Constitución federal ofrece aparentemente esa garantía, pero, como sucede con las garantías individuales, ella desaparece totalmente por otro artículo que la anula, librando a la buena voluntad o al antojo del presidente distribuir esos empleos sin previo acuerdo.

He aquí los casos en que el presidente necesita del acuerdo del senado para proceder:

1º Para nombrar los magistrados de la corte suprema y demás tribunales federales (artículo 83, inciso 5).

2º Para la presentación de obispos (íd., inciso 8).

3º Para nombrar o remover los agentes diplomáticos (ídem, inciso 10).

4º Para la concesión de los empleos o grados superiores del ejército y armada (íd., inciso 16).

5º Para declarar el estado de sitio en caso de ataque exterior (íd., inciso 19).

Todo esto queda anulado por el inciso 23 del mismo artículo 83. En él se dice que en el receso del senado podrá el presidente usar por sí solo de las facultades que requieren el acuerdo de aquel cuerpo, dándole cuenta de lo obrado en la próxima reunión; y como (según se ha visto ya) con no proponer remociones o nombramientos durante las sesiones del Congreso, queda al arbitrio del presidente proponer obispos, nombrar o destituir agentes diplomáticos, hacer coroneles y generales, instituir jueces, resulta que es ilusoria la garantía del acuerdo previo del senado, pues no cabe facultad deliberativa que ejercer respecto de obispos presentados al papa o jefes superiores de la milicia, puestos ya en posesión de sus empleos, siendo, por lo tanto, la obligación de dar cuenta de

presidente podrá por sí solo usar sobre las personas de la facultad limitada en el artículo 23, dando cuenta a este cuerpo, en el término de diez días, desde que comenzó a ejercerla. Pero si el Congreso no hace declaración de sitio, las personas arrestadas o trasladadas de uno a otro punto serán restituidas al pleno goce de su libertad, a no ser que, habiendo sido sujetas a juicio, debiesen continuar en arresto por disposición del juez o tribunal que conociese de la causa." (*Suprimido en su totalidad.*)

lo hecho, una mera formalidad para cohonestar el abuso; formalidad que, por otra parte, tiene mucho de vejatorio para el senado.

Por lo tanto, la comisión propone la reforma de dicho artículo, redactándolo de manera que sólo se acuerde al presidente la facultad de proveer las vacantes que ocurran durante el receso por nombramientos en comisión, que espirarán al finalizar la próxima reunión del Congreso. (1)

Funciones ministeriales.— Las constituciones de las repúblicas sudamericanas no han tomado de la de los Estados Unidos la teoría de las funciones ministeriales, habiendo copiado en esta parte a las monarquías constitucionales y en particular a la Francia. De aquí la responsabilidad solidaria de los ministros y encargados del poder ejecutivo, y de aquí la concurrencia indispensable del ministro para que tenga fuerza legal un acto gubernativo. Así se dice en el artículo 84 de la Constitución federal, que los ministros “refrendarán y legalizarán los actos del presidente por medio de “su firma, sin cuyo requisito carecen de eficacia.”

No es el ánimo de la comisión hacer la crítica de esta teoría, que tiene sus ventajas, sino llamar la atención de la Convención sobre ella, a fin de justificar la reforma del artículo 86, que pasa a explicar.

Por el artículo 86 se dice que los ministros no pueden en ningún caso tomar resoluciones por sí solos; y agrega, destruyendo la regla por la excepción: “sin previo mandato o consentimiento del “presidente”, lo que importa investir al ministro de mayor poder que el que tiene el presidente, desnaturalizando sus funciones y anulando el principio de la responsabilidad solidaria, puesto que el ministro, por un simple consentimiento, podrá mandar en materias gubernativas, sin la firma del presidente, y ejercer poder sin las formalidades y requisitos de que deben ir revestidos los actos de una autoridad regular. De aquí ha venido el abuso de las comisiones representativas del poder ejecutivo, investidas de iguales o

(1) Artículo 23 de la Constitución. “En todos los casos que, según los artículos anteriores, debe el poder ejecutivo proceder con acuerdo del senado, podrá, durante el receso de éste, proceder por sí solo, dando cuenta de lo obrado, a dicha cámara, en la próxima reunión, para obtener su aprobación.” (Este artículo está equivocado en la edición de la Constitución distribuida a los convencionales.)

PROYECTO DE REFORMA. *El presidente tendrá facultad para llenar las vacantes de empleos que requieran el acuerdo del senado, y que ocurran durante el receso de este cuerpo, por nombramientos en comisión, que espirarán al fin de la próxima legislatura.*

mayores atribuciones que ese mismo poder; lo que, si bien es una monstruosidad, es una monstruosidad autorizada, hasta cierto punto, por este resorte secreto de la máquina constitucional.

En presencia de esos antecedentes acusadores y de lo insólito de la disposición indicada, la comisión no puede prescindir de aconsejar a la Convención la supresión de esa cláusula del artículo 86, contraria a todo principio de buen gobierno, y peligrosa para las libertades públicas, refiriéndose, por lo que respecta a otros fundamentos no menos poderosos, a lo dicho en el número 6 del *Redactor*. (1)

Corte suprema. — Otra reforma de esta sección, que se relaciona con las atribuciones de los poderes, corresponde a la administración de justicia.

El artículo 97 de la Constitución, entre las diversas atribuciones que da a la suprema corte, establece que le corresponde el conocimiento y decisión “de los conflictos entre los diferentes poderes “de una misma provincia, de las causas de recursos de fuerza, etc.”

Ese artículo, textualmente copiado de la constitución de los Estados Unidos, sólo ha sido innovado en esta parte, y con tanto desacierto como poca meditación.

La parte relativa al conocimiento y decisión de los conflictos entre poderes de una misma provincia, atribuída a la corte suprema, desnaturaliza completamente el poder judicial de la nación. La misión de ésta es conocer de lo que es privativo de la nación en lo contencioso, y de lo que define las dos soberanías (la provincial y la nacional) en lo político. Lo contrario establecería la dependencia inmediata de los poderes públicos de las provincias, sometidos continuamente a las decisiones de la suprema corte, pues unas veces la legislatura llevaría al gobernador a la barra de ese tribunal, otras veces el ejecutivo, al poder judicial, y hasta el conflicto entre un juez de paz y el gobierno provincial sería sometido a su fallo. Esto que es atentatorio a la soberanía provincial, importaría una subversión completa del orden constitucional de cada localidad, dando lugar a mayores conflictos que los que se pretenden evitar, cuando hay medios fáciles y conocidos, sin salir del círculo de las leyes provinciales, para dirimir tales conflictos.

(1) Artículo 86 de la Constitución. “Los ministros no pueden por sí solos, en ningún caso, tomar resoluciones (*sin previo mandato o consentimiento del presidente de la Confederación*), a excepción de lo concerniente al régimen económico y administrativo de sus respectivos departamentos.”

PROYECTO DE REFORMA. *Suprimir lo marcado entre paréntesis, conservando en lo demás el artículo,*

Por lo tanto, la comisión aconseja se suprima esta cláusula del artículo 97 de la Constitución.

Otro tanto propone por lo que respecta a los recursos de fuerza, que sólo por un error han podido ser incluidos entre las atribuciones de la corte suprema. Se comprende fácilmente que un tribunal eclesiástico, fallando una causa de su jurisdicción en el territorio de una provincia, no puede hacer fuerza sino a las leyes civiles de esa provincia, pues no es posible imaginar un caso en que sus procederes o sentencias se encuentren en conflicto con las leyes nacionales. El conocimiento del recurso compete entonces a los tribunales de provincia, y es conveniente que así sea, por las razones que más extensamente se dan en el número 8 del *Re-dactor*.

Tales son las supresiones que la comisión propone en el artículo 97 de la Constitución. (1)

Codificación y ciudadanía. — Por el inciso 11 del artículo 64, se da al Congreso nacional “dictar los códigos civil, comercial, penal “y de minería; y especialmente leyes generales para toda la Con-“federación sobre ciudadanía y naturalización.”

La comisión, reconociendo el buen espíritu de esta sanción, por lo que respecta a la codificación, por cuanto ella tiende a la uniformidad de la legislación, ha tenido presente lo que se dice en el artículo 97, que “corresponde a la corte suprema y a los tribunales “inferiores de la Confederación, el conocimiento y decisiones de “todas las causas que versen sobre puntos regidos por la Consti-“tución y por las leyes de la Confederación”, y siendo los códigos regidos por la Constitución, y pudiendo los códigos considerarse como leyes de la Confederación, podría deducirse de esto que los tribunales de provincia no tienen jurisdicción civil, ni criminal, una

(1) Artículo 97 de la Constitución. “Corresponde a la corte suprema y a los tribunales inferiores de la Confederación el conocimiento y decisión de todas las causas que versen sobre puntos regidos por esta Constitución, por las leyes de la Confederación, y por los tratados con las naciones extranjeras (*de los conflictos entre los diferentes poderes de una misma provincia*); de las causas concernientes a embajadores, ministros públicos y cónsules extranjeros; de las causas del almirantazgo y jurisdicción marítima (*de los recursos de fuerza*); de los asuntos en que la Confederación sea parte; de las causas que se susciten en dos o más provincias; entre una provincia y los vecinos de otra; entre los vecinos de diferentes provincias, entre una provincia y sus propios vecinos, y entre una provincia y un estado o ciudadano extranjero.”

PROYECTO DE REFORMA. *Suprimir las cláusulas marcadas entre paréntesis, conservando el resto.*

vez dictados tales códigos por el Congreso. Por más atentatorio que esto sea a la soberanía provincial y al buen régimen de la administración interior en el orden federativo, tal es la interpretación lógica del artículo. Por esto la comisión ha creído adicionar el inciso 11 del artículo 64, explicando que *los códigos que el Congreso dictare no alterarán las jurisdicciones dadas, y la aplicación de las leyes que se contuviesen en los códigos nacionales, corresponderá a los tribunales provinciales o federales, según que las cosas o las personas cayesen bajo sus respectivas jurisdicciones.*

Por lo que respecta a leyes de ciudadanía, la comisión ha tenido presente que la ciudadanía natural es uno de los principios fundamentales del derecho universal, que Buenos Aires ha consagrado, y que además es un hecho conquistado por él y reconocido ya por las primeras naciones del mundo, y aun aceptado en cierto modo por la nación que más hostil se había mostrado a él. Que, no pudiendo desconocerse los inconvenientes que traería para países cuya población se aumenta principalmente por la inmigración extranjera, la proclamación del principio de la ciudadanía de origen, que en el transcurso de algunos años convertiría en extranjeros a una gran parte de los nacidos en el país, los cuales reconociendo una patria de derecho, no tendrían en realidad ninguna, sino en aquellos casos en que hubiesen de invocar su ciudadanía legal contra el país de su nacimiento; mirada la cuestión, tanto por su faz teórica cuanto por su faz práctica, era indispensable consagrar tal principio. Que considerando que la Confederación había expedido ya una ley en sentido contrario a ese principio, y aun comprometiendo en tratados públicos, aunque tales tratados no eran obligatorios para Buenos Aires, Buenos Aires debía con doble razón sostenerlo, y adicionar el artículo en el sentido de salvar en todo caso la ciudadanía natural.

Salvo estas dos adiciones, que importan limitación, la comisión acepta todo el resto del inciso en el mencionado artículo. (1)

Estas son las reformas que la comisión tiene que indicar, por lo que respecta a las atribuciones de los poderes.

(1) Artículo 54, inciso 11 de la Constitución. "Corresponde al Congreso: 11. Dictar los códigos civil, comercial, penal y de minería; y especialmente leyes generales para toda la Confederación, sobre ciudadanía y naturalización, sobre bancarrotas, sobre falsificación de la moneda corriente y documentos públicos del estado, y los que requiera el establecimiento del juicio por jurado."

PROYECTO DE REFORMA. Dictar los códigos civil, comercial, penal y de minería (*sin que tales códigos alteren las jurisdicciones locales, correspon-*

V

MATERIAS ECONÓMICAS

Art. 9. Sobre la uniformidad de las tarifas y derechos de aduana. (*Adicionado.*)

Art. 64, inciso 1º Sobre derechos de importación y exportación. (*Concordado con el anterior.*)

Art. 12. Sobre los favores que puedan concederse a unos puertos respecto de otros. (*Adicionado.*)

Art. 64, inciso 9º Sobre la subsistencia de las aduanas en las provincias. (*Adicionado.*)

La comisión ha hecho objeto de un estudio especial y detenido la parte económica de la Constitución federal. Aunque ella no tenga la misma importancia de la parte esencialmente política, que afecta a los derechos del hombre en sociedad, la comisión la ha considerado como la más sólida garantía de las instituciones que consagran esos derechos; porque, siendo la que más inmediatamente afecta los intereses materiales, la que más directamente influye en la prosperidad pública, es la que más eficazmente contribuye a interesar a los ciudadanos individualmente y a la sociedad como entidad colectiva, en la conservación de sus libertades y en el mantenimiento de la paz.

En esta parte la Constitución argentina tenía que ser necesariamente nueva, porque no existía un solo antecedente sobre el cual pudiera establecerse un sistema económico aplicable a la nación.

Nunca tuvo la República Argentina una aduana nacional, y cuando la de Buenos Aires fué considerada como tal, o bien se rigió por las leyes provinciales, o bien se establecieron prácticas irregulares, a fin de corregir el vicio de existir una sola aduana exterior, siendo la existencia de las monstruosas aduanas interiores una de las consecuencias de tal vicio. Así, la federación conside-

diendo su aplicación a los tribunales federales o provinciales, según que las cosas o las personas cayeren bajo sus respectivas jurisdicciones); y especialmente, leyes generales para toda la Confederación (sobre naturalización y sobre ciudadanía con sujeción al principio de la ciudadanía natural); así como sobre bancarrotas, sobre falsificación de la moneda corriente y documentos públicos del estado, y las que requiera el establecimiento del juicio por jurados.

La parte marcada entre paréntesis indica las reformas o adiciones introducidas en el inciso.

rada como hecho, no dejó a la organización nacional más antecedente económico que la monstruosidad de las aduanas interiores, que fueron destruidas por el Acuerdo de San Nicolás, rompiendo el expresado acuerdo con los mismos precedentes que invocaba.

Nunca tuvo la República Argentina, considerada como nación, un sistema regular, ni irregular siquiera, de rentas o de impuestos; desconociéndose totalmente en ella la teoría de las contribuciones, a excepción de la provincia de Buenos Aires, cuyo tesoro sufragó los gastos nacionales en los pocos períodos en que la República ha tenido una organización provisoria.

Crédito interior ni exterior, jamás lo tuvo la República Argentina. La deuda interna consolidada jamás tuvo un carácter verdaderamente nacional, y la deuda exterior fué contraída por el crédito de Buenos Aires, a cuyo cargo sigue hasta hoy, no obstante que ella se aplicó a gastos puramente nacionales.

Como no existía otro puerto habilitado que el de Buenos Aires, nunca tuvo la República reglamentos de comercio, ni leyes de navegación, a excepción de la protección acordada por todos los rihereños al cabotaje llamado nacional; protección que parecería calculada para mantener la clausura de los ríos, si el atraso de las ideas económicas y el ejemplo de todas las naciones del mundo no explicase la causa de ese hecho, de que se ha pretendido hacer responsable a Buenos Aires.

Tierras públicas jamás las tuvo la nación, después de la revolución; y la única ley sobre la materia, dictada por uno de los congresos nacionales fué sólo aplicable a la frontera de Buenos Aires.

El único precedente económico, en materia de organización nacional, es la declaración que hizo la Constitución unitaria de 1826, que estableció: que sólo los derechos de importación correspondían al tesoro nacional, dando a los derechos de exportación que gravan los productos, el carácter de rentas provinciales. Pero este precedente existía en el papel, no obstante ser el único principio aplicable a la política de una federación, que se haya proclamado después de la revolución, siendo él una reproducción más explícita y terminante de lo que sobre el particular se establece en la constitución de los Estados Unidos.

Por consecuencia, los legisladores reunidos en Santa Fe en 1853, en representación de trece provincias argentinas, no pudiendo contar con Buenos Aires para la organización de un sistema económico regular, tenían que fundar sobre el caos, luchando con la barbarie, y optaron por el sistema económico de los Estados Unidos, que a pesar de que arrebató a las provincias hasta su ser

municipal, despojándolas de los pocos recursos con que contaban una vez abolidas las aduanas exteriores, era, sin embargo, el único que podía dar nervio a la nación, una vez consolidado.

Las dificultades con que esos legisladores tenían que luchar y la adopción juiciosa que hicieron del sistema norteamericano, hace honor a sus trabajos, y la comisión nada tendría que observar si en la teoría y en la práctica no se hubiesen separado del modelo, según pasa a demostrarlo.

Los Estados Unidos (pueblo esencialmente práctico en materia de organizar y consolidar la libertad), a la vez que ordenaron su constitución política, consagraron en ella los principios fundamentales de su política económica, asegurando de este modo para siempre las instituciones de la unión en lo futuro. Sin las sabias y prudentes disposiciones de la constitución de los Estados Unidos, en lo tocante al orden económico, y especialmente por lo que respecta al comercio y a los impuestos, la unión americana se habría tal vez disuelto ya; y ha estado a punto de tener lugar tal disolución por separarse una vez de la estricta observancia de aquellos principios.

Los Estados Unidos han resuelto en su constitución el arduo problema de armonizar los intereses directos y materiales de estados agrícolas, comerciales y manufactureros, estableciendo la perfecta igualdad de todos ellos y consagrando prácticamente de este modo la libertad de comercio y la igualdad de las cargas, por lo que respecta a los individuos y a los pueblos.

Esta hábil y equitativa política económica, que participa de la originalidad de su forma federativa, tiene por fundamento estos principios:

1º Todos los estados son iguales ante la ley del impuesto, como todos los ciudadanos lo son ante la ley común.

2º Los derechos de aduana son uniformes en todos los estados, no pudiendo, por consecuencia, existir tarifas protectoras de una localidad respecto de otra.

3º Los reglamentos de comercio son uniformes para todos los puertos, sin que por medio de leyes especiales pueda protegerse a un puerto de la unión, con perjuicio de otro u otros.

4º El poder nacional no puede gravar la producción de los estados por medio de derechos de exportación.

Estos principios tenían necesariamente que entrar en la organización de una nación unida por un vínculo federativo, y los legisladores argentinos, al dictar la Constitución de 1853 (puesto que tomaban por norma la de los Estados Unidos, como queda dicho, y era su deber armonizar los intereses morales y materiales de los pueblos), debían tomarlos en cuenta, y, sin embargo, precisamente

en estos puntos que son de vital interés para la prosperidad presente y para la suerte futura de la República Argentina, fué donde los constituyentes se separaron del modelo, truncando o adulterando el texto de la ley norteamericana, sea por error, sea intencionalmente.

Así fué que en el artículo 9 de la Constitución federal, que habla de las aduanas y tarifas nacionales, y en el inciso 1° del artículo 64, en que habla de los derechos de aduana, se omitió expresamente la cláusula de la de los Estados Unidos, que establece que tales derechos serán uniformes en toda la unión, no obstante que se copiaba casi textualmente el resto del artículo.

Del mismo modo, al copiar otro artículo de la Constitución que servía de modelo, y en que se habla de los derechos de puerto y tránsito, se omitió en el artículo 12 de la misma Constitución federal, incluir la cláusula que establece que en ningún caso puedan concederse preferencias a un puerto respecto de otro, por medio de leyes o reglamentos de comercio.

Esta sola circunstancia motivaría suficientemente la reforma de esos dos artículos; pero la comisión ha tenido además presente que la omisión de esas dos importantes cláusulas en la Constitución federal, ha dado lugar a una política económica atrasada y ruinosa, en completa disconformidad con la alta y liberal política comercial adoptada por Buenos Aires. Los derechos diferenciales, establecidos antes de ahora en daño de Buenos Aires y que han hecho retroceder inmensamente a las provincias del litoral, lanzando el comercio del interior por vías contrarias al interés nacional; así como las primas y favores especiales que no ha mucho se han concedido a determinadas aduanas tienen por origen aquella omisión. Esa omisión y los actos que han sido su consecuencia, es una violación del derecho público federal, por lo que respecta a la igualdad de los pueblos ante la ley del impuesto, considerando la aduana como fuente de rentas y no como instrumento de protección; y, por lo tanto, restablecer las dos limitaciones ya indicadas, es ejercer un derecho natural, colocándolas entre las condiciones de la unión o, en otros términos, como estipulaciones expresas del pacto federal.

Por todo esto, la comisión, refiriéndose a las razones consignadas en el número 3 del *Redactor*, propone sean adicionados los artículos 9 y 12, inciso 1° del artículo 64, en los términos ya indicados, a fin de garantizar los intereses de Buenos Aires en lo presente y asegurar la unión y la estabilidad de la paz de los pueblos argentinos en lo futuro. (1)

(1) Artículo 9 de la Constitución. "En todo el territorio de la Confede-

Otra reforma del mismo carácter, aunque no fundada en los mismos precedentes, es la adición que la comisión propone se haga al inciso 9° del artículo 64.

Por el expresado inciso (9° del 64) se establece que corresponde al Congreso *crear y suprimir aduanas*.

En el inciso 1° del artículo 64 se establece que: “corresponde al Congreso legislar sobre las aduanas exteriores, y establecer los derechos de importación y exportación que han de satisfacerse en ellas.”

Dado el actual sistema aduanero, las aduanas exteriores, es decir, todas las aduanas situadas sobre las fronteras terrestres y ríos superiores, son las puertas por donde la vida comercial penetra a las provincias, son parte integrante de su organismo económico, y por consecuencia, si el Congreso suprimiese la aduana de una provincia, atacaría su soberanía atacando las fuentes de su bienestar y violando el pacto federal, que tiene por objeto proporcionar a cada uno de los pueblos federados la mayor suma de felicidad posible, sin emplear en su daño las facultades que los pueblos delegan en el poder central. Suprimir la aduana de una provincia es constituir la en tributaria de la provincia vecina, cuya aduana no se suprime, recargando injustamente los consumos de la primera y cegando una de las fuentes de su prosperidad, pudiendo decirse que entre esto y atacar una propiedad legítimamente adquirida existe muy poca diferencia.

Como ya ha sucedido que se haya suprimido inmotivadamente la aduana de la provincia de San Juan, en beneficio de la de Mendoza, y puede suceder que más adelante se suprimiese la de Corrientes, por ejemplo, para favorecer la del Rosario; como sería posible que una vez incorporado Buenos Aires, se suprimiese la

ración no habrá más aduanas que las nacionales, en las cuales regirán las tarifas que sancione el Congreso.”

PROYECTO DE ADICIÓN. Al final: *que serán uniformes en toda la Confederación.*

Artículo 12. “Los buques destinados de una provincia a otra no serán obligados a entrar, anclar y pagar derechos por causa de tránsito.

PROYECTO DE ADICIÓN. Al final: *Sin que en ningún caso puedan concederse preferencias a un puerto respecto de otro, por medio de leyes o reglamentos de comercio.*

Artículo 64. Corresponde al Congreso: 1.° “Legislar sobre las aduanas exteriores y establecer los derechos de importación y exportación que han de satisfacerse con ellas.”

PROYECTO DE ADICIÓN. Al final: *los cuales serán uniformes en toda la Confederación, conforme a lo estatuido en el artículo 3°.*

de San Nicolás de los Arroyos con el mismo fin, la comisión ha creído que debía ponerse una limitación a la facultad del Congreso, determinando que él no podrá, en ningún caso, suprimir las aduanas exteriores que existían en cada provincia al tiempo de su incorporación. Esta limitación salva todos los inconvenientes e impide que podamos volver, en ningún tiempo, al sistema de una aduana única, que constitucionalmente podría establecerse si el artículo que nos ocupa no fuese adicionado.

Tales son las reformas que en el orden económico propone la comisión.

VI

REFORMAS DEL PACTO

Art. 3º Sobre la capital de la República. (*Reformado.*)

Art. 30. Sobre la reforma de la Constitución. (*Reformado.*)

Art. 101. Sobre el poder no delegado por las provincias. (*Adicionado.*)

Las reformas propuestas por la comisión son de tres especies, por lo que respecta a la Convención nacional, que debe estatuir definitivamente sobre ellas.

1º Reformas que importan reservas de los derechos propios, o de los derechos naturales intransmisibles, que Buenos Aires propone como condiciones para federarse, y respecto de los cuales la Convención *ad hoc* no puede estatuir nada en contrario, a menos que la Confederación pretendiese hacer violencia a Buenos Aires.

2º Reformas puramente constitucionales, que tienen por objeto perfeccionar la ley fundamental, garantiendo mejor la libertad por medio de ellas, y respecto de las cuales la Convención nacional puede estatuir en definitiva, aceptándolas o desechándolas.

3º Reformas que son una consecuencia forzosa del pacto, o que expresamente están consignadas en él, y respecto de las cuales la Convención nacional no puede hacer otra cosa que aceptarlas porque el pacto del 11 de noviembre limita en esta parte sus poderes.

A estas reformas pertenecen las que van a ser materia de esta sección.

La primera es la relativa a la capital de la República.

El artículo 3º de la Constitución federal declaró a Buenos Aires capital de la República en momentos en que Buenos Aires no se hallaba representado en el Congreso que la dictó, dividiendo su territorio sin su consentimiento y atentando contra su soberanía, vicio que quiso corregirse en parte, presentando la Constitución a

su aceptación, poniéndolo en la disyuntiva de aceptar o rechazar, sin que le fuese dado modificarla.

La ley orgánica de capitalización, anexa a la Constitución, que era la que dividía el territorio de Buenos Aires, fué una copia textual de la ley de 4 de marzo de 1826, expedida por el Congreso nacional. Esta ley, calculada para una República constituida en unidad de régimen, no importaba en realidad sino una simple circunscripción administrativa, con lo que se quería neutralizar las prevenciones de las provincias en aquella época, y distribuir en beneficio común los tesoros de la aduana de Buenos Aires nacionalizada. Este carácter de la ley de capitalización del año 1826 escapó sin duda a los legisladores de Santa Fe, llamados a constituir una Confederación, y no advirtieron que minaban el sistema federal por su base, en el hecho de despojar de su ser político a uno de los miembros de la asociación.

La provincia de Buenos Aires, que desde 1816 reclamó sus prerrogativas de tal, renunciando al honor de ser la capital de la República, no podía consentir en ser despojada de su ser provincial, con grave perjuicio de sus intereses locales y con graves inconvenientes para la misma nación; sobre todo cuando se había dispuesto de su territorio y de su propia capital, sin su consentimiento y contrariando, por el contrario, su voluntad expresa.

Por esto fué que el pacto del 11 de noviembre, dando por nulo lo que de hecho y de derecho lo era, salvó por el artículo 5º la integridad del territorio de Buenos Aires, determinando que no podía ser dividido sin el consentimiento de su legislatura. Esto no importaba en el fondo otra cosa sino reconocer a Buenos Aires lo que ya se había reconocido a las demás provincias, pues por el artículo 13 de la Constitución se establece que “no podrá erigirse una provincia en el territorio de la otra u otras, ni de varias formarse una sola, sin el consentimiento de las legislaturas interesadas.”

Así quedó virtualmente reformado por el pacto, aunque de una manera negativa, el artículo 3º de la Constitución federal.

Al considerar este artículo, las opiniones de la comisión se dividieron en tres sistemas:

1º Que la capital debía estar en Buenos Aires, ya fuese que su territorio se dividiese o no.

2º Que, habiendo el pacto del 11 de noviembre reformado virtualmente el artículo 3º, dándolo por derogado, podía sin peligro dejarse en el texto tal como estaba.

3º Que la capital debía estar precisamente en un distrito del Congreso, fuera del territorio de Buenos Aires.

Esta última opinión fué la que prevaleció en la comisión, des-

pués de largas y detenidas discusiones, cuyo resumen se encuentra en el número 2 del *Redactor*.

En consecuencia, se acordó que debía armonizarse la Constitución con el pacto, sin entenderse que su reforma se libraba absolutamente a la decisión de la Convención *ad hoc*, que no podía estatuir contra lo que aquél consagraba; importante tanto la propuesta de reforma como consagrar el hecho de que Buenos Aires no era ya la capital de derecho de la República, desde que se le había reconocido la personalidad de provincia federada, personalidad que el Congreso de Santa Fe le había desconocido.

La reforma del artículo se formuló de manera que, consagrando el hecho ya expresado, permitiese a la Convención *ad hoc* adoptar la resolución que considerase más conveniente para dar a la República una capital. (1)

El pacto del 11 de noviembre, en el hecho de estipular la reunión de una Convención nacional, que, de común acuerdo con los diputados de Buenos Aires, tomase en consideración las reformas que éste propusiere, derogaba la cláusula del artículo 30 de la Constitución, que establece que ella no podrá ser reformada sino después de *pasados diez años desde el día en que la juren los pueblos*. Esta condición, que no era obligatoria a Buenos Aires, y que había sido durante su lucha con la Confederación uno de los más serios obstáculos que había encontrado para entenderse con ella, por lo que respecta a arreglos nacionales, era natural y era conveniente que fuese derogada por el convenio de paz, que fijó al mismo tiempo las bases de la unión.

La adición del artículo 101 de la Constitución, con tendencias a salvar el poder que cada provincia se haya reservado por pactos especiales al tiempo de su incorporación, además del que no hayan delegado por la misma Constitución, es otra consecuencia lógica del pacto (2).

Esta adición, concebida en términos genéricos, tiene por objeto

(1) Artículo 3º de la Constitución. "Las autoridades que ejercen el gobierno federal residen en la ciudad de Buenos Aires, que se declara capital de la Confederación por una ley especial.

PROYECTO DE REFORMA. *Las autoridades que ejercen el gobierno federal residen en la ciudad que se declare capital de la Confederación, por una ley especial del Congreso, previa cesión de una o más legislaturas provinciales del territorio de la capital que haya de federalizarse.*

(2) Artículo 101 de la Constitución. "Las provincias conservan todo el poder no delegado por esta Constitución al gobierno federal.

PROYECTO DE ADICIÓN. Al final: *y el que expresamente se hayan reservado por pactos especiales al tiempo de su incorporación.*

salvar inmensas dificultades y resolver multitud de cuestiones prácticas de la actualidad, poniendo el pacto del 11 de noviembre bajo la salvaguardia de la Constitución. Habiéndose reservado Buenos Aires por ese pacto poderes que la Constitución atribuía en algunos casos al gobierno nacional; habiendo éste, por su parte, consentido en ello, siendo ese pacto las bases sobre la cual nos confederamos con la Confederación Argentina, constituyendo así ambas partes reunidas la nación argentina, tal reserva es perfectamente arreglada al orden de una nación de pueblos confederados y conforme al derecho público argentino, por lo que respecta a la teoría de los pactos preexistentes, que la misma Constitución reconoce en su preámbulo. No hallándose representado Buenos Aires en el Congreso de Santa Fe, en que trece provincias declararon confederarse en virtud de pactos preexistentes (1); habiendo sido necesario celebrar más tarde el tratado del 11 de noviembre, en virtud del cual recién declaró Buenos Aires que era su voluntad incorporarse o confederarse previa revisión de la Constitución; ese y no otro es el pacto preexistente que se refiere a Buenos Aires, y, por lo tanto, debe quedar garantido en la Constitución misma, fijando a la vez una regla general para todos los casos, por no ser propio que en la ley común se establezcan artículos especiales en favor de una provincia respecto de otra, no obstante que se salven virtualmente aquellos poderes reservados por cada una de ellas, que, sin perjudicar a la comunidad hubiesen sido expresamente garantidos, como sucede en el presente caso.

En consecuencia, se formuló la adición del artículo 101, en los términos ya indicados, dando con esto fin la comisión examinadora al encargo con que la Convención tuvo a bien honrarla.

Al dar cuenta del resultado de sus trabajos, la comisión saluda a la Convención del estado de Buenos Aires, haciendo votos para que el acierto presida a sus deliberaciones, bajo los auspicios de la Providencia, que preside a los altos destinos de la nación argentina. (*)

Buenos Aires, abril 3 de 1860.

BARTOLOMÉ MITRE. — DALMACIO VÉLEZ SÁRSFIELD.
— JOSÉ MÁRMOL. — ANTONIO CRUZ OBLIGADO.
— DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

(1) Nos, los representantes del pueblo de la Confederación Argentina, reunidos en Congreso general constituyente, por voluntad y elección de las provincias que lo componen, en cumplimiento de pactos preexistentes, con el objeto de constituir la unión nacional, etc.—(*Preámbulo de la Constitución federal.*)

(*) Un apéndice es la confrontación de las afirmaciones de la verdad formulada por el autor en el contenido del texto, y que conviene en libros del género de estos *Apuntes*, porque responde a ampliar las informaciones y a instruir al lector en puntos por demás interesantes, como es el relativo al *Informe* que antecede, poco conocido de la juventud del presente.

Cuando hombres de fuste como Sarmiento y Vélez Sársfield, particularmente este último, que era un maestro en la ciencia del derecho y que conocía como ninguno de sus contemporáneos la trabazón de los sucesos y las dificultades a que los mismos dieron lugar, pues su actuación política venía de los debates constitucionales desde el Congreso del año de 1824, que prepararon y sancionaron la constitución unitaria del mismo año, confiaban a Mitre la redacción del *Informe de la Comisión Examinadora de la Constitución Federal*, es porque consideraban en el joven convencional las luces e ilustración fundamental para formular las observaciones en informe tan trascendental y con la lógica y doctrinas imprescindibles para hacer la defensa a las enmiendas de la Constitución de 1853.

“El elogio de ese trabajo creo se sintetiza, dice un joven publicista argentino (1) con las palabras que Sarmiento pronunció en la sesión del 27 de abril, en el seno de la Convención.

“Entre otras cosas, en uno de sus magistrales discursos, decía Sarmiento:

“El general Mitre se encargó de hacer el informe, que la Comisión debía de pasar a la Convención; fué un acto espontáneo “suyo; era una responsabilidad, si es posible decirlo, que se echaba “sobre sus hombros.

“No hablo del talento, de las luces que haya manifestado en “ese informe. Llamo al espíritu más sospechoso que registre los “veinte pliegos de ese escrito, si alguna vez se ha traducido allí “otro pensamiento que el ir sinceramente a la unión social.”

“El valor constitucional del *Informe* que redactó Mitre, agrega Beccar Varela, ha sido reconocido por del Valle, González, Montes de Oca, Vedia y cuantos han escrito sobre derecho constitucional argentino; y para darle la verdadera importancia en lo que a la competencia de Mitre se refiere, no se olvide que en la Comisión estaban Vélez Sársfield y Sarmiento, y que en el seno de la Convención tenían asientos juriconsultos de la talla de Marcelino Ugarte, Barros Pasos, Esteves Seguí, Elizalde, Moreno y otros.”

(1) Véase: ADRIÁN BECCAR VARELA. *Mitre jurista*.

En ese informe, un tanto extenso y con un método clarísimo, en que campean los conceptos elevados que exigían las circunstancias, el conocimiento de los antecedentes históricos de la nación, el dominio de la doctrina y las diferencias que existieron entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires, el autor del *Informe*, Mitre, estudia la Constitución de 1853 y defiende las enmiendas que daban un carácter más liberal, más amplio a las disposiciones de la Constitución.

Ese informe revela en el autor un conocimiento exacto de la reformas que exigían los tiempos, y que era un anhelo de parte muy principal de los argentinos, del núcleo culto y progresista de la población, y se dice así porque por ese entonces no se habían contenido aún los caudillos que habían de alzarse, *a posteriori*, más de una vez en armas.

En el *Informe* está, en síntesis, expuesta la competencia, hija del conocimiento del derecho constitucional del autor, de Mitre, que empezó a imponerse en los debates de la Convención que sancionó la Convención del Estado de Buenos Aires en 1854, que los fundamentó en las sesiones parlamentarias del Congreso, en los años de 1869 y 1871, y que adquirió su más brillante reputación cuando se destaca el primero entre todos en las sesiones de la Convención reformadora de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires, en los años de 1871 y 1872, como queda constatado en el texto. (*)

(*) Admitase esta advertencia como instrucción del contenido del *Informe* precedente, que no es sino una *ampliación de los capítulos VI y VII, del Tomo I*, en que se presenta al general Mitre como constitucionalista.

Ampliación a la página 250 del tomo II.

El general Garibaldi al general Mitre.

La clava del despotismo. — Planes liberticidas.

**Garibaldi proclama a Mitre para ponerse al frente de un
movimiento salvador universal.**

Caprera, 6 de marzo de 1864.

Mi querido General:

Yo también he seguido a usted en su gloriosa carrera y siempre lo he tenido como hermano en la senda humanitaria que ambos estamos recorriendo. Hoy más que nunca es necesario entenderse; hoy, que la clava del despotismo pesa también sobre ese nuevo hemisferio, hasta ahora asilo incontaminado de la libertad del mundo. Hace quince años que Napoleón entró en Roma, y ya son frías las cenizas de aquella república. Dos años que puso su sacrilego pie sobre el suelo de la república mexicana y ya no saldrá sino pisoteando sus últimos escombros. La república de San Salvador fué invadida por Carreras de Guatemala, con el apoyo de Buonaparte, y yo no dudo que entre sus planes liberticidas se halle la destrucción del sistema republicano, aquí como allá; la propaganda de sus misioneros político-teocráticos es más activa ciertamente de lo que pensamos.

Leyendo su carta, General, yo exclamé: Aquí están nuestros verdaderos amigos, y no lo extrañe, pues usted capitanea el gobierno que puede ponerse al frente del principio del bien contra el principio del maléfico, que domina casi universalmente. Hay gobiernos constitucionales, hoy republicanos; mas, General, la mayor parte

son alucinaciones, peores que el puro despotismo; y me duele en el alma deber mencionar que en una parte de la heroica tierra de Tell la pena de muerte fué votada a gran mayoría, siendo contemporáneamente abolida en la fuerte Venezuela; prueba que la Helvecia, única república en el continente europeo, teme y obedece a sus prepotentes vecinos. No crea por eso, General, que aquí la democracia sea débil y tema antagonistas. No; el miedo está en los enemigos y hay tanta vitalidad y fuerza entre los nuestros para desarraigar enteramente la mala planta opresora. Lo que nos falta es el apoyo de un gobierno. La Suiza no puede hacerlo por temor, la Inglaterra no lo puede por sus alianzas tradicionales. SEA USTED EL ADALID DE LA CAUSA JUSTA DEL DERECHO, EN FIN, DE LA DEMOCRACIA DEL MUNDO.

Diga usted, en nombre de los generosos pueblos del Plata, que Buenos Aires es el centro de las aspiraciones del hombre que sufre sin distinción de casta y color, y que de esas hermosas orillas resuena el grito de la fraternidad de las naciones y la reprobación de los tiranos, y que no sólo el despotismo tiene un gobierno jefe, mas que también lo tienen los hombres libres; entonces todos seremos soldados de este gobierno iniciador y la democracia así organizada y con su jefe reconocido puede ponerse en estado de guiar la humanidad a su destino de civilización y de progreso, de donde la desviaron los opresores de las naciones.

¡Adiós, General! Contésteme y créame por la vida. Suyo devotísimo. (1)

G. GARIBALDI.

Esta carta del ilustre italiano formaba parte de una profusa e importante correspondencia que desgraciadamente se ha extraviado, pues no aparece en el Archivo del General. (*El Autor.*)

(1) Véase: MUSEO MITRE. *Correspondencia Literaria*. Tomo I. pág. 318.

una molécula invisible, impalpable, que los sentidos no
pueden percibir y que la imaginación no puede concebir, basta por
su sola gravitación para remover la gran masa del mundo orgá-
nico por el solo hecho de cambiar de lugar obedeciendo a la ley
eterna de la naturaleza.

Un pensamiento aislado en medio de la friging blancor de un
abismo, es una ave que vuela por los espacios sin ver tierra, una
ave sin brújula ni timón que no divisa horizontes, ¡una planta
sintética que nace y muere en el centro de un lago inmovil.

La idea necesita tener alas muy poderosas para llegar a Dios,
lazar en un rang, rumbo muy seguro para alcanzar el Puerto,
¡cometer, que la impulsan para depositar sus corasen en el seno
profundo de la tierra, y ahí se conigire producen a el mundo mo-
val al efecto podemos ya produce una molécula impenetrable.
el mundo material por el me hecho de cambian de sitio!

Berem Ayer
Fobem 26 de 1971

Bartolomé el libro

Al terminar estos *Apuntes* el autor se cree en el deber de hacer público su agradecimiento al Dr. Luis Mitre, director del Museo Mitre, al señor Rómulo Zabala, secretario de la Dirección del Museo, y al señor Gerardo Figuerola, empleado del Museo, por la gentil cooperación que le prestaron para la confrontación de la verdad de algunos antecedentes, como igualmente por haberle facilitado los clisés del retrato del General y del fac-símil del autógrafo.

ÍNDICE DEL SEGUNDO TOMO

| | Pág. |
|------------------|------|
| ADVERTENCIA..... | 5 |

XI

MITRE COMO HOMBRE DE GOBIERNO Y JEFE DE PARTIDO—

| | |
|---|---|
| Hermandad de las virtudes cívicas del patricio con sus antecedentes históricos. — Prescindencia del hombre de gobierno en la política electoral. — Discurso de Mitre al aceptar su candidatura presidencial. — Ejemplos del pasado: el coronel Mitre en el año de 1854. — Su defensa y triunfo ante el jurado. — Carta (testamento político de Mitre). Réplica del gobernador de Buenos Aires, doctor Adolfo Alsina. Contrarréplica de Mitre..... | 9 |
|---|---|

XII

MITRE HOMBRE DE PARTIDO—

| | |
|---|----|
| La revolución de septiembre de 1874. — Manifiesto revolucionario. — “La Verde”. Capitulación de Junín. — Proceso de los revolucionarios. — Cuestión de competencia. Defensa personal del general Mitre..... | 85 |
|---|----|

XIII

| | |
|---------------------------|-----|
| ECUANIMIDAD DE MITRE..... | 145 |
|---------------------------|-----|

XIV

MITRE PUBLICISTA—

| | |
|--|-----|
| Estudios filológicos y bibliográficos. — El drama <i>Ollantay</i> . — El primer libro impreso en la América latina. — Traducción de las <i>Odas</i> de Horacio y de la <i>Divina Comedia</i> . — Juicio de las versiones por escritores europeos y americanos. — ¿El general Mitre era poeta?..... | 155 |
|--|-----|

| | |
|-------------------------|-----|
| APOTEOSIS DE MITRE..... | 215 |
|-------------------------|-----|

XVI

| | |
|---|-----|
| Muerte del general Mitre.—Sus exequias..... | 229 |
|---|-----|

XVII

| | |
|-----------------|-----|
| CONCLUSIÓN..... | 245 |
|-----------------|-----|

APÉNDICE—

| | |
|---|-----|
| Los Mitre. — Los libros parroquiales. Su importancia histórica y científica..... | 275 |
| Fundadores de Córdoba. — Tres ascendientes de la familia Mitre..... | 279 |
| Nobiliario Argentino. — El apellido Mitre en Santa Fe. | 283 |
| Mitre anecdótico..... | 289 |
| Fojas de servicios militares del Teniente General Bartolomé Mitre..... | 299 |
| Títulos y honores que le han sido conferidos al General Bartolomé Mitre..... | 307 |
| Tratado de la Triple Alianza..... | 319 |
| Nombramiento del Brigadier General Bartolomé Mitre a Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno del Brasil..... | 325 |
| Protocolos de las conferencias celebradas entre los Excelentísimos Señores Brigadier General Don Bartolomé Mitre y el Marqués de San Vicente..... | 327 |
| Informe de la Comisión Examinadora de la Constitución Federal, presentado a la Convención del Estado de Buenos Aires..... | 399 |
| Carta del general Garibaldi al general Mitre..... | 440 |
| Autógrafo de Mitre..... | 442 |

OBRAS DEL AUTOR

- La Débâcle*, de Emilio Zola; un folleto en 16°, de 50 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1892.
- La Guardia Nacional Argentina*; en 16°, de 45 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1895.
- El Doctor Leandro N. Alem*; en 16°, de 80 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1896.
- Revolución Cubana*. Estudio Histórico, en 16°, de 80 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1896.
- Derecho Internacional — El derecho de Intervención y la doctrina de Monroe*. Estudio histórico y jurídico; en 16°, de 171 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1898.
- Jurisprudencia Criminal*. — Proceso y absolución de Gonzalo Bachini. (Expresión de agravios e informe *in voce*); en 16°, de 103 páginas. Buenos Aires, imprenta Argos, 1901.
- Justicia Militar*. — Defensa del capitán del batallón 5° de infantería de línea, Pedro S. García, acusado de tentativa de rebelión; en 16°, de 40 páginas. Buenos Aires, imprenta Gadola, 1905.
- Esteban Echeverría*. — Ensayo crítico-histórico sobre su vida y obras, con motivo de la erección de su estatua; en 16°, de 123 páginas. Buenos Aires, Cabaut y Cía., 1905.
- Geografía Argentina*. — Estudio histórico, físico, político, social y económico de la República Argentina (en colaboración con el señor Ezio Colombo), en 8° mayor, de XXXI páginas de introducción y 688 de texto y dos mapas. Buenos Aires, imprenta de la Penitenciaría Nacional, 1905.
- “*Caudillos Argentinos*” — *Quiroga*. — Estudio histórico constitucional; en 8°, de 401 páginas. Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, 1907.

La República Argentina en 1910. (En colaboración con el señor Ezio Colombo), 2 tomos en 8°, de 601 y 671 páginas cada uno. Maucci Hnos., editores. Obra premiada con diploma de honor y medalla de plata en la Exposición de Roubaix y medalla de oro en la Exposición de Turín, de 1911.

“*Caballería Argentina*” — *La carga de Junín.* — Conferencia dada en los salones del Círculo Militar la noche del 16 de octubre de 1909; en 16°, de 120 páginas. Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, 1909.

Apuntes sobre la vida y obras del doctor Juan María Gutiérrez, ilustrada con grabados; en 8°, de 400 páginas. Buenos Aires, Maucci Hnos., editores, 1906.

La Victoria de Maipú. — Historia y arte; en 16°, de 203 páginas, ilustrada con grabados y mapas. Imprenta del Arsenal de Guerra. Año 1911.

Teatro Nacional: “Dorrego”. — Drama histórico en cuatro actos, del doctor David Peña (Juicio Histórico Crítico). 26 páginas, en 8° mayor. Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos. Año 1912.

Soberana Asamblea General Constituyente de 1813. Un tomo en 16°, de 354 páginas, ilustrada con retratos. Maucci Hermanos, editores. Buenos Aires, 1913. Imprenta A. Molinari.

Estudio Histórico sobre la Asamblea del año XIII; un tomo en 16°, de 104 páginas. Obra premiada con medalla de oro en el Certamen Histórico organizado en el pueblo de San Isidro, Buenos Aires, el día 31 de enero de 1913. Imprenta de Rodríguez Giles.

San Isidro — (En nuestra evolución histórica, literaria y social): en 16°, 32 páginas. Buenos Aires. Imprenta Molinari, año 1913.

“*El Himno*” — *Su centenario: 1813 Once de mayo 1913;* en 16°, 40 páginas. Imprenta Molinari, año 1913.

Discurso pronunciado en la inauguración de la Escuela Elisa Alvear de Bosch; en 16°, 32 páginas. Buenos Aires. Imprenta Molinari, año 1913.

“*Independencia de Méjico*” — *Narración Histórica.* — Leída en el Ateneo Hispano Americano. En 16°, 53 páginas. Imprenta Molinari, año 1913.

- “*Impresiones y Recuerdos*” — *El general Lucio V. Mansilla. Un contemporáneo*, en 16°, 480 páginas. Maucci Hermanos, editores, 1914. Imprenta A. Molinari.
- “*Recuerdos de Viaje*” — *De Buenos Aires a Chile*; en 16°, 211 páginas. Imprenta Molinari, 1915.
- Geografía General de la República Argentina*. — (Segunda edición de “*La República Argentina en 1910*”). En colaboración con el señor Ezio Colombo, dos tomos en 8°, de más de 600 páginas cada uno, 1915. Edición de Maucci Hnos., 1915.
- Revelaciones de un Manuscrito*. — Romance histórico; en 16°, 260 páginas. Imprenta Calvellido, 1916.
- “*Fechas históricas*” — *Las efeméridas del día 24 de mayo*. Un tomo en 16°, de 80 páginas. Imprenta Tragant, 1916.
- Monumento al Gaucho*. — Lectura dada en la sesión de la “Junta de Historia y Numismática Americana” el domingo 7 de mayo de 1916. Imprenta Tragant, 1916.
- Paso de los Andes y Batalla de Chacabuco*. — (Rectificaciones históricas.) En 16°, de 304 páginas. Buenos Aires, imprenta de A. Molinari, 1917.
- Carta abierta al doctor Luis Melián Lafinur*. — Juan Carlos Gómez. Un folleto en 16°, 48 páginas. Imprenta de A. Molinari, 1918.
- Temas Viejos y Temas Nuevos*. — (Colaboración en la Prensa), en 16°, 432 páginas. Imprenta A. Molinari, 1918.
-





